

DADOS DE COPVRIGHT

Sobre a obra:

A presente obra é disponibilizada pela equipe <u>Le Livros</u> e seus diversos parceiros, com o objetivo de oferecer conteúdo para uso parcial em pesquisas e estudos acadêmicos, bem como o simples teste da qualidade da obra, com o fim exclusivo de compra futura.

É expressamente proibida e totalmente repudiável a venda, aluguel, ou quaisquer uso comercial do presente conteúdo

Sobre nós:

O <u>Le Livros</u> e seus parceiros disponibilizam conteúdo de dominio publico e propriedade intelectual de forma totalmente gratuita, por acreditar que o conhecimento e a educação devem ser acessíveis e livres a toda e qualquer pessoa. Você pode encontrar mais obras em nosso site: <u>Le Livros.site</u> ou em qualquer um dos sites parceiros apresentados neste link

"Quando o mundo estiver unido na busca do conhecimento, e não mais lutando por dinheiro e poder, então nossa sociedade poderá enfim evoluir a um novo nível "



Iris ha vuelto a tener el mismo sueño que la desvela cada noche, y del que esta vez ha despertado con un grito de terror. Ese mismo día decide aceptar la invitación de su tía a pasar el fin de semana en el pueblo al que iba de pequeña, cuvo recuerdo está bañado por la luz de los veranos de la infancia, las reuniones familiares y los juegos junto al pozo y en el bosque. Allí podrá olvidarse de los casos del bufete, de los mil v un problemas v de Barcelona. Pero sobre todo, eso espera, podrá descansar y dormir de un tirón. Entretanto Carlos, cabo de los Mossos d'Esquadra, estudia el plano del parque natural en el que se encuentra enclavado Rocablanca para organizar las tareas del equipo de búsqueda. Tiene un mal presentimiento, en otoño los días se acortan y el tiempo corre en su contra. Nada más entrar en la plaza del pueblo. Iris se fija en una pancarta: «Vamos a encontrar a Julián». De pronto un coche embiste el suvo por detrás. Cuando el conductor, un forastero instalado en un vieio caserón restaurado, baia para disculparse y le estrecha la mano, a ella se le eriza la piel. Esa misma noche vuelve a soñar. Pronto se verá envuelta en una investigación criminal que da nuevo sentido a las pesadillas de las que quería huir. Hay vidas de inocentes que dependen de que deje de darles la espalda y empiece a investigar en sí misma, en su pasado y en lo que está sucediendo en Rocablanca.

Para Iris, una joven abogada, Rocablanca es el paraíso de la infancia. Un pueblo envuelto en leyendas y cargado de recuerdos al que vuelve, después de muchos años de ausencia, para escapar de los desasosegantes sueños que no la dejan descansar. Sin saber que allí se esconde un imitador de Gilles de Rais, un noble francés del siglo XV y uno de los asesinos más temibles de la historia. Sin imaginar que la vida de un inocente depende ahora de que ella se enfrente a sus propias pesadillas.

Graziella Moreno Graupera

El bosque de los inocentes



A mi familia

Una niebla espesa me envolvia como un etéreo manto gris. Llevaba puesto un vestido de seda negro que me llegaba hasta los tobillos. Bajé la mirada y me sorprendió ver que iba descalza. Las ramitas de los arbustos me rozaban los pies, que se me hundian en las hojas muertas que cubrian la tierra. Aspiré con fruición el olor a musgo y a resina. Me movia grácil, ligera, segura de mi misma por entre enormes hayas, encinas y castaños. Estaba en el bosque de mi infancia. A su abrigo, me sentía a gusto, protegida.

El silencio era absoluto, embotaba mis oídos. Percibía la presencia de los animales, ocultos pero atentos a mi paso. Me observaban; lo intuía aunque no podía verlos. Me dejé llevar y continué caminando; algo, una fuerza ancestral, me euiaba. Era tan real...

El terreno empezó a descender y oi un rumor de agua. Estaba acercándome a un rio o un arroyo. Y senti miedo. A cada paso mi temor se acrecentaba, tenia el vello de todo el cuerpo erizado, pero no podía dejar de avanzar. Una parte de mi mente me susurraba con insistencia que debia dar media vuelta, que tocaba volver; fin del paseo. Imposible, mis pies me llevaban a donde yo no queria ir. La niebla empezaba a disiparse. Me invadió un cansancio súbito y extendi los brazos para tocar los árboles en busca de su protección, pero, uno tras otro, parecían apartarse de mí.

Sin yo quererlo, mis pies se detuvieron y fui incapaz de seguir adelante. Había llegado al final del camino. Ante mí tenía un río bastante caudaloso, oscuro, profundo. Me abracé y, en un movimiento inconsciente, me bajé los tirantes del vestido, que resbaló hasta el suelo. El aire de la noche acariciaba mi piel desnuda, pero no temblaba de frío, sino de miedo.

Obedeciendo una orden cuyo origen ignoraba, me arrodillé y empecé a remover la tierra húmeda. Apartaba hojas y piedras que arrojaba a un lado con seguridad y determinación, como si supiera lo que buscaba. De nuevo mi mente me alertó de que debia salir corriendo, que no me correspondia estar allí, que me arrepentiría si continuaba escarbando, pero no podia detenerme. Lo que me guiaba era más fuerte que mi voluntad. El bosque seguia observándome en silencio, roto únicamente por el murmullo del agua, constante, ominoso.

Por fin alcancé a ver algo de color blanco y se me aceleró la respiración. Estaba aterrorizada. Ya no podía más, deseaba con todas mis fuerzas huir de aquel lugar, esconderme entre los árboles y desaparecer con la niebla. No queria saber nada de lo que había encontrado, pero algo me retenia alli. «Vete, vete», repetía mi mente sin cesar. Cerré los puños y me golpeé los muslos con fuerza en un intento inútil de ponerme en pie. Las piernas no me respondían, mis rodillas continuaban hincadas en el suelo. Lágrimas de angustia empezaron a resbalar por mis mejillas. Sin que pudiera impedirlo, esa fuerza invisible que me guiaba me impelia a tocar lo que había encontrado; mis dedos temblorosos se acercaban más y más, estaba a punto de rozarlo...

Di un grito y abrí los ojos.

Me encontraba en mi cama, con las sábanas revueltas y empapada en sudor como si fuese pleno verano. Temblando, encendi la luz de la mesilla de noche. Me incorporé y alcé las manos para apartarme el cabello de la cara. Grité de nuevo, pero esa vez despierta: tenía tierra en las uñas.

Primera parte

Un sueño no es en sí más que una sombra.

WILLIAM SHAKESPEARE, Hamlet

La luz del sol entraba por la ventana situada a espaldas de Berta, quien, sentada tras la mesa de su consulta, leía los folios que acababa de entregarle y tomaba notas en un cuaderno. Reprimí un bostezo de cansancio y consulté el móvil con disimulo. Acumulaba cinco llamadas perdidas y algunos correos. Hay días en los que todo el mundo necesita ponerse en contacto contigo al mismo tiempo. Este era uno de ellos.

No había podido conciliar el sueño de nuevo tras despertar de mi pesadilla, así que me di una larga ducha, que incluyó una limpieza a fondo de las uñas, cambié las sábanas y las escudriñé en busca de cualquier otro resto. Estaban impolutas; la única prueba de que no me inventaba nada era la tierra que acababa de desaparecer por el desagüe. Incluso en ese momento, a plena luz del día, seguía notando un nudo de miedo en el estómago.

Cuando me serené un poco me obligué a sentarme ante el ordenador para escribir todo lo que recordaba. No me costó demasiado ya que llevaba al menos seis meses soñando casi lo mismo, al principio cada dos o tres noches, y últimamente todas. El sueño siempre había empezado igual, agradable, relajante. Luego, poco a poco, se había ido complicando cada vez más, hasta acabar en la pesadilla de la noche pasada... No encontraba palabras para describir el pánico que había sentido y no me atrevia a pensar en lo que podría llegar a revelarme si continuaba.

Consciente de que aquellas imágenes se hacían más y más oscuras, ya había decidido que debia buscar ayuda psicológica. Elegí a Berta simplemente porque era el primer nombre que aparecía en el listado de facultativos de mi mutua. Resultados? Pocos, pero si tenía que ser sincera la culpa no era de ella: yo era inconstante en las visitas. Además, le mentí cuando me preguntó si era la primera vez que acudía a un profesional. Nada más lejos de la realidad.

Esa mañana, antes de marcharme a los juzgados, la llamé y le supliqué que me diera hora. Necesitaba conocer su opinión acerca de lo que me estaba sucediendo; necesitaba saber que no estaba regresando al pasado, que no estaba volviéndome loca.

El reloj de pared marcaba las cuatro en punto. Seguro que Francisco Ruiz y su madre ya estaban esperándome en el despacho, bueno, ellos... y unas cuantas visitas más.

-¿Qué opinas? -pregunté a Berta.

Levantó la vista, se quitó las gruesas gafas de montura de pasta, que quedaron colgándole del cuello, y me miró muy seria. Me preparé para lo peor.

-; Eso es todo? -Su tono de voz era neutro.

—¿Te parece poco? —le solté—. Es lo que recuerdo —añadí para suavizar mi brusca respuesta.

Sonrió, pero noté que estaba preocupada.

—Es el mismo sueño de siempre. La diferencia con esto —dijo a la vez que señalaba los folios que yo había escrito— es que nunca me habías hablado de remover la tierra ni de... /Viste qué era el objeto enterrado?

Negué con la cabeza.

- —Tampoco me habías referido antes una angustia como la que expresas aquí —añadió.
- —Lo sé, Berta, lo sé. —Me recosté en la silla y suspiré—. Esto va de mal en peor.

Se inclinó sobre la mesa y consultó las notas que tenía ante sí.

—Para ayudarte, Iris, necesito que exteriorices todo lo que sientes; si no lo haces, no podremos avanzar —concluyó al tiempo que me observaba con detenimiento

Abri la boca para contestar. ¿Qué debía contarle de mi fantástica vida? ¿Que a pesar de haberme divorciado por decisión propia después de diez años de matrimonio me sentía vacía? ¿Que de nuevo había discutido con mi madre, con la que no habíaba desde que a principios de ese verano se había trasladado a Londres para vivir con mi hermana y su familia? ¿Que me costaba llegar a fin de mes porque mis clientes no pagaban? En fin... Todo eso se lo había relatado y a en las primeras sesiones, todo salvo lo que por el momento no podía explicarle.

—Creo que es un conjunto de cosas. —Era una respuesta evasiva—. Me siento perdida, la verdad. No sé qué más puedo decirte.

La miré y supe que no me creía. A ver si al final era mejor psicóloga de lo que yo pensaba.

—Es posible que tus sueños no reflejen únicamente el período de tensión que estás viviendo sino que se remonten más allá. No quiero presionarte, pero no olvides que acudes aquí para vaciarte, para sacar todo lo que llevas dentro.

Bajé la vista; el nudo en el estómago se cerró un poco más.

-Me cuesta, Berta -dije por fin.

Se levantó y rodeó la mesa para apoy arse en ella frente a mí.

—Ya hemos hablado de esto. No te resulta fácil explicar tus sentimientos y emociones, ¿me equivoco?

Asentí

—No es ningún defecto —añadió—, pero sí dificulta la terapia. Te ayudaré, pero solo si me dejas. ¿Hay algo que te preocupe especialmente? —Hizo una pausa—. ¿De qué tienes miedo, Iris?

Era el momento de hablar, de relatar todo lo que había guardado en un rincón de mi mente desde hacía tantos años, de explicar por qué había obviado una época de mi vida. Sin embargo, era incapaz de hacerlo, todavía no. La miré en silencio.

Berta me sostuvo la mirada, pero no insistió. Cogió su agenda de encima de la

mesa

- —Bien...—Volvió a ponerse las gafas—. Podemos vernos otro día, ¿ch? Hoy te he hecho un hueco de emergencia, pero tengo pacientes esperando. ¿Qué tal la semana que viene? Veo que disnongo de una hora libre el martes a las cuatro.
 - -Perfecto -contesté anotando la cita en el móvil.

Me levanté y le estreché la mano.

- -Te agradezco mucho que me hay as recibido con tantas prisas.
- —Examinaré con atención lo que has escrito, Iris. —Sonrió—. Y si me necesitas antes del martes, llámame sin dudarlo.
 - -Claro, no te preocupes.

Me colgué el bolso, cogí la chaqueta y en dos zancadas ya estaba en la puerta.

—Por cierto... —Y preguntó a mi espalda, como sin darle importancia—: ¿Tienes plantas en casa?

Me volví con la mano en el pomo y la miré.

—No tengo plantas, Berta, ni abono ni nada parecido, pero mis uñas estaban sucias de tierra, te lo aseguro.

Una expresión de incomprensión cruzó su rostro y volvió a sonreír, aunque esta vez sin mucha convicción.

—No te obsesiones con eso, todo tiene una explicación lógica. La encontraremos, no te preocupes.

-Eso espero. -Abrí la puerta-. Gracias por todo -repetí.

Cuando salí, la antesala de la consulta estaba llena de personas que me miraban con reprobación, responsabilizándome sin duda del retraso que acumulaban. Esbocé una media sonrisa de disculpa y me largué lo más rápido que pude.

Una vez en el ascensor me puse la chaqueta y observé mi imagen en el espejo. Las ojeras de la mala noche pasada destacaban a pesar de que me había maquillado un poco, y mi cabello recogido no mejoraba el resultado, así que lo dejé suelto sobre los hombros. « La única ventaja de tener el pelo liso es que, al menos, una siempre se ve peinada.» Intenté sonreír a mi reflejo; mis ojos no acompañaron a mis labios. Estaba agotada. Hacía bastante que no dormía del tirón toda una noche. No quería admitirlo, pero volvía a sentirme como cuando tenía dieciséis años y mi madre decidió que su hija pequeña, a la que nunca consideró demasiado normal, había rebasado la linea de la cordura, sobre todo después de lo que pasó en el colegio. En su opinión, necesitaba tratamiento psicológico urgente, y empezó para mí un rosario de visitas médicas que no dieron ningún fruto y a las que puse fin en cuanto alcancé la mayoría de edad; me negué en redondo a seguir yendo de consulta en consulta. Y ahora...

Salí a la calle, donde un viento húmedo mecía las hojas caídas de los árboles. El cielo se veía completamente azul, sin una sola nube. El otoño se iba notando en Barcelona, y, aunque los días eran más cortos ya, la temperatura aún era buena; un tiempo perfecto para pasear y apaciguar la mente. « Ojalá pudiera.»

Mientras buscaba un taxi recordé la pregunta de Berta: «¿De qué tienes miedo?». No podía ofrecerle una respuesta, todavía no, aunque era muy sencilla: de mí misma.

Jenny guardó el pañuelo de papel en el bolso que tenía en el regazo y cogió la fotografía que, un rato antes, había sacado de su marco con todo cuidado. No pudo evitar mirarla y, de nuevo, las lágrimas asomaron a sus ojos. Walter, su marido, sentado a su lado, la rodeó con un brazo, cogió la fotografía que sujetaban sus dedos temblorosos y se la entregó al policía, quien a su vez la dejó sobre su mesa.

- —Nos será de gran ayuda para encontrarlo, ya veréis —les aseguró Jordi Serra, agente de los Mossos d'Esquadra de la comisaría de Rocablanca.
- —Los vecinos van a organizarse en grupos de búsqueda... Dicen que, si es preciso, seguirán durante la noche. Iré con ellos.
- —Tened confianza, contamos también con los guardas forestales. Ya sabéis que no somos muchos, pero conocemos la zona. —Jordi hizo una pausa—. Quería preguntaros si hay problemas en casa o en el colegio, o si últimamente habíais detectado en el chico una actitud... diferente —sugirió.

Jenny negó con la cabeza.

- —Mi Julián es un niño muy bueno. Jamás se ausenta de la casa sin avisarnos. Todos los martes va con sus amigos a jugar al fútbol después de las clases y se regresa sobre las siete. Nunca se lleva el celular... el móvil a la escuela. Ay er estuve esperándolo. Luego salí a buscarlo... Nadie lo había visto. Ay, Jordi, ¿qué le habrá pasado a mi hijito? —Se le quebró la voz.
- —A veces los críos cometen locuras. Yo mismo, una vez... —Sonrió para animarlos—. Una vez me marché de casa y no regresé hasta el día siguiente. Estaba enfadado con mi hermano y lo pagué con todos. Me cayó una buena bronca.
- —Espero que sea eso —dijo Walter—. Pero si es una diablura, me va a oír, desde luego.

Jordi permaneció en silencio. Aquello no pintaba bien. Demasiadas horas sin tener noticias para tratarse de un niño de once años. Conocia bien a la familia. Walter era un hombre muy apreciado en el pueblo; igual te arreglaba la calefacción que te enyesaba una pared... o te pintaba todo el piso, y siempre por un precio ajustado y en tiempo récord. En agosto, él mismo le había pedido que le cambiara los muebles de la cocina y Walter acabó reformándole también el cuarto de baño entero. Entre baldosa y baldosa, tomaron varias cervezas y descubrieron una pasión común: los coches americanos de los años cincuenta. Jordi le enseñó los modelos en miniatura que coleccionaba desde la infancia, algunos de ellos heredados de su padre, por lo que la obra se alargó unas cuantas horas más. Jenny se encargaba de los tres hijos de la pareja y en ocasiones trabajaba como canguro. Una vida normal, corriente, que se había visto interrumpida de golpe.

El móvil del agente vibró con un mensaje. « Salimos en veinte minutos...», empezó a leer. Suspiró. Walter lo miró con expresión interrogante.

—Tranquilo, no es nada. —Se levantó y se quitó las gafas para limpiarlas—.

Ouiero que dei éis lo más libre posible la línea telefónica.

Asintieron.

—Y si recordáis cualquier cosa, por tonta que parezca, que pueda ayudarnos a encontrar a Julián, llamadme enseguida. Ahora volved a casa. —Se puso las gafas—. Espero poder daros alguna noticia pronto.

Walter se levantó también v le estrechó la mano.

—Gracias sinceras, Jordi. Sé que hacéis todo lo que está a vuestro alcance. Ahora vámonos, Jenny.

Ella siguió a su marido, no sin antes lanzar una mirada suplicante al policía.

—No sufras —le dijo este con una sonrisa alentadora—, que en cuanto sepamos algo me pondré en contacto con vosotros.

Una vez hubo cerrado la puerta del despacho se sentó de nuevo en la silla, que crujió amenazadoramente. « Joder, necesitamos mobiliario que no se caiga a trozos», pensó. Lo cierto era que llevaban años pidiendo que les renovaran no ya las instalaciones, que falta les hacia, sino al menos los muebles más deteriorados; no les hacian ni puñetero caso. Estaba visto que una comisaría de un pueblo pequeño, a las puertas del Parque Natural del Montseny, no interesaba a nadie más que a sus habitantes. « En fin...» Volvió a coger el móvil y leyó el mensaje completo: « Salimos en veinte minutos, nos dividiremos en grupos de tres». Carlos, el cabo, estaba organizando la búsqueda sobre el terreno y no era una tarea fácil: pocos efectivos y una amplia zona a cubrir. « ¿Dónde te has metido, Julián?», pensó. Se levantó y salió para reunirse con sus compañeros.

- —Llegas tarde, Iris. Hace media hora que la madre de Francisco Ruiz te espera —exclamó Àngels, la secretaria, en cuanto entré en el despacho con la respiración agitada.
- —Lo sé, lo sé... He venido lo más deprisa que he podido —me disculpé—. ¿Ruiz no la ha acompañado?

Àngels negó con la cabeza.

—Pues qué bien. —Hice un gesto de fastidio—. ;Están las demás?

En la puerta de entrada una placa dorada rezaba: « Giménez y Asociadas» . Julia Giménez es la titular del despacho y las « asociadas» somos Carmen y yo misma. Tras licenciarnos en Derecho las dos teníamos claro que queriamos ejercer, pero no sabíamos cómo empezar nuestra carrera de abogadas y tampoco nos veíamos capacitadas para montar solas un bufete. En un curso de Derecho Penal conocimos a Julia, mayor que nosotras, que llevaba ya algunos años ejerciendo; debimos de caerle bien porque nos propuso trabajar con ella, a lo que asentimos emocionadas. Jamás hemos lamentado esa decisión, aunque, como es lógico, nuestro día a día tiene sus más y sus menos; aun así, formamos un buen equino.

- —Julia ha pasado la mañana en los juzgados y por la tarde tiene una reunión en una empresa, la de los plásticos. Carmen ha ido a urgencias con la niña, que vuelve a tener fiebre. —Me observó—. Te veo cansada.
- —Bueno, no más de lo habitual —dije evasiva—. ¿Algo urgente? —pregunté mientras me quitaba la chaqueta.
- —Te he dejado una lista encima de la mesa con lo más importante: el tema del desahucio del lunes y los de la compañía de seguros por lo de siempre. Esperan tu llamada. La visita de las cinco está anulada, no les venía bien; vendrán mañana a la misma hora. El resto ya lo he solucionado, no te preocupes. Eran tonterías.
- —Me están entrando ganas de darte un abrazo. —Le sonreí—. No sé qué haríamos sin ti.

Àngels enarcó una ceja.

- -Ya lo sé, ¡soy la caña! Merezco un aumento de sueldo. -Me guiñó un ojo.
- —Te lo prometo de mil amores... si consigues que los clientes paguen las minutas.
- —Pondré en marcha mis poderes de persuasión. —Se echó a reír al tiempo que se volvía hacia la pantalla del ordenador.

Salí de la recepción, fui hasta el despacho que compartía con Carmen, al final del pasillo, y abri la puerta. La madre de Francisco Ruiz estaba sentada en la silla que tenemos para las visitas, con cara de angustia y vestida con lo que parecían ser sus mejores galas. Sobre el regazo, sostenia un abrigo de paño y un bolso de

falsa napa negra que sujetaba como si temiese perderlo, y había colgado del respaldo un bastón marrón con mucho trote. Llevaba el cabello gris con un moldeado perfecto que solo se veía en las señoras de cierta edad. Se la veía frágil e indefensa. Hizo ademán de levantarse, lo que provocó la caída del abrigo al suelo. Rápidamente me agaché para recogerlo.

- -¡Oh, lo siento! Muchas gracias -balbuceó apurada.
- -No se preocupe. Lamento haberla hecho esperar, pero no me ha sido posible llegar antes.
- —No pasa nada, tengo todo el tiempo del mundo. En cambio usted está muy ocupada.

Dejé el bolso y la chaqueta en el respaldo de mi silla. Me senté y encendí el ordenador.

- -¿Cómo se encuentra? Mañana, por fin, tenemos el juicio.
- -¡Ay! Estoy muy preocupada, no puedo decirle otra cosa.
- —Tranquila, y a verá como todo saldrá bien. Se lo dije por teléfono: en estos casos lo mejor es llegar a un acuerdo con el fiscal para conseguir una rebaja de la condena. Esperaba que su hijo hubiese venido hoy con usted. Es el primer interesado en lo que va a pasar mañana. —La miré con seriedad.
 - —Tiene mucho trabajo —le disculpó.

Me mordí la lengua. Francisco Ruiz, cuarenta y ocho años, soltero y funcionario del Ayuntamiento de Barcelona, hijo modelo, no salia de casa más que para ir a trabajar y para hacer la compra a su madre viuda. Propiedades: un todoterreno bastante nuevo y una finca en Castelldefels, heredada de su padre. Aficiones: pasarse horas delante del ordenador, muchas horas, demasiadas, hasta que un día la policía se presentó en su domicilio y los agentes intervinieron en su disco duro cientos de archivos con contenido pedófilo en los que aparecían menores posando o manteniendo relaciones sexuales con otros menores o con adultos. En las estanterías de su habitación guardaba innumerables CD con imágenes similares. Un individuo encantador, vamos.

Su madre había venido a verme recomendada por una vecina, a la que habíamos representado en un caso de malos tratos. Cuando la señora Ruiz me enseñó toda la documentación que tenía y habíe con el compañero que había asistido a su hijo cuando fue detenido, vi claro que poco podía hacer en su defensa. Conseguir un buen trato con el fiscal y, con suerte, que le suspendieran la condena; y, y a puestos, que se le impusiera seguir tratamiento psicológico. A él, pensé con rabia, si que le hacía buena falta.

- —Está muy nervioso con lo del juicio. —La mujer continuaba manoseando el bolso —. Y si le condenan porque lo reconoce todo, como usted dice, ¿iría a la cárce!?
- —Intentaré que no —le aseguré—. No tiene antecedentes penales, así que creo que podrían suspenderle la pena siempre y cuando durante un tiempo, al

menos dos años, no cometa ningún otro delito.

Negó con la cabeza.

- —Nunca me lo habría imaginado. Dios mío, el otro abogado me enseñó las fotos que encontró la policía. Esos niños... Dice que está arrepentido, que no volverá a pasar. Ha empezado a ir al psicólogo. —Me miró, esperanzada.
- —Pues eso es lo que tiene que hacer. —Intenté animarla—. Usted no se preocupe, que si conseguimos lo que le he dicho y, sobre todo, Francisco entiende que lo que ha hecho es muy grave, podrá salir adelante.

La verdad era que todo eso no me lo creía ni yo, más aún conociendo al sujeto en cuestión, que daba grima solamente con mirarlo. Me recordaba a Javier Bardem en esa película en la que hace de psicópata, alto, corpulento. Francisco Ruiz tenía su misma expresión vacía en los ojos y cuando te miraba lo hacía como si estuviese contemplando un trozo de carne. Daba escalofríos. Pero eso no podía contárselo a su madre: bastante tenía con vivir con él. Pobre mujer.

- —Dígale que mañana nos encontraremos en la puerta de la sala de vistas media hora antes del juicio. Le explicaré lo que le preguntarán y lo que tiene que contestar. Oue no falle... porque entonces no podré hacer nada.
- —No, no; no fallará, se lo prometo. Allí estaremos —contestó ella con vehemencia.
 - -No hace falta que usted venga. Puede ahorrarse el viaje.
- —No importa —afirmó—, soy más fuerte de lo que parezco. Quiero estar allí. Y sé que mi presencia lo tranquilizará.

Guardé silencio. No creía que su hijo mereciese tanta lealtad, en especial después de saber a qué dedicaba su tiempo libre. Pero claro, yo no soy madre.

Cogió el bastón y, sujetando el bolso y el abrigo, se dispuso a levantarse. Me acerqué para avudarla y ella sonrió agradecida.

- —Cada día me cuesta más moverme —comentó—. Las piernas me fallan a menudo y cuando hay humedad me duele todo el cuerpo. Es lo que tiene hacerse vieja. —Suspiró.
- —Cuidado con la silla —le advertí al ver que estaba a punto de tropezar—. La acompaño hasta la puerta.
 - -Gracias por todo, gracias.
 - -Hasta mañana. Y no se retrasen.

Una vez que se hubo marchado volví a la mesa, dispuesta a llamar a los de la compañía de seguros. Qué pereza me daba. Comenzaba a notarme la cabeza espesa. «No me vendría mal una buena siesta», me dije. Eché una ojeada al calendario de sobremesa. Ese dia estaba marcado con un circulo rojo. Me quedé perpleja; era incapaz de recordar el motivo. Consulté la agenda del móvil, pero no tenía nada anotado. Me esforcé en recordar y de pronto... ¡Dalia! Ese era el día en que le daban los resultados de la última revisión y me había olvidado de llamarla. Estaba claro que la falta de sueño empezaba a afectar a mi memoria.

Marqué su número con rapidez.

- -¿Diga?
- -Dalia, soy Iris.
- -¡Hola, cariño! Iba a llamarte más tarde. Acabo de llegar a casa.

Dalia es mi tía, la hermana mayor de mi madre, Margarita, y Rosa es la segunda del terceto. Todas las mujeres de la familia tenemos nombres de flores. Que yo sepa, tres generaciones han respetado esa costumbre, a mi entender bastante cursi. Mi hermana Verónica se ahorró el trago ya que tiene dos niños. No es que mi nombre me entusiasme, pero ya me he habituado. De cría, en cambio, pensaba que Iris casaba con una niña delicada y frágil, no conmigo, que era desgarbada y la más alta de mis amigas, además de pelirroja y con la cara cubierta de pecas.

Dalia había sufrido un cáncer que, afortunadamente, había superado, pero todavía arrastraba los efectos de la quimioterapia y debía someterse a revisiones periódicas.

- -; Tienes los resultados? ¿Todo bien?
- —Estoy perfecta. —Se la notaba exultante—. El médico me ha dicho que no tengo que volver hasta dentro de ocho meses. Me ha felicitado incluso, jimaginate!, porque ya no tengo anemia y mi colesterol está bajo... Lo único la artrosis, pero con eso ya contaba. Me he puesto tan contenta que se me ha olvidado basta el dolor de las rodillas —Rio
 - -¡Esa sí que es una buena noticia! Tendremos que celebrarlo por todo lo alto.
- —¡En eso mismo pensaba! ¿Por qué no vienes a pasar el fin de semana conmigo? Te prepararé ese arroz con setas que te encantaba cuando eras niña. Hace tanto tiempo que no me visitas que ni me acuerdo de cuándo fue la última vez.

Tenía razón. Veía a Dalia cuando acudía a Barcelona por su tratamiento y habíábamos a menudo por teléfono, pero no había vuelto a Rocablanca en muchos años. Tras la muerte de mis abuelos mi madre decidió que ya estaba bien de ir a pasar los veranos y las fiestas señaladas al pueblo, siempre se había aburrido, y mi hermana, que por entonces era una quinceañera, la secundó. Prefería quedarse con sus amigas en la ciudad o ir a la playa; no se le había perdido nada en la montaña, decía. Y como me hallaba en franca minoría porque mi padre no quería discutir, dejamos de ir. Luego él murió y todo cambió, pero no regresé al pueblo salvo en ocasiones muy concretas... y desde que me casé nunca más. Pensar en ello me llenó de melancolía. En Rocablanca todavia vivían Alma y su marido, Carlos, ambos amigos mios de la infancia. Alma y yo aprendimos juntas a patinar, a montar en bicicleta, a subirnos a los árboles y, cómo no, a perdernos en el bosque. Éramos capaces de pasar horas fuera de casa, y nuestras madres tenían que salir a buscarnos cuando ya había anochecido. Volvíamos con la ropa rota y hechas un asco, pero no recuerdo una

época más feliz. Se casó el mismo año que yo, pero las cosas le habían ido mucho mejor que a mi, y era madre de un niño que, si no recordaba mal, debia de tener ya cinco años. Traer a mi memoria todo aquello fue como respirar hondo y llenarme los pulmones de aire fresco.

- -Tienes razón, me apetecería mucho ver el bosque en otoño.
- $-_i$ Pues claro! —La voz de mi tía se animó considerablemente—. Tienes que venir. Tu antigua habitación está intacta. Ahora que los gemelos viven en San Sebastián tengo toda la casa para mí y la verdad es que me sobra.
- —Dalo por hecho —contesté decidida—. Saldré el viernes por la tarde, cuando acabe en el trabajo.
- —¡Estupendo! Voy a prepararlo todo. Mañana iré a comprar las setas... Ya verás, te vas a chupar los dedos. ¡Ah! Ayer hablé con tu madre —añadió como quien no quería la cosa.

Sentí que mi entusiasmo bajaba unos grados.

- -¿Ah, sí? -Intenté mantener un tono neutro.
- —Está preocupada por ti. No te enfades, ya sabes cómo es —dijo adelantándose a lo que pudiera objetarle.
 - —Sí, ya lo sé. —Suspiré—. Venga, el viernes te veo. ¡Qué ganas tengo!
 - -Yo también, cariño. Un beso muy grande.

Colgué y por primera vez en varios días, a pesar de mi cansancio, me sentí más animada. Necesitaba salir de la ciudad, volver a pisar el bosque de mi infancia y, a poder ser, escapar de mis sueños.

El juez ordenó a Francisco Ruiz que se levantase y se situase delante del micrófono. Le explicó la pena de prisión que ofrecía el fiscal, así como que este no se oponía a que quedara suspendida siempre y cuando no cometiera ningún delito durante un período mínimo de dos años. Por un momento, tuve la sensación de que mi cliente no le había escuchado, ya que permaneció en silencio y el juez empezó a impacientarse. A nadie le gustan los casos de pornografía infantil; el juez, el fiscal y yo misma teníamos muchas ganas de liquidar aquel asunto y muy pocas de volver a ver en el juicio las fotografías que la policía intervino en su día y que figuraban en la causa.

-: Ha entendido lo que le he dicho?

Ruiz volvió la cabeza y clavó en mí sus ojos claros, del color del agua sucia. Hice un enérgico gesto de asentimiento y me dirigí al juez:

- -Sí, estamos de acuerdo, señoría. Mi cliente se conforma con la pena.
- -El acusado tiene que contestar, letrada -aseveró el juez sin mirarme.
- -Sí, estoy de acuerdo -afirmó por fin Ruiz.

—Bien, puede sentarse —dijo el juez, y prosiguió—: Habiendo mostrado conformidad el acusado y su defensa, se dicta sentencia condenándole a la pena solicitada por el Ministerio Fiscal. Si los presentes manifiestan que no recurrirán, se declarará firme.

Tanto el fiscal como yo expresamos nuestra renuncia a recurrir, y mientras se daba por finalizada la vista observé a Ruiz, quien, con sus largas piernas cruzadas y las manos en el asiento, permanecía con la boca abierta en un gesto embobado que le daba aspecto de estúpido. Esperaba que hubiese entendido el acuerdo, se lo había detallado antes de entrar en la sala, después de negociar con el fiscal, y se había limitado a asentir sin decir palabra. Qué ganas tenía de dar carpetazo a ese asunto. Disimulé un bostezo. Había vuelto a soñar con el bosque esa noche; las mismas imágenes, la misma angustia creciente. Desperté en el momento en que me detenía frente al río y ya no pude descansar mucho más.

Por fin salí de la sala con Francisco Ruiz. Su madre, que estaba sentada en un banco próximo, se levantó en cuanto nos vio apoyándose en su viejo bastón y se acercó hasta nosotros. Tras explicarle que todo había ido según lo previsto, empezó a darme las gracias mientras yo le repetía que no las merecía y que era lo que la ley establecía, al tiempo que intentaba no tener que darle la mano a su querido hijo sin ser maleducada.

Iba a marcharme ya cuando pasó junto a nosotros una joven delgada y de rasgos eslavos que empujaba un cochecito con un niño de unos dos años, un angelote regordete y rubio que succionaba con fruición el chupete mientras contemplaba fascinado un juguete de colores que sostenía en las manitas. Mi mírada se fue hacia Ruiz, y el corazón me dio un vuelco cuando reparé en que

también él observaba al pequeño... con esa expresión vacía que no podía soportar. Su madre no se había dado cuenta, ya que estaba ocupada abrochándose el abrigo sin soltar el bastón. Me sublevé y, superando mi rechazo, le di un golpe en el brazo con mi portafolios. Sorprendido, me miró.

—Cuidado con lo que hace —le dije secamente, bajando la voz—. Ni se le ocurra tocar o pensar siquiera en ningún niño, porque entonces seré yo quien se encargue de que entre en prisión, por el tiempo que haga falta.

Ruiz reaccionó y agachó la cabeza sin decir palabra. Me aparté definitivamente y me despedi de su madre mientras me alejaba. Ya habia tenido suffeiente

Me costó llegar al final del pasillo porque estaba repleto de gente. Ese jueves había vistas en todos los juzgados del edificio P de la Ciudad de la Justicia de Barcelona, y las funcionarias que controlaban el acceso a las salas tenían auténticos problemas para hacerse oír por encima del rumor de tantas voces. Me encaminaba hacia la escalera mecánica para ir a la planta baja cuando oí una voz que me llamaba:

-: Iris, espérame!

Me volví y vi a Luz García, compañera de carrera y especializada en divorcios, que, cargada con una maleta de documentos en una mano y una carroeta y el bolso en la otra. avanzaba hacía mí.

- --¡Vaya! Creo que te has equivocado de planta, en esta solo hay delincuentes... --le comenté en cuanto la tuve al lado.
- —De esos los hay en todas partes. He venido por un impago de pensión. Mi cliente no ha querido conformarse con la pena y hemos tenido que celebrar el juicio, menudo palo. El fiscal no se callaba...
- —Bueno, lo tuyo tampoco es sintetizar. Si no recuerdo mal, te enrollas de mala manera, así que lo único que habrá hecho es ponerse a tu altura —me burté.
- —Ya sabes que soy muy peleona. —Luz me guiñó un ojo—. Y tú, ¿has terminado ya?—me preguntó mientras bajábamos por la escalera.
- —Sí, aquí sí. Pero he de volver al despacho. Estoy teniendo una semana complicada...; Suerte que mañana ya es viernes!
 - -A mí me esperan en la Audiencia. Tendré que coger un taxi o no llegaré.

Salíamos ya por las puertas giratorias cuando oí que mi móvil sonaba y me puse a buscarlo por el bolso como una desesperada.

- —Me voy —dijo Luz—, ahí hay un taxi. Nos tomamos un café un día de estos, ¿eh?
- —Sí. Te llamaré —le prometí. Localizado por fin el teléfono, contesté—: ¿Diga?

—Soy Sergio.

Vaya. Mi primer impulso fue colgar. Estaba harta de las frecuentes llamadas

de mi exmarido con cualquier pretexto tonto para vernos.

—Dime

—He encontrado en casa un álbum de fotografías familiares tuyas y algunos libros. ¿Quieres venir a buscarlos o prefieres que te los lleve al despacho?

Por un momento me quedé sin saber qué responder. Estaba convencida de haberme llevado todas mis cosas cuando me marché de su lado, ya que lo mínimo que podía hacer era dejarle el piso y buscarme la vida. Todavía tenía cajas en casa de mi madre sin abrir, cajas que ya estaban empezando a acumular polvo, a la espera de encontrar una vivienda propia. Llevaba tiempo buscándola, pero a todas les veía defectos; sería cuestión de no ser tan puntillosa, como siempre me recordaba mi tía Dalia.

- —No, mejor voy a recogerlos esta tarde cuando salga del despacho. Te mandaré un whatsapp para avisarte de que llego. ¿Pesan mucho?
 - -No demasiado, son cuatro libros v el álbum.
 - -De acuerdo, entonces. Hasta luego.
 - -Perfecto. Hasta luego -contestó.

Lo que me faltaba para completar el día. En fin, tampoco podía pretender que años de amistad y luego de matrimonio pudieran quedar borrados de un plumazo.

Sergio y yo nos conocimos mientras estudiábamos la carrera y fuimos buenos amigos hasta que, un buen día, empezamos a salir juntos como pareja. Estar con él era cómodo; nunca discutíamos, nos llevábamos bien. Al terminar los estudios consiguió trabajo enseguida y me propuso que nos casáramos. La verdad es que no sé por qué dije que sí. ¿Porque no tenía ninguna razón concreta para decir que no? Quizá porque era una buena oportunidad para salir de casa, por fin, y escapar del yugo de mi madre y de sus comentarios. No lo sé. Los años fueron transcurriendo sin más: ibamos de vacaciones, quedábamos con amigos, teníamos gustos parecidos... Para los demás éramos la pareja perfecta. No tuvimos hijos simplemente porque cuando lo intentamos no vinieron, y con el tiempo la idea de formar una familia dejó de tener sentido para mí.

A principios de año una clienta agradecida me invitó a comer para celebrar el fin del larguisimo litigio que habiamos entablado por una herencia. No solo estaba feliz porque se había zanjado el contencioso judicial que yo le había llevado, me contó, sino también porque había decidido separarse de su marido tras tres décadas de matrimonio. Cuando le pregunté la razón de ello me contestó: « El día que te despiertas y te das cuenta de que no sientes nada por el hombre que duerme a tu lado, que te importa poco lo que piense o lo que le pase, y de que el sexo con él no existe, ha llegado el momento de darle puerta». Me quedé con esa frase, que llegó a obsesionarme. ¿No estaría yo en esa situación? Me aburría con Sergio, le dejaba hablar, asintiendo en los momentos adecuados, pero no le prestaba atención. Yo vivía en un mundo propio, en el que él cada vez entraba

menos. Y en cuanto al sexo... era mecánico por mi parte, sin ganas. Empecé a angustiarme al pensar que podía sentirme así toda la vida, como si fuese secándome por dentro poco a poco.

Un día de marzo hablé con él y le dije que me iba. Como era de esperar, no se lo tomó bien. Me esforcé en causarle el menor daño posible, tarea harto dificil de la que, desde luego, no salí airosa. Sergio intentó convencerme por todos los medios de que estaba equivocada, de que pasaba una mala época, de que nos queríamos y debíamos estar juntos. En su desesperación habló con Dalia, con mi hermana y con mi madre para que intercedieran. Sin embargo, estaba decidida y, aunque ignoraba cómo iba a orientar mi vida a partir de ese momento, me sentí liberada de un gran peso. De eso hacía ya seis meses, pero no parecía que acabara de asumirlo, a pesar de que siempre que hablaba con él le dejaba claro que no había marcha atrás.

Guardé el móvil, decidí ir caminando y ahorrarme el agobio del metro. Alcé la vista y me fijé en las nubes, que corrían veloces en el cielo mientras las gaviotas planeaban, aprovechando las corrientes de aire. De pronto el viento se hizo más fuerte y levantó las hojas caídas, que se arremolinaron a mi alrededor. Me estremecí sin razón aparente.

Delante de mí, a unos metros, estaban Ruiz y su madre. Subían a un taxi. Solicito, él la ayudó a sentarse, sosteniéndole el bastón y acomodándole las piernas. Luego se introdujo él, no sin dificultad, dada su estatura. Como si notase que lo observaba, se volvió y clavó en mí sus ojos vacios. Me sentí incómoda e instintivamente bajé la vista. Seguí andando, y cuando llegué a su altura el taxi y a iniciaba la marcha. Desde el asiento trasero, con el rostro vuelto hacia mí, Ruiz me miraba, y no dejó de hacerlo hasta que el vehículo se perdió en la distancia. Se me encogió el estómago, y la sensación de miedo, como la que tenía en mis sueños, volvió a invadirme.

En los casos de desaparición el tiempo siempre corre en contra, y dos días sin saber nada del pequeño sumaban ya demasiadas horas. Carlos Millán, cabo de los Mossos d'Esquadra, empezaba a desesperar. No tenían ninguna pista que seguir. Julián parecia haberse esfumado en el aire. Tras el aviso inicial y las primeras actuaciones, el caso había pasado directamente a la Unidad Central de Investigación de Sabadell. Él y los otros cuatro integrantes de la comisaría de Rocablanca participaban en la búsqueda, además de hacer el trabajo diario. Estaban agotados.

Sentado ante su mesa, terminó el café que había sacado de la máquina de la planta baja; sabía a rayos, pero lo necesitaba para mantenerse despierto. No podía decir que hubiera descansado mucho esa noche. Había llegado a su casa a las cuatro de la madrugada y, tras darse una ducha, se había acostado en el sofá para no despertar a Alma, su mujer. A las ocho estaba de nuevo en pie. Sin tiempo para desayunar, dio un beso a Alma, quien le obligó a llevarse al menos un bocadillo, fue a la habitación de Víctor para despertarlo y salió de nuevo para incorporarse a las patrullas de rastreo. Resultados hasta ese momento: cero.

Carlos conocía a Julián, como todos en el pueblo. Era un crío simpático, despierto, maduro para su edad. Siempre que hablaba con él le decía que quería ser policía, a lo que Carlos le respondía que tuviera paciencia, que tenía mucho camino por delante, pero el niño estaba decidido.

En ese momento Jordi entró con cara de circunstancias y sujetando una carpeta bastante gruesa. Carlos reparó en su descuidada barba, tan bien recortada habitualmente, pero a modo de saludo solo dijo:

—¿Cuándo le daremos una patada a la máquina de café para que nos traigan una nueva?

Su compañero negó con la cabeza, dejó la carpeta encima de la mesa, la abrió, sacó su contenido y se sentó frente a él.

- —No es buena idea, nos quedaríamos sin nada. Lo que se rompe no se repone
 - --Para lo que sale...
- —El chocolate no está mal. Igual te relajaría esos nervios que tienes siempre —dejó caer.
- —No me gustan las cosas dulces, Jordi. —Señaló los folios—. ¿Qué es todo esto?
 - —Información sobre críos desaparecidos.
- —¿Y de dónde lo has sacado? —Tiró el vaso de café a la papelera—. Te recuerdo que la investigación la llevan en la unidad central, nosotros solo hacemos la búsqueda. Aunque no sé cómo avanzaremos si no nos dicen en qué punto están —refunfuñó.

- —Ya lo sé, pero he hablado con Molist, ¿te acuerdas de él? Carlos asintió
- —Me ha escaneado algunos informes. Está todo aquí. En los dos últimos años se han producido en la provincia de Barcelona varias desapariciones de niños; en apariencia, no guardan relación entre sí. Hay de todo: fugas voluntarias, un progenitor que se lleva a su hijo sin consentimiento de su ex... y los casos más graves, los secuestrados. De estos últimos algunos han sido hallados, los más pequeños, en un estado lamentable después de todo lo que han llegado a hacerles, y de otros, ni rastro. He hecho un resumen. —Depositó encima de la mesa más folios, estos escritos a mano con una letra menuda y pulcra—. Quizá podamos encontrar algo que nos sea de ayuda.
- —Espero que Julián no pase a ser uno de esos casos... —Carlos se rascó la barbilla; ni siquiera había tenido tiempo de afeitarse—. El problema es que somos muy pocos y el área de búsqueda enorme. En este pueblo lo más sangrante son las peleas y los borrachos en la fiesta mayor. Esto nos supera.
- —Acuérdate del tío que sacó un arma en el supermercado a principios de este verano —apuntó Jordi.
- —Bah, estaba como una cuba... Además, el arma resultó ser una pistola de agua. —Tomó los folios—. Veo que has trabajado duro. Las notas manuscritas han pasado de moda en el trabajo policial—comentó.
- —Para concentrarme tengo que escribir a mano. Y, si te soy sincero, a mi edad ya no voy a cambiar. —El tono era ofendido—. El ordenador lo dejo para la faena diaria, qué remedio.
- —Joder, ¡cualquiera diría que tienes ochenta años! Solo tienes cuarenta y cinco y hace cuatro que estás en esta comisaría —exclamó Carlos.
- —Perdona, tengo cuarenta y dos recién cumplidos, y no hace cuatro, sino cinco años que me largué de Barcelona para vivir y trabajar aquí, un lugar mucho más tranquilo... Hasta hoy, claro. Por eso mismo sigo siendo agente. — Sonrió
- —Hemos hablado mil veces de esto, Jordi. ¿Por qué no te presentas a las oposiciones para cabo? Algo más ganarías y mejorarías tu jubilación.
 - -No me interesa. -Se recostó en la silla-. Con lo que tengo me basta.
- —De acuerdo, tú mismo, pero no quiero oírte ni una queja cuando veas la pensión que te quedará. —Palmeó la mesa—. Tengo que ponerme en movimiento. ¡Me caigo de sueño!
- Se levantó y se acercó al mapa ampliado que estaba colgado en la pared. Toda la zona alrededor de Rocablanca en un radio bastante amplio había sido examinada con lupa, no solamente por los mossos, sino también por los agentes forestales y los voluntarios. Los días se iban acortando y cada vez había menos horas de luz lo que dificultaba la búsqueda.
 - -Hemos peinado el entorno, hablado con la gente que estaba en la calle el

martes por la tarde, también con los profesores de Julián y con sus compañeros... y no tenemos nada —resumió en voz alta—. Seguiremos, no queda otra. —Con un suspiro volvió a sentarse—. Echaré un vistazo a esto. Descansa un poco. Necesitamos estar lo más despejados posible.

- —No estoy cansado, Carlos. Lo que estoy es preocupado. Walter explotará de la tensión que está viviendo, tendrías que haberlo visto esta mañana. —Se levantó —. Voy a buscarme un chocolate.
- —Tráeme un café, por favor. Aunque esté asqueroso, al menos hace que me funcione la cabeza.
 - -En marcha una dosis extra de cafeína -anunció Jordi mientras salía.

Por más que quise, no logré salir del despacho antes de las ocho. Decidí ir andando a encontrarme con Sergio, siguiendo la ruta que durante tanto tiempo había hecho para volver a casa cuando viviamos juntos. Los comercios del barrio y la gente conocida con la que me cruzaba parecían haber experimentado cambios sutiles. Ahora apreciaba más los detalles, los colores se me antojaban más vivos y los olores más nítidos. Qué absurdo. « Los sueños te están afectando el cerebro», pensé. Mandé un whatsapp a Sergio para decirle que estaba llegando. Contestó casi de inmediato; debía de estar con el teléfono en la mano, esperando. Qué pocas ganas tenía de verle.

Al llegar distinguí su silueta en el vestíbulo del edificio. Me abrió la puerta enseguida.

—Hola —saludé

Le observé. Estaba más delgado, y me percaté de que tenía la piel ligeramente bronceada. Recordé entonces que en verano me había contado que se había aficionado al tenis. Debía de ser eso. Sonreía y se acercó para darme un beso. Le ofrecí la meiilla y me anarté.

- -Así que has estado haciendo limpieza... -comenté, por decir algo.
- —Si, un poco. He comprado una estantería nueva para la habitación de los trastos y tuve que vaciarla toda. Al menos he llenado cinco bolsas de basura. He puesto todo lo tuyo en esta mochila con ruedas, ya me la devolverás. —La acercó para dármela.
 - -No te preocupes, he traído una bolsa que tenía en el despacho.

Hizo un gesto de contrariedad. Acababa de frustrarle el plan de volver a verme

- —Irás muy cargada —objetó.
- -¡Uy! Ya estoy acostumbrada -dije en un tono despreocupado.

Resignado, abrió la cremallera superior de la mochila y me tendió un álbum de fotos de piel marrón y cuatro libros no demasiado gruesos. Lo metí todo en mi bolsa.

- —¿Ves? Es perfecta y tampoco pesa tanto. Bueno, muchas gracias, Sergio. Tengo que irme.
 - —¿Cómo va todo? ¿Qué tal por el despacho?

Estaba claro que no podría largarme tan deprisa como quería.

- -Bien, bien... ¿Y tú?
- —Me han propuesto trabajar en una firma en Bruselas. Puede que tenga que vivir allí al menos seis meses al año. —Me observaba esperando mi reacción.
- $-_i$ Vaya! —Estaba sorprendida—. $_i$ Felicidades! Me alegro mucho por ti, es una gran oportunidad.

Estaba siendo sincera. Sergio era un buen abogado, y siempre había pensado

- que estaba capacitado para más que lo que había hecho hasta ese momento.
- -- Creo que sí. Empiezo en enero... si todo va bien. Tenía ganas de contártelo, Iris
- —Es el premio a todos estos años de esfuerzo. Al final, los másters han dado su fruto, ¿eh?

En un gesto espontáneo le di una palmada en el brazo y le sonreí. Craso error, pues se acercó más a mí.

- —Me habría gustado que vinieras conmigo —me susurró, y retrocedí instintivamente—. Quizá... podríamos intentarlo de nuevo en otro país, en otro ambiente
- —Mira, Sergio, tienes que asumir que nuestra relación se ha acabado. Estamos divorciados y... nunca más seremos una pareja. Si quieres, podemos seguir siendo amigos —añadí—. Lo siento, pero es así.

Estaba respirando agitadamente y había elevado la voz más de lo necesario. Me obligué a baiar el tono.

- --Perdona, no quiero enfadarme contigo ---me disculpé---. Has de entenderme.
- —Ese es el problema, que nunca te he entendido —afirmó con las manos en los bolsillos y una expresión de tristeza en la cara.

No tenía respuesta para eso. Cogí la bolsa, me la colgué al hombro y abrí la puerta para salir.

-Adiós, Iris -dijo a mi espalda.

Me volví.

-Adiós, Sergio. Lo siento, de verdad... Los dos hemos de pasar página.

No contestó, hizo un gesto de despedida y se dio la vuelta para dirigirse al ascensor.

Me alejé sin mirar atrás, con la cabeza gacha y el paso ligero. Vernos solo servía para hacernos más daño, estaba claro. « Qué difícil es cerrar una puerta del todo», me dije.

La lluvia se había tomado un respiro, pero el viento seguía azotando las hojas de los árboles, cargadas de gotas de agua, y el cielo continuaba encapotado. La oscuridad era total; ni rastro de luna. Quizá fuera mejor así; quizá fuese preferible no ver ciertos espectáculos.

El viejo pastor alemán estaba sentado sobre sus cuartos traseros en actitud vigilante, las orejas atentas. Su instinto le decia que esa no era una noche como las demás; algo extraño ocurría en el interior de la casa. Otra vez. Su oido finisimo detectó unos gemidos ahogados y, con el rabo entre las patas, arrastrando la larga y gruesa cadena atada al collar que le permitía moverse por toda la propiedad, entró en la desvencijada caseta de madera que le servía de cobiio.

El aguacero había dejado impracticable el camino de acceso. Aunque, qué más daba: solo lo recorria el habítante de la casa en su destartalado jeep. La finca estaba aislada, en mitad de un bosque a unos diez kilómetros del pueblo. La vivienda tenía una sola planta y era de construcción sencilla. Tendría al menos sesenta años, pero no estaba descuidada; las tejas eran nuevas y estaban bien colocadas y las maderas del porche se veían restauradas. Otra cosa era el terreno que la rodeaba. En la extensión de hierbajos y maleza que había frente a la entrada se acumulaban todo tipo de trastos viejos: un neumático de tractor reventado, sillas de mimbre destrozadas, un pequeño columpio herrumbroso, una red deshilachada sujeta con dos varillas metálicas, recuerdo de otros tiempos en los que había habído alguien alli a quien le gustaba jugar al bádminton. De las ventanas no escapaba ni un tenue rayo de luz pues las persianas de madera, aunque antiguas, encajaban perfectamente. Quien alli vivía se había encargado de que así fuera.

El pastor alemán volvió a salir de la caseta. Estaba inquieto, pero había aprendido que si hacía ruido salía malparado. Su amo lo había sacado de la perrera hacía dos años y lo había convertido en su perro guardián. Solo eso. Tenía claro que su lugar era el exterior, daba igual el tiempo que hiciese; de hecho, había entrado en la casa no más de tres veces. Le ponía de comer y de beber, punto.

De pronto un grito rompió el silencio del bosque y con las orejas gachas inició una marcha insegura hasta la puerta trasera. Ya tenía experiencia en moverse sigilosamente tras haberse llevado varios palos por hacerse notar cuando no debía. Se oyeron nuevos gemidos, y el perro decidió dar media vuelta para meterse definitivamente en la caseta, donde permaneció echado sobre el suelo húmedo.

El viento, que ahora soplaba en fuertes ráfagas, hacía caer las hojas de los árboles formando sobre la tierra una gran alfombra marrón.

Iba a ser una noche muy larga para él, pero aún más para quienes se hallaban en el interior de la vivienda.

Superado el atasco de toda tarde de viernes para salir de Barcelona empecé a dejar atrás el paísaje urbano y también mi propio cansancio. Las ganas de ver a Dalia y de volver al lugar donde había disfrutado tanto de niña me llenaban de energía.

Había pasado una mala noche. Otra vez. El mismo sueño, pero sin tierra en las manos. Desperté cuando me arrodillaba para descubrir lo que había enterrado en el suelo, aunque conseguí volver a dormirme. A las siete estaba en pie; preparé una bolsa de fin de semana con cuatro cosas, ropa de abrigo por si hacía frio y el álbum de fotografías que me había dado Sergio para verlas con mi tía. Ya en el despacho, conseguí dejar todo atado por la mañana y, tras comer un menú, a primera hora de la tarde me puse en marcha.

Conducía sin música, atenta al paisaje. Veía las mismas fábricas, las mismas casas de mi memoria; pocos cambios en los diez años que calculaba que llevaba sin hacer esa ruta, salvo que había más terreno edificado. Pensé en la cantidad de veces que había hecho ese mismo recorrido. Sentada detrás de mi padre, que conducía, me distraía mirando por la ventanilla. Odiaba ir en coche. El viaje se me hacía muy largo, a pesar de que el trayecto duraba poco más de una hora. Recordé un truco que, cuando debía de tener unos ochos años, me inventé para desconectar: imaginaba que un dóberman negro y estilizado, las oreias erguidas. igualito al que tenía una amiga de mi clase, saltaba y corría en paralelo a nuestro coche, sorteando todos los obstáculos que encontraba, va fuesen puentes, barrancos o edificios; no había barreras para él. Cuando llegábamos a nuestro destino desaparecía, hasta el siguiente viaje. Cometí el error de contarle esa fantasía a Verónica, mi hermana, que entonces tenía diez años v se metía conmigo cuando se aburría. Todavía podía oír su voz chillona: «¡Mamá, Iris está otra vez inventándose cosas! Dice que ve un perro que corre a nuestro lado», v se reía a carcajadas. La consecuencia era la nuca rígida de mi madre v sus secos comentarios: « No sé qué voy a hacer con esta niña, no es normal. Y encima, tú la consientes», le echaba en cara a mi padre. Yo me sulfuraba, v el único consuelo era la sonrisa cómplice de él en el espejo retrovisor.

En cuanto dejé la autopista y empecé a circular por la carretera secundaria que llevaba a Rocablanca la combinación de rojos, verdes y ocres me hizo recobrar el buen humor. A ambos lados, las enormes hayas y algunos castaños formaban con sus frondosas ramas una especie de bóveda que impedía la entrada de la cálida luz de la tarde otoñal, creando la sensación de que avanzaba por un túnel de hojas. En mi niñez, ir al pueblo significaba para mí liberarme tanto de la disciplina materna como de los estrictos horarios de la vida en la ciudad. No recuerdo que entonces nos prohibieran estar fuera de casa tras caer la noche: sencillamente, nunca pasaba nada.

Bajé las dos ventanillas delanteras y dejé que el aire, fresco y limpio, me despeinara. La sensación era magnífica. A mi derecha aún seguía en pie el pequeño camping que tenia la única piscina de los alrededores cuando era una cría. Allí Alma se partió un diente al tirarse de cabeza y su madre tuvo que correr a llevarla al médico. Hacia años que no recordaba el incidente.

Por fin divisé las primeras casas, el cartel que anunciaba que Rocablanca estaba a las puertas del Parque Natural del Montseny y el que indicaba cómo llegar a la ermita del siglo XII, uno de los reclamos turísticos del pueblo. Salvo por el hecho de que había más viviendas, el núcleo urbano no había cambiado. La carretera desembocaba en la plaza y luego seguía para adentrarse en la montaña. Reconocí con deleite la forma de los tejados, el color de las casas, la fuente, la pérgola donde se instalaba el mercadillo los jueves. Había bastante gente entrando y saliendo de la farmacia y de las tiendas. Casi todos se parecían a mí: urbanitas que huiamos de Barcelona el fin de semana. La iglesia tenía el mismo aspecto de siempre, así como la plazoleta con sus bancos de piedra y sus árboles. Me fijé en que tanto en estos como en las farolas había carteles con una foto que no distinguí, además de una pancarta de lado a lado que, en letras mavúsculas, decía: VAMOS A ENCONTRARA JULIÁN.

Estaba absorta buscando la calle que conducía a la casa de mi tía, fijándome en todos los detalles, cuando noté un fuerte golpe en la parte trasera del coche. Reboté contra el reposacabezas y frené de manera instintiva. Me quedé sin respiración, con las manos en el volante, incapaz de reaccionar durante unos segundos. Luego acerté a mirar por el espejo retrovisor. Un vehículo rojo se había empotrado contra mi maletero. Me desabroché el cinturón de seguridad y bajé para comprobar los daños. Qué desastre, seguro que tendría que ir directa al taller mecánico... ¡Lo que me faltaba! Me agaché y comprobé que el parachoques estaba abollado. El otro no se había hecho ni un raseuño.

—Lo siento —dijo una voz—. Creo que me distraje un momento... Y usted circulaba demasiado despacio, me parece.

Al erguirme de repente noté un dolor en las cervicales. Me llevé la mano a la nuca. No era de extrañar: las noches sin dormir me habían tensionado la zona y el golpe, aunque leve, había agravado el problema.

—¿Se ha hecho daño?

Me volví hacia la voz y vi frente a mí a un hombre alto y moreno que me

- —No creo que sea nada —contesté—. Me preocupa más el coche. Es posible que fuera demasiado lenta, lo reconozco, pero usted no ha respetado la distancia de seguridad. Tendremos que hacer un parte.
- —Tampoco ha sido tan grave... Lo importante es que esté usted bien afirmó—. No vale la pena hacer el parte, correré con todos los gastos, si es eso lo que le preocupa.

- « Vaya», pensé, « ¿para este hombre no existen los seguros?» Sorprendida, vi que se sacaba una tarjeta granate de un bolsillo de la chaqueta. De otro bolsillo hizo aparecer una estilográfica negra Montblanc y escribió algo. Me tendió la tarjeta. « Gabriel Sira Rojas», leí en letras negras, y debajo: « Asesor financiero». También constaban un número de teléfono y una dirección de correo electrónico, junto a los que había anotado el número de matrícula y la marca de su coche, un Mercedes último modelo. La puse en un bolsillo de mis tejanos.
- —¿Vive usted por los alrededores? —me preguntó mientras se guardaba la estilográfica.
 - -No, en Barcelona. ¿Y usted?

Esbozó una sonrisa educada.

-Yo también, pero tengo casa aquí, la masía de Can Roca. ¿La conoce?

La masía de Can Roca era muy antigua, se decía que del siglo XIV. Estaba abandonada cuando yo era una cría, y jugábamos en ella imaginando que estaba llena de fantasmas; era una de las leyendas locales. Había pertenecido a una familia rica de Girona, pero los sucesivos herederos dilapidaron la fortuna familiar y la propiedad de la finca pasó a ser de un banco. Si aquel hombre la había restaurado, se habría gastado mucho dinero.

- —Sí, claro, ¡Can Roca! —respondí—. Aquí todo el mundo la conoce. Bien, y a le llamaré cuando tenga el presupuesto del taller.
 - -Perfecto, quedamos así. -Me tendió la mano-. ¿Y usted es...?
- —Iris...—Se la estreché. Inmediatamente una alarma sonó en mi cabeza y, sin poder evitarlo, se me erizó la piel. Él no pareció darse cuenta. Retiré la mano intentando no ser brusca y me aparté un poco—. Iris Martín. Ya hablaremos.

—Sin duda —afirmó sonriendo de nuevo y se volvió para entrar en su coche.

Mientras daba marcha atrás y los curiosos que se habían congregado a nuestro alrededor se dispersaban, me froté la mano por la tela del pantalón con discreción. Me escocía como si acabase de tocar una mata de ortigas. Ya me había pasado otras veces y no le daba mucha importancia. En ocasiones era como si con ciertas personas recibiera una descarga eléctrica. La experiencia me había enseñado que podían causarme problemas o que no eran de fiar. Pero la sensación que había tenido con el tal Gabriel Sira había sido tan intensa que me dije que debería tratarlo lo menos posible.

-;Iris!

Me volví y ahí estaba Carlos, el marido de Alma, que avanzaba hacia mí con una sonrisa. Lo reconocí al instante, a pesar de que no nos veíamos desde que nació su hijo, Víctor. Salvo por las canas que ahora salpicaban su cabello y el cansancio que refleiaba su rostro, no había cambiado.

—Acabas de llegar y ya estás llamando la atención, no tienes remedio bromeó mientras me abrazaba—. Dalia nos dijo que ibas a venir. ¡Ya era hora! Si esperas un poco más te encuentras a Víctor en la universidad y a Alma y a mí llenos de achaques. —Rio y se apartó para mirarme—. Me alegro de verte, Iris. Ya hablaremos, no tengo mucho tiempo ahora. Estamos buscando a un niño de once años que desapareció el martes v. de momento, ni rastro.

-¿Es el de la pancarta? - pregunté señalándosela.

Asintió.

- --Puede haberse escapado de casa...
- --Ese chico no es de esos... Además, tres días son demasiados. --Le sonó el móvil--. Perdona, tengo que contestar.
 - -No pasa nada, Carlos. Ya nos veremos.

Asintió con la cabeza y se alejó con paso ligero. Me volví para meterme en el coche y me llevé la mano a la frente. Al dolor de la nuca se había añadido una opresión en las sienes; notaba el pulso, denso, constante, a modo de segundero marcando el tiempo.

- —Deberías ir al médico —insistió Dalia mientras me tocaba suavemente el cuello.
 - -No hace falta, tía, no me duele casi nada -mentí.
- —Ya sabes que en caliente no se nota, pero al cabo de unas horas... —Su tono era agorero—. Voy a darte un analgésico, te calmará. —Y se fue a buscarlo antes de que pudiera negarme.

Aproveché para sentarme en el sofá. Inspiré hondo. El olor a canela me llegaba desde la cocina y pensé en los postres que habria preparado. Para relamerse, seguro. Paseé la mirada por la sala. Todo estaba igual o, al menos, no distingui ningún cambio. Los mismos muebles, cortinas, cuadros... Hasta la alfombra bajo mis pies era la misma sobre la que jugaba de pequeña. En la repisa de la chimenea estaban las fotos familiares que recordaba. Mis abuelos, Dalia, sus hijos, su marido ya fallecido, mi tia Rosa, mi madre de joven, Verónica y yo. Me levanté para mirarlas de cerca. En una de ellas yo tendría unos trece años y estaba sentada junto a mi padre, que me pasaba el brazo por los hombros, mientras mi madre hacía lo propio con mi hermana. Rocé la imagen de mi padre con el dedo indice. Siempre iba a echarlo de menos.

- -Estás más delgada, Iris -dijo mi tía a mi espalda.
- —No es verdad —le contesté volviéndome—. Tú sí que necesitas ganar unos kilos. Ven a sentarte.

El cabello había vuelto a crecerle después de la quimioterapia, blanco y fuerte, pero había bajado de peso en las tres semanas que hacía que no la veía, y ello se reflejaba tanto en su cuerpo como en su rostro, más anguloso y seco. Cuando me abrió la puerta y la abracé, me pareció estar sosteniendo un gorrión. Eso si, el cáncer no había conseguido minar la vivacidad de su mirada.

- —Ten, aquí tienes la pastilla y un vaso de agua. —Se sentó a mi lado—. Ya había recuperado el apetito, pero con los nervios que he pasado hasta conocer el resultado de las pruebas no he comido mucho. Ahora pienso desquitarme. Sonrió y me apretó las manos—. Desde que hablamos por teléfono y me dijiste que venías he estado poniendo a punto la casa. —Miró hacia la escalera—. Es demasiado grande y solo uso la planta baja. La habitación que compartías con tu hermana está preparada. Las caléndulas de la ventana han florecido —dijo con orgullo.
 - —Ya he visto que lo tienes todo lleno de plantas, como cuando veníamos.
- —Disfruto mucho cuidándolas y me mantienen ocupada. Hay que tener obligaciones, más aún a mi edad. —Hizo una pausa—. Mirabas las fotos, ¿verdad? ¿Te has fijado? —Ante mi cara de incomprensión, aclaró—: Todas viudas: Rosa, tu madre, yo. Y tú divorciada. Tómate la pastilla.

Obedeci

- —Bueno... —Dejé el vaso vacío en la mesa—. No todas estamos... solas. Verónica sigue con su marido —apunté—, que y o sepa al menos.
- —Sí, tienes razón. ¡Y que le dure!, porque con el genio que tiene tu hermana... —Me miró con atención—. Te veo triste. No lo estabas la última vez que nos vimos.
 - -He estado muy liada, Dalia, casos complicados -disimulé.
 - —No me vengas con excusas, que te conozco.
- —Vale, vale —reconocí—, no estoy muy en forma. Como sabes, sigo buscando piso. No he encontrado aún ninguno que me guste, y tampoco puedo permitirme un alquiler muy alto. Cuando lo tenga, todo irá mucho mejor. Mentalmente crucé los dedos para que así fuese—. Este fin de semana te ayudaré con la casa, devoraré esos platos tan ricos que preparas y haré una visita a Alma y a su niño. —Bostecé— ¿Ves? Solo estar aquí ya me relaja.
- —Tú lo que tienes es sueño atrasado. —Río—. Anda, ve a echarte un rato que yo acabaré con la cocina.
 - —Mmm, me has tentado. No estaré mucho.

Las dos nos levantamos, ella con esfuerzo y yo presta a ayudarla, pero me rechazó con un gesto.

—No pasa nada. Me cuesta ponerme en marcha por las dichosas rodillas, pero luego estoy bien. Venga, sube a descansar.

Fui hasta la escalera mientras me masajeaba el cuello y, al hacerlo, me vino a la mente el tipo del accidente. Me volví hacia mi tía.

- —El conductor del Mercedes rojo... ¿es verdad que es el dueño de Can Roca? No me habías contado que la masía volvía a estar habitada.
- —Pues sí. Viene todos los fines de semana. Ha estado un año entero de obras. ¡Ha debido de gastarse una fortuna! Dicen que es digna de verse ahora. Pero ese hombre es extraño, no es buena gente —añadió haciendo un gesto de desagrado.

Recordé la sensación que había experimentado al darle la mano. Quizá mi tía no iba tan desencaminada.

- -¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?
- —Cuando está aquí, hay un continuo entrar y salir de coches en la masía. Hace fiestas que duran toda la noche. Los vecinos se han quejado... y con razón.
 - —Pero la casa está fuera del pueblo, ¡no pueden molestar tanto, no exageres!
- —Sí que molestan. —Dalia frunció el ceño—. Atraviesan el pueblo borrachos o drogados... o qué sé yo. Se oyen gritos y música, incluso desde aquí. La policía ha ido muchas veces, y ese hombre pide disculpas, para la música y todos se van, pero el fin de semana siguiente ¡vuelta a empezar! Yo creo que es un traficante de drogas o algo por el estilo.
 - -No, tía, se dice « asesor financiero» -contesté riendo.
- -Ya, ya, llámalo como quieras, pero en Can Roca hay gato encerrado. Se comenta que han visto a chicas muy jóvenes, demasiado jóvenes, en esas fiestas.

- -Bueno, pues que pongan una denuncia -sugerí.
- -Alguna se ha puesto, pero seguimos igual --dijo Dalia cabeceando--.

Hazme caso: ese hombre no es trigo limpio.

El ocupante de la casa empezó a revisar los armarios de la cocina uno por uno, metódicamente como hacía siempre con todo en su vida. Nunca dejaba nada al azar. Después de años de descontrol había encontrado en el orden la clave para seguir vivo y no acabar como muchos a los que había conocido. Gracias al orden, sí, pero también gracias al jefe, que le había rescatado de toda aquella mierda

Calculó que le quedaban provisiones para dos días. Aun así no podía descuidarse, ya que cualquier alteración del plan inicial podría exigirle más tiempo... y entonces tendría que ir a comprar. Las cosas no estaban saliendo como había previsto y eso al jefe no iba a gustarle. Anotó en una hoja de papel todo lo que podría necesitar y se dijo que quizá lo mejor era salir por la mañana temprano al supermercado para proveerse.

Le pareció percibir un ruido y tensó el cuerpo, escuchando, pero no oyó nada más. Pensó que serían las viejas maderas de la casa, quizá el maldito chucho, al que últimamente le daba por gemir. En su momento le pareció buena idea cogerlo como perro guardián; ahora, sin embargo... Como le diera mucho la lata se vería obligado a deshacerse de él y a buscar un buen animal, uno entrenado para hacer frente de verdad a los intrusos. De todas formas no podía quejarse: ningún extraño aparecía por la casa. Ah, si, en alguna ocasión, recordó, se había presentado un guarda forestal para decirle que limpiara de malas hierbas el terreno a fin de evitar incendios. No le había hecho ni puñetero caso.

Siguió con la lista y la concluyó con la sensación de que faltaba algo, pero no sabía qué podía ser. Eso le puso de mal humor y empezó a manosearse la oscura mata de pelo que le llegaba hasta los hombros, intentando pensar. Volvió a oír un ruido, y eso ya le sacó de quicio. Ahora estaba seguro de que provenía de la habitación. Tendría que ir a ver qué pasaba v. si hacía falta, le daría su merecido. Parecía mentira que todavía no hubiese aprendido quién ponía allí las normas. « Condenado hijo de puta», masculló para sus adentros. El retraso era por su culpa; si no colaboraba, no podía hacerse bien el trabajo. Su respiración se aceleró y, tras dejar la lista perfectamente alineada con el borde de la mesa de la cocina, salió para enseñarle qué les pasaba a los imbéciles que no hacían caso de lo que se les decía. Se detuvo frente a la escalera e intentó controlarse; ya no era el niño de ocho años que robaba motos y lanzaba piedras a los coches que pasaban por la autopista. Vava pandilla que estaban hechos él v sus amigos en esa época. Sonrió al recordar aquella vez que se les ocurrió rociar a una perra preñada para ver cómo ardía. Aún se acordaba del olor y los gañidos del animal. Muchos se rajaron y dieron media vuelta, pero él aguantó allí, hasta que se acercó gente y tuvo que largarse corriendo. Por aquel entonces se colocaban con el pegamento, luego vendría el hachís, la coca... y las palizas de su padre. Todo

eso quedaba muy lejos; ahora ya era un hombre y había aprendido a controlarse. Casi siempre.

Los gemidos cesaron y decidió no entrar en la habitación. Lo haría más tarde, cuando reanudase el trabajo.

El viento soplaba sin tregua. Los árboles, despojados de sus hojas, se balanceaban a un lado y a otro como si bailaran al son de una música que no se oía. Estaba sentada en una piedra y esperaba, rozando con mis dedos el verde musgo. Oi el ladrido de un perro y poco a poco empecé a distinguir su silueta. Venía directamente hacia mí, pero no me daba miedo. De hecho aguardaba su llegada porque, al parecer, debía darme un mensaje. El animal avanzaba despacio, como si se acercase contra su voluntad, y gemía con tristeza. Era un pastor alemán con pelitos blancos en el morro que cojeaba de una de las patas traseras.

Cuando llegó junto a mí se sentó y me miró fijamente. Abrió las mandibulas como si fuera a tragarse todo lo que lo rodeaba y, de pronto, vomitó una masa informe y negruzca en la que distinguí excrementos de todo tipo y algo que me parecieron huesos, además de otras cosas que no auise saber.

Acabé de escribir y me tendí de nuevo. Me había despertado con el corazón desbocado. Había sentido la pena del animal y tenía el estómago revuelto. La pesadilla me dejó con una sensación de premura, no sabía por qué, como si tuviese alguna urgencia, algo por hacer, y estuviera retrasándome. Me miré las manos. Nada, afortunadamente. La nuca me dolía menos, gracias al analgésico sin duda, pero la sensación de opresión en las sienes no me había abandonado del todo.

Respiré profundamente para relajarme. Mi habitación estaba tal como la recordaba. Las dos camas gemelas, las mesillas de noche, el armario que olía a lavanda, el jarrón con flores sobre la cómoda. Mi tía no había escatimado ningún detalle. Moví el cuello de un lado a otro; las cervicales apenas se quejaron. Me levanté y busqué mis botas.

Bajé la escalera llamando a Dalia, pero no me contestó. En la cocina hallé una nota: « Estoy en casa de la vecina. Nos vemos a la hora de la cena» . Me puse la chaqueta que había dejado en el sofá y decidí ir a ver a Alma. Cerré la puerta con la llave que mi tía solia ocultar bajo un pequeño búho de piedra gris que había en la entrada y fui andando hasta la plaza de la iglesia. Había poca gente en las calles. Ya eran las siete de la tarde y la oscuridad, unida al viento que había empezado a soplar, ahuyentaba a los paseantes. En todas las farolas y en muchos árboles seguián ondeando los carteles blancos que había visto a mi llegada. Recogí del suelo uno que se había caído. Con letras mayúsculas se pedía a cualquiera que hubiera visto a Julián que llamara a la policía o a sus padres. Constaban los números de teléfono, así como una foto del crío, en el centro. Un chico guapo, con cara simpática, posaba sonriente ante la cámara el diá de su

primera comunión. Carlos tenía razón: tres días eran demasiados.

Empezó a sonarme el móvil y lo saqué del bolsillo de la chaqueta. Era Alma.

- -¡Buenas! Estoy llegando a tu casa.
- —No me lo puedo creer —respondió ella con ironía—. ¿Cómo voy a reconocerte?
- $-_i$ Qué boba eres! Voy subida en una escoba y llevo mi sombrero de bruja, si te parece. Ábreme, anda, que ya estoy ahí.
- Colgué, rodeé la iglesia y enseguida divisé a Alma, que me esperaba con la puerta abierta.
- —Ahora debería decir aquello de « dichosos los ojos...» —exclamó cuando llegué a su altura—. ¡Ven aquí!
- Ambas nos fundimos en un abrazo. De repente fui consciente de lo mucho que la había echado de menos.
- —Pasa, que hace frío y tengo al niño con mocos, hoy no ha ido al parvulario. Deja que te vea... ¿Te das cuenta de que hace cinco años desde la última vez?
- —Los mismos que tiene tu hijo. Te llevé una caja de bombones al hospital y no te los quisiste comer.
- —¡Porque estaba como una vaca! Bueno, todavía lo estoy. Me sobran cinco kilos que no hay quien me los quite. —Me dio un repaso con la mirada—. Tú sí que estás igual, qué morro... Incluso más delgada, diría yo.

Alma no es muy alta y siempre ha mantenido una lucha con la báscula, pero le encanta cocinar y en su casa no se tira nada, siempre tiene ideas para reciclar las sobras, especialmente los postres. Es capaz de pasarse horas con mi tía discutiendo sobre la cantidad precisa de harina que debe llevar un pastel.

—Los años pasan para todas, niña —repliqué—. Y ¿quién es este chico tan guapo?

De pie, detrás de mi amiga, un niño en pijama me miraba con el semblante serio. Abrazaba un osito de peluche que ya no estaba en sus mejores días. Le faltaba un ojo, y se notaba que había pasado ya muchas veces por la lavadora, pero por lo que se veía, era muy querido.

- —¡Hay que ver cómo has crecido! —Me agaché para ponerme a su altura —. Yo soy Iris, y tú te llamas...
 - -- Víctor. -- Sonrió y me tendió el peluche--. Este es Osito.
- —Hola, Osito —dije muy seria dirigiéndome al muñeco—. Encantada de conocerte. Veo que te falta un ojo.
- —Se le cay ó —contestó el niño—. No sé dónde está. Si mamá lo encuentra se lo coserá.
- —Pues lo veo dificil, hijo —le contestó su madre—. Hace dias que lo busco por todas partes y no aparece. Venga, vamos al comedor y nos ponemos cómodas.
 - —Es idéntico a ti

- —Sí. —Alma sonrió—. No puede negarse que somos madre e hijo. Eso le da rabia a Carlos —concluyó maliciosa.
 - -Bueno, el siguiente será como su padre -aseguré riendo.
 - -Ya veremos -dijo ella evitando mi mirada.

Nos sentamos en el sofá del comedor mientras Víctor, sin soltar el osito, jugaba en la alfombra con unos coches.

—Hace solo unas horas que estoy aquí, pero tengo la sensación de que no ha cambiado nada. La casa de Dalia está intacta y la tuya tal como la recordaba... No ha pasado el tiempo. ¿Y tu madre?

Alma se recogió el largo cabello oscuro utilizando un lápiz a modo de pinza.

—Está bien, dando guerra, como siempre. Pero los años pasan y todo cambia, Iris, aunque a simple vista no te lo parezea. El pueblo se ha hecho más grande, hay más turistas, con los problemas que conlleva. Carlos, ya le has visto, está a tope en la comisaria. ¿Te has enterado de lo del niño desaparecido?

Asentí

- —Los padres están desesperados —susurró mirando a Víctor—. No puedo imaginar cómo me sentiría si me pasase algo así. A ver si hay buenas noticias pronto. —Palmeó el sofá—. Yo sigo en información turística. Antes éramos tres compañeras y ahora las dos que quedamos nos turnamos para cubrir el horario. En fin, lo importante es que de momento estamos todos bien, lo que ya es mucho —concluyó—. ¿Y tú? ¿No me cuentas nada, señora hermética?
 - -Qué graciosa. Ya sabrás que me he divorciado...
 - -Me lo dijo Dalia.
- —Me instalé en casa de mi madre, y no sé si fue peor el trago del divorcio o tener que aguantarla. Ahora está en Londres con Verónica.
 - -Menos mal. -Puso los ojos en blanco.
- —Pues sí. —Suspiré—. Estoy buscando piso, con mucho trabajo en el despacho y poca cosa más.
- —¿Ya está? Vaya cinco años más cortos —ironizó—. Presiento que me ocultas algo...
 - -Pensaba que la de los presentimientos era y o -despisté.
 - -Eso sin dudarlo. ¿Ya has empezado a reconocerlo?
- —¡Otra vez! —exclamé—. Todavía estás con esas chorradas de que tengo « poderes especiales» . Lees demasiadas revistas esotéricas. Víctor —le dije al niño, que nos miraba a ambas—, ¿verdad que tu madre repite tanto las cosas que a veces es un poco... quiero decir, muy, muy pesada?

Víctor soltó una carcajada y abrió mucho sus ojos azules, idénticos a los de Alma

- -Sí, sí, es muy pesada -dijo riendo.
- —Hombre, ¡gracias! —exclamó ella dándome un puñetazo en el brazo—. Eso no se dice de una madre. Y, para tu información, leo buenas revistas y libros

de cosas que me interesan desde cría. Además tengo razón, y lo sabes.

A Alma le encantaban esos temas, era verdad, y siempre había sostenido que mis sueños, que ella llamaba « presentimientos», eran la muestra de mis « facultades psíquicas». Nunca se había cansado de repetirme que debía reconocerlas y potenciarlas. Y yo nunca me había cansado de repetirle que se dejara de tonterías y, sobre todo, que me dejara en paz.

- —En fin —dijo al ver que guardaba silencio—, ya hablaremos con más calma. ¿Quieres tomar algo? Voy a hacerme un café.
 - -Perfecto, para mí una manzanilla, si tienes. Te ay udo.
 - -No hace falta, quédate aquí con Víctor. -Se levantó y fue a la cocina.
- Me recosté en el sofá mirando al niño, que, concentrado, hacía rodar los coches por la alfombra hasta una caja de zapatos que hacía las veces de garaje.
- —¿No aparcas esos, Víctor? —Le señalé dos pequeños vehículos de color azul que tenía apartados.
 - -Son coches de policía, no se pueden aparcar.
 - -¿Ah, no? Los policías también duermen.
 - -Estos no, tienen que encontrar al niño que se ha perdido.

No supe qué responder a eso. Víctor, sentado en el suelo, levantó la vista hacia mí y me preguntó con una expresión muy seria en su carita:

- —Tú también lo buscarás, ¿verdad? Julián tiene mucho miedo, quiere ver a su mamá
- —Yo no lo conozco, Víctor... De todos modos he visto su foto, así que si lo encuentro lo llevaré con su madre, no te preocupes.
 - -Está esperando que vay amos a por él.
 - -¿Cómo lo sabes? pregunté desconcertada.
- —Lo sé porque lo sé —contestó resuelto, y volvió a dirigir su atención a los coches.

Guardé silencio y me arrodillé junto a él.

- —¿Quieres que te ay ude a buscar el oj o del osito?
- Víctor sonrió, y empezamos a gatear por la alfombra.
- —Veo que os lo pasáis bien —dijo Alma entrando en el salón cargada con una bandeja—. Seguid, seguid, que voy a sentarme un ratito en el sofá.

Jordi se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello. Aquella humedad calaba los huesos y aumentaba la sensación de frio. Cerró la puerta del coche y fue hasta donde se encontraban Carlos y los forestales. Las largas horas de esfuerzo sin resultado eran visibles en sus rostros.

- —¿Cómo has dejado a Walter? —le preguntó Carlos.
- —Más calmado, al menos. Jenny estaba esperando. Ya no puede más, esto es un calvario para un padre.
- —Son demasiados días de tensión... Esa familia está destrozada —murmuró Carlos—. Vamos, acabemos con este sector antes de tener que dejarlo por hoy, es más de medianoche. Jordi y vosotros dos —dijo al tiempo que señalaba a los forestales a su izquierda—, acercaos a la casa de colonias. Nosotros tres iremos hasta el depósito de agua. ¿Lleváis el walkie conectado? —Todos asintieron—. No podemos fiarnos de los teléfonos. Venea, un último esfuerzo antes de retirarnos.

Abrió la marcha hacia el camino que conducía al antiguo depósito de agua, inutilizado desde la Guerra Civil. El lugar estaba a quince kilómetros del pueblo, en la zona sur. Algún fin de semana, sobre todo en verano, chavales pasados de vueltas subían a hacerse los machitos cuando ya iban bien colocados, y la cosa acababa en pelea con algún botellazo de por medio. Cualquier día a alguno se le ocurriría acceder a la cisterna o a los túneles que se decía horadaban los alrededores, a pesar de los letreros herrumbrosos que avisaban del peligro, y eso sí que podía acabar en tragedia.

Como sus compañeros, avanzaba en silencio linterna en mano. Los animales del bosque enmudecian a su paso y reanudaban su actividad en cuanto se alejaban. El viento agitaba las ramas de los árboles. Se sentía agotado, no solo por la falta de sueño y por el cansancio, sino también por la tensión acumulada. Aunque la impotencia de no saber qué más hacer, de tener que mirar a la cara a los padres de Julián para decirles que, un día más, no sabían dónde estaba su hijo era lo peor de todo.

-Hemos llegado -dijo uno de los forestales, que se había adelantado.

Distinguieron la valla metálica de acceso; apenas se sostenía ya, totalmente invadida por zarzas y arbustos, con un candado oxidado que pendía de una cadena, abierto, inservible. Alguien había colocado piedras para impedir que la valla se viniera abajo.

- -Ay údam e con esto -le pidió Carlos.
- Los dos empezaron a retirar las piedras, lo suficiente para poder pasar.
- -Huele a podrido -murmuró el otro forestal, olfateando el aire.
- —Tienes razón.

Carlos les hizo una seña para que se mantuvieran alerta. Con cautela, recorrieron los metros que aún los separaban del depósito. El desagradable olor

se intensificó. Algún animal muerto, hongos en descomposición, quizá algo peor. Fue hacia el lado izquierdo para rodearlo mientras sus compañeros se dirigieron a la derecha. Se oyó el ulular de un búho, como una llamada de atención.

A la luz de las linternas vieron lo que parecía ser ropa vieja y destrozada. Junto a ella había latas de refrescos y de comida vacías, restos de cerámica, pañuelos de papel sucios que el viento levantaba del suelo y bolsas de plástico. El hedor provenía de allí. A pesar del frío los tres empezaron a sudar e intercambiaron una mirada cargada de temor. Carlos dio un paso, cogió una rama del suelo y removió con ella las prendas, alzando con cuidado lo que había sido en otro tiempo una camisa de cuadros. Una cría de jabalí yacía bajo ella sobre el costado derecho. Los animales del bosque habían dado buena cuenta del jabato; quedaba poca carne adherida a los huesos, que ya servía de alimento para los insectos.

—Alguien lo habrá cubierto con todas estas porquerías, no entiendo por qué —dijo uno de los forestales.

Carlos soltó todo el aire que había contenido en los pulmones. Todavía quedaban esperanzas.

-Habrá que avisar para que limpien todo esto. Volvamos al coche.

A pesar de ser sábado por la mañana el supermercado que había a las afueras de Rocablanca no estaba tan concurrido como cabía esperar. Algunos clientes paseaban por los pasillos sin cargar demasiado su carrito de la compra. Maite, la cajera, estaba deseando que llegara el momento de hacer un descanso y poder salir a fumar. Le dolía la espalda y estaba de mal humor. Era el tercer sábado consecutivo que le tocaba trabajar gracias a su compañera que volvía a estar de baja. «Para variar», pensó. « Vaya morro, yo sí que tendría que coger la baja con este dolor de espalda...» Empezaba a creer que su compañera tenía un rollo con el jefe. Si no, no entendía cómo le permitía tantas historias, mientras que a los demás empleados los mantenía a raya. Echó una ojeada al gigantesco reloj que colgaba de la pared y pensó que le quedaban solo cinco minutos. Cobraría a la señora que ya estaba colocando la compra en la cinta y cerraría la caja para que viniera Núria a sustituirla.

Acabó de pasar toda la compra, puso deprisa un letrero metálico que rezaba CAJA CERRADA v. sin levantar la vista, dii o:

- -Pasen por la otra caja, por favor. En un momento les atenderán.
- Una voz ronca le respondió:
- -Ya he empezado a colocar la compra, cóbrame y cierra la caja luego.

Maite levantó la vista sorprendida y vio a un hombre de mediana estatura, vestido con una chaqueta tipo militar, bajo la que se entreveía una camisa de leñador a cuadros rojos que se tensaba sobre su prominente barriga, y con pantalones de montaña no demasiado limpios. Llevaba gafas de sol a pesar de que el día estaba nublado, y el grasiento pelo lacio y oscuro le caía a ambos lados de la cara, de mejillas y labios gruesos.

- —He cerrado la caja, señor. Ahora vendrá mi compañera y le cobrará contestó con la mejor de sus sonrisas.
- —No quiero esperar a que venga tu compañera, quiero que me cobres ahora —replicó el individuo sin inmutarse, y siguió colocando cosas sobre la cinta.
 - Maite suspiró para sí.
- —Lo siento —se disculpó. Y con voz suave y paciente, añadió—: Ya se lo he dicho, tengo que cerrar.
- —No me cabrees, que no te conviene —espetó el sujeto, inclinándose sobre la cinta y acercándole la cara a pocos centímetros.

Emanaba un olor a sudor rancio, a cerveza y a algo más que ella no supo definir, pero que le revolvió el estómago. Temblando, se echó hacia atrás y pulsó el botón del interfono para avisar al encareado.

- —No llames a nadie, putita. Cóbrame y ya está. —Enseñó unos dientes grandes y amarillentos.
 - -¿Qué pasa, Maite? -preguntó Luis, el encargado, que venía por el pasillo

central

Se volvió hacia él aliviada.

- —Este señor, que quiere que le cobre, pero he cerrado ya la caja. Ahora vendrá Núria y le atenderá —le explicó cuando lo tuvo a su lado—, pero aun así insiste
- —Perdone, señor —empezó Luis—. En un minuto llega la otra cajera. O si prefiere va le cobro vo en la otra caja.

-No -se limitó a decir el sujeto-. Ya he colocado las cosas aquí.

Dio un manotazo sobre la cinta que resonó en el silencio reinante en el establecimiento. Los escasos clientes se volvieron a mirar.

—Ya se las traslado yo a la otra caja, no se preocupe, y le cobro enseguida —dijo Luis tratando de aplacarlo, al tiempo que pensaba que ya iba siendo hora de que la empresa les hiciese caso en lo de tener un vigilante de seguridad. Ya se habían llevado un susto ese verano, por no hablar de los hurtos que sufrían en los últimos tiempos.

El sujeto se le quedó mirando como si fuese a soltarle algo o a lanzarse sobre él, y Luis dio instintivamente un paso atrás. De pronto, el individuo pareció cambiar de idea y, sin decir palabra, recorrió el pasillo de la caja y salió del establecimiento.

- —Pero ¡bueno! ¡Parece mentira! Hay que ser gilipollas... Con la que ha montado, lo deja todo aquí y se va —dijo Maite, sorprendida y aliviada a la vez por haberse librado de aquel tipo.
- —¿Lo habías visto antes? —Luis frunció la nariz y agitó la mano delante de su cara—. Vaya pestazo, no debe de haberse lavado en meses.
 - -No, nunca lo había visto, seguro que del pueblo no es.
- —Si vuelve por aquí, avisame rápido. Estos son de los que causan problemas en serio. Tenemos que insistir con lo del guarda de seguridad, a ver si la empresa se entera.

-Dímelo a mí -masculló Maite.

Lo vieron subirse a un jeep destartalado, arrancar y largarse a toda prisa como si estuvieran persiguiéndole.

—Voy a echar algo de ambientador —dijo Maite en cuanto hubo desaparecido de su vista—. Si no, la gente pensará que vendemos comida podrida. Dalia había ido a echarse un rato. Habíamos pasado la mañana haciendo conservas en la cocina y degustando luego el famoso arroz con setas, del que me servi dos raciones completas. Estaba buenísimo. Tras recogerlo todo, me resisti a la tentación de descansar un poco. Me apetecia ir caminando hasta la ermita, tomar un poco el aire. Además, había prometido a Víctor que le llevaría piedras y palos para hacer «casas» para sus coches. Me abrigué bien porque la temperatura había bajado. Eran las cuatro de la tarde y Rocablanca parecia desierto: hasta la hora en la que abrieran las tiendas, poca gente saldría a la calle.

Me estaba sentando de maravilla el fin de semana, aunque no había conseguido librarme de los sueños. Otra vez se había repetido la misma escena del bosque y en mi cabeza seguía notando una pulsación rítmica constante. Pero al menos el perro no había aparecido.

Dejé atrás el pueblo y enfilé el camino que subía a la ermita, unos dos kilómetros y medio cuesta arriba. Apenas calentaba el sol debido a la bruma que había empezado a formarse, anuncio de niebla segura en cuanto oscureciese. El bosque estaba en silencio, roto ocasionalmente por el canto de los pájaros que aprovechaban las últimas horas de luz. Mis pies iban levantando la hojarasca y, en algunos puntos, me hundía hasta las rodillas en una acumulación de hojas rojizas y amarillentas. Las hayas retorcidas exhibían sus ramas esqueléticas mientras jirones de niebla circulaban veloces entre ellas, impulsados por la brisa húmeda. A pesar del frio empecé a sudar por el ascenso. De cuando en cuando me detenía para recoger ramas secas y piedras pequeñas, que guardaba en los bolsillos de mi chaqueta. Por fin llegué a la explanada donde estaba la ermita y suspiré, contenta.

Tenía el mismo aspecto de siempre, salvo que habían colocado un poste junto al acceso con un letrero donde se explicaba que la capilla era de estilo románico, construida en el siglo XII, y que había sido restaurada en varias ocasiones. Un caminito llevaba a los escalones de piedra de la puerta principal, y el campanario estaba a la izquierda. Recordé cuando ibamos hasta allí en verano y nos sentábamos en ellos para comernos un bocadillo y tomar el sol. La puerta estaba cerrada, como era de suponer. Lástima, porque dentro se custodiaba la famosa Virgen que daba nombre al pueblo; me habría gustado verla de nuevo. Decidí dar una vuelta a todo el recinto. De cerca se notaba que la última restauración había sido esmerada, lo que estaba muy bien, pero para mí había perdido aquel encanto decadente que el abandono siempre da a los edificios. Doblaba una de las esquinas para regresar a la puerta principal cuando me pareció ver que alguien llegaba por el mismo camino que yo había tomado. Reconocí a Gabriel Sira, vestido con chaqueta gruesa, botas de montaña y mochila a la espalda. Se acercaba a paso ligero; no parecía que estuviera paseando, sino que daba la

sensación de que se dirigía a un lugar concreto. Desde donde me encontraba, no podía verme; aun así, di un paso atrás y me quedé quieta para mantenerme oculta. Al cabo de unos segundos volví a asomarme y acerté a ver que se adentraba en el bosque. En un impulso decidí ir tras él a una distancia prudencial para averiguar adónde iba. Y si me descubría, siempre tenía la excusa de estar dando un paseo.

Como procuraba no acercarme demasiado, a veces casi lo perdía de vista y a que caminaba rápidamente, y eso que no seguia ningún sendero. Si la orientación no me fallaba, era como si estuviéramos volviendo al pueblo pero dando un gran rodeo. El paisaje había cambiado un poco, ahora había más castaños y el suelo estaba lleno de sus frutos; mejor dicho, de las cáscaras que habían dejado los excursionistas. De pronto reconocí el lugar: estábamos llegando a la zona donde se conservaban, unos en mejor estado que otros, algunos refugios de piedra construidos hacía y a mucho. Eran las barracas de los carboneros, que en tiempos pasados se dedicaban día y noche a controlar el proceso de combustión de leña para conseguir carbón.

Gabriel Sira se metió en una, y me senté a vigilar su salida en el tronco de un árbol desde donde podía observar sin ser vista. Al menos transcurrieron unos buenos diez minutos. No se me ocurría qué podía hacer alli tanto rato. Los refugios estaban vacíos, y solamente algunos, como ese, se habian restaurado para que se recordara el duro trabajo de otras épocas. Estaba a punto de levantarme e irme cuando por fin salió y tomó un sendero que había a la izquierda y que conducía al pueblo.

Muerta de curiosidad, decidí inspeccionar esa barraca; después volvería a casa, pues la bruma empezaba a espesarse. Tuve que agachar la cabeza y encogerme un par de palmos para entrar. El espacio era reducido y estaba en penumbra; apenas entraba luz por el agujero del techo que había servido para ventilar el humo cuando se encendía un fuego dentro. Olía a humedad y a hojas en descomposición. No había nada, salvo un banco de piedra a la izquierda y algunos pedruscos amontonados debajo del orificio. Quizá alguien se guareciera allí de vez en cuando. Me fijé en que la tierra había sido removida en una esquina y me acerqué para echar un vistazo. «Si al menos tuviese una linterna...»

-¿Ha perdido algo? -dijo una voz profunda a mi espalda.

Me asusté tanto que estuve a punto de perder el equilibrio. Creí que el corazón se me salía por la boca. Me volví y allí, bloqueando la entrada, estaba Sira.

Abrí la boca y empecé a balbucear una respuesta.

- -Eh... No, qué va. Iba a marcharme va. pero...
- —Me pareció que buscaba algo en la tierra —siguió él en un tono neutro, sin moverse.
- —No, no... Bueno, sí, ¡castañas! He entrado solo para curiosear. —La explicación era penosa, pero no se me ocurría nada más.

Los dos estábamos encorvados en aquel espacio mínimo, casi nos tocábamos; resultaba asfixiante. Finalmente él se hizo a un lado para que yo saliera. Una vez fuera inspiré hondo, aliviada de estar al aire libre. Durante un momento, allí dentro, a oscuras, había sentido auténtica claustrofobia. Sira salió agachándose para evitar golpearse la cabeza. Cuando se irguió, en su rostro advertí una expresión dura: sus ojos, claros y fríos, me escudriñaban con atención.

- -Me seguía, ¿verdad? --dijo acercándose.
- —No. —Procuré no delatar mi nerviosismo—. Estaba dando un paseo.
 —¡Nunca le han dicho que miente muy mal? —ironizó—. ¡Cómo sigue el
- cuello?—preguntó suavizando el tono.

 —Bien, gracias. No ha sido nada. Y, oiga, no voy a llevar el coche al taller.

Ha sido un golpe sin importancia. Gracias de todas formas... Adiós.

Me aparté y me di la vuelta para marcharme. Cuánto me arrepentia de haberle seguido... No me apetecía la compañía de ese hombre. Había algo en él que me ponía en guardia, quizá por los comentarios de Dalia o por lo que había

- sentido cuando le di la mano; fuera como fuese, no me gustaba.

 —Como quiera —diio él a mi espalda—. ¿Va hacia el pueblo?
- —Sí, tengo que volver a casa, se hace tarde —contesté intentando no ser maleducada.
- —Pues voy con usted, empieza a hacer frío —dijo él, y se situó a mi lado abriendo la marcha a grandes zancadas.

Jordi conducía mientras Carlos iba despotricando a su lado. Le dejaba hablar porque sabía que era mejor no abrir la boca cuando se ponía así: descargaría toda su ira, pero al cabo de unos minutos volvería a mostrarse tan razonable como siempre. Fuera como fuese, tenía que reconocer que no le faltaba razón en algunas cuestiones.

- —¡Esto es una mierda! —exclamó Carlos por cuarta vez—. Te sueltan lo que les sale de las pelotas y se quedan tan tranquilos. Vamos, han venido a decirnos que dejemos de buscar porque, para lo que hemos conseguido, o sea, nada, no vale la pena seguir. Te digo una cosa... —Se volvió a Jordi—. Si esto fuese un caso de gente con dinero, jotro gallo cantaría!
- —¿A qué te refieres? —Ahora sí que lo interrumpió—. ¿Insinúas que no se han empleado a fondo porque se trata de una familia humilde? Ahí no estoy de acuerdo.
- —No digo eso; no dudo de los compañeros, son profesionales. Hablo de los de arriba. —Elevó la palma de la mano hacia el techo del coche—. Los que realmente están al final del escalafón, tan alto que ni nos ven. A esos les importamos un carajo, nosotros y la gente corriente, así que destinan lo mínimo a recursos y ahí te las apañes.

Ambos se quedaron en silencio, Jordi concentrado en la conducción, Carlos dando vueltas a las horas previas. La reunión en la Unidad Central de Investigación de Sabadell había sido desalentadora. Descartada una fuga voluntaria, cobraba fuerza la hipótesis de que el niño hubiera sido secuestrado, ya fuera por una cuestión de tráfico de órganos o de prostitución infantil. Carlos se resistia a planteárselo siquiera, pero sabía que probablemente sus superiores tenían razón y que, por desgracia, Julián pasaria a formar parte de las listas de desaparecidos que su compañero había conseguido. Le rondaba la cabeza la absurda idea de que el chaval no se hallaba muy lejos. Era un chico inteligente, y seguro que, de poder, habría dejado alguna pista. Aun así, la realidad era que seguían a oscuras.

- —Hay que continuar con la búsqueda. Deberíamos centrarnos en la zona este, es la menos poblada. ¿Los agentes han revisado las casas que hay en el bosque?—preguntó.
- —Sabes que sí, y también han entrado en las que estaban desocupadas. No han visto nada. No es un trabajo fácil, el parque es muy grande.
- —Soy consciente de ello. —Carlos se pasó las manos por el pelo—. Todavía no puedo darme por vencido. Es demasiado pronto.
- —No « podemos» darnos por vencidos, estoy de acuerdo contigo, pero creo que hay que dosificar las fuerzas. Hay miles de sitios donde el crío puede estar, si es que sigue en el país, claro. Esta noche toca dormir un poco. Mañana

empezamos a las seis. Cuando lleguemos a la comisaría organizamos la ruta. Avisaré a los demás.

Tras un momento de silencio, Carlos asintió.

—Tienes razón, nos vendrá bien un descanso —convino al tiempo que miraba por la ventanilla.

La niebla invadía el terreno impidiendo la visibilidad. Esperaba que no se hicieran muchos desplazamientos; sería peligroso, y solo faltaba que hubiera accidentes de circulación. Iba a ser una mala noche para estar a la intemperie. Rogó mentalmente que Julián estuviese a cubierto. Dondequiera que se encontrase. La niebla había espesado y en algunos tramos del camino no veíamos más que unos pocos metros por delante. Avanzábamos en silencio, él a grandes zancadas, yo alargando el paso. Tropecé y estuve a punto de perder el equilibrio. Sin detenerse y sin volver la cabeza, extendió el brazo izquierdo para sujetarme con fuerza como quien levantara una pluma. Mascullé un « gracias» mientras me frotaba con disimulo allí donde me había agarrado; seguro que me saldría un buen cardenal. Se giró v sonrió, deiando ver una dentadura perfecta.

- —Tiene que estar atenta al terreno; el camino es traicionero y las hojas ocultan los desniveles —comentó, condescendiente.
- —Ya me había dado cuenta. Estoy acostumbrada a ir por la montaña, ¿sabe?
 —no pude evitar replicar.
 - Enarcó una ceja aparentando incredulidad.
- —Pues por el calzado que se ha puesto, nadie lo diría. No lleva usted las botas más adecuadas

Preferí hacer oídos sordos. El regreso a casa se me estaba haciendo largo.

- -¿Conoce bien Rocablanca? preguntó al cabo de un rato.
- -Sí -contesté-, venía a menudo de niña.
- —Me interesan mucho sus historias y leyendas —continuó Sira—. Lo que descubrí cuando empecé a documentarme me impulsó a comprar la masía de Can Roca.
- —Historias por aquí las hay a montones —contesté. Tropecé de nuevo, y esta vez me aparté de él cuanto pude—. En el centro de información turística encontrará todos los datos que quiera sobre el pueblo.
- —Ya estuve en él... y también en la Diputación de Barcelona. Voy recopilando documentación poco a poco.
- —La historia... o leyenda, quién sabe, más conocida es la que explica el origen del nombre del pueblo: Rocablanca.
- —¿Se refiere a la de los pastores que en una noche de tormenta usaron como refugio unas rocas entre las que encontraron la imagen de la Virgen que está en la ermita?

Asentí.

—Ya ve que la conozco. Aunque en realidad las leyendas sobre brujería son mis favoritas. —Esbozó una sonrisa torcida.

No me dejé amilanar.

—Pues en el Montseny hay muchas. —Recordaba vagamente que mi tía Rosa, para desesperación de mi madre, había sacado el tema alguna vez en casa de mis abuelos—. Me parece que en los archivos eclesiásticos se conservan documentos sobre los procesos seguidos a mujeres acusadas de ciertas prácticas. Hasta creo que hay constancia de la ejecución de una supuesta bruja.

—La llamada Napa de Prats, Maria Pujol —aclaró Sira—. La ejecutaron en Barcelona en 1767 por haber matado y mutilado a una niña de cuatro años en diciembre de 1766.

Lo miré con asombro. Qué tipo tan peculiar... En lugar de estar hablándome del tiempo, por ejemplo, me amenizaba el trayecto con ajusticiamientos de hacía casi trescientos años.

- —No recuerdo si era ese el caso que yo conocía, pero podría ser... No creo que haya habido muchos similares —comenté, por decir algo.
- —Más de los que imagina. En este en concreto los investigadores parecen estar de acuerdo en que la Napa era una enferma mental, pero la acusaron de brujería. En esa época, ya se sabe... De las epidemias, de las malas cosechas e incluso de las tormentas tenían la culpa las brujas... o las consideradas como tales, para ser precisos. Las pruebas contra ella eran aplastantes: en su casa hallaron el brazo izquierdo y el higado de la niña, que además había sido degollada. Se consideró entonces que lo había hecho para tener material para sus hechizos y ungüentos —concluyó haciendo una mueca.
 - -Muy... interesante.

Gabriel Sira rio con ganas.

 $-_i$ Menuda cara ha puesto! Debe de pensar que le ha tocado un extraño compañero de regreso al pueblo.

Me miró y se aproximó a mí.

- -No me negará que hablar con un desconocido de estos temas es... inusual.
- —Vale —dijo burlón—. Pues hablemos del tiempo entonces. Espesa la niebla, ¿no? Podríamos llegar a perdernos y no encontrar el camino de vuelta.
- —Tampoco hay que exagerar, no nos hemos apartado del sendero en ningún momento —contesté molesta. Continuamos andando, ahora en un silencio prolongado. Parecía que Sira

Continuamos andando, ahora en un silencio prolongado. Parecía que Sira había perdido interés en la conversación y, la verdad, no me apetecía mucho oír nada más sobre higados y brazos mutilados.

-Bueno, y a estamos llegando -dije aliviada al ver las primeras casas.

La niebla se había disipado un poco y la brisa levantaba las hojas muertas a nuestro alrededor.

—Bien, aquí nos separamos. —Se detuvo y me miró con atención—. Por si le interesa volver a seguirme, le informo de que me dirijo a mi casa. Tengo invitados esta noche.

—Me parece perfecto, pero será difícil que volvamos a vernos. Adiós.

Me encaminé hacia las luces del pueblo, encantada de haber dejado atrás a aquel individuo. Cuanto más lo trataba, menos me gustaba.

-Hasta la vista -dijo él suavemente a mi espalda.

Christian había estado a punto de perder el control y eso no podía ser. Sabía que lo último que debía hacer era llamar la atención, por lo que discutir con la puta de la cajera no había sido la mejor forma de pasar desapercibido. Ya no podría volver a ese supermercado. Tras recorrer treinta kilómetros se había detenido en el primero que había visto para comprar lo que necesitaba. El trabajo debía acabarse ese mismo día. El jefe acababa de llamarle y sus órdenes habían sido claras.

Vaya día de nervios. Para remate, hacía un rato que se habían presentado dos guardas forestales a su puerta. Todavía no sabía cómo había logrado quitárselos de encima. Uno se había quedado fuera hablando por teléfono mientras el otro había entrado en la casa. Por suerte iba con prisa y solo había echado un vistazo rápido; no había reparado en la escalera que ocultaba la habitación secreta. Al parecer la excusa de que se dedicaba a realizar reportajes fotográficos de bodas, bautizos y celebraciones había colado... bueno, eso y los tres ordenadores portátiles y las cámaras fotográficas profesionales que había mostrado al guarda. Tenía gracia. Si no fuese porque era imposible, le habría gustado enseñarle algunas de las fotografías que guardaba, únicamente para ver qué cara ponía. Volvió a reír entre dientes mientras negaba con la cabeza. «¡Bodas y bautizos...!

Oyó un ruido procedente de la habitación y consultó su reloj. Estaba a punto de llegar. Iba a ser un buen fin de fiesta. Se dirigió a la cocina al tiempo que repasaba, por enésima vez, que todo estuviera preparado y en orden. Cada cosa en su lugar. No tenía más que seguir la rutina de siempre y estar atento por si había alguna variación. Cumpliría su cometido, como era habitual en él. Ya estaba casi todo hecho, solo faltaba culminarlo.

Recordó una de las primeras cosas que le dijo el jefe al poco de conocerse: que si trabajaba para él estaria por encima de las normas y, además, ganaria dinero. Antes de eso había hecho de ayudante de mecánico, de ayudante de albañil, de lo que fuese... y como no había día que no estuviera colocado, acababan echándolo de todas partes, por lo que decidió dejar de intentar vivir como los demás y tiró como pudo con el trapicheo de drogas. Poco después había conseguido agenciarse una cámara de fotos, de las buenas, y casi sin darse cuenta había empezado a hacer fotografias que no estaban nada mal. En los antros a los que iba a hacer negocio con el hachís y algo de coca retrataba de paso a las putas que se contoneaban agarradas a la barra fija como si en ello les fuese la vida. Enfocaba el cuerpo, el culo, las tetas, las piernas, el pelo, pero casi nunca la cara de aquellas zorras. Todas tenían la misma expresión vacia, una máscara pintada con una sonrisa ficticia, la mente muy lejos de la realidad que vivían, de lo que estaban haciendo, como si no fuera con ellas o no estuviesen alli

realmente, como si fuesen otra persona a la que ni conocían ni tenían ganas de conocer.

Al principio se había llevado algún mamporro por sacar la cámara en los locales que frecuentaba. Hasta que al dueño de El Fire, Vicente el Guapo le llamaban, porque decían que en sus buenos tiempos se parecía a un actor americano con bigotillo y el pelo engominado y repeinado hacia atrás cuyo nombre no recordaba, se le ocurrió pasar las fotos a los clientes, bien para que pudieran irse calentando con ellas mientras su chica favorita salía a escena, bien para llevárselas a casa y machacársela mirándolas si no habían podido catarla. Y la cosa empezó a funcionar. Contaba con más pasta, Vicente le alquiló un cuartito para vivir y guardar todo su equipo de trabajo, e incluso de vez en cuando conseguía llevarse a la cama a alguna chica que soñaba que, gracias a sus fotos, podría convertirse en modelo y acabar saliendo en la tele. Si querían creer eso, allá ellas. No las alentaba, aunque tampoco iba a desaprovechar la ocasión... hasta que la tipa en cuestión se daba cuenta de que estaba perdiendo el tiempo y entonces él se quedaba a dos velas.

Todo eso cambió en cuanto conoció al jefe. A cambio de sus servicios en exclusiva, le obligó a dejar la droga y el puterio. En todo lo que le prometió cumplió su palabra, pero tenía que reconocer que era un tipo bien extraño, y eso que él había conocido a muchos tios raros. Aun así, lo que decidiera le parecía bien... aunque últimamente lo veía un poco pasado de vueltas con lo de los niños. No iba a ser él quien le pusiera pegas, haría lo que le pidiese, y si tenía que ser sincero consigo mismo, tampoco le importaba; cada uno disfrutaba con lo que le daba la gana, sobre todo si tenías pasta para pagarlo. Y era mucho mejor que cuando estaba colgado con las drogas; las alucinaciones se quedaban cortas comparadas con la realidad.

Un escalofrío de excitación le recorrió la espalda. Se acercaba el momento, y sabía que debía dar la talla... si quería llevarse lo suy o.

No había podido descansar en toda la noche. Cuando lo intentaba, el sueño del bosque se repetía, insistente, y se mezclaba con las imágenes del perro que womitaba fragmentos de huesos y excrementos que me ponían enferma. La pulsión en mis sienes era tremenda, a lo que se habían unido unas náuseas persistentes y una profunda sensación de tristeza. Finalmente me levanté, me vestí y fui al lavabo para mojarme la cara. Tenía un aspecto horrible; las pecas resaltaban en mi rostro pálido, ojeroso, demacrado. Decidí ir a buscar algo que, al menos, me aliviara las náuseas.

Para mi sorpresa, cuando bajé a la cocina mi tía ya estaba trasteando con los cacharros, si bien vestida como si fuera a salir en cualquier momento.

- —Buenos días —murmuré, y me dejé caer en una silla frente a la mesa—. ¿Has dormido?
- —Buenos días, cariño —me contestó —. Yo duermo ya muy poco. Hace rato que estoy despierta. Y tú, ¿por qué te has levantado tan temprano? —Me miró —. ¿Oué te pasa? Te encuentras mal?

Se acercó a mí con expresión preocupada.

—Si. No puedo más, Dalia. —Hasta hablar me suponía un esfuerzo—. Llevo soñando lo mismo desde hace seis meses y va de mal en peor. Creo que estoy volviéndome loca

Le expliqué lo que estaba sucediéndome para que entendiera que no se trataba de los sueños de mi infancia, aquellos que me anticipaban que alguien iba a llegar a casa sin que nadie esperara su visita o me permitieron saber dónde estaban los pendientes perdidos de mi madre, o como aquella vez que soñé que al día siguiente mi hermana se rompería el tobillo al caer por la escalera del colegio, y así fue. Los de ahora eran cada vez más oscuros e imposibles de comprender. Le relaté lo de la tierra en las uñas de hacía unos días y el extraño sueño del perro al llegar a Rocablanca.

Mientras hablaba, Dalia se había sentado a mi lado. Me cogía una mano entre las suy as tratando de confortarme.

—Cerré la puerta a todo eso cuando me negué a ir de consulta en consulta y hasta ahora lo había conseguido —proseguí—. Ninguno de mis amigos de la universidad conoce esa parte de mi vida, ni siquiera Sergio; nadie de la familia se lo ha explicado nunca, y yo menos. Pero ahora han vuelto, han cambiado y no sé por qué… —Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas de frustración—. Esto es una mierda.

Aparté la mano y me levanté. Estar sentada aumentaba mi nerviosismo. Apoyé la espalda en la pared.

Dalia se levantó también, con dificultad, y se acercó a mí.

—Tranquilízate. —Se quitó las gafas dejándolas colgar sobre su pecho—.

Siempre te he dicho que eres una persona muy sensible, Iris. Percibes las cosas... Debes hacer caso a tu instinto. Quizá esos sueños signifiquen algo.

—¡Venga ya! No empieces como Alma, ya sabes lo que pienso sobre eso. Esto es distinto. Está pasando algo en mi cabeza y no tengo la menor idea de qué

De golpe la sensación de náusea se acrecentó, me dolía la cabeza y experimenté la necesidad de salir; allí encerrada me estaba ahogando. Me dirigí rápido hacia la puerta, seguida por la mirada angustiada de mi tía.

-No... puedo estar... aquí -conseguí balbucear.

Una vez fuera de la cocina cogí la chaqueta que había dejado la noche anterior sobre el sofá y abrí la puerta de la entrada, desoyendo las súplicas de Dalia, que me instaba a que regresara. Resistiendo las náuseas y con la respiración agitada, eché a andar por las desiertas calles del pueblo.

Minutos después estaba en el bosque. Fui hacia un sendero que recordaba de niña, ahora señalizado como una ruta del parque natural. Persistía un manto de niebla que se movía perezosamente entre los árboles. Ni siquiera se oían los pájaros; el único sonido que rompía el silencio era el de mis botas quebrando ramitas y hojas secas. Con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, me esforcé en respirar hondo para superar las náuseas. Al poco oí el murmullo del agua y enseguida llegué a la orilla de un arroyo. El agua parecía bastante limpia. Me agaché y meti una mano. Estaba fría. Continué avanzando por la ribera hasta un puente de madera. En otros tiempos había habido allí uno de piedra que estaba para caerse. Cansada, me senté sobre los tablones, las piernas colgando sobre el arroyo sin rozar el agua. Apoyé los brazos en el pasamanos y la frente en la barandilla, y cerré los párpados. Quería relajarme, pero era imposible: la cabeza me latía dolorosamente.

De repente, como si algo me obligara, abrí los ojos. En la margen derecha, a escasos metros de mí, había un pastor alemán con una larga cadena al cuello. Tenía las mandíbulas abiertas y respiraba con la lengua fuera. Me estremecí porque parecía el mismo perro de mí sueño. Durante unos instantes interminables estuvimos observándonos. Yo no me atrevía a moverme y él no apartaba la mirada. De pronto se dio la vuelta, emitió un gemido que, más que mis oidos, lo percibió mi mente, e inició la marcha arroyo abajo, volviéndose de cuando en cuando en mi dirección como si esperase que lo acompañara. Me levanté para ir tras él. No sabía por qué lo hacía, pero sentía que debía ser así.

Dejamos el arroyo a nuestra izquierda y nos adentramos en el corazón del bosque. Ignoro cuánto tiempo lo seguí, pero me pareció bastante. Cada pocos metros giraba la cabeza y se aseguraba de que yo estaba alli y, si por algún motivo yo me retrasaba, se detenía para esperarme. La niebla iba deshaciéndose, pero la visibilidad continuaba siendo escasa pues los altos árboles impedían el paso de la luz.

Finalmente se paró ante lo que, desde donde me encontraba, me pareció un montículo. Y se metió dentro. Cuando estuve cerca comprobé que era un refugio de los carboneros, como el que había visto el día anterior, pero este en peor estado de conservación; estaba claro que era uno de los que no se habían restaurado. Alguna de las piedras que se habían utilizado para construirlo se hallaban dispersas por el suelo, el techo estaba cubierto de ramas secas y un fuerte olor a descomposición lo impregnaba todo. Estaba asustada, pero tenía que entrar; el perro me esperaba allí dentro. Con precaución, atisbé por la abertura. Estaba totalmente oscuro, así que saqué el móvil del bolsillo, activé la linterna e iluminé el interior.

Ni rastro del animal. No lo entendía, no parecía haber otra salida. Me agaché y entré en cucililas. Solo había escombros, alguna lata de cerveza vacía y montones de hojas muertas. De repente se me aceleró el pulso. En un extremo la tierra estaba removida. Durante unos segundos pensé si lo habría hecho el perro. Entonces vi que algo blanco destacaba entre la hojarasca, y se me cortó la respiración. Tenía la misma sensación que en mi sueño; no quería mirar lo que había encontrado... pero no podía sustraerme a hacerlo. Con cuidado, acerqué la mano izquierda al suelo mientras con la derecha sostenía temblorosa el móvil. Pensé con horror que ahora todo era real: mi mano se hundía en la tierra y no era un sueño; estaba despierta. Apreté las mandíbulas. Aparté unas cuantas hojas húmedas y acerqué la luz.

No podía gritar; había perdido la voz y, con ella, toda capacidad de reacción. Solo fui capaz de jadear con la boca abierta. Era una mano, pequeña y blanca, a la que le faltaba el dedo índice. Se lo habían seccionado; en su lugar, un muñon con sangre reseca. Al tiempo que trataba de sofocar las náuseas continué apartando tierra. Tras la manita asomó el brazo... Y y a no pude seguir.

Salí del refugio trastabillando y, deshecha en llanto, me dejé caer de rodillas en el suelo. Cuando terminé de vomitar, me limpié la boca con el dorso de la mano y levanté la cabeza. Soplaba una fría brisa que levantaba las hojas muertas del suelo, llevándose los últimos restos de niebla. Miré a mi alrededor, pero ni señal del perro. Había desaparecido tan de repente que dudé si en realidad lo había visto. No entendía lo que me estaba pasando...

Mientras marcaba con dedos temblorosos el número de Carlos, deseé con todas mis fuerzas estar soñando y a punto de despertar. Pero esta vez no era así. Finalmente, mis sueños me habían atrapado. El silencio del bosque había sido sustituido por el ruido de las pisadas y las conversaciones de los policías que hacían su trabajo metódicamente. Habían trazado un perímetro bastante amplio alrededor del refugio, moviéndose despacio, con cuidado. Se oía algún pájaro, puede que un petirrojo; su canto alegre contrastaba con los sentimientos lúgubres que había a ras de suelo. Hasta los agentes hablaban en voz queda, como si no quisieran perturbar el descanso del niño que yacía dentro, como si algo pudiese molestarle ya. El terreno estaba siendo fotografiado, filmado y medido. « Como en una de esas películas que dan por la tele», pensé; con la diferencia de que esa vez, por desgracia, todo era real.

Sentada en una piedra, a unos metros de distancia, les miraba operar sobre el terreno. Carlos iba y venía con el teléfono pegado a la oreja. Estaba muy pálido, tenía la mirada perdida y constantemente se pasaba las manos por el pelo, como siempre hacía cuando estaba preocupado. Colgó y se acercó.

- -: Te encuentras meior? -me preguntó.
- -Sí, no te preocupes por mí. Es el niño que buscabais, ¿verdad?
- —Sí, es él —respondió—. No hay duda. La forense está haciéndole un primer reconocimiento, aunque, como puedes suponer, hasta que no se le realice la autopsia no sabremos qué le ha pasado.
 - -Pero ya te has formado una idea, ¿no es así? -dije con tristeza.
- —Le han seccionado el cuello, lo han maltratado a conciencia... —masculló Carlos con rabia. las mandibulas tensas.
 - -Dios mío -conseguí decir antes de taparme la boca.
 - -He visto muchas cosas en mi vida, Iris, pero esto... es una salvajada.
 - -Pobre criatura... ¿La forense sabe ya cuándo murió?
- —No puede concretarlo todavía, pero cree que debió de ser durante la pasada noche.

Me quedé callada. Aquel niño había desaparecido el martes por la tarde, había estado cuatro largos, larguisimos días en poder de su asesino. Recordé entonces que el sueño del que me desperté con tierra en las uñas había tenido lugar la noche del martes al miércoles, y me estremecí. Carlos me puso una mano en el hombro.

—Si quieres, Iris, alguien puede acompañarte a casa de Dalia para que descanses un poco. —Hizo una pausa—. No hace falta que te pida que no comentes con nadie nada de lo sucedido. Ya veremos qué comunicamos a la prensa. Luego tendremos que tomarte declaración por escrito, aunque creo que el caso pasará a mis compañeros de homicidios. Habrás de explicar cómo has encontrado al niño —me advirtió.

Cuando había llegado la policía, en un aparte le hablé a Carlos de los sueños que había tenido y que ahora relacionaba con el hallazgo del cadáver.

- —Sabes que me tomarán por loca, ¿verdad? Si me pongo a contarles todo lo que he soñado y el numerito del perro, no van a creerme.
- —Aunque así sea —insistió—, hasta el menor detalle puede ser importante. No voy a entrar en valoraciones acerca de si tus sueños son premonitorios o no, o si realmente viste a un perro que te guio hasta aquí. Si quieres contarlo es cosa tuya, pero te exprimirán a preguntas.

Me levanté sacudiéndome los pantalones y le miré con tristeza.

- —¿Cómo vas a comunicárselo a los padres?
- —Te aseguro que no sé qué palabras usar... En cualquier caso, es mi obligación —respondió Carlos con amargura—. Me pregunto si hay alguien preparado para dar una noticia así.
- —Nadie puede hacerse a la idea de lo que debe ser pasar por algo como esto.
 —Volví a estremecerme—. No te preocupes por mí. Me voy sola, que aquí tenéis mucho trabajo.

El móvil de Carlos empezó a sonar de nuevo y aproveché para apartarme e iniciar el camino de vuelta. Mientras esperaba que llegase la policia había llamado a Dalia para decirle que estaba bien, sin explicarle lo sucedido; no quise asustarla más de lo que y a estaba por mi marcha precipitada. Andaba mirando el suelo, despacio, y lágrimas de frustración asomaron a mis ojos. No sabía si poseía una sensibilidad especial o si era víctima de un trastorno mental, pero lo que sí sabía era que, fuera lo que fuese lo que tenía, por el momento no me había servido para nada. No había conseguido evitar una desgracia horrible.

En el pueblo parecía como si no hubiese pasado nada. Había gente que paseaba y hacía compras; algún que otro turista de fin de semana cargaba y a el coche para volver a la ciudad. Los carteles que anunciaban la búsqueda del chico, de Julián, ondeaban en las farolas y en los árboles, y la gran pancarta con su fotografía seguía en la plaza de la iglesia. Me detuve, súbitamente cansada, y me senté a plomo en un banco de piedra. Dejé vagar la mirada, la mente vacia. A lo lejos creí distinguir el coche rojo de Gabriel Sira; daba la vuelta a la plaza en dirección a Barcelona. Otro que se iba.

El sol había acabado asomando tímidamente. Sentí rabia, impotencia. Qué injusto: Julián nunca más volvería a ver el sol. Lo habían empujado a la oscuridad, al otro lado, y allí permanecería para siempre.

La forense se irguió y empezó a quitarse los guantes mientras hablaba:

- —Habrá que llevarlo al instituto para que pueda practicarle la autopsia, pero no podemos moverlo hasta que no venga la comisión judicial que esté de guardia. No creo que tarden mucho, ya les he avisado.
- —Los compañeros de homicidios también están al caer —dijo Carlos —. Ellos se harán cargo del caso, aunque posiblemente nosotros también colaboraremos. O al menos eso espero —añadió.
- —Puedo adelantaros algo de mis notas, pero las conclusiones de la autopsia serán lo que os interesará más, sin duda. —Se guardó los guantes en un bolsillo—. Murió desangrado. Presenta una profunda herida incisa en el cuello a la altura de la yugular. Le cortaron la cabeza cuando ya había muerto, pero no está enteramente desprendida del cuerpo, la columna no está seccionada.
 - —¿Y el dedo? —preguntó Jordi.
- —Por lo que he visto, también se lo seccionaron cuando ya estaba sin vida; en este caso limpiamente, con un instrumento muy afilado. No se ha encontrado, ¿verdad?

Los policías negaron con la cabeza.

- —¿Puede tener esto algún significado? —preguntó Carlos mirándola con atención.
- —No me atrevo a aventurar nada en este momento —contestó la forense con prudencia al tiempo que se colocaba las gafas de montura negra que llevaba colgadas del cuello—. Pero las heridas son muchas. Le han golpeado repetidamente... He contado al menos diez moratones de todos los colores. Además, hay signos evidentes de violación en el ano. Buscaremos si hay algún resto de semen. —Durante un momento se quedó callada, con la vista clavada en el suelo—. Es una bestialidad. Si soy sincera, he visto pocos casos como este, y ya llevo años en la profesión. La cabeza y el dedo seccionados, no sé, apuntan a una crueldad extrema. Ese niño ha sufrido mucho —terminó, y los miró con una expresión apesadumbrada—. No puedo deciros más.

Carlos suspiró y asintió.

-Gracias, estaremos en contacto.

- La forense empezó a recoger sus cosas y ambos policías se apartaron. Oyeron unas voces y vieron a lo lejos a cuatro hombres que se aproximaban.
- —Seguramente son los del grupo de homicidios —comentó Jordi—. Nos toca retirada.
- —Espero que no —contestó Carlos—. Creo que podemos colaborar con ellos, al menos en estos primeros momentos. Luego ya veremos. ¿Te das cuenta? Todo este tiempo Julián ha estado cerca de nosotros y no hemos sabido encontrarle se lamentó con un gesto de frustración.

- -No te machaques tanto. ¿Acaso podíamos hacer más?
- —Siempre puede hacerse más, coño. Seguro que he cometido errores en la planificación de la búsqueda. Joder... —Se interrumpió—. ¿Ese no es Joaquín Gimeno?

De entre los hombres que se acercaban, señaló disimuladamente a uno de poca estatura y considerable peso.

- —Creo que... ¡Mierda, sí que lo es! Y viene con su « alma gemela» , nuestro querido Soteras —contestó Jordi, desinflado—. Olvídate de colaborar demasiado, ellos son los expertos y los demás no sabemos nada, acuérdate.
- —No se me olvida —dijo Carlos con una mueca de fastidio—. Lo que faltaba para acabar de complicar esto. Va a resultar todo muy difícil.
- —Bueno, tú tranquilo; hacemos lo que podemos y luego nos vamos. Ya no es nuestro caso.
- —Sigue siendo nuestro —le contradijo—. Llevamos días buscando a Julián y por desgracia está muerto, asesinado. No pienso darles facilidades; tendrán que colaborar con nosotros, quieran o no.
- —Ya veo que vas a buscarte problemas. Cálmate... y piensa un poco. Ahí llegan. —Le dio un codazo—. Pórtate bien.
- Carlos no le hizo caso y salió al encuentro de los recién llegados. Ya había tenido ocasión de coincidir con Gimeno y el compañero de este, Guillermo Soteras, en otras ocasiones y los resultados no habían sido muy buenos. Mostraban tanta superioridad que dificultaba, cuando no imposibilitaba, cualquier tipo de colaboración. A lo sumo, uno podía aspirar a estar a sus órdenes, poco más. Esa actitud le resultaba insufrible; le hacía perder la paciencia, que no era una de sus virtudes, precisamente, lo que ya le había ocasionado problemas en otros tiempos. Recordó que uno de sus instructores en la academia le recomendaba siempre que contara al menos hasta diez antes de hablar, ya que tendía a ser impulsivo. Los años y la experiencia le habían aplacado, pero ciertas poses aún le sublevaban. Se repitió a sí mismo que esa vez iba a controlarse. Se había propuesto coger al hijo de puta que había destrozado a Julián.

Ahora que todo había pasado, tocaba limpiar. Era una tarea que no disgustaba a Christian, formaba parte de su trabajo dejarlo todo en orden, como si nada hubiera sucedido. El jefe había quedado contento, lo supo por el pastón que le soltó al despedirse, a pesar de que por primera vez se las habían tenido. Cogió el cepillo, el bidón de lejía y el balde de agua que necesitaba, y se acordó de una película de Tarantino en la que unas chicas se dedicaban a limpiar la sangre y demás restos de los muertos que había por todas partes. Había olvidado el título, pero no que las tías estaban muy buenas. Aunque a él no le habrían hecho ningún caso, se dijo mientras cogía unos trapos. Ya le gustaría saber si no gritarían como locas si las encerrase en la habitación secreta y empezara a sacar las herramientas. Entonces si que querrían estar con él, le suplicarían que las liberara a cambio de que les hiciera lo que le diese la gana. « Vaya que sí, que se anden con cuidado esas putas», pensó cerrando de un golpe el armario.

Salió cargado de la cocina y, de pronto, le pareció oír un coche que se acercaba. Se quedó immóvil, sin respirar durante un instante interminable. No podía ser la policía. Era imposible que lo hubieran encontrado, había andado kilómetros con el bulto en brazos hasta encontrar un buen sitio donde enterrarlo, en mitad del bosque; todavía podía oler al chico en su ropa. El jefe le había dicho que se deshiciera de él, y así lo había hecho. El coche pasó de largo y, más tranquilo, fue hacia el salón, dejó los cachivaches encima de la mesa junto al sofá, cogió uno de los varios mandos a distancia y apuntó hacia la estrecha y empinada escalera pegada a la pared que conducía al altillo.

Cuando el jefe le dijo que podían utilizar la casa para « sus trabajos», le pidió que hiciera las reformas que se precisaran sin pasarse ni emplear a nadie, tampoco era cuestión de llamar la atención. Pero estaba en un estado deplorable, y tenía que ser segura. Como de joven había aprendido un poco de todos los oficios, le fue muy útil para reparar el tejado e instalar una puerta trasera que sustituyera la vieja, que estaba destrozada. Pintó el exterior y el interior, reparó las maderas del porche y las persianas, arregló la cocina y el cuarto de baño... Sin embargo había un problema. Sin bien las tres habitaciones de la casa eran amplias, resultaban insuficientes para garantizar la privacidad que necesitaban. Demasiadas ventanas, y lo que pasase allí dentro podría oírse desde el exterior. Estuvo dándole vueltas hasta que lo vio claro. Los techos eran muy altos, de sobra para crear una habitación oculta a las miradas, así que al fondo del salón levantó de lado a lado una pared hasta poco más de media altura y construyó un altillo, en el que colocó varios muebles para disimular.

Pulsó el mando, se oyó el ligero zumbido del motor eléctrico y la escalera empezó a levantarse. Cuando se detuvo en posición horizontal, recogió sus cosas, entró y pulsó el interruptor. Unos focos iluminaron los ganchos de carnicero con las respectivas cadenas que colgaban del techo y la mesa metálica arrinconada, donde estaba todo el instrumental que debía ser limpiado y secado. Por suerte, pensó, casi todas las manchas de sanere estaban en el suelo.

La verdad era que al jefe se le había ido de las manos; nunca hasta ahora lo había visto tan salido. Las cosas estaban cambiando. Al principio solo eran las fotografías y algún vídeo, que le tocaba hacer a él. Siempre sospechó que, en cuanto le hacía salir, el jefe también abusaba de los niños, que se hallaban bajo los efectos de las drogas, pero nunca le hizo ningún comentario y él no le preguntó, no le pagaba para eso, como tampoco le preguntó cómo se deshacía de los críos después.

Sin embargo, desde hacía unos meses el jefe iba a más. Lo de la sangre parecia haberse convertido en una obsesión creciente. Hacía cortes a los niños en brazos y piernas. Le gustaba verla correr entre sus dedos, notar su textura, embadurnarse el pecho con ella y sorberla con ansia. Era como si no pudiese parar. Christian grababa, grababa y grababa, y aunque todo aquello empezaba a asustarle un poco, jamás se le habría ocurrido decirlo.

Hasta esa noche pasada, cuando el jefe seccionó al chaval la vena del cuello. Se lanzó sobre él para apartarlo y detener la hemorragia. Recibió un puñetazo que lo tumbó al suelo y, a gritos, se le ordenó que se limitara a grabarlo todo. Cuando más tarde le cortó el dedo e intentó degollarlo, el crío ya estaba muerto. Solo entonces se detuvo y, como si hubiera perdido interés, dio media vuelta y se marchó. Christian sintió náuseas y estuvo a punto de vomitar, pero se contuvo. Oué otra cosa podía hacer.

Procuró calmarse pensando que no era probable que nadie les relacionase con un vulgar niño como aquel, el hijo de unos inmigrantes. Un parásito menos a mantener en el mundo, como aquel otro crio al que zurró de lo lindo cuando tenía trece años y tuvieron que llevarlo al hospital. El cabroncete se lo merecía, pero en cambio a él le expulsaron del colegio, lo que le valió otra buena tanda de palizas en casa. Su madre se limitó a mirar a su padre mientras este se sacaba el cinturón para cruzarle la espalda con él; ella nunca decia nada, tomaba sus pastillas y dormía la mayor parte del tiempo. Ni siquiera ahora podía recordar claramente su rostro, siempre había sido como una fotografia borrosa. Suponía que la había querido en algún momento y que ella le había cuidado de alguna manera; aun así, era como si no hubiese sucedido nunca o le hubiera pasado a otra persona. Cuando se largó de casa a los diecisiete años los olvidó totalmente a ambos, e imaginaba que ellos a él también. Se preguntó si seguirían vivos, aunque realmente no le interesaba saberlo.

Se arrodilló y, silbando bajito, empezó a restregar el suelo con el cepillo. Había que dejarlo todo preparado; nunca se sabía cuándo volvería a recibir instrucciones. De todos modos, pensó, aquella habitación era demasiado pequeña, tendrían que buscar otro lugar. Quizá en la casa grande... Eso estaría mejor, pero sabía que el jefe no querría levantar sospechas en su vivienda.

En fin, ahora empezaría el negocio. Las fotos eran muy buenas, se dijo, y estaba seguro de que en el mercado iban a tener salida. Sonrió satisfecho. Tenía mucho trabajo por hacer.

Segunda parte

Hay en cada hombre un animal encerrado en una prisión, como un esclavo; hay una puerta: si la abrimos el animal se escapa como el esclavo que encuentra una salida; entonces el hombre muere provisoriamente y la bestia se conduce como una bestia.

GEORGES BATAILLE, 1929

Eran más de las diez de la noche cuando por fin aparcaba el coche cerca de la casa de mi tía. Permanecí unos minutos sentada en el volante, reclinada en el respaldo del asiento con los ojos cerrados. Lo que más deseaba era dormir; estaba agotada. Tanto la pulsión en la cabeza como las náuseas habían desaparecido, pero mi estómago revuelto no me había permitido comer nada en todo el día.

Había ido a la comisaría de Sabadell para prestar declaración en la unidad de homicidios. Les expliqué punto por punto cómo encontré el cadáver. No mencioné mis sueños, desde luego, y Carlos, que estaba presente, tampoco comentó nada. A pesar de mi aturdimiento, me pareció que había tensión entre él y los otros dos policías presentes en la habitación. Ellos llevaban la voz cantante y me hacían las preguntas, mientras que Carlos estaba allí como en un segundo plano. Uno de los dos agentes en particular, un tal Gimeno, bajo y rechoncho, con una gran papada que denotaba su amor a la comida, me miraba con sus ojillos oscuros como si quisiera taladrarme. Me congratulé de no haber comentado nada fuera del hecho en si, y a que en ciertos momentos hasta tuve la sensación de que la sospechosa era yo. Por fin me dejaron marchar, si bien con la advertencia de que estuviera localizable durante los días siguientes.

Al salir llamé a Carmen para contarle por encima lo que pasaba y le pedí que estuviera pendiente de mis casos al menos el lunes. Se quedó asombrada y luego empezó a coserme a preguntas ella también.

Salí del coche y me estremecí a causa del aire frío. Me acercaba a la casa cuando volvió a sonarme el móvil. Miré y era Sergio. Lo que faltaba. Lo dejé sonar dentro del bolso y busqué la llave debajo del búho.

- -Ya he vuelto -anuncié mientras abría la puerta.
- -¡Estoy aquí, cariño!

Encontré a Dalia sentada a la mesa de la cocina, cortando judias verdes. Me miró por encima de sus gafas, preocupada. Me acerqué y le di un beso en la mejilla.

- --Estoy helada --dije---. Voy a calentarme un poco de leche y me iré a la cama.
 - -Descansar es lo que te hace falta. ¿Ha ido todo bien?
- —Si, ya he declarado, pero tendré que quedarme al menos mañana por si me necesitan. —Abrí la nevera para sacar la botella de leche y en cuanto la vi se me revolvió de nuevo el estómago—. He cambiado de idea, creo que comeré un trozo de pan y gracias.
- —Quédate el tiempo que quieras. Y mejor que no tomes leche, es muy indigesta. Anda, siéntate conmigo.

Me senté frente a ella mordisqueando el pan. Se estaba bien en la cocina

caldeada. En silencio observé a Dalia. Sus manos se movían con precisión mientras troceaba las judias y las colocaba en un gran cuenco, desechando los extremos

—¿Recuerdas cuando eras pequeña y te sentabas en esa misma silla a verme cortar las hortalizas? —Hablaba sin dejar de trabajar—. Te encantaba. —Sonrió y me miró—. Estabas preciosa con tus trenzas... Ponías las manos así. —Dejó el cuchillo v las juntó en su resazo—. Y no te movías.

Esbocé una sonrisa y me acabé el pan.

- —También me gustaba mirarte cuando pelabas las castañas —dije —. Y los guisantes, ¿te acuerdas de que los traiamos del huerto de la vecina y no parábamos hasta abrir todas las vainas y sacarlos todos? Cuando los veo en el mercado en Barcelona siempre pienso en tí.
- —Bueno, me alegra de que te sirvan para acordarte de mí —bromeó—. Estas ya están listas. Estaba preparándolas para que cenases algo, pero las guardaré en la nevera. —Dejó el cuchillo en la mesa y empezó a levantarse. Se llevó las manos a las rodillas con una mueca de dolor—. Hoy me están matando comentó.
 - -Sigue sentada, y a me encargo y o.

Fui hasta el fregadero e hice correr el agua sobre las judías.

- —La vecina me ha contado que la madre de Julián ha tenido una crisis nerviosa y ha habido que avisar a una ambulancia. Todo el pueblo está conmocionado. En el ayuntamiento han declarado cinco días de luto. ¿Quién es capaz de matar a un niño inocente? El mundo está cada vez más podrido concluyó con amargura.
 - -Ay, tía, el mundo lo hacemos nosotros. Esto y a está.

Puse las judías en la nevera y me sequé las manos.

-He hablado con tu madre esta tarde -dijo Dalia.

Me volví en redondo hacia ella.

- -No le habrás contado nada de esto, ¿no?
- He tenido que contárselo, sí... —Se levantó con esfuerzo y se acercó a mí
 Y antes de que me tires la caballería encima te diré que no he podido evitarlo.
 Me ha preguntado por ti y cómo estabas, no iba a mentirle.
- —Tienes razón. —Suspiré—. Aunque preferiría que no se hubiera enterado. De todos modos no quiero saber lo que te ha dicho. Ya hablaré con ella cuando vuelva de Londres. No le habrás comentado nada de mis sueños?
- —¡Pues claro que no! Solo sabe que encontraste al pobre niño y ya está. Se preocupa por ti, cariño.
- —Me parece muy bien, pero prefiero cuidarme sola —dije con firmeza—.
 Anda, vamos a acostarnos, que va es hora.
 - -Ay, sí, el día ha sido muy largo. -Y dio un suspiro.
 - -Demasiado -musité al tiempo que apagaba la luz de la cocina.

- —Bueno, bueno, Carlos —dijo Soteras con evidente sorna—, de nuevo nos toca trabaj ar juntos. ¿Cuándo fue la última vez? ¿El año pasado?
- —Más o menos, supongo —contestó Carlos en tono deliberadamente despreocupado mientras se sentaba en la silla que estaba más alejada de su interlocutor—. Pero este caso es muy distinto.
- —Desde luego, aquí no se trata de una simple pelea entre traficantes, sino del asesinato de un niño que no se encontró durante cuatro largos días —dijo Soteras con una sonrisa de stificiencia

Soteras era el típico lameculos que estaba en el puesto que ocupaba por su servilismo; la sombra de Gimeno: seguia sus instrucciones al pie de la letra, humillando si podía a todo aquel que se le acercara. Alto y enjuto, con una permanente y odiosa sonrisa burlona en su cara de nariz prominente, era capaz de todo con tal de salvar el pellejo. Carlos se preguntaba cómo era posible que Gimeno lo tuviera en su equipo, a no ser que lo hiciese para reforzar su ego, de por sí ya bastante desarrollado. Esperaba no tener que tratar mucho con Soteras... Ambos se habían enfrentado hacía años en un oscuro caso que había terminado con agentes detenidos por corrupción policial. Carlos seguia crey endo que había callado entonces más de lo debido. Fuera como fuese, ahora no quería volver a pensar en ello. Lo primordial era encontrar al asesino de Julián.

Pero realmente iba a ser duro, se diio, v contestó en voz alta:

- —Hemos estado trabajando día y noche para encontrarle y nos ha sido imposible, ya lo sabéis.
 - -Ya, ya... -comentó Soteras con intención.

Carlos se mordió la lengua.

- —A ver —intervino Gimeno—, a estas horas de la noche no estamos en la comisaría para discutir gilipolleces. Colaborarás con nosotros —dijo dirigiéndose a Carlos—. Conoces a la familia y el pueblo, y has trabajado sobre el terreno. Nosotros llevaremos el peso de la investigación y nos ayudarás cuando te necesitemos.
- —Si no conozco todos los detalles, de poca ayuda seré —contestó Carlos secamente.
- —Conocerás lo que yo crea procedente —sentenció Gimeno sin mirarle mientras iba hojeando los papeles que tenía delante y se ajustaba con dificultad las gafas—. Veo aquí que se inspeccionaron las casas desocupadas y que se hicieron visitas a las que estaban habitadas. Pero al parecer el registro no fue exhaustivo

Levantó la vista y miró a Carlos. Su expresión era severa.

—Haremos una inspección completa al menos en un radio de veinte o treinta kilómetros. Creo que estamos en situación de conjeturar que el asesino lo mantuvo oculto en algún lugar cercano y que luego ha podido ser lo suficientemente estúpido para dejarlo en la misma zona. Esperaremos los resultados de la investigación de la científica y, sobre todo, de la autopsia. Esa mujer que ha venido a declarar hoy... ¿es conocida tuy a?—le preguntó.

- -Sí, somos amigos de la infancia.
- —No estará un poco pirada, ¿no? Con esa tontería de un perro que fue guiándola —intervino Soteras.
- —Sé lo mismo que vosotros —dijo Carlos tenso—. Es lo que me explicó cuando llegamos al lugar.
- —Habrá que comprobar esa versión; no había huellas de ningún perro y menos de una cadena que fuese arrastrando —afirmó Gimeno—. Tendremos que tomarle declaración de nuevo, me parece. —Siguió leyendo sus notas—. Mmm... Por lo visto el asesino no tenía mucho tiempo o muchas ganas de cavar un buen agujero, aunque igualmente los animales del bosque habrían acabado por desenterrar el cuerpo. Y está claro que a ese niño lo mataron en otro lugar. Soteras, tú hablarás con los de delitos informáticos y les entregarás fotografías del chico. Quizá aparezca en algún enlace pedófilo, inunca se sabe!
 - —Será buscar una aguja en un pajar —se quejó su subordinado.
- —Para eso estás —cortó Gimeno—. A moverse, que hay mucho que hacer. Tendremos reunión cada día, aquí, los teléfonos conectados permanentemente y... la boca cerrada —advirtió—, que la prensa ya nos sigue. Este va a ser un caso mediático.

Carlos se levantó para marcharse, pero antes preguntó:

- -¿Cuándo sabremos algo de la autopsia?
- —Supongo que mañana —contestó Gimeno sin mirarle—. Tú de momento acaba de peinar la zona.
 - -Necesitaré datos para poder trabajar -insistió Carlos.
 - -He dicho que y a irem os hablando.

Gimeno le observó por encima de sus gafas. Y ambos se sostuvieron la mirada hasta que finalmente Carlos optó por salir en silencio. A sus espaldas oyó una risita, sin duda de Soteras, y a Gimeno que le decía:

-¿Y tú de qué te ríes? Venga, muévete.

Cerró la puerta conteniéndose para no dar un portazo, aunque en esos momentos era lo que más le apetecía.

El lunes amaneció un día luminoso, sin rastro de niebla, aunque frío. Sin embargo, la tranquilidad habitual del pueblo se había visto perturbada por las cámaras de televisión que habían empezado a aparecer desde primera hora y que, tras una parada previa en el ayuntamiento, estaban desplegándose por las calles.

Había dormido a ratos, dando vueltas en la cama, inquieta. En mi cabeza volvía a ver al pastor alemán y revivía el momento en que había encontrado el cadáver. Tras una buena ducha y desayunar me planteé salir a la calle y afrontar el riesgo de que algún reportero me asaltase, como le estaba ocurriendo a todo el mundo. Dalia, que había salido a comprar, a su regreso me contó que había conseguido esquivarlos por poco. El problema surgiría si alguien comentaba que era yo quien había encontrado el cuerpo. Y los de homicidios habían vuelto a llamar para pedirme que esa tarde fuera a completar mi declaración. No sabía qué más podía decirles; aun así, tenía que acudir.

Eché una ojeada por la ventana y decidí que, al menos, iría a ver a Alma para charlar con ella un rato, ya que ese día no trabaj aba. Me despedí de mi tía con un beso v salí.

A dos calles una chica enarbolaba un micrófono mientras otra, a su lado, la enfocaba con una cámara de televisión. Estaba hablando con un anciano con gorra y bastón que parecía encantado de dar todo tipo de explicaciones. Apreté el paso y torcí a la derecha, intentando mimetizarme con la pared. Llegué a casa de Alma y llamé al timbre.

-¡Voy! -contestó ella desde dentro.

Me volví y vi, a lo lejos, que la chica del micrófono doblaba la esquina para dirigirse hacia donde yo estaba, por lo que volví a llamar, desesperada.

—¡Bueno! —dijo Alma abriendo la puerta—. ¡Qué poca paciencia tienes! Entré a toda prisa.

—Cierra la puerta —le pedí—, que están los de la tele a ver a quién pillan.

—Lo sé, lo sé. —Alma cerró—. Incluso han ido al cole de Víctor esta mañana a primera hora. Ouerían hablar con la directora.

-¿Para qué? -me extrañé.

—Iris, las noticias morbosas son las que interesan ahora, ¿acaso no te habías dado cuenta? Como Julián iba a ese colegio, querían saber todo tipo de detalles sobre él. Pero me consta que la directora se ha negado a hablar con ellos — aclaró—. Carlos no ha venido a dormir esta noche —comentó—. ¿Quieres tomar algo caliente?

—Sí, gracias. —La seguí hasta la cocina—. No veo a quién puede interesar saber cómo le iba en los estudios a ese pobre crío.

—Por desgracia, sacarán punta a todo.

Puso a calentar en el microondas dos tazas con agua y luego me tendió las bolsitas de té.

—Siéntate, que enseguida estará listo. ¿Qué era eso que tenías que contarme ayer y no podías explicarme por teléfono? —preguntó recostada en el fregadero mientras empezaba a comerse una magdalena —. ¿Quieres? —me ofreció —. Son caseras

Negué con la cabeza y jugueteé con las bolsitas de té.

—Roiboos —dije al leer el nombre en el cartoncito—, qué bien. Como no contiene teína, no me pondré más nerviosa. —Hice una mueca—. Llevo meses soñando de nuevo, Alma. —La miré—. Desde que me divorcié, más o menos. Al principio no demasiado, pero ahora son diarios y han cambiado. Ya no son como cuando éramos niñas.

Le relaté en pocas palabras mis sueños en el bosque, las uñas llenas de tierra, el perro. El microondas se paró con un pitido de alerta y Alma dio un respingo. Cogió otra magdalena, sacó las tazas humeantes y se sentó frente a mí. Le tendí una de las bolsitas.

- —Bueno —dijo tras una pausa—, y a sabes que siempre he opinado que tienes una facultad especial. —Empecé a abrir la boca—. No digas nada —me ordenó. La cerré—. La has tenido anulada, dormida diría yo, desde que te negaste soñar más después de lo del colegio y las visitas a los psicólogos. Una situació nestresante, como lo es un divorcio, ha podido causar que regrese. En definitiva, que vuelves a ser tú misma. Eso u otra cosa...—apuntó, y se quedó pensativa.
- —No me vengas ahora con tus rollos esotéricos, que no estoy para bromear con esto. —Agité con furia la bolsita dentro de la taza—. Son sueños terribles que se han hecho realidad: una fuerza invisible me guiaba por el bosque en todos ellos... Y ayer fue el perro, que apareció por primera vez en el del viernes por latrade; escarbé en la tierra y encontré la mano de ese niño. ¿Estoy anticipando lo que va a pasar o... es que estoy loca? —Tenía ganas de ponerme a gritar.

—Anda, tómate la infusión y cálmate un poco.

Terminó la segunda magdalena, recogió las migas de la mesa, las echó a la basura y volvió a sentarse.

—Para eso necesitaría un saco de hierbas, y no de estas, sino de otra clase — gruñí.

Ambas permanecimos en silencio mirando las tazas humeantes. Se estaba bien en la cocina, cálida y acogedora.

- —Qué hijo de puta —murmuré—. El asesino le cortó el dedo índice y el cuello también.
- —Es horroroso. —Se estremeció. Alzó la vista—. ¿Sabes, Iris, que el dedo índice se llama en quiromancia « el dedo de Júpiter» ?
 - -No tenía ni idea... ¿Y por qué?
 - -Pues porque se considera el dedo de la autoridad, que indica dominio y

dotes de mando... Júpiter, ¡dios de dioses! Piensa que con este dedo — lo levantó — señalamos o decimos que no; el dedo indice sobre los labios indica silencio. — Fue ilustrándolo cada vez con un gesto— Acuérdate de las pinturas de Miguel Ángel en la capilla Sixtina; en la Creación, Dios toca con su dedo indice de la mano derecha el índice de Adán para insuflarle vida. Los judios, si no recuerdo mal, en la ceremonia del matrimonio colocan un anillo en el dedo indice de la mano derecha a la novia y ella hace lo propio con el novio. Y para los masones — siguió Alma, cada vez más animada—, el índice indica la intención y el poder ejecutor. Hay quien dice que si es desagradable señalar a alguien con ese dedo de la mano derecha es porque las fuerzas cósmicas se concentran en las extremidades, y ¡vete a saber lo que puedes provocar con eso! —Palmeó la mesa.

- -¿No creerás esas estupideces? pregunté asombrada.
- --Yo no digo que crea o no, me limito a referirte lo que leo ---replicó ofendida
 - -Vale, vale, no te enfades -me apresuré a apaciguarla.

Di un sorbo a mi infusión, deseando que cambiase de tema. Como si no la conociera...

- —Además —volvió a la carga—, a lo largo de la historia del arte la pintura religiosa ha plasmado a los santos elevando el dedo índice de la mano derecha hacia el cielo. Hay muchos ejemplos. Sandro Botticelli, en *La calumnia*, sitúa una figura a la izquierda que representa la Verdad, como concepto, y esta alza el índice derecho. Se considera que ello hace referencia a que la verdad está por encima de todas las cosas —explicó satisfecha.
- —¿Y eso qué tiene que ver con que amputaran a ese crío el dedo índice? pregunté para cortar su verborrea.
- —No tengo las respuestas —respondió Alma con rapidez—, pero si nos fijamos en las representaciones de los santos, vemos que es una constante. Fijate, sin ir más lejos, en las pinturas de la iglesia de este pueblo; hay un cuadro de san Juan Bautista, recuerdas quién es, ¿no? —Me miró y asentí, aunque empezaba a estar un poco harta ya—. Está predicando con el indice derecho en alto.
- —Muy... ilustrativo todo —ironicé—. Y supongo que lo que quieres decirme es que quien le cortó el dedo al niño lo hizo porque se cree en posesión de la verdad, o porque piensa que es un santo o... porque quiere ponerse a predicar con él, ¿es así? Venga, Alma, que esto no es una película. Tendrán que determinar si eso tiene algún significado.
- —¡Muy lista! —me soltó, picada—. Sabrás que en muchos asesinatos de este tipo hay un componente ritual. Quizá el dedo sea un trofeo...

Permanecí en silencio, mirándola. Era evidente que tenía que contarme algo más.

-A ver, ¿qué? -pregunté al fin, cansada, y me terminé la infusión.

- —Dices que le cortó el cuello... No es una novedad, Iris: hubo un asesino de niños que les rebanaba la cabeza y conservaba las más hermosas —afirmó con seriedad— Un francés... Gilles de Rais se llamaba.
 - -Qué horror, no sabía que te habías especializado en eso.
- —Yo no, pero la compañera de piso que tenía cuando estudiaba en Barcelona sí, e hizo un buen trabajo de fin de carrera sobre Gilles de Rais mariscal de Francia en el siglo quince, sí no me equivoco.
 - -Me suena. ¿No le llamaban Barba Azul?

Aún no había acabado de hacer la pregunta cuando ya estaba arrepentida. Ahora me tocaba aguantar un rollo sobre Barba Azul que no conseguiría parar con facilidad.

- —No exactamente —dijo Alma negando con la cabeza y cogiendo aire—. Eso es un cuento de hadas de Charles Perrault de finales del dieciocho, pero algunos sostienen que, en efecto, está basado en la figura de Gilles de Rais, cuya barba, de tan negra, parecia tener reflejos azulados. El señor Barba Azul se había casado siete veces y nadie sabía qué había sucedido con sus esposas. En su castillo tenía una habitación secreta en la que nadie, salvo él, podía entrar. Su nueva mujer, como es lógico, estaba muy intrigada y se moria de curiosidad por saber qué había en su interior. En una ocasión él tuvo que ausentarse y, antes de partir, le entregó las llaves de todo el castillo. Como era de esperar, ella entró y... encontró los cadáveres de las siete esposas anteriores. Cuando Barba Azul regresó y vio la llave manchada de sangre supo que su mujer había entrado en la habitación a pesar de tenerlo prohibido.
 - -Y se la cargó, claro -concluí.
- —Creo recordar que no, que conseguía escapar y refugiarse en una torre... o algo parecido, y que eran los hermanos de la chica los que al final mataban al marido. Lo de Gilles de Rais es muy interesante... El tipo mató a cientos de niños y le juzgaron por ello —siguió, pensativa—. Mi compañera se obsesionó bastante con el tema, y a te contaré. Por cierto, me regaló una copia de su trabajo. Debo de tenerla guardada en el desván, la buscaré.
 - -No sé si será necesario -dije sin mucha convicción.
 - -Bueno, me gustaría volver a leerla, ¿qué pasa?

Alma miró su infusión, que ya estaba fría, y se encogió de hombros.

- —Esta tarde tengo que ir a la comisaría a declarar de nuevo. Mañana he de regresar ya a Barcelona; no puedo estar tantos días fuera.
- —Es lógico que vuelvan a llamarte, tu declaración es importante y querrán comprobar todos los detalles. —Se interrumpió y me miró dubitativa. El perro que te guio hasta Julián... ¿era real, Iris? Me refiero a si lo viste claramente o solo te pareció que era un perro. Ouizá se tratara de otro animal.
- —No he dejado de preguntármelo —contesté tras una pausa—. Vi un perro que arrastraba una cadena sujeta a su collar, pero luego desapareció sin dejar

rastro. Era el perro de mis sueños, Alma, estoy segura. Un pastor alemán con pelos blancos en el morro y que cojeaba. Carece de sentido y está fuera de toda lógica, sin embargo ¡era real!

Nos miramos.

- —Todo esto es una locura —proseguí al ver que Alma callaba—, pero tengo que averiguar qué está pasando. Lo siento como una obligación y una forma de demostrarme a mí misma que no estoy como una cabra, ¿me entiendes?
- —Si, te entiendo perfectamente y te ayudaré en lo que pueda. Recorreré el pueblo en busca de ese perro. —Me apretó la mano—. Todo esto da miedo.
 - -Bienvenida al club -contesté con amargura.

Carlos repasó de nuevo la lista de viviendas que habían sido inspeccionadas en los días anteriores. Se había realizado un trabaj o enorme, pero debía reconocer que Gimeno tenía razón: faltaban bastantes, sobre todo en las zonas más despobladas. Le dolía no haber sido capaz de hacer más. Era el responsable y había fallado; así se lo había reconocido a Jordi esa misma mañana. Este le contestó, con su flema habítual, que habrían necesitado un regimiento para registrar minuciosamente todo el parque y que, además, Julián podría haber estado retenido en cualquier sitio, a una distancia de cincuenta kilómetros o más, que no existía ninguna certeza de que hubiera estado cerca. Vale, reconocía que Jordi tenía razón, pero se sentía igual de mal. Miró su reloj, en breve su compañero le llamaría.

Apartó el listado para concentrarse en las desordenadas notas que había tomado esa mañana en el Instituto Anatómico de Barcelona mientras se practicaba la autopsia. No sabía qué justificación habría dado a Gimeno si este le hubiera descubierto allí, pero por suerte ni él ni su subordinado se personaron en la sala de autopsias. Dado que la forense solamente facilitaría una copia de la autopsia al juzgado, mientras ella trabajaba al menos había podido escuchar de primera mano sus impresiones iniciales. Había sido duro, y en más de una ocasión se le había hecho insoportable. Se reflejaba en su letra.

No se habían descubierto restos de semen, y la doctora comentó que en la violación quizá se hubiese utilizado algún objeto que no podía determinar. Cuando examinaba el cuerpo del niño había sacado una lámpara de infrarrojos y la había pasado sobre el torso y la cara del pequeño, y de repente había soltado una exclamación. Un fluido, posiblemente saliva, cubría gran parte del pecho y la boca del crío. Carlos se sintió esperanzado ya que si se identificaba el ADN podrían encontrar al monstruo. Cruzó los dedos para que el asesino estuviese fichado y constase en la base de datos. Esa pista y unas hebras de color azul en el cabello de Julián, que parecían pertenecer a algún tejido que quizá hubiera servido para envolver su cuerpo, eran dos datos importantes para la investigación, aparte del resultado de los análisis de toxicología. La forense también comentó que la víctima habría tardado unos quince o veinte minutos en morir. Una incisión a la altura de la vena y ugular j ustificaba la pérdida de sangre que se habría ido produciendo lentamente.

¿Por qué?, se preguntó él, ¿qué se conseguía con desangrarlo así? ¿La intención era matarlo o al asesino el asunto se le había ido de las manos? Y la cabeza, ¿había empezado a cortar y luego se había arrepentido o había ocurrido algo que le había impedido acabar? Era desesperante. Anotó esas ideas en su cuaderno para reflexionar sobre ellas.

No sabía cuál iba a ser la línea de investigación que Gimeno seguiría, pero no

tenían mucho para empezar. Se sabía de memoria todo el entorno familiar, amigos y conocidos de los padres de Julián, y estaba seguro de que podían descartarlos en su totalidad, así como también a los profesores del centro escolar en el que el chaval estudiaba. Habían investigado en los ficheros de delincuentes que hubieran sido detenidos por delitos sexuales, en especial relacionados con menores; por el momento, estaban a cero. Las notas que Jordi había tomado sobre los casos de desaparición de niños tampoco les habían aportado ninguna pista. La brutalidad del crimen apuntaba en principio a un hombre, pero no podía descartarse que fuese más de uno.

Sonó su móvil v contestó rápidamente:

- -Dime, Jordi.
- —Hemos acabado con las viviendas de la zona este del pueblo, nos queda la masía de Can Roca. El dueño no está, pero el empleado que nos ha abierto la puerta no nos ha dejado pasar. No podemos registrar la casa sin contar con nada que lo justifique.
- —Ya lo sé. Es imposible que consigamos órdenes de registro para todas las viviendas y, además, no tenemos ningún indicio en relación con esta casa. Si no nos dejan entrar de buena gana, no podemos acceder a esa propiedad.
 - -Pues entonces... No tenemos nada. -Jordi suspiró-.. ¿Tú qué vas a hacer?
- —Dentro de media hora me reuniré con los forestales en el sector oeste. De todos modos, si nuestro hombre ha sido un poco listo ya se habrá marchado concluyó amargamente.
- —Estamos dando palos de ciego —dijo Jordi con firmeza—. Creo que perdemos el tiempo, Carlos... Y este ya no es nuestro caso, sino de los de homicidios.
- —De momento tengo que colaborar con ellos, lo sabes. Tú no estás obligado, puedes seguir ocupándote del trabajo diario.
- —A ver, no estoy discutiendo nada, y sabes que estoy tan implicado como tú en esto, pero no podemos emplearnos a fondo si no tenemos nada más.
- Carlos fue a replicarle, pero sabía que tenía razón. Estaban en un punto muerto y, aunque esperaba equivocarse, dudaba mucho que Gimeno tuviera alguna idea sensata de por dónde orientar la investigación.
- —No te preocupes —dijo conciliador—. Te espero, y ya comentaremos qué se puede hacer.
 - —De acuerdo —contestó Jordi—. Enseguida estamos ahí.

Carlos colgó sintiéndose dominado por la frustración. Si no aparecía ningún dato nuevo, no tendrían nada para poder avanzar y el caso quedaría como uno de tantos sin resolver. Recordó una de las últimas veces que había hablado con Julián, en la que este, con una pelota en la mano y la ropa sucia tras haber jugado un partido de fútbol con los amigos, le había preguntado por qué se había hecho policía. En ese momento no había sabido qué responderle y le había salido con

alguna obviedad que no recordaba. Ahora, pensando en ello, se dijo que en realidad no había ninguna razón en concreto. Nadie en su familia había sido poli, y ni él ni nadie de su entorno cercano había sufrido algún tipo de experiencia traumática que le hubiese hecho reflexionar sobre la necesidad de proteger a los inocentes. Simplemente al acabar los estudios había empezado a preparar la oposición, que había aprobado a la primera y con buenas notas. Lo curioso es que ni familiares ni amigos se sorprendieron por ello. Recordó la expresión de Alma cuando se lo dijo. Se limitó a sonreir afirmando que ya se lo esperaba. Quizá había nacido para ser policía y ni él mismo lo sabía.

Suspiró y volvió a leer sus notas como si quisiera descubrir en ellas algo que pudiera ay udarles, algo que el maltratado cuerpo de Julián pudiese revelarles y conducirles a su asesino. Gimeno se inclinó sobre la mesa de su despacho v me preguntó:

- —¿Conocía el refugio?
- —No, no lo conocía. Le repito que me limité a seguir al perro por el bosque hasta que llegué a ese sitio.
- —¿Había visto a ese animal con anterioridad? —Me taladraba con la mirada —. ¿Es de algún vecino del pueblo, de algún conocido?
- —No, y no lo sé —contesté con rapidez. No estaba dispuesta a contarles que había soñado con el pastor alemán—. Llegué al pueblo el viernes por la tarde, y a se lo he dicho, y además hacía años que no venia.
 - -¿Y por qué lo siguió? -intervino su colega.
- —No lo sé, pensé que tenía que hacerlo, no me planteé nada. Oigan, no puedo explicarles nada más de lo que ya les he explicado... Mañana tengo que volver a Barcelona, me resulta imposible demorarlo más. Tienen todos mis datos, incluido mi número de móvil... ¡No voy a marcharme fuera del país! —les solté, harta ya de repetir lo mismo tantas veces.

Gimeno se echó hacia atrás en la silla con todo su considerable peso, lo que causó un sonoro crujido del respaldo. Pensé que de un momento a otro se rompería y disfrutaríamos viendo que acababa en el suelo. A pesar de todo, la silla resistió y su ocupante siguió hablando:

- —Sabrá usted, como letrada, que hemos de repasar su declaración punto por punto. Los hechos son de suma gravedad y fue usted quien encontró el cadáver.
 - -Sí, soy consciente.
- —Por tanto, hemos de comprobar su, cuando menos, extraña declaración dijo frunciendo el ceño y echando un vistazo a los papeles que tenía delante.
- —Extraña o no, es lo que sucedió y no la modificaré por más veces que me pregunte lo mismo. —Noté que empezaba a perder los nervios y fui consciente de que el tono de mi voz no había sido el más adecuado—. Lo siento —me disculpé—. Estoy bastante alterada por todo esto... Quiero ayudar, de verdad, pero no sé qué más puedo aportar.
- -¿Conocía al niño? preguntó Gimeno mientras con gesto ausente se rascaba la oreja derecha.
- —No, supe que estaba desaparecido cuando llegué al pueblo, nada más. Tampoco conozco a la familia.

Se quedó mirándome fijamente.

-¿Por qué se puso a escarbar en la tierra?

Tardé unos segundos en contestar.

—Bueno, no sé... Vi que la tierra estaba removida, había algo blanco y... pensé que habría sido el perro. Él me había llevado hasta allí.

Gimeno continuó observándome como si no le gustase mi respuesta, pero le

sostuve la mirada hasta que al final la apartó para buscar algo encima de la mesa

- —Bien, deberá estar usted localizable en cualquier momento —dijo colocándose unas ridículas gafas de pasta lila sobre la nariz, que eran a todas luces demasiado pequeñas para su enorme cara.
 - -Sí, ya lo sé.

Me levanté, cogiendo la chaqueta y el bolso.

- El otro policía se levantó a su vez con una sonrisa obsequiosa e hizo ademán de acompañarme.
 - -No hace falta, gracias, conozco el camino perfectamente.

A pesar de mi negativa, lo hizo. Al llegar a la puerta, se acercó unos centímetros más de lo necesario para asir el pomo y abrirla, lo que me obligó a rozar su cuerpo cuando pasé a su lado. Olía a ropa no muy limpia y también al desodorante con el que debía de haber querido ocultar la falta de jabón. Contuve la respiración y salí de allí mientras notaba que me seguía con la mirada. No me gustaría estar a solas con ese individuo demasiado tiempo.

Christian acabó de cargar el coche, prestando especial atención a que los ordenadores quedaran bien sujetos en el asiento de atrás, y fue a cerrar la puerta de entrada. En cuanto había recibido el aviso convenido, se había puesto en marcha. Había dejado las habitaciones impecables, oliendo a lejía. Dio doble vuelta a la llave y rodeó la casa para comprobar que todas las persianas estuvieran bien bajadas y la puerta trasera cerrada. Miró alrededor. El orden y la limpieza del interior contrastaban con el abandono y la dejadez del jardin. Cuando volviese, debería tomar una decisión al respecto; era hora ya de tirar unos cuantos trastos que llamaban demasiado la atención. Eso si volvía.

Se detuvo junto a la ruinosa caseta del perro. Hacía días que no lo veía, pensó. Frunció el ceño intentando recordar. Al menos desde el sábado; sí, casi seguro de que la tarde del sábado lo había visto moverse agitado entre la maleza. Él estaba nervioso, y solo le había faltado aquel animal que nunca paraba de gemir. Había decidido entonces que si molestaba por la noche le pegaría un tiro, pero el domingo por la mañana había desaparecido. Debía de haber arrancado la cadena del suelo. Estaba fuerte, el viejo chucho, o la cadena totalmente oxidada. Pues mejor, se dijo, un problema menos. Igual había echado a andar por la carretera y lo había atropellado un camión.

Empezó a silbar. Hacía un día estupendo, pensó mientras se dirigía hasta el coche. Tuvo que esforzarse para introducir su prominente barriga en el asiento, y cuando lo consiguió se quedó un momento quieto, respirando entrecortadamente. Últimamente había ganado algo de peso. Antes, cuando estaba enganchado a casi todo, apenas comía, pero desde que el jefe le rescató, lo había dejado todo.

Se habían conocido una noche en el garito de Vicente mientras Christian daba vueltas al escenario con su cámara haciendo fotos a la chica nueva. Muy delgada; parecía una niña. Se suponía que era mayor de edad, claro que con las orientales nunca se sabía y a que todas parecían muy jóvenes, incluso impúberes. A él le gustaban más las mujeres con carne en su sitio, pero a algunos les ponía que tuvieran ese aspecto de niñas vírgenes e inocentes.

Cuando hubo terminado se dio la vuelta y entonces fue cuando vio al jefe, un tipo alto con aspecto de hallarse fuera de lugar. Sentado entre los parroquianos, en vez de mirar a aquella chavala que, con cierta torpeza, bailaba agarrada a la barra fija, lo observaba a él. Se había sentido esperanzado. A ver si le compraba unas cuantas fotos, se había dicho. El negocio flojeaba un poco, lo que podía significar que a Vicente se le acabara la cuerda y, con ello, a él el chollo de la buena vida. Así que cuando el tipo le había hecho una seña con la mano se había acercado sin dudarlo. La música era atronadora en ese momento y había tenido que hablarle al oído:

^{-¿}Eres bueno sacando fotos? ¿Quieres hacer un trabajo para mí?

Christian se había sorprendido a medias. Con anterioridad algún colgado que otro le había preguntado si haría fotos o grabaría un vídeo de trios, incluso de escenitas con cuero y látigo incluido en alguna ocasión, y nada de ello le importaba si luego le pagaban bien. De modo que había asentido y le había hecho un gesto para que le siguiera. Una vez en el cuartito, le había mostrado alguna de sus mejores fotos y todo el arsenal de filmaciones porno. El jefe había negado con la cabeza, como si nada de aquello llamase su atención, y se había quedado mirándolo fijamente con esos ojos claros que parecían ver más allá de él mismo. Tenía una mirada fría, como si estuviera evaluándolo, y tras unos momentos de indecisión se había sacado un sobre del bolsillo de la chaqueta.

—Me interesan esta clase de fotos.

Christian había cogido el sobre que le tendía para mirarlas. No era la primera vez que había visto fotos de adultos con niños de diferentes edades en todo tipo de posturas sexuales. A veces se había preguntado cómo conseguían hacerlas con la naturalidad que reflejaban, dada la brutalidad de algunas de ellas. De todas formas aquel mercado nunca le había interesado, sobre todo porque se corría el riesgo de toparse con la pasma.

—Pago bien... si las fotos son de calidad. Podrías salir de este antro de mierda y empezar a ganar pasta de verdad. Esto es un buen negocio —le había dicho sin dejar de observarlo.

Christian había estado a punto de soltarle que no quería meterse en lios, pero él continuó hablando hasta que al final terminó convenciéndole. Bien mirado, había reflexionado entonces, la etapa en el Fire se estaba acabando, estaba harto de sacar fotos a aquellas putas; además, últimamente estaba tomando demasiada mierda. Igual le venía bien un cambio de aires, había decidido. Así que desde ese día se había metido en el negocio, lo que le había reportado no solo dinero sino también estabilidad, aunque ello implicara mirar para otro lado y no pensar en lo que hacían.

Arrancó el motor y salió a la carretera sin mirar atrás, contento de volver de nuevo a casa tras un trabajo bien hecho.

La familia de Julián vivía en la planta baja de un edificio de tres pisos con un jardín en el que había plantados varios rosales y un pequeño ciprés. Walter estaba sentado en uno de los escalones de acceso a la puerta de su casa con la cabeza entre las manos, y Jordí se acercó andando despacio.

—Hola, Walter —dijo cuando llegó a su altura.

Este levantó la cabeza y lo miró inexpresivo. La ropa le colgaba, evidenciando la pérdida de peso, y un rictus de amargura marcaba su rostro. Jordi se sentó a su lado. Los dos hombres permanecieron en silencio, la vista al frente.

- —Me dijiste que querías conocer los resultados de la autopsia —empezó el policia—. Quizá sería mejor esperar un poco, no creo que vaya a ayudarte mucho.
- —No... —Su voz era ronca—. Hemos buscado a un abogado para que vaya al juzgado y lleve este caso. Somos gente humilde, pero necesitamos justicia. Lo entiendes, ¿verdad?

Jordi asintió.

- —El letrado nos lo explicará todo, sí... Pero yo necesito saberlo ahora. Aunque duela, es peor no saber.
- —De acuerdo. —Le refirió sucintamente lo que Carlos había recabado de la forense.— No nos han llegado todos los datos de toxicología —terminó—, pero esto es lo que tenemos por el momento.

Walter no lo miraba. Con su manaza arrancó con cuidado un diente de león que crecía en la hierba y sopló con suavidad. Las espigas flotaron en el aire y se perdieron en la distancia, empujadas por la brisa.

-Sufrió, entonces.

Para eso Jordi no tenía respuesta. Vio que unas gruesas lágrimas comenzaban a resbalar por las mejillas de Walter.

- —Espero que cuando atrapéis a ese hijo puta yo no esté presente... porque de lo contrario acabaré con él con mis propias manos —advirtió, y se restregó la cara.
 - -Piensa en tu familia, has de mantenerte firme.

Sus propias palabras le sonaron huecas.

—Eso hago, constantemente. —Walter lo miró—. Si no, ya me habría pegado un tiro. Mi esposa está destrozada, casi no se tiene en pie, y los niños no entienden nada. Les hemos dicho que Julián tuvo un accidente con un coche. Cuando sean mayores sabrán la verdad.

Jordi le apretó el hombro y se levantó, sacudiéndose los pantalones.

—¿Sabes qué recordé esta mañana? —dijo Walter—. Aquella leyenda que me explicaste, la del ciprés que se pone en los cementerios —añadió a la vez que señalaba con la cabeza el pequeño árbol.

—Sí, la de la hija del rey celta Bóreas, Ciparisa. No es la más conocida, pero es la que más me gusta.

—Su padre lo plantó en su tumba para que recogiera la esencia de su hija muerta prematuramente, ¿no? Dijiste que es el árbol de la tristeza.

Jordi asintió.

—Este ciprés todavía es joven, como lo era mi Julián. —Levantó la vista, sus ojos estaban cargados de dolor y desesperación—. Era un niño inocente, no tenía que morir. Por favor, Jordi, encontrad a ese monstruo.

A las seis de la tarde del miércoles decidí que era el momento de dar por terminada la jornada. Un solo día sin acudir al despacho y de golpe el trabajo se había multiplicado; parecía mentira, pero así había sido. Por un momento pensé que todos los clientes se habían puesto de acuerdo para llamar y pedir cita o consejo sobre lo que les estaba pasando, y el martes al mediodía había tenido que llamar a Berta para anular la cita; quedamos para el jueves, nuevamente entre sus visitas va programadas. Esperaba que aquel trajín se tradujese en el pago de un montón de minutas pendientes, aunque no albergaba muchas esperanzas. Últimamente nuestro fichero de impagados crecía sin parar, v Àngels bromeaba diciendo que, a ese paso, pronto se compraría un uniforme y haría horas extras para ir al domicilio de los clientes a cobrar. No éramos las únicas en esa situación, solo había que mirar a nuestro alrededor para ver que los bolsillos no estaban para muchas alegrías. Así que tras poner mis papeles en orden v despedirme de todas salí con ganas de andar un poco y perderme por Barcelona antes de volver a casa, meior dicho: a casa de mi madre. Tenía una lista de teléfonos a los que pensaba llamar al día siguiente para preguntar por unos cuantos pisos que había visto en alquiler cerca del despacho.

En poco más de diez minutos estaba en la plaza Universidad, un hervidero a esa hora, y no solo de personas sino también de tráfico. Por la mañana Alma había llamado excitadísima para decirme que había encontrado el famoso trabajo de fin de carrera de su amiga y que tenía muchas cosas que contarme. Decidí ser práctica y preguntarle si aparte de esa había alguna noticia más, algo como el resultado de la autopsia u otra información objetiva, no teorías sobre un asesino que vivió hacía unos cuantos siglos, y me respondió que también, pero que por teléfono era muy largo de explicar. Lo malo era, añadió, que había recorrido el pueblo en busca del pastor alemán que le había descrito y que no había ni rastro de él.

En todos los informativos de la tele se hablaba del suceso, y la fotografía que se incluyó en los carteles de búsqueda de Julián aparecía en todas las cadenas. El caso tenía suficientes detalles morbosos para interesar a la gente, aunque no se habían facilitado muchos datos, así que los periodistas se dedicaban a repetir la misma información con algún añadido ocasional para darle color, pero poco más. El juzgado y la policía observaban un mutismo absoluto, que los reporteros se encargaban de remarcar con cierto tono quejoso en cada intervención, como si fuera una falta de consideración hacia su trabajo. En fin, cada uno lo veía desde su punto de vista. Prometí a Alma que volvería a Rocablanca el fin de semana

No podía dejar de pensar en todo el asunto. Los agentes no habían vuelto a llamarme y esperaba que no lo hiciesen. Además, seguía soñando. En la noche del lunes, me encontraba de nuevo en el bosque, a plena luz del día, pero no sola sino con el pastor alemán, que iba junto a mi cojeando y arrastrando la cadena. Era como si diésemos un paseo que no parecia tener fin; no me causaba miedo, pero sí desasosiego. La noche pasada se había añadido una imagen más: nos deteníamos en un claro, con el sol a nuestra espalda, y frente a nosotros se proyectaba la sombra de un hombre, alargada y ominosa. Me había despertado con un sobresalto y me había sentado al ordenador a escribirlo para Berta.

Mientras caminaba con el bolso en bandolera y las manos en los bolsillos iba fijándome en los otros viandantes que, apresurados en su mayoría, circulaban por la acera. Estudiantes con carpetas, parejas cogidas de la mano, madres agobiadas con niños cargados con mochilas, personas de todas las edades hablando por el móvil o simplemente jugueteando con él y, cómo no, turistas, muchos turistas de todas las razas y colores. En la calle Pelayo la gente entraba y salía de los comercios de marcas conocidas que demostraban que y a éramos una capital globalizada. En la esquina con las Ramblas me sorprendió ver que había desaparecido la vieja tienda de aparatos de precisión, en la que mi padre había comprado un higrómetro que todavía estaba en casa; en su lugar habían montado un negocio de venta de bisutería. «La ciudad cambia y te das cuenta de golpe», pensé.

Estuve tentada de cruzar la acera y tomarme algo en el café Zurich. Hacía años que no iba; haciendo memoria, al menos cinco o más. Me dio pereza cuando vi que la terraza estaba a tope y desistí. Mientras empezaba a bajar por las Ramblas me sonó el móvil. Miré y de nuevo era Sergio. Le debia una llamada, pero tampoco me apetecía hablar con él en ese momento. Lo dejé sonar, prometiéndome que esa noche le llamaría si me veia con ánimos. Seguí sorteando a la gente y me vinieron a la memoria los desaparecidos quioscos que se dedicaban a la venta de animalitos de todo tipo: peces, tortugas, conejos, pollitos, patos, hamsters y pájaros, muchos pájaros. Cuando éramos pequeñas, Verónica y yo habíamos suplicado de todas las formas posibles a nuestros padres para que nos comprasen una mascota y, cosa rara, conseguimos que nos regalaran un períquito.

Cuando llegué a la altura de la iglesia de Nuestra Señora de Belén, en un impulso decidí entrar. Al menos, me dije, dentro habria tranquilidad y podria ordenar mis ideas. Esperaba que el semáforo cambiara a verde para cruzar, cuando de golpe se me erizó la piel. Era una sensación de peligro, como si algo me amenazara. Me volví con disimulo, pero no vi nada extraño. Solo había rostros anónimos, ninguno que justificara el miedo que sentía. Se me pasó por la cabeza que en la iglesia estaría protegida, así que miré rápidamente a un lado y a otro para asegurarme de que no pasaban coches, crucé y entré rápidamente como si me siguiera el mismo diablo.

El siamés dio una vuelta sobre sí mismo para al final sentarse con la cabeza muy tiesa en una postura de dignidad herida. Era ya muy tarde, al menos para él, según su horario de cada día, y todavía no había tomado su lata de paté. Por más que había maullado convenientemente, no había conseguido que se la dieran.

La señora Ascensión, la causa del enfado del animal, estaba muy alterada. Su nariz aguileña, que sostenía a la perfección sus gafas de gruesos cristales, parecía oler novedades en la vida de su misterioso vecino. Mientras se tocaba sin pensar los rulos que cubrían su rubia cabeza decidió abandonar su puesto en la mirilla de la puerta para trasladarse sigilosamente a la ventana del patio interior que había deiado entreabierta para poder oír v. con suerte. ver.

Aquel hombre la tenía intrigadísima. Llevaba meses en la finca y todavía, a pesar de vivir en el mismo rellano, no había podido averiguar de dónde sacaba el dinero para pagar el alquiler, mucho más alto que el suyo, que era de renta antigua, en aquel edificio de la ronda de Sant Antoni esquina con Muntaner, ni en realidad nada sobre él. Y eso era algo que no le había sucedido hasta entonces. Llevaba toda la vida allí y nunca, jamás, un solo vecino había escapado a su control. Conocía las idas y venidas de todos, las penas y las alegrías, las muertes y las infidelidades, y sentada en su sofá era capaz de interpretar los sonidos que le legaban desde el piso superior y desde el inferior.

Pero con su vecino de enfrente no había podido. Era un individuo de unos treinta años, entrado en carnes y no muy alto, de cara oronda y labios gruesos. Entraba y salía casi sin hacer ruido, sin saludar si podía evitarlo. Además olía a rancio, y la señora Ascensión ya no sabía si era porque no se lavaba la ropa, ya que nunca le había visto ni una prenda tendida ni había oído ruido de secadora, o porque sencillamente era un guarro. Lo veía con maletas y lo que parecian ser fundas de ordenador, y de vez en cuando desaparecía durante unos cuantos días, pero no había forma de averiguar de él nada más. Le intrigaba qué hacía un hombre solo viviendo en un piso de más de cien metros cuadrados que, le constaba, estaba necesitado de reformas, ya que nunca había visto a nadie más que a él. Sí que recibía alguna visita de vez en cuando, pero siempre eran personas distintas que, además, se marchaban pronto. Menos esa tarde.

Mientras estaba sentada en el sofá viendo un concurso de la tele, su finísimo oido había captado el ruido del ascensor. Se había levantado por la fuerza de la costumbre para atisbar por la mirilla y había visto a un hombre de espaldas, bastante alto, con una pequeña mochila al hombro y que cubría su cabeza con un gorro oscuro llamando a la puerta de su vecino. Había contenido la respiración y había pegado aún más el ojo a la mirilla. Sus gafas habían emitido un débil sonido metálico que le hizo morderse el labio, preocupada por que pudiera haberlo oido el visitante, que ni se había movido. Al cabo de unos segundos la puerta se había

abierto y su vecino, con una camisa de cuadros y unos tejanos que habían conocido días mejores y una amplia sonrisa, había hecho pasar a su invitado, el cual había entrado sin proferir una palabra.

Y en eso estaba, esperando que el individuo saliera. Ya había pasado más de una hora. A través de la ventana no llegaba ningún sonido, por lo que se dispuso a volver a su puesto en la mirilla. Al darse la vuelta tropezó con el siamés, que la había seguido después de haber abandonado la postura de dignidad herida que no le había servido para nada. Consiguió mantener el equilibrio apoyándose en la pared, pero con tan mala fortuna que las gafas se le cayeron al suelo.

—¿Se puede saber qué haces? —exclamó—. ¡Se me han...!

Justo entonces ov ó que se abría la puerta del vecino v. desesperada, fue hasta

la suya propia, a pesar de que su capacidad visual había quedado bastante mermada. Con toda delicadeza levantó la mirilla, aplastó el rostro y entrecerró los ojos para ver mejor. Distinguió a su vecino, que se despedía de su invitado dándole la mano. El individuo alto se giró, pero sin gafas le fue imposible verle la cara y maldijo mentalmente al gato. En cuestión de segundos empezó a bajar la escalera sin hacer ruido mientras su vecino cerraba la puerta y echaba la llave.

La señora Ascensión, enfadada, volvió al pasillo para buscar sus gafas y al ver al gato le dijo con voz chillona:

-¡Eres un inútil! Toda la tarde esperando para nada, ¡fuera de aquí!

El animal puso tierra por medio y volvió al salón, donde se tendió en su coj ín. Le había quedado claro que ese día se quedaba sin su lata de paté. Entré con el corazón acelerado. La iglesia estaba casi vacía; solo había una pareja de turistas sentada en el último banco, estudiando una guía de la ciudad, y al fondo, cerca del altar, me pareció distinguir a un hombre arrodillado rezando. Decidí recorrer el lateral que quedaba a la derecha de la nave central para serenarme. A medida que cruzaba los arcos que separaban las distintas capillas se fue desvaneciendo mi angustia y empecé a fijarme en el templo. Las paredes estaban pintadas en un tono gris claro que no le hacía justicia; quizá mejoraría con una iluminación más adecuada, pero le daba un aspecto lúgubre. Llegué hasta el altar y el hombre que rezaba se levantó y dio media vuelta para marcharse. Me percaté de que era oriental, lo que absurdamente me sorprendió, como si ser de esa raza fuera incompatible con estar orando en una iglesia católica. Crucé las capillas del otro lateral y, ya en la puerta, me detuve para mirar a derecha e izquierda. No vi nada que me llamara la atención, así que seguí bajando por la acera de las Ramblas.

En la siguiente esquina, sin embargo, me paré. A mi derecha se abría la calle Hospital, y recordé que alli estaba la biblioteca que ocupaba parte del antiguo edificio del hospital de la Santa Cruz, uno de los primeros construidos en Barcelona y que había dejado de ser efectivo cuando fue trasladado al de San Pablo, próximo a la Sagrada Familia. Cuando en el colegio nos mandaban hacer trabajos, entonces no había más remedio que ir a las bibliotecas para buscar información, y esa era una de mis favoritas. Al menos hacía veinte años desde mi última visita, así que decidi ir a echar un vistazo.

Entré y me quedé sorprendida, no parecía la misma. La recordaba vieja, oscura v misteriosa. En cambio, había casi demasiada luz v me pareció mucho más pequeña, aunque conservaba, eso sí, el techo abovedado que se apreciaba restaurado, « El tiempo distorsiona los recuerdos», pensé, « o quizá es que han llevado a cabo reformas importantes,» Recorrí los pasillos mirando las estanterías, procurando no hacer ruido para no molestar a quienes estaban estudiando o levendo. No había ninguna silla libre. Me acerqué a los ordenadores para consultar el fondo bibliográfico. En uno de ellos tecleé « Gilles de Rais» y obtuve un total de seis referencias, dos de ellas en inglés. Uno de esos libros seguro que le habría gustado a Alma, me dije; se titulaba Vida y muerte de Gilles de Rais: una historia de guerra y brujería en el siglo XV, aunque solo estaba disponible en una biblioteca de Igualada y en otra de El Masnou. Dos estaban excluidos de préstamo, pero entre los demás uno me llamó poderosamente la atención: El mariscal de las tinieblas: la verdadera historia de Barba Azul. Recordé el discurso de mi amiga y estuve tentada de pedirlo para hojearlo. Había dado dos pasos en dirección del mostrador cuando me detuve. Mejor sería hablar con Alma antes para ver qué me contaba, decidí,

Salí caminando despacio y llegué al claustro, lleno de gente que paseaba o charlaba tranquilamente. A la derecha, una escalera empinada conducía a lo que parecía ser otra sala de la biblioteca. Me sentí intrigada, así que decidí subir. Ya en la puerta, pude ver que era distinta. El acceso inicial era libre, pero para acceder luego donde estaba el fondo documental, protegido por unos tornos, precisabas registrarte como usuario con un pase temporal o un carnet de lector. según explicaba un folleto en la mesa del bibliotecario. El ambiente era de absoluto recogimiento. Había pocos usuarios y la luz era escasa, centrada solo en las mesas de trabajo. Un lugar ideal para trabajar y concentrarse. Di una vuelta por la entrada y me acerqué a la pared más lejana, donde había fotografías en blanco y negro de las salas del antiguo hospital. Algunas de ellas eran un tanto borrosas v me aproximé para verlas mejor. En ese momento volví a notar la sensación de antes, no tan fuerte quizá, v de nuevo me puse en tensión. Me volví con la respiración acelerada y di un respingo involuntario. Gabriel Sira estaba frente a mí, sonriendo, con una mochila al hombro y un pequeño portátil en las manos

—Veo que tenemos las mismas aficiones —dijo en voz baja—. ¿O estaba siguiéndome de nuevo?

Intenté disimular en lo posible mi sobresalto.

—Desde luego que no, ni siquiera le había visto. Está usted obsesionado con que voy tras sus pasos.

Sira hizo una mueca mientras abría la pequeña mochila para guardar el ordenador. No entraba bien y tuvo que sacar un gorro de lana negra.

—No sé si tomármelo como un cumplido —dijo—. De todas formas, :menuda casualidad!, no lo niegue.

—Creo que los budistas dicen que las casualidades no existen, que somos nosotros los que determinamos las situaciones que vivimos con nuestra conducta —contesté.

En ese momento el bibliotecario nos miró ceñudo y carraspeó sonoramente.

- -Hablamos demasiado alto -me susurró-...; Va a entrar?
- —No, no tengo carnet de lector —respondí en idéntico tono—, pero esta sala es mucho más interesante que la de abajo.
- —No lo dude. Vengo con cierta frecuencia... Pero por hoy he terminado; además, cierran dentro de veinte minutos. Habrá que irse, ¿no?

Se colocó la mochila al hombro y se guardó el gorro en un bolsillo de la chaqueta. Acto seguido me rozó el hombro con la mano, como si me conminara a acompañarlo. Bajamos la escalera en silencio y salimos a la humedad de la noche.

- —¿Ha venido buscando algo en concreto? —preguntó cuando llegamos al claustro
 - -No, qué va. Estaba dando un paseo y he decidido entrar. ¿Y usted? ¿Ha

encontrado lo que buscaba?

—No, he llegado tarde y no me ha dado mucho tiempo. No me gusta empezar algo y dejarlo sin terminar, así que hoy... poca cosa he hecho — contestó mientras cruzábamos el claustro evitando a los niños que corrían alrededor del estanque central—. Tampoco tengo ninguna prisa —añadió—. La búsqueda, en ocasiones, es más interesante que el resultado, ¿no cree? Es como el flirteo. mucho más divertido.

Preferí no contestar. Llegamos a la calle y decidí que era cuestión de despedirse adecuadamente.

- —Bien, aquí nos separamos.
- —Lástima, pensaba que podría invitarla a tomar algo. Por esta zona hay sitios muy curiosos.
 - -No se moleste, muchas gracias.
- —Cualquiera diría que la asusto, Iris. Ni que fuera Barba Azul —contestó mirándome sonriente.

Me quedé helada. Eso y a era demasiada casualidad.

- —Vamos... —Me había cogido suavemente del codo derecho—. Aquí cerca hay un local que tiene un café estupendo.
- —No me gusta el café —solté como una autómata—. ¿Qué ha querido decir con eso de Barba Azul?
- —Nada, no le dé más vueltas, solo es una de mis frases hechas. Prometo que conmigo no corre peligro. Y si no le gusta el café, tienen una buena colección de infusiones.
- —De acuerdo, le acompaño... —claudiqué, a pesar de mis reticencias—. Pero no puedo quedarme mucho.
- Tenía que reconocer que la alusión al cuento del que Alma me había hablado había despertado mi curiosidad. Y ya dicen que la curiosidad mató al gato; a la gata en mi caso, pensé, así que...

Carlos llegó a su despacho, se quitó la chaqueta y cerró la puerta. Se acercó al teléfono y marcó el número de la forense, quien contestó al tercer tono.

- -¿Diga?
- -Hola, soy Carlos de los Mossos d'Esquadra.
- -; Ah, sí, Carlos! ¿Cómo estás?
- -Bien, bien. Quería saber si tienes y a el informe de la autopsia.
- —Sí, lo he dejado listo a última hora de la mañana. Ya se ha entregado al juzgado. Supongo que os facilitarán una copia.

Carlos la notó cansada.

- —Si, seguro que mañana la tendremos, pero era por si podías adelantarme algún detalle —insistió; lo cierto es que no pensaba preguntarle a Gimeno para no darle una satisfacción
- —Mandé el análisis de la saliva al laboratorio, supongo que irán rápidos siendo como es un caso de asesinato. También faltan los análisis toxicológicos.
 - -: Crees que habrá suficiente para poder obtener algún perfil de ADN?
- —Bueno, dependerá de la calidad de la muestra, pero... creo que sí. Otra cuestión será si puede identificarse con algún sujeto que tengáis fichado.
- —Ya veremos. —Suspiró—. La base de datos ha aumentado en los últimos años, pero no tanto como nos gustaría. No tenemos los medios que aparecen en las películas.
- —¡Y que lo digas! —exclamó ella—. Estoy harta de que la gente se crea que apretando una tecla adivinamos quién es el tipo que buscamos, vamos, como si tuviéramos una bola de cristal, ni más ni menos. —Hizo una pausa—. ¡Ah, me olvidaba! En el pelo había bastantes restos de gomina.
 - -¿Gomina? -se sorprendió Carlos -. ¿Y eso qué significa?
- —Eh, que la bola de cristal me la he dejado en casa, ya te digo —contestó la forense con sarcasmo—. Aun así, con los días que ese pobre crío llevaba desaparecido, dudo mucho de que se la hubiera puesto él o su madre. Tuvo que hacerlo su raptor... Quizá lo peinó, vete a saber si antes o después del fallecimiento. No estoy segura, pero en mi opinión las lesiones en las muñecas y lo demás fueron hechas en las horas previas a su muerte, posiblemente el mismo sábado.
- —Eso podría significar que le interesaba que estuviera en buenas condiciones, ¿no? —dijo Carlos pensando en voz alta.
- —Es posible. El niño no estaba desnutrido o deshidratado, ni tampoco sucio, después de varios días de estar encerrado. Lo mantenia limpio y en buen estado. Sea lo que sea lo que hiciera con él durante ese tiempo, creo que sí, que quería que tuviera buen aspecto —concluyó.
 - —Muchas gracias, estaremos en contacto.

- —No hay de qué, para eso estamos. Ah, una cosa: si dais con el asesino, desde el punto de vista de la psiquiatria forense sería un buen objeto de estudio. Es un tipo de crimen en el que puede haber elementos rituales, y a me entiendes. —Sí, y a lo he pensado. Me parece que el hombre que buscamos se sale de lo
 - -Tú lo has dicho -apostilló la forense.

corriente.

Había decidido que tenía que salir más, porque tras andar por varias callejuelas que recordaba de mis paseos juveniles, como Riereta, Carretes, Doctor Dou y otras que ya había olvidado, descubri que se habían abierto un montón de comercios nuevos en el barrio, así como bares y restaurantes de todo tipo. Los locales con solera de toda la vida se mezclaban ahora con los de diseño. Habíamos acabado entrando en un moderno café de la Rambla del Raval, con asientos acolchados, música de fondo e iluminación ambiental discreta.

Sentada en un cómodo sofá, con una aromática taza de té delante, me sentía relajada a pesar de la desconfianza que seguía inspirándome mi interlocutor, quien paladeaba el gin-tonic que le habían servido.

- —Veo que se encuentra a gusto —comentó Gabriel Sira—. ¿Hemos acertado con este sitio?
- —Tengo que reconocer que sí. El té está bueno, el sofá es como para echarse a dormir, la música es agradable, con el volumen adecuado, y no hay mucha gente —contesté.
- —¿Y la compañía? —preguntó recostándose en su asiento y cruzando las piernas.

Vaya. Aquí ya me quedé sin saber qué decir.

- -Bien, no me que o por el momento.
- -Creo que el problema es que no tuvimos un buen comienzo.
- —Si lo dice por el accidente, no tuvo importancia, afortunadamente. En ese momento en lo primero que pensé fue en la factura del taller mecánico que me acarrearía, pero luego tuve claro que no valía la pena preocuparse. Es un coche vieio. —Di un sorbo a mi té.
- —Quizá fuera la señal de que debe cambiarlo por uno nuevo... —insinuó Sira.
- —No, no. —Sonreí—. Eso está por encima de mis posibilidades. Y mi prioridad en este momento es encontrar un piso de alquiler razonable en esta ciudad.
- —¿Ah, sí? Si quiere puedo ayudarle, tengo clientes con pisos en propiedad deseosos de alquilarlos a alguien de confianza. Siempre puede ajustarse el precio.
- —Pues habría que ajustarlo mucho, mis clientes no suelen pagar con regularidad. Soy abogada y no trabajo en una gran firma —aclaré al verle enarcar las ceias— Espero haber encontrado aleo va a fin de mes.
- —Entendí que era de Barcelona. ¿Ha decidido dejar el campo por la ciudad?
 —dijo, y apuró su bebida.
- —No, me he divorciado. Estoy viviendo en casa de mi madre temporalmente.
 - -Es usted muy joven para estar ya divorciada, Iris.

Me miraba con tal fijeza que me hizo sentir incómoda.

-Y usted hace muchas preguntas, ¿no cree?

Me incliné hacia delante y sujeté mi taza. Sira esbozó una sonrisa lenta y ladeó la cabeza.

-Sin preguntas no hay respuestas, ese es mi lema -dijo.

Enderezó la postura y se aproximó a mí, la mesa entre ambos. Estuve a punto de retroceder, pero no me moví sino que me mantuve a poco menos de dos palmos de su rostro. Alargó una mano y me tocó con delicadeza un mechón de cabello. Pue solo un roce, pero se me erizó la piel.

—Es un rojo precioso; en otra época, con ese color de pelo y esos grandes ojos dorados, habría tenido problemas. Las acusaciones por brujería se formulaban por menos que eso. No eran buenos tiempos para los pelirrojos, puedo asegurárselo, ni tampoco para las mujeres que destacasen por su belleza o simplemente por ser distintas al resto.

Estaba hipnotizada, pendiente de sus palabras, mientras él jugaba a rozar con los dedos las puntas de mi cabello sin mirarme.

—La mayoría de las llamadas brujas —siguió— eran curanderas or comadronas y a ellas se atribuían todas las desgracias que pudieran recaer sobre una comunidad: epidemias, muerte de animales, pérdida de cosechas... ¿Sabía que se decía que tenián que ir una vez al año a la montaña de Montserrat a cargarse de energía y que el día escogido para ello era el ocho de septiembre? — Bajó la mano y estuvo a punto de rozar la mía—. En el Montseny se conservan leyendas según las cuales esas «brujas» se despojaban al caer la noche de sus ropas en las orillas de los ríos y arroyos a fin de revolcarse en la arena y transformarse en un zorro para poder cometer sus maldades. Antes de que se hiciera de día, debían revolcarse de nuevo en la arena para recuperar su forma humana

Había alzado la vista, y nos quedamos en silencio, mirándonos. Mi parte consciente me instó a decir algo, pero no se me ocurría nada. Sus ojos claros me tenían atrapada. Por un momento sentí que podía perderme en ellos sin darme cuenta, y dudaba que fuese capaz de encontrar el camino de vuelta. Nunca me había sentido así. Se me aceleró la respiración y él lo percibió. Sonrió de nuevo. Dije lo primero que me vino a la cabeza.

-Parece como si formase parte de todo eso... ¿Practica la brujería?

La pregunta pareció incomodarle, sus pupilas se empequeñecieron y el hechizo se rompió. Respiré un tanto más aliviada. Se echó hacia atrás en su asiento y sonrió sin ganas.

—La expresión «brujería» suele utilizarse de forma muy simplista, pensando en una mujer vieja, arrugada, con verrugas y sombrero picudo que remueve un caldero con el que fabrica sus pociones, acompañada por un gato negro, un cuervo o un animal similar —dijo—. Es el imaginario de los cuentos tradicionales y de la bruja de *Blancanieves* de Walt Disney, ¿no? Todos hemos crecido con eso.

- —Sí, es así —coincidí.
- —Algunos estudiosos han llegado a la conclusión de que no es más que una religión anterior al cristianismo, un culto a la fertilidad. Religiones hay tantas como épocas ha vivido el hombre y como comunidades ha formado en todos estos miles de años de evolución —explicó, el semblante serio.
- —Es interesante. Pero ¿cómo sabe tanto de este tema un asesor financiero como usted? —ironicé
- —Soy un hombre de múltiples facetas. —Sonrió—. Por ejemplo, para restaurar la antigua masía de Can Roca tuve que informarme de cómo era en la época en que fue construida, y una cosa me llevó a otra. Me encantó su ubicación, especialmente que se hallase en medio del bosque. Deberías venir y verla, Iris. —Había pasado a tutearme—. Seguro que te gustará. Este fin de semana pienso ir... ¿Te viene bien el sábado? Dame tu teléfono.

Sacó su móvil. Dudé, pero al final le di mi número. Esperaba no tener que arrepentirme.

- —Es posible que vaya a Rocablanca este fin de semana, pero no sé si tendré tiempo...
- —Oh, vamos, pensaba que ya habíamos dejado atrás los recelos. Prometo enseñarte la habitación de Barba Azul con los auténticos instrumentos de tortura.

-No esperaba menos de ti -dije con sorna, apuntándome al tuteo.

Soltó una carcajada y se acercó de nuevo a mí, divertido.

—No es la habitación del cuento, pero sí tengo una colección de objetos antiguos y curiosidades bastante buena. Me han ofrecido mucho dinero por ella, pero no estoy interesado en venderla. También he instalado una bodega surtida de excelentes vinos. No hace mucho he conseguido uno traído directamente de Francia, una elaboración artesanal a partir de una antigua receta. Aseguran que era lo que tomaba Gilles de Rais... ¿Sabes quién era?

Conseguí mantener sobre el rostro una máscara de indiferencia.

- -Me suena, sí. ¿No era un asesino en serie o algo parecido?
- —Es una figura fascinante —contestó Sira, como si hablar de ello le encantara—. Tengo libros muy interesantes sobre él, del abad Bossard y de Georges Bataille, y también el fantástico Lâ-bas de J. K. Huysmans. ¿Has oído hablar de ellos?

Negué con la cabeza.

—Gilles también fue acusado de brujería, de vender su alma al diablo, aunque en su caso no se limitó a dedicarse a la alquimia en busca de la fórmula para convertir el metal en oro, pues traspasó los limites y pagó por ello. —De repente cambió de tema—: Te espero el sábado entonces.

En ese momento decidi que todo aquello ya era demasiada casualidad, de

modo que me planteé que quizá debía aceptar su ofrecimiento y visitar su casa. A pesar de mis reservas, cada vez sentía más curiosidad. Vería el escenario de las fiestas a las que Dalia se había referido, instrumentos de tortura incluidos, y a lo mejor hasta me proporcionaría algún dato más sobre el famoso Gilles de Rais que Alma desconociera. No podía perder gran cosa. ¿O quizá si?

Todavía estaba oscuro. Una niebla espesa se había instalado sobre el pueblo esa mañana de jueves y daba la sensación de colarse por todas las rendijas. Carlos se apartó de la ventana del salón y se dirigió a la cocina sin hacer ruido para comer algo antes de salir. El único sonido era el tictac del enorme reloj de pared. Abrió la nevera, y estaba sacando un cartón de leche cuando una voz a su espalda le sobresaltó; casi se le cayó de las manos.

-¿Ya te vas?

Se volvió y en el marco de la puerta vio a Alma, en pijama y con el pelo revuelto, que se frotaba los ojos. Parecía una niña pequeña que se hubiera despertado sin saber bien dónde estaba, nensó Carlos.

—No quería molestarte —contestó en voz baia.

Se sirvió la leche en un vaso y se la bebió de un trago.

- —Ya me lo imagino, pero todavía no has aprendido a sacar la ropa del armario sin dar unos cuantos golpes —dijo ella bostezando—. ¿Por qué te vas a estas horas? Son solo las seis…
- —Quiero llegar pronto al despacho, luego tengo que ir a Sabadell. Gimeno ha convocado una reunión a media mañana en la unidad central. Van a dar una rueda de prensa para comunicar algo a los medios, pero ignoro qué piensa decir sin sabotear la investigación. Le encanta ser el protagonista y dar a entender que todo va a descubrirse gracias a su pericia —añadió con una mueca de desagrado.
- —Vamos, sabes que es tu superior y que le debes un respeto —dijo irónicamente Alma al tiempo que se acercaba y empezaba a masajearle el cuello—. Estás demasiado nervioso, Carlos, más que de costumbre, que ya es decir. Últimamente nos tienes abandonados... Tu hijo te ve más en foto que en persona. Anoche llegaste cuando estábamos durmiendo ya, y ahora te vas dejándonos todavía en la cama.
- —Tienes razón, lo siento —reconoció él abandonándose por un instante a la sensación relajante que le proporcionaban los dedos de Alma—. Pero es tan frustrante... No tenemos ningún resultado en la base de datos, ese ADN no está fichado, no hay forma de saber quién es.
- Alma detuvo un momento el masaje, para luego reanudarlo con la frente apoyada en la de Carlos.
- —Te refieres a los restos de saliva que encontrasteis en el cuerpo de Julián, ¿no? —Él asintió—. ¿Dónde estaban? —preguntó en voz baja.
- —En la cara, en el pecho sobre todo. El hijo de puta debió de lamerlo, y además a conciencia. La muestra era muy buena. ¿Entiendes por qué siento como si algo me apremiara? Le mantuvieron con vida todos esos días hasta que la noche del sábado lo mataron tras hacerle... No quiero ni decirlo en voz alta, Alma. Y ese monstruo anda suelto por ahí.

- —Es horrible —susurró ella mirándole a los ojos.
- —Sí, lo es, pero no podemos perder la esperanza de encontrar al asesino. Anda —dijo, y le dio un beso rápido en los labios—, vuelve a la cama hasta que sea la hora de despertar a Víctor. Luego te llamo, a ver si hoy puedo volver a casa más pronto que aver.
 - -No te preocupes, cariño. Y ten cuidado.

Mientras Carlos salía, Alma volvió al dormitorio, aunque ya tenía claro que estaba totalmente despejada. Sentía unas ligeras náuseas y le dolía la espalda. Sentío en la cama y sacó del cajón de la mesilla de noche un grueso paquets de folios y un bolígrafo. Tendría que contarle muchas cosas a Iris cuando viniera. No había comentado nada de aquello a Carlos porque estaba segura de que le diría que desvariaba. Aun así, por el momento se alegraba de que Víctor fuese lo suficientemente pequeño para tenerle siempre controlado. Todos los padres y las madres del pueblo, aunque no lo expresasen en voz alta, ejercían una vigilancia más o menos discreta sobre las idas y venidas de sus hijos, respirando tranquilos cuando volvían a casa. Si supieran lo que Alma empezaba a sospechar, ni siquiera les dejarían asomar la nariz por la puerta.

No eran más que las seis de la mañana, pero ya estaba despierta. Había vuelto a tener un sueño. Distinto de los anteriores. Me hallaba de nuevo sola en el bosque dando vueltas, sin rumbo fijo. Caminaba entre los árboles, tocando sus troncos y resiguiendo con los dedos sus irregularidades. La sensación del tacto de la corteza, áspera y rugosa, era tan real como si de verdad estuviese allí. Oía el murmullo del agua de un riachuelo, el susurro del viento y, si levantaba la cabeza, veía una luna decreciente que iluminaba mis pasos. La sensación era de compás de espera, como si mi obligación fuera la de estar alerta sin saber hacia dónde tenía que dirigirme, pero con la convicción de que algo reclamaría mi atención. Me sentía llamada para cumplir con mi función, aun sin saber cuál era. Pero el sueño no tenía fin ni parecía conducirme a ningún sitio, por lo que me desperté cansada, como si hubiera recorrido kilómetros. Si esperaba volver a ver al perro o la sombra alargada de un hombre, quedé decepcionada.

Me levanté y me senté ante el ordenador para escribir cuanto recordaba. Luego lo imprimi para enseñárselo a Berta cuando acudiera a su consulta por la tarde

Tenía que reconocer que la noche anterior había vuelto a casa con sentimientos encontrados. Gabriel había insistido en acompañarme, pero me negué; en eso sí me mantuve firme. Sentía hacía él una especie de atracción mezclada con cierta reserva que bien podía ser calificada de rechazo. Era un individuo extraño, y además parecía que le encantaba mantener ese halo de misterio alrededor de su persona. Quizá era parte de su estrategia de seducción. Tenía que reconocer que llevaba mucho tiempo sola y que a nadie le disgustaba que le dedicasen un poco de atención, pero por otro lado continuaba teniendo el presentimiento de que no era alguien de quien pudiese fiarme. Si hacía caso a Alma, que valoraba mis intuiciones, lo mejor era que lo mantuviese a una distancia sufficiente en la que no pudiera afectarme. Esperaba ser capaz de conseguirlo durante la visita que había prometido hacerle el sábado, yo, la reputada analista de situaciones comprometidos y con gran experiencia en relaciones sentimentales. Era para reírse.

Iba a darme una ducha para ponerme en marcha, pero antes decidí ventilar la cama y aparté las sábanas. Algo oscuro cayó a mis pies e, intrigada, me incliné para recogerlo. Lo así con cuidado entre los dedos... Y me quedé sin respiración. Tenía en mi mano un pequeño trozo de corteza de árbol.

En el exterior de la comisaría de Sabadell se respiraba la agitación propia de las grandes ocasiones. Aunque todavía faltaba un buen rato para que empezara la rueda de prensa, los periodistas ya habían hecho su aparición, y no solamente los de los medios escritos, pues en los alrededores había ya vehículos de varias cadenas de televisión que hacían sus preparativos con las cámaras.

Carlos intentó entrar de la forma más discreta posible, saludando con un gesto a los reporteros que conocia de otras ocasiones. Estaba encantado de que Gimeno quisiera encargarse de comparecer ante los medios, ya que alguna vez le había tocado a él y no era precisamente su punto fuerte. No era frecuente, por no decir que era extraordinario, celebrar una conferencia de prensa en un momento crítico como aquel. Siempre constituía un problema, máxime en una investigación en curso, decidir qué podia hacerse público, así como escoger las palabras adecuadas para evitar tergiversaciones o malas interpretaciones. En eso tenía que reconocer que su superior era un maestro, ya que siempre facilitaba a los periodistas algún dato para que no creyeran que se iban con las manos vacías y de lo realmente importante no mencionaba nada.

Subió hasta el despacho de Gimeno, situado en la segunda planta, pero cuando iba a llamar a la puerta oyó que este gritaba, al parecer hablando por teléfono, y decidió esperar fuera. En ese momento Soteras, que acababa de doblar la esquina del pasillo, se acercaba leyendo unos papeles mientras avanzaba. Iba vestido con ropa que parecía tener al menos veinte años, si no la había recuperado del cubo de la basura, se dijo Carlos. El jersey azul que llevaba estaba desgastado y deshilachado, y los pantalones le venían un poco cortos; parecía que se los había remangado para cruzar un arroyo. No había reparado en Carlos y casi tropezó con él.

—No te había visto —gruñó.

Consiguió sujetar los papeles, que habían estado a punto de caérsele. Acto seguido los ordenó y los colocó en una carpeta que puso a su espalda, como si no quisiera que el cabo los viera.

—Tú no estarás en la rueda de prensa, no sé para qué te ha dicho que vinieras —le espetó con un ligero aire de superioridad.

Carlos le miró con estudiada indiferencia mientras pensaba que, por más ganas que tuviera, partirle la boca no le beneficiaría en nada, así que optó por encogerse de hombros. El gesto dejó desarmado a su interlocutor, quien, con el ceño fruncido, se apoyó en la pared al otro lado de la puerta mientras fingía ordenar de nuevo el contenido de la carpeta. Ambos permanecieron en el pasillo en un silencio que era más incómodo para Soteras, pensó Carlos, ya que a pesar de su supuesta posición de privilegio con el jefe no se atrevía a entrar en su despacho mientras este continuara su discusión a gritos.

Recordó la operación en la que habían coincidido hacía ya casi una década. Ambos estaban en el operativo que perseguía una banda que atracaba gasolineras v robaba coches de lui o. El asunto duraba meses v meses, sin que consiguieran pararles los pies va que no caían nunca en las trampas que les preparaban para cogerles in fraganti. Alguien había comentado que parecían conocer por anticipado los movimientos de la policía, pero Carlos no había dado crédito a esas habladurías, incapaz de dudar de la integridad de aquellos colegas de profesión con los que había compartido tantas cosas. Sin embargo, el tiempo le demostró que estaba equivocado: tres agentes estaban relacionados con la banda. Aun así, por fortuna pudieron desenmascararlos y la operación finalizó con éxito. Soteras no estaba entre ellos, pero trabajaba estrechamente con quien luego se probó que tenía más vínculos con los delincuentes, v adoptaba con él la misma actitud servil que ahora exhibía con Gimeno. A pesar de las sospechas, no pudo demostrarse que hubiese participado en las actividades de sus compañeros corruptos, ni siquiera que estuviera enterado de lo que hacían, pero a Carlos siempre le había quedado una sombra de duda.

Oyeron que Gimeno colgaba con un golpe el auricular, y Soteras se acercó a la puerta y llamó con suavidad.

-: Pase! -gritó Gimeno.

Soteras asomó apenas la cabeza.

—Hola, jefe. Ya estoy aquí con lo que me encargó. También ha venido Carlos —añadió como si no tuviera más remedio.

Gimeno levantó la vista de los papeles que tenía en la mesa y los miró por encima de sus gafas con cara de pocos amigos.

—Sentaos, todavía estoy sopesando y anotando qué voy a decir en la rueda de prensa. Han llegado los análisis de toxicología. Ha dado positivo a drogas. — Calló y siguió leyendo.

Carlos y Soteras se sentaron, este en la silla más próxima a su jefe como si quisiera con ello marcar la diferencia de importancia existente entre él y el cabo.

- —¿Qué droga? —preguntó Carlos.
- —Escopolamina, según este informe. Una droga altamente tóxica que en dosis minúsculas se usa en el tratamiento del mareo en medios de transporte pero que en dosis elevadas causa delirio, psicosis, parálisis, estupor y muerte. Eso es lo que dice aquí. —Gimeno golpeó con el dedo indice en la hoja.
- —Posiblemente el captor tuvo a Julián drogado todo el tiempo —apuntó Carlos.
- —Puedes imaginarlo, para hacer con él lo que quisiera. Bien, supongo que, aparte de eso, no tenemos nada nuevo. Estamos bien jodidos... —dijo Gimeno dirigiéndose implicitamente a Carlos, aunque sin mirarle.
- —No hemos encontrado nada en un radio de al menos veinte kilómetros del pueblo. De todas formas nos han denegado la entrada en algunas viviendas, y sin

- orden judicial poco podemos hacer.
 - -¿Alguna a destacar? inquirió Gimeno.
- —Nos gustaría entrar en Can Roca, propiedad de Gabriel Sira, que vive en Barcelona, pero la gente que tiene a su servicio no nos lo ha permitido.
- —¿Y existe una razón en particular para querer registrar esa casa? intervino Soteras.
- —Ninguna —reconoció Carlos—. Hay varias denuncias contra el propietario por las fiestas que organiza en la finca durante los fines de semana con la música a tope. Alguno de los participantes ha sido detenido por un delito contra la seguridad vial, por conducir borracho o bajo los efectos de las drogas. En cualquier caso no podemos descartar nada, estamos en una investigación por asesinato
- —Lo sabemos, Carlos, lo sabemos —le cortó Gimeno—, pero sin algo concreto el juez no nos proporcionará una orden de entrada y registro. Hablaré con mis superiores. ¡Algo más?
- —Esperaba que fuerais vosotros los que me dierais indicaciones, yo me limito a trabai ar sobre el terreno —dii o secamente Carlos.

Soteras hizo una mueca mirando a Gimeno, pero si aguardaba a que este estallara colérico contra el cabo, quedó desilusionado.

- —Esto es lo que hay —contestó Gimeno—. Sabemos que el asesino es un depravado capaz de mantener a un chaval de once años en cautividad durante cuatro días, al parecer, no obstante, en buenas condiciones. No tenemos ninguna prueba de que lo maltratara desde el principio; es más, la forense opina que la violación pudo haberse cometido la misma noche de la muerte. Las marcas de las muñecas evidencian que la víctima estuvo maniatada, si no todos los días, sí durante un tiempo. No hemos identificado aún el lugar del crimen. Y, por otra parte, la hebra de ropa que encontramos corresponde a un tejido de algodón vulgar que se vende en todas partes. Nadie vio nada, nadie oyó nada.
- » Algo no cuadra... Por un lado, hay una preparación detallada, organizada, que culmina del modo que ya sabemos; por otro, sin embargo, la ocultación del cuerpo es una chapuza. Para acceder al lugar donde lo enterró, recordemos, a muy poca profundidad, el asesino no pudo llegar en coche; tuvo que llevar en brazos al niño un buen trecho, y eso es arriesgarse mucho. Pero por ahora concluyó— le ha salido bien.
 - -¿Qué vas a decir entonces en la rueda de prensa? -inquirió Carlos.
- —Ah, la rueda de prensa. No he podido impedirla. El caso es impactante, y más tratándose de un crío. Estamos sometidos a mucha presión, todo el mundo quiere resultados. Solo falta que los medios de comunicación empiecen a hablar de las estadísticas de niños desaparecidos. —Dio un suspiro—. Solo diré que estamos trabajando con pistas seguras, que tenemos el ADN del asesino. Es posible que eso lo ponga nervioso y motive que dé un paso en falso; de hecho, no

sabe lo que tenemos en la base de datos.

Con cierto esfuerzo Gimeno logró desincrustar su orondo cuerpo de la silla y, ya de pie, empezó a recoger los papeles que tenía sobre la mesa.

—Hay que seguir trabajando —sentenció—, porque nuestro principal problema no es que de momento no avancemos, lo que ya de por si es grave, sino que esto se repita. La jugada le ha salido bien... Ahora ya ha probado el sabor de la sangre. Puede que le haya gustado y quiera más. Aparqué el coche y cogí la bolsa que había dejado en el asiento del copiloto. Antes de bajar pensé en lo distinta que era mi llegada de ese dia en comparación con la del fin de semana anterior. Había salido de la ciudad en viernes por la tarde, ilusionada, en busca de descanso, y tuve, por el contrario, el dudoso honor de encontrar el cadáver de un niño. Ahora, de nuevo viernes, mi estado no era de los más alegres. Al cruzar la plaza había advertido que los carteles habían desaparecido, y solo un crespón negro ondeaba en la bandera del ayuntamiento. Aparentemente el pueblo recobraba su pulso habitual y empezaba a llenarse de urbanitas fugados.

Esa noche había vuelto a tener el sueño en el que me limitaba a andar por el bosque sin otra consecuencia que la intranquilidad que me provocaba. Al hallazgo de los restos de tierra en las uñas debía unir ahora el de un trozo de corteza de árbol, y ninguna de las dos cosas tenía una explicación racional. Berta había leido cuanto le había escrito acerca de mis nuevos sueños, y también escuchó mi relato de cómo seguí al pastor alemán y encontré a Julián. No había sabido qué decirme. Al ver su cara, yo había pensado que, si no se tratara de un asunto tan serio, no dejaba de tener gracia su expresión de incredulidad. Finalmente le había prometido telefonear a la consulta para pedirle cita al cabo de unos días, aunque sin mucha convicción. Además, entre el trabajo que había tenido y las preocupaciones, había olvidado llamar a los pisos que tenía anotados. Esperaba tener tiempo la semana siguiente.

Llamé a la puerta de Dalia, pero no contestó. Habría salido. Busqué la llave bajo el búho, entré, me cercioré de que mi tía no estaba y dejé la bolsa con una nota en la que le informaba de que había llegado y que me iba a casa de Alma. Estaba cerrando la puerta cuando me sonó el móvil. De nuevo Sergio. Sería cuestión de contestar, pensé.

- -Hola, Sergio. Ya vi tus llamadas, pero no he encontrado el momento de devolvértelas.
- —¿Cómo va todo, Iris? —dijo él con voz preocupada—. Hablé con tu madre y me contó lo sucedido. ¿Estás en Barcelona?
- Si a esas alturas seguía hablando con mi madre, poco íbamos a tener que explicarnos. Aun así, me propuse contestarle con calma.
- —No, estoy en Rocablanca. He venido a pasar el fin de semana con tía Dalia y con Alma.
- —¿Crees oportuno volver al pueblo después de lo que te ha pasado? exclamó sorprendido.
- —No veo dónde está el problema, Sergio. Además, a mí no me ha pasado nada, sino al pobre niño que encontré... asesinado. —Me embalaba por momentos—. Y otra cosa: no necesito que mi madre o tú me hagáis de niñera,

soy mayorcita. Te recuerdo que ya no somos pareja.

Inmediatamente deseé haberme mordido la lengua; estaba claro que la diplomacia nunca ha sido mi fuerte.

—Sé muy bien que ya no somos pareja —contestó él secamente, acusando el golpe—, pero eso no impide que me preocupe por ti. Ahora bien, si te molesta, quédate tranquila que no volveré a llamarte. —Y colgó.

Guardé el móvil en el bolsillo. Había sido demasiado dura con él y no me sentía orgullosa de ello, pero no podía mantener a Sergio en mi vida si quería seguir adelante, menos aún con todo lo que estaba ocurriendo. Empecé a andar a grandes zancadas hasta la casa de Alma. Llegué enseguida, llamé y casi al instante mi amiga me abrió la puerta. Su rostro evidenciaba signos de cansancio y falta de sueño. « Ya somos dos», pensé.

--Por fin --dijo---. Pasa, necesito contarte lo que he encontrado. No te lo vas a creer.

Christian conducía despacio, soportando la interminable caravana de vehículos cuyos conductores, como él, habían tomado el desvio en la autopista para acceder al Montseny. Accionó el limpiaparabrisas del cristal delantero, pero solo le funcionaba uno. Cuando cobrase, pensó, se compraria un coche nuevo, le hacía falta. Las nubes se abrieron permitiendo el paso de un timido rayo de sol que iluminó la carretera en la que los automóviles avanzaban ahora poco a poco. Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo ese viernes en ir a la montaña. Por otro lado, por muy pesado que le resultase ir a aquel ritmo tan cansino, era mucho mejor que el tráfico fuera denso: así su presencia quedaba disimulada. A la salida de la autopista había encontrado una patrulla uniformada, pero los agentes no le miraron siquiera; estaban ocupados con unos moros que, por los aspavientos, por lo visto no llevaban ninguna documentación. Aunque, si le hubieran obligado a detenerse tampoco habría sido tan grave, se dijo. Había venido con lo puesto y la cartera, y por lo que había leido en la prensa la poli todavía daba palos de ciego en el caso del niño sudaca. Había tenido suerte.

Lo último que le apetecía era tener que volver tan pronto a la casa de la montaña, pero se había pasado la mañana buscando en el piso de Barcelona un dispositivo USB en el que tenía grabadas algunas fotos que sí podían comprometerle. Sin resultado. No se explicaba, con lo meticuloso que era, cómo había cometido ese desliz, que, evidentemente, no mencionó al jefe. Solo faltaría que se enterase. Esperaba no tardar mucho más en llegar, encontrarlo antes de que se hiciese de noche y largarse pitando. Arrancó por enésima vez y apenas avanzó unos metros. No podía entender a santo de qué había tanta caravana... Se estaba poniendo muy nervioso; imprevistos como ese no le gustaban nada. Se dio cuenta de que le quedaba medio depósito de gasolina y decidió parar a repostar, ouizá después el tráfico sería más fluido.

Unos kilómetros antes de llegar al camping de Rocablanca vio la gasolinera. Justo a la entrada había un Porsche Cayenne junto al que un hombre estaba asegurando en la baca una bicicleta de adulto mientras un niño y una niña correteaban alrededor. Más tarde se preguntaria por qué había mirado, ya que su objetivo era únicamente repostar, pero no tenía explicación. Había sido como una inspiración... o una especie de imán que le había obligado a fijarse en el crío. Era muy guapo. Tendría unos siete u ocho años, delgado, no demasiado alto, con el cabello rubio y ensortijado, la piel blanquísima y un rostro encantador. Parecía un ángel. Corría riendo alrededor de la niña, más pequeña que él e igualmente rubia. Aminoró la marcha y acabó deteniéndose en el arcén un poco más adelante para observar sus movimientos a través del espejo retrovisor. Al jefe le encantaría, aquel mocoso tenía la edad y el físico que le gustaban. Su respiración se aceleró a pesar de ser consciente de que no era buena idea, tan pronto, además en el mismo lugar... Pero era una ocasión única. Quién sabía cuánto tardarían en encontrar un mocoso tan perfecto.

El hombre acabó de asegurar la bici en la baca y llamó a los dos pequeños, a los que hizo subir al coche. Christian esperó a que arrancara y se alejara un poco antes de seguirlo. No sabía cómo lo haría, pero tenía que apoderarse de ese niño como fuese. El jefe iba a volverse loco con él y, sobre todo, le recompensaría adecuadamente.

Mientras Alma acababa de dar la merienda a Víctor en la cocina me senté en una silla del comedor y comencé a curiosear en el montón de papeles que cubrían la mesa. Parecía que mi amiga había estado muy ocupada a juzgar por las hojas manuscritas que vi por todas partes con anotaciones y marcas de rotulador fluorescente. Me llamó la atención un grueso dossier; debía de ser el trabajo de fin de carrera de su antigua compañera de piso del que me había hablado. En la portada el título rezaba: « Gilles de Rais, un hombre sin sentido».

—Veo que ya has empezado a hojear el material —dijo Alma, que justo entraba con una bandeia en la que había una tetera y dos tazas.

Di un respingo.

- -Me has asustado. Sí, estaba mirando tu colección de papeles... ¿Y Víctor?
- —Se ha quedado en su habitación pintando, tiene que hacer unas cuantas fichas. Mejor que hablemos en voz baja.

Se sentó frente a mí y me ofreció una taza. Intenté bromear para relajar la situación

- -Supongo que lo que vas a explicarme no es para menores de edad.
- —Ni para mayores tampoco —dijo ella muy seria—. Casi no sé por dónde empezar, hay tanto... Estuve ley endo el trabajo de Raquel —nerviosamente se puso a ordenar sus apuntes— y luego me acordé de que yo tenía un libro sobre brujería que te comentaré luego, muy bueno, El culto de la brujería en Europa Occidental, de la doctora Margaret A. Murray. Creo que mi amiga incluso viajó a Francia con la intención de consultar las actas del proceso eclesiástico que se siguió contra Gilles de Rais, aunque no recuerdo si lo consiguió.
- —Confío en que no me endilgarás el trabajo entero —me alarmé. Cogí la tetera y vertí el contenido en las dos tazas—. ¿Te pongo azúcar?
- —Un poco solo. Bueno, intentaré ser concreta —se apresuró a añadir, pero hice una mueca de incredulidad—. A ver, no voy a darte una explicación detallada de todo el período histórico en el que Gilles vivió porque sería muy largo, aunque realmente es relevante para explicar su personalidad, que era lo que mi excompañera de piso analizaba. Estamos hablando de la Francia del siglo quince, hacia el final de la guerra de los Cien Años.

Debí de poner cara de no tener ni idea.

—Veo que no sabes de qué te hablo. Para resumirlo rápidamente, lo que es un crimen desde el punto de vista de un historiador —dijo sonriendo—, esa guerra no duró cien años sino un total de ciento dieciséis, entre treguas y confrontaciones propiamente dichas. Se inició en... —Consultó un papel—. Si, en 1337. Francia e Inglaterra se enfrentaban por decidir qué rama dinástica sucedería a la de los Capetos, que habían sido los reyes de Francia —me aclaró—, ya que la linea directa se había extinguido en... espera que lo busco; aquí, en 1328. Pues eso, los

Valois, una rama de los Capetos, y los Plantagenet, soberanos de Inglaterra y también descendientes indirectos de los Capetos, lucharon con la finalidad de controlar los territorios que tenían los ingleses en Francia desde... 1154. Como y a puedes intuir, terminó con la victoria de los franceses y los ingleses perdieron sus dominios en el continente.

Di el primer bufido de impaciencia, pero ni caso. Alma estaba en su elemento. Tomó aire para seguir.

- —Te haré un esbozo de los últimos años, que fue cuando apareció Gilles de Rais. Los franceses sufrieron una gran derrota en 1415 en la batalla de Agincourt, en el nordeste de Francia, pero los ingleses tuvieron que retirarse por falta de armas y víveres, con lo que no pudieron confirmar la victoria. Cinco años después se firmó el Tratado de Troyes, por el que el rey francés, Carlos VI, reconocía a Enrique V de Inglaterra como heredero al trono de Francia, casándolo con su hija, pero el rey inglés murió oportunamente dos meses antes que Carlos VI, y los franceses aprovecharon para incumplir el tratado proclamando rey al hijo de Carlos VI, esto es, Carlos VII. Ello dio lugar a que los ingleses invadieran Francia en... —A Alma le costó encontrar la fecha—. En 1428. Y pusieron sitio a la ciudad de Orleans.
- —No estoy segura de que nada de todo esto me interese, Alma —me quejé, y di un sorbo a mi té.
- —Ya acabo el rollo histórico. Gilles y otros generales franceses, siguiendo a Juana de Arco, una doncella que sostenía que Dios la había llamado para ponerse al servicio de Carlos VII y liberar el país de los ingleses, libraron batalla tras batalla, reconquistando el territorio. Fue finalmente en Reims donde Carlos VII fue proclamado rey de Francia y...

Se interrumpió al ver mi expresión.

- —Vale, iré al grano: Gilles de Rais. —Soltó el papel que tenía en las manos, rebuscó y encontró otro, que levantó satisfecha—. Nació en otoño de 1404, sus padres eran Guy de Laval y Marie de Craon, que provenían de los más rancios linajes franceses y contaban ambos con una impresionante fortuna. Tuvieron dos hijos, Gilles y René, que no recibieron el cariño de sus progenitores precisamente, pues fueron criados por institutrices y amas de cría.
 - --Pero eso debía de ser lo habitual en las familias nobles, ¿no? --inquirí.
- —Si, era asi, por supuesto. Sin embargo, el dato nos interesa porque hoy en día está demostrado que las psicopatías tienen su origen en casos de falta de cariño y abandono paterno. Sigo. Cuentan que a Gilles de pequeño le gustaba matar animales para verlos sufrir. Y cuando tenia alrededor de once años presenció la agonía y muerte de su padre, al que atacó un jabalí mientras cazaba. Lo vio morir destripado y aguantó sin soltar una lágrima.
 - —Apuntaba maneras. —Señalé su taza—. Se te está enfriando la infusión.
 - -Ya, ya. Todo influye -murmuró Alma mientras repasaba sus notas-. Su

madre se casó con otro noble y se desentendió totalmente de él. Lo educó su abuelo materno, Jean de Craon, un hombre con fama de cruel que le inculcó que sus títulos y riquezas le situaban por encima de la obediencia al rey o a Dios. Como militar, la trayectoria de Gilles fue impecable. Así que imaginate, un noble francés con unos bienes incalculables en tierras y castillos a quien se concedió el título de mariscal de Francia por los servicios prestados a la corona, con un poder immenso y en una sociedad como la medieval, donde los deseos del señor eran ley.

- —Lo tenía todo para darse la buena vida. —Apoyé los codos en la mesa—. No entiendo entonces que se convirtiese en un asesino, como me contaste.
- —Eso es lo que mi compañera quiso reflejar en su trabajo, por qué una persona que tenía el mundo a sus pies, considerado un héroe nacional, para unos un hombre sin estudios, aunque para otros un hombre culto que leía a los clásicos, que hablaba latín y que disfrutaba con la música, acabó convirtiéndose en el peor asesino de todos: en asesino de inocentes. Afortunadamente al final fue juzgado y condenado a morir en la horca. Tenía treinta y seis años. La verdad es que mi compañera se metió tanto en el personaje que, como ya te expliqué, acabó descolocada
 - -No te entiendo. -La miré desconcertada-. ¿Qué quieres decir con eso?
- —Bien —dijo Alma con pesar—. Hay que reconocer que era una chica un poco particular. Cuando nos licenciamos le perdi la pista. Era una persona solitaria y con altibajos emocionales, pero nos llevábamos bien. El personaje de Gilles le fascinaba a tal extremo que hasta discutió con su profesor porque este no consideraba que el tema, tal como ella lo planteaba, fuera adecuado, pero no hubo forma de convencerla. Fue tan persistente, presentó tanta documentación, que al final lo consiguió.
- » La verdad es que el resultado —señaló el dossier—, al menos en mi modesta opinión, es estupendo. Aun así poco a poco fue obsesionándose demasiado con los detalles de los crimenes. Creo que en el fondo Raquel acabó enamorada de él, de Gilles de Rais, que incluso le idealizaba. Afirmaba que para describir bien lo que habían sido su vida y sus crimenes tenía que —hizo el signo de comillas con los dedos— "vivirlo todo en primera persona".
- —¿Insinúas que empezó a matar gente para ver lo que se sentía? —exclamé asombrada.
- —No grites... No, no insinúo nada de eso, pero le gustaba recrearse en los pequeños detalles. Leyó las obras de Suetonio, las de Ovidio también, tal como cuentan las crónicas que hacía el mariscal. En concreto, Suetonio relataba en Vidas de los doce césares todos los desmanes que llevaron a cabo Tiberio, Nerón y Calígula. El propio Gilles lo reconoció en el juicio y añadió que esas historias le dieron ideas de cómo cometer sus crímenes.
 - » También le encantaba un vino condimentado con especias que creo que se

llamaba... hipocrás, sí, y Raquel no paró hasta conseguir que le prepararan uno con los ingredientes que se usaban en aquella época. En Francia, exactamente, se elaboraba con la incorporación de fruta, como manzana o naranja, y almendras, e incluso he leído que hasta se le añadía ámbar gris, que es una secreción biliar del cachalote, si no recuerdo mal; este último ingrediente se consideraba afrodisiaco. ¿Por qué pones esa cara?—me preguntó.

- —Luego te explicaré algo acerca del vino ese. Conozco a uno a quien también le gusta. Sigue, sigue.
- —Bueno, ya me dirás quién es. Raquel acabó absolutamente fascinada por el personaje. Gilles bebia y comía a lo grande, para seguir después con sus orgías. Abusó de niños y niñas, Iris, los prefería desde los siete u ocho años hasta los doce, más o menos; críos que sus esbirros capturaban o engañaban y llevaban a su señor. Nadie volvía a verlos jamás. Gilles explicó en su confesión que les daba ese vino para adormecerlos, y que luego los vejaba, torturaba, desmembraba y decapitaba en el último instante, cuando estaba próximo a alcanzar el climax, y entonces sus colaboradores le ofrecían la cabeza para que pudiera besarla. Las más hermosas las conservaba en salmuera. ¿A qué te recuerda lo de la cabeza? Eso fue lo que me llevó a pensar en Julián. —Hizo una pausa.— Carlos me ha contado que en la autopsia encontraron saliva en el rostro y en el cuerpo del pequeño... No han identificado el ADN, por cierto. En el pelo, me ha dicho, hallaron restos de gomina, como si le hubieran peinado cuidadosamente, y no parece que lo maltrataran durante los cuatro dias de cautiverio. Lo conservaron bien con un objetivo, Iris. Todo sucedió la noche que lo mataron.
- —No puedo creerlo, ¿insinúas que tenemos al imitador de un asesino que vivió hace seiscientos años? —Estaba horrorizada.
- —Si no es un imitador, se acerca bastante. En el juicio Gilles dijo, entre otras muchas barbaridades, que la crueldad era algo innato en él, que disfrutaba humillando y haciendo daño. Me temo que nuestro monstruo es alguien que siente lo mismo.

Había visto entrar al Cayenne en el camping poco antes de que oscureciese del todo. Él no podía pasar, ya que había un control de acceso muy riguroso, pues anotaban tanto los números de las matrículas como los nombres de las personas que llegaban. Aquel sitio estaba tan concurrido que los empleados no daban abasto. Hubo de conformarse con aparcar a unos metros de distancia, y se quedó sentado frente al volante, con el motor y las luces apagadas, pensando el siguiente movimiento. Si entraba tendría que ser a pie, intentando confundirse entre la gente, y como mucho conseguiria averiguar en qué zona del camping estaba el niño. Era imposible secuestrarlo en esas condiciones, y aunque lo consiguiera no veía forma de salir con él sin que nadie se diese cuenta. A juzgar por el equipaje del Cayenne, seguro que sus ocupantes pasarían todo el fin semana allí. Al menos tenía tiempo hasta el domingo, pensó... De todos modos, si lo intentaba debería ser al día siguiente. No podía arriesgarse a que les diera por largarse el domingo por la mañana; perdería el rastro del niño. Además, no podía estar aparcado en la entrada tantísimo tiempo sin levantar sospechas.

Decidió volver a la gasolinera para repostar. Después iría a la casa de la montaña, como tenía planeado, y dormiría allí. Al día siguiente regresaría al camping y esperaría el momento propicio. Tenía que conseguirlo, valía la pena correr el riesgo. Ya imaginaba la cara del jefe cuando lo viera: estaría encantado

Ambas permanecimos en silencio, Alma consultando el dossier y yo mirando sin ver los papeles que tenía ante mí, olvidada ya la infusión. No podía creer que estuviéramos hablando de un monstruo del medievo cuyos métodos imitara otro del siglo XXI.

—Mira —dijo Alma al tiempo que me mostraba una página—. Es una reproducción de un supuesto retrato de Gilles de Rais. Era un hombre corpulento, fuerte, orgulloso de sí mismo, un gran militar, y muy religioso, aunque cueste creerlo. Después de sus orgías, rezaba pidiendo perdón a Dios por sus desmanes.

En el retrato aparecía un hombre con cota de malla, cabello sobre los hombros, barba espesa, facciones grandes y marcadas, nariz prominente, ojos profundos. Un hombre que emanaba poder y nobleza, si no sabías de quién se trataba, claro.

—Tampoco puedo asegurarte que esa fuera su imagen real —continuó diciendo Alma—, pero quizá sea bastante aproximada. Era bastante alto, metro ochenta, dice algún autor, musculoso debido a su entrenamiento militar, atractivo. Sostienen que se casó por obligación y que solo tuvo una hija; no le interesaban las muieres, casi todos hablan de su homosexualidad.

» Existen varias teorías de por qué Gilles se convirtió en un monstruo. Unos creen que tuvo la culpa su abuelo, como te he contado; otros opinan que mientras hubo guerra pudo satisfacer sus instintos, pero que en tiempo de paz fue como si se hubiese quedado sin saber qué hacer. Algún que otro autor aventura incluso que Juana de Arco, la doncella pura y virgen que oía voces divinas que la avudaban a guiar al ejército francés, fue el amor platónico de Gilles por la virtud que representaba, y añade que cuando la guemaron en la hoguera por bruja él se descontroló totalmente. Dilapidó su fortuna en fiestas y en orgías, perdiendo patrimonio a una velocidad tal que su familia pidió al rey que le prohibiera despilfarrar de esa forma. Su respuesta fue encerrarse en uno de sus castillos y repudiar a su muier v a su hija. A partir de ahí es cuando empezó su carrera hacia el infierno. Otros afirman que era un enfermo mental, un psicópata, un fanático religioso, vete a saber. En el libro de brujería que te he dicho antes la autora apunta a que profesaba una religión antigua que el cristianismo intentó suprimir sin éxito, una religión basada en los sacrificios y el culto al diablo, es decir, lo que denominamos brujería, y añade incluso que Juana de Arco también pertenecía a esa religión. Es otra teoría.

—¿Y tú qué crees?

—No tengo elementos suficientes para tener una opinión rigurosa, pero, la verdad, me quedo con lo que confesó él mismo en el juicio. Según recogen las actas del proceso, no sé si es cita literal pero lo parece, cuando fue preguntado sobre sus motivos contestó lo siguiente: « Uno se cansa y se aburre de lo

ordinario. Empecé matando porque estaba aburrido y continué haciéndolo porque me gustaba desahogar mis energías».

- -Por puro aburrimiento, entonces -dije asombrada.
- —Cuando lo tienes todo, si crees que estás por encima del resto de los mortales y disfrutas haciendo daño, para ti no hay nada prohibido, máxime si ya no guerra en la que desfogarte.
 - -Tengo que explicarte algo, Alma...
- La había interrumpido porque, a medida que mi amiga iba hablando, la imagen de Gabriel Sira se había instalado en mi cabeza, quizá sin justificación, pero no podía evitarlo. Le relaté mis encuentros con él y la cita del día siguiente en su casa
- No sé —concluí —, por un lado es un hombre que me atrae, pero por otro mi instinto me dice que no es trigo limpio. Además, solo ha faltado que precisamente me nombrara a Barba Azul y a Gilles de Rais.

—Ouizá sea una casualidad, Iris.

Alma cruzó los brazos y se echó hacia atrás en su silla.

- —Eso no te lo crees ni tú. —La miré con seriedad—. Debo ir a esa casa con los ojos muy abiertos y estar pendiente de cualquier detalle. Dejó caer que hasta tenía instrumentos de tortura que colecciona como antigüedades.
 - -: Piensas que puede ser el asesino? preguntó Alma sorprendida.
- —¡No! No lo sé... Pero realmente coinciden muchos detalles de su personalidad con lo que me has explicado: le fascina Gilles de Rais, colecciona instrumentos de tortura, es un hombre acomodado que cuenta con dinero suficiente para hacer lo que le plazea, le encanta todo lo relacionado con la bruiería, bebe el vino especiado ese que tú has mencionado...
- —Mamá, he acabado las fichas, ¿puedo quedarme ya con vosotras? —dijo una voz infantil.

Víctor estaba en la puerta cargado con una carpeta y sosteniendo en precario equilibrio un estuche con lápices de colores.

- —Sí, cariño, ven y siéntate en esta silla. Apartaré estos papelotes. —Alma lo cogió en brazos—. Ten, puedes quedarte este para dibujar lo que quieras. —Se volvió hacia mi—. No lo conozco, Iris. Si fue al centro de información, yo no estaba ese día, pero le he visto por el pueblo y he oído hablar de él, como todo el mundo aquí, por la restauración de la casa, por las fiestas y por el dinero que parece ser que tiene. También hay que reconocer que llevas tiempo sola... ¡No te vendría mal un poco de compaña! —concluyó con un guiño malicioso.
- —No es tan simple —refunfuñé—, no voy a echarme en brazos del primero que pase. De todos modos, la verdad es que, aunque desconfie de él, me intriga. Me gustaría saber qué buscaba en la biblioteca.

Mientras me escuchaba Alma hacía dibujos con su hijo en el mismo papel.

-Gabriel Sira -la oí murmurar de pronto-. Sira.

Vi que escribía.	Tamborileó	con el	lápiz sobre	la mesa	, pensativa.	De repente
escribió algo más.						

- —Iris...
- --¿Sí?
- —Mira.

Cogí el papel que me tendía. En la primera línea había anotado, en may úsculas: S I R A.

Y en la de debajo había reagrupado las letras: R A I S.

Empezaba a odiar la palabra « casualidad» .

Había tardado más de una hora en encontrar el dispositivo. Sorprendentemente al final había aparecido entre los cojines del sofá; no recordaba haberlo puesto allí. Qué más daba, ya estaba todo solucionado. Si no fuera porque había visto a aquel niño, ahora podría marcharse a casa tranquilamente. Cualquiera con sentido común volvería a Barcelona para ocuparse de los archivos que había rescatado y acabar, por fin. El jefe había quedado contento y, por el momento, no le había hecho ningún encargo más. Claro que era un niño tan perfecto... Estaba seguro de que con la luz adecuada parecería un ángel inocente, ideal para fotografiarlo en todas las posturas posibles. Si conseguía apoderarse de él, deberían actuar con mucha prudencia, no era un crio abandonado ni un hijo de inmigrantes cualquiera. Sería cuestión de hacer las fotos, un video quizá, nada más. El problema era que empezaba a dudar de que el jefe fuera capaz de controlarse, y en la tele habían dicho que la policía contaba con una muestra de ADN... Pero debería hacerlo, por el bien del negocio.

Christian entró en la cocina y abrió los armarios. Quedaban algunas latas de comida preparada, bebida y poco más. Con eso tendría más que suficiente para el fin de semana. Se abrió una cerveza y con ella en la mano se sentó en el sofá, frente al televisor. Mientras miraba sin ver la pantalla, empezó a planear el siguiente movimiento. Lo mejor que podía hacer esa noche era relajarse y descansar para estar fresco al día siguiente. Montaría guardía a la entrada del camping en cuanto se hiciese de día, a la espera de su oportunidad. En algún momento vería al niño y entonces decidiría cómo se hacía con él. Necesitaría un par de cosas de la habitación secreta. Si todo salía bien, llamaría al jefe para contarle lo que se llevaba entre manos. Según lo que le dijera, soltaría al crio o empezaría a trabajar enseguida. Esa vez no tardaría tanto tiempo; el chico era más pequeño, con lo que era de suponer que fuese más manejable.

Terminó la cerveza eructando con ganas. Decidió dormir en el sofá con la ropa puesta. Ya no venía de un día.

Tras haber lavado los platos y recogido la cocina fui a sentarme un rato en el sofá. Había llegado a casa con el tiempo justo para ayudar a Dalia a preparar la cena, que habíamos comido en la cocina. No tenía mucha hambre, pero había hecho un esfuerzo por ella. A pesar de su buen humor, le dolían bastante las rodillas, así que enseguida se había ido a la cama. Por la mañana, me dije, trataria de convencerla de que necesitaba ayuda en la casa, al menos hasta que se repusiera un poco de la última tanda de quimioterapia. No iba a ser tarea fácil, pensé, y a que era aún más tozuda que yo.

La conversación con Alma me había alterado bastante. Antes de marcharme. mientras Víctor jugaba con sus coches, tuvo tiempo de explicarme que se creía que alrededor de ochocientos niños habían muerto a manos del monstruo entre 1433 y 1440. El número parecía excesivo. Con todo, aunque no existían documentos que permitiesen cifrarlos con exactitud, sí era seguro que habían sido cientos. Los criados y los cómplices de Gilles de Rais trabajaron mucho para ocultar y quemar los cuerpos de los pobrecillos, así como para limpiar e intentar borrar las huellas de las orgías de sangre de su señor. Se convirtió en una macabra rutina que empezaba con el secuestro de los pequeños o el engaño a los padres, a quienes se les decía que entraban al servicio de Rais como pajes o criados. Allí donde estuviera, en sus castillos de Champtocé, Tiffauges o Machecoul, desaparecían niños y niñas, siempre los más guapos, que nunca se encontraban. Las confesiones de los secuaces de Gilles detallaban cómo este sodomizaba a los inocentes después de haberlos colgado de ganchos o de haberles cortado la garganta, mientras morían desangrándose. Por Dios... Los relatos de los crímenes eran tan espeluznantes que llegó un punto en que fui incapaz de asimilar nada más

Ya no sabía si era buena idea ir a casa de Gabriel. La coincidencia de las letras de ambos apellidos no significaba nada. Podía ser perfectamente un hombre culto interesado en la Edad Media, en ciertos personajes históricos y poco más, lo que no le convertía en un asesino degenerado. Quizá nos estábamos dejando llevar por la histeria, ya que el crimen podría haberlo cometido cualquiera, desde un asesino solitario que no tuviera nada que ver con el pueblo hasta una red dedicada al secuestro de niños. Y sin embargo, sentía que no debía fiarme de él. Si hacía caso de mi instinto, me dije al fin, lo prudente era mantenerme a distancia

Me estaba adormeciendo en el sofá. Lo mejor sería irme a la cama, donde estaría mucho más cómoda. Esperaba descansar de verdad, dormir sin sueños. Oí el sonido de una campanita, pero en un primer momento no supe identificarlo. Luego sí: era un whatsapp. Nada menos que de Gabriel: « Mañana te espero para comer, sobre las dos. Te encantará la casa». Me quedé con el teléfono en la

mano, sin saber qué contestar... o si contestar. Despacio, me limité a teclear un simple « De acuerdo, allí estaré» , y sin pararme a pensar lo envié. Ahora ya estaba hecho, mejor no darle más vueltas.

Carlos se sobresaltó cuando le sonó el móvil. Echó una ojeada al reloj: eran las ocho de la mañana del sábado.

- —¿Diga?
- -Soy Gimeno. ¿Estás en el despacho?
- —¿Ahora también me controlas el horario, o es que tengo que fichar? contestó Carlos desabridamente.
 - -Tranquilo, que todavía no te dicho nada.
 - Notó que Gimeno empezaba a sulfurarse, así que respiró hondo y se disculpó.
- -Lo siento, estaba concentrado en unos informes. No esperaba que llamaras a estas horas.
- —Yo también trabajo, aunque no te lo parezca —masculló su interlocutor—. Te llamo porque mis jefes han hablado con el tal Gabriel Sira para conseguir que nos deje entrar en su propiedad. No pondrá ningún problema. Pero hay que hacerlo con delicadeza; se ve que es un tío con muchos contactos. La idea es echar un vistazo sobre todo por la finca y, si podemos, también por la casa.
- —Pues si no estamos autorizados a acceder a todas partes, ¿de qué nos sirve?
 —diio Carlos disgustado.
- —Menos es nada, ¿no? Además, una vez que estemos allí, quizá consigamos hacer un registro completo... si actuamos con inteligencia. Pero recuerda que no tenemos pada contra ese hombre.
- —Bueno, ha habido algunas detenciones por los saraos de los fines de semana —obietó Carlos.
- —Ya me lo contaste. De todos modos, que alguno de sus invitados haya dado positivo a drogas no nos interesa. Te repito que es un pez gordo, y no estamos para cabrear a nadie. Me están apretando las clavijas los de arriba. Iremos esta tarde, tú v vo.
 - -- ¡Nosotros dos? -- se sorprendió Carlos--. ¡Dónde está tu fiel Soteras?
- —No te pases... —E insistió—: Nos presentaremos allí para hacer lo que te he dicho. Tienes alguna novedad?
 - —No, para variar —contestó Carlos a su pesar.
- —Pues dale caña, porque necesitamos algo. En las noticias de ayer ya empecé a notar cierta crítica referente a la inutilidad de la policía. Estamos quedando fatal —gruñó Gimeno.
 - Nada me gustaría más que resolver este caso, pero por ahora no veo cómo.
 Mierda, ¡estamos apañados! Te llamaré esta tarde. —Y colgó el teléfono.
- Carlos colgó a su vez con un sentimiento de indignación. Si su compañero pretendía que se sacara un conejo de la chistera, que esperara sentado. Solo faltaba tener que ir a registrar la casa del señor ricacho del pueblo con pinzas y algodones.

Había hablado con la forense, ya que no estaba seguro de que Gimeno se hubiese puesto en contacto con ella para preguntarle sobre los efectos de la droga hallada en las vísceras de Julián, y había tenido que escuchar una conferencia sobre aquella dichosa sustancia. Tenia un montón de notas. Se trataba de un alcaloide que se encontraba en las plantas de la familia de las solanáceas como el beleño blanco, la mandrágora y otras que a él ni le sonaban, con potentes efectos alucinógenos y acción sedante sobre el sistema nervioso central. Con la dosis adecuada, el asesino de Julián bien pudo conseguir que este hiciera todo lo que se le antojase, sin ser consciente de ello, pensó Carlos. Había oido hablar de ese tipo de drogas que conseguían anular la voluntad del sujeto, lo que era perfecto para mantener cautivo a un niño el tiempo que se desease, siempre que se supiera aj ustar la dosis, claro.

Carlos se pasó las manos por el pelo y suspiró. El asesino debía de estar riéndose de todos ellos, viéndoles dar vueltas como en un tiovivo, sin ir a ninguna parte. En ocasiones, odiaba su trabajo.

Christian decidió hojear el periódico para distraerse. Aún estaba oscuro cuando había aparcado a un lado del camino de acceso al camping, pero como se encontraba en un lugar algo elevado, tenía una buena visión de la entrada. Además se había traído unos prismáticos; si alguien le preguntaba, siempre podía decir que estaba observando los pájaros, por ejemplo. En la mochila había puesto algodón, un frasco de cloroformo, una cuerda y una manta pequeña, así como galletas y cervezas para pasar el día y, cómo no, su inseparable cámara. Ignoraba cuántas horas aguantaría apostado alli, pero estaba seguro de que acabaría viendo al niño. El tiempo estaba de su parte, ya que la niebla se dispersaba y todo parecia indicar que luciría el sol. Cuando viera al crío sabria qué hacer, era absurdo trazar ningún plan por el momento. Si salían con el coche, los seguiría a donde fuesen a la espera de su oportunidad.

De momento en el camping todo parecía tranquilo. Las oficinas aún estaban cerradas, pero distinguió una luz dentro. Supuso que el personal debía de dormir allí, al menos durante el fin de semana, puesto que la barrera de acceso estaba bajada. Un escuálido gato negro salió del recinto y fue directo hacia su coche sin apercibirse de que estaba dentro. Se acomodó en el capó de un salto y solo entonces volvió la cabeza hacia él. Se miraron fijamente. El animal ni se inmutó y continuó sentado como si nada, lamiéndose la piel de cuando en cuando, imperturbable. A Christian le dieron ganas de tocar el claxon para hacerlo bajar, pero se contuvo; lo último que necesitaba era llamar la atención. Viendo que podía seguir allí a sus anchas, el bicho se echó a dormir. Quizá era mejor así, pensó Christian; desde lejos parecería que el coche estaba vacío y más con un gato dormido encima. Echó un vistazo al reloj. Las ocho. Suspiró y comenzó a pasar las páginas del periódico con un ojo puesto en el exterior. Sabía tener paciencia si la recompensa, como esa, iba a ser buena.

Había pasado una de las mañanas más tensas de mi vida. Ya durante la noche había tenido sueños inconexos en los que sentía de nuevo una angustia que no podía atribuir a nada, pues me limitaba a dar vueltas por el bosque con el pastor alemán a mi lado, sin ningún objetivo aparente. Por si fuera poco, luego, tras el desavuno, casi discutí con Dalia cuando traté de convencerla de que buscara a alguien que la avudara con la casa. Mi tía no quería ni oir hablar del tema; estaba perfectamente sola v, si necesitaba algo, tenía a la vecina. No hubo forma de hacerla entrar en razón. De todos modos, aún fue peor cuando le dije que iba a comer con Gabriel. Tuve que soportar un discurso acerca de la conveniencia de visitar a un degenerado, como sin duda, según ella, era el dueño de Can Roca. Pensé que si supiera lo que Alma me había explicado o tuviera noticia de los instrumentos de tortura que supuestamente iba a ver, me habría atado con una cadena v. acto seguido, habría lanzado la llave al mar. Para acabar de redondearlo, mi amiga no había deiado de mandarme mensaies desde que me había levantado, dándome consei os acerca de cómo comportarme, qué ponerme y, por supuesto, qué preguntar a Gabriel. Estaba hasta las narices de todo y de todos

Después de darme una ducha descubrí que, tan previsora como siempre, no me había traído nada para la ocasión. No pretendía presentarme con un vestido de cóctel, pero tampoco me entusiasmaba ir con botas de montaña y camisa de leñador. Todo tenía un límite. Así que pasé más de una hora haciendo combinaciones con las cuatro cosas de que disponía. Al final me decidi por los tejanos más nuevos, las botas bajas y un jersey no muy grueso. Qué original. «Con la de ropa que tienes, Iris, y cuando mejor has de elegir...; no sabes qué ponerte!», me regañé. Otro asunto crucial era el del maquillaje; a saber: ¿pinturas de guerra o cara lavada? ¿Qué era lo más apropiado? Me decidi por algo intermedio: un tenue toque de maquillaje en los ojos y poca cosa más. Lo único bueno que saqué de todo ello fue que, al estar tan pendiente de mi arreglo personal, no me calenté más los cascos pensando qué estrategia iba a seguir. Actuaría como siempre, en mi línea de « todo sobre la marcha». Fantástico.

Me puse un poco de perfume detrás de las orejas, no mucho, y evité volver a mirarme en el espejo. Salí de la habitación y grité antes de abrir la puerta de la calle:

- -¡Me voy, Dalia! Ya te llamaré...
- -: Ten cuidado, cariño! me contestó ella desde la cocina.
- -Sí, sí, no te preocupes. ¡Hasta luego!

Prácticamente abandoné la casa a la carrera por temor a que pudiera sermonearme más. Decidí ir a pie ya que hacía buena mañana, a pesar de que se veían nubes en lo alto de la montaña, quizá señal de que tendríamos una tarde pasada por agua. El aire fresco me despejó la cabeza y me animé, así que alargué todo lo que pude el paseo, ya que en veinte minutos llegaba de sobras a la masía. Recordé que, de pequeñas, Alma, las amigas del pueblo y yo salíamos con las bicicletas a la hora de la siesta, cuando se suponía que deberíamos estar durmiendo, para ir a jugar a la ermita o a la abandonada casa a la que me dirigiá ahora. En los días nublados nos gustaba contar historias de miedo en Can Roca. Nuestras favoritas eran las de las brujas malvadas y las hadas buenas que vivían en los ríos y las fuentes. Alma siempre quería ser un hada; yo prefería a las otras. Cuando estábamos en la finca solía ir sola a asomarme al pozo que había en mitad del jardín. Me fascinaba la figurita de la bruja montada en su escoba que remataba el foriado de la parte superior. Llevaba un sombrero picudo y la

de que apareciera una para llevarme con ella. Recuerdos...

Una vez que sali del pueblo empecé a subir por el camino que atravesaba el bosque y que conducia a Can Roca. Bajo los árboles, aspirando la fragancia de la resina, pensé de nuevo en mis sueños. Podía estar viviendo perfectamente uno de ellos. Miré a mi alrededor por si veía al perro. Ni rastro; solo se oía el gorjeo de los pájaros. El sol calentaba y me dieron ganas de quitarme la chaqueta. De repente se me ocurrió que debería haber llevado algo a mi anfitrión, quizá una botella de vino, puede que mejor un postre. Me reprendí a mí misma por ser tan poco ocurrente, ¡vay a imagen que iba a dar!, pero ya no tenía remedio.

Conforme me aproximaba al final del camino se perfiló poco a poco en la

melena al viento, como en todos los cuentos. Para nosotras era el pozo de las bruias. Me encantaba tirar piedras en él, con la esperanza y el temor simultáneos

Conforme me aproximaba al final del camino se perfiló poco a poco en la distancia la gran verja de hierro gris que cerraba los muros que rodeaban la finca. Me pareció imponente, y todavía más cuando me encontré frente a ella. Me detuve un instante para contemplar el entorno. Tras la verja seguía el bosque y el camino que llevaba a la casa. Los muros, de gruesa piedra perfectamente tallada, eran más altos de lo que yo recordaba; debían de medir más de tres metros. No vi ningún timbre. ¿Qué debía hacer? Justo entonces una nube tapó el sol y, como si alguien hubiera apagado una gran lámpara, todo a mi alrededor se oscureció. Me estremecí. Una sensación de angustia me invadió; sentí que me ahoeaba. Y sentí miedo, como si estuviera en uno de mis sueños.

Empezaba a cabecear cuando el ruido de un golpe lo sacó del adormecimiento. Al saltar del capó, el gato había calculado mal la distancia y había topado con el espejo retrovisor. Automáticamente Christian dirigió la mirada hacia la entrada del camping y contuvo la respiración; no podía creer en su buena suerte. El niño había rebasado la barrera de entrada subido en una bicicleta equipada con ruedecitas traseras y jugaba muy concentrado blandiendo una delgada rama de árbol y hablando solo. Christian miró alrededor, no se veía a nadie cerca. Quizá había escapado de la vigilancia paterna. « Es curioso», se dijo. « Muchos padres piensan que sus hijos no saldrán de un recinto cerrado como este, cuando en realidad su obsesión es cruzar la raya prohibida para escapar a la aventura al mínimo descuido.»

El niño bajó de la bicicleta para seguir jugando con la rama a modo de espada, como si estuviera luchando con un enemigo invisible. Christian decidió no salir del coche para no asustarle. Se miró el reloj: las dos de la tarde. A esa hora la mayoría de la gente se disponía a comer. Alzó la vista. Los responsables del camping estaban dentro de la caseta; desde donde se encontraba, alcanzaba a ver la nuca de uno de ellos sentado delante del televisor.

Al cabo de unos minutos el pequeño volvió a montarse y pedaleó veloz hacia unos árboles a menos de dos metros del coche, sin percatarse de que estaba siendo observado. De pronto, chocó con una raíz gruesa, cayó al suelo sobre el brazo derecho, lanzó un grito y empezó a llorar. Christian miró, nervioso, hacia la caseta, pero el empleado no se había movido un ápice; no debía de haber oído nada. Sin hacer ruido salió del coche y fue hasta donde estaba el crío.

---¿Te has hecho daño? ----le preguntó intentando mostrarse lo más inofensivo posible---. ¿Puedo avudarte?

El niño se volvió hacia él, la carita enrojecida y bañada en lágrimas.

—Me he caído de la bici y me duele el brazo. —Lo sujetaba fuertemente contra el pecho mientras se lo acariciaba con la otra mano.

Christian se agachó a su lado.

-Deja que te lo vea.

El crío dudaba. Al propio Christian no le extrañó; era consciente de que su aspecto no inducía a confiar en él.

- -No, da igual respondió al final el niño . Pronto se me pasará.
- —Yo sé mucho de caídas. Cuando era pequeño siempre me hacía daño y tenía que curarme solo —insistió Christian con el tono más dulce que pudo emular
 - —¿No te curaba tu madre?
- —Ella no tenía tiempo para eso —dijo con sequedad, aunque enseguida se arrepintió: no iba por buen camino.

Se irguió y señaló la bicicleta caída en el suelo.

-Mira, creo que se te ha pinchado una rueda.

El niño se levantó v. sin de ar de apretarse el brazo, se acercó.

-No lo veo.

-Está deshinchada, seguro -insistió Christian-. La llevaremos a mi coche. que en el maletero tengo herramientas para arreglarla.

Sin esperar a oír la respuesta del niño, cogió la bici. El crío vaciló un instante, pero luego fue tras él. Christian abrió la puerta del conductor y con disimulo sacó de la mochila el frasco de cloroformo y empapó un trozo de algodón. Todo ello rápidamente, de espaldas al pequeño v sin de lar de hablar:

-Te digo que se ha pinchado, pasa muchas veces, por eso siempre llevo en mi mochila unos parches para reparar la rueda, pero primero hemos de hincharla otra vez. Tengo un inflador en el suelo del asiento de atrás, por qué no lo coges mientras busco dónde está el agui erito por el que se escapa el aire?

El niño, ahora ya más confiado, abrió la puerta, momento que Christian aprovechó para situarse detrás de él y, rodeándole con un brazo, inmovilizarlo. Le aplicó con fuerza el algodón sobre la boca y la nariz. El pequeño se retorció un poco al principio, pero enseguida cayó laxo en sus brazos, y Christian lo depositó rápidamente en el suelo de los asientos traseros. Sin perder un segundo cogió la cuerda y le ató de manos y piernas, poniéndole además un pañuelo alrededor de la boca. Luego cargó la bicicleta en el maletero. Tras una mirada furtiva a su alrededor subió al coche, arrancó con suavidad y maniobró para dar media vuelta

Un orondo nubarrón cubrió el sol, apagando el día, y una racha de viento fresco hizo rodar por la hierba el blanco algodón que, en su precipitación, había deiado caer.

Apové una mano en el frío metal v alcé la vista; en el muro derecho, una cámara de seguridad enfocaba en mi dirección. Me observaban, supuse, y estuye tentada de improvisar un saludo, pero me contuve. De pronto la verja se abrió con un chasquido v me sobresalté. Desde luego, el dueño de la casa no había escatimado en medidas de seguridad, me dije. Con todo, y no sin prudencia, avancé por el camino. Recordaba que Can Roca tenía una gran extensión, pero vi que lo que antes era bosque se había transformado en un jardín bien cuidado, en el que, eso sí, se habían conservado los árboles centenarios. A mi izquierda, a una gran distancia, divisé a un par de hombres con una carretilla que parecían estar podando un arbusto. Por todos los lados se veían flores -rosas, geranios, petunias -, en una combinación de blancos, rojos, azules y lilas. El camino central conducía directamente a la casa, pero había otros senderos laterales para pasear. A mi derecha distinguí el cenador de piedra en el que había jugado con mis amigas cuando éramos niñas. Ahora estaba completamente restaurado. No pude evitar acercarme. Conservaba la forma de herradura v en el centro, sobre un pilar, había una escultura de un lobo del tamaño de un perro mediano con las fauces abiertas. Había quedado precioso. Más allá estaba el antiguo pozo, con la bruja montada en su escoba incluida, y una fuente próxima a la casa principal. Estuve tentada de acercarme también, pero va eran las dos v no quería retrasarme

Cuando por fin estuve ante la masía me quedé asombrada. El gran portalón de madera había sido pulido con esmero hasta otorgarle otra vez su esplendor original. Incluso se habían reconstruido las pequeñas columnas que adornaban las ventanas de la fachada. A la izquierda vi un par de edificios nuevos, de menor tamaño, que parecian pequeñas viviendas. No sabía si tenía que llamar a la puerta o no y dubitativa me acerqué, advirtiendo la presencia de cámaras en varios puntos. De pronto se abrió el portalón y apareció Gabriel con una amplia sonrisa.

-¿Cómo estás? Has sido puntual.

Vestía de manera informal, con unos tejanos y una camisa de cuadros azules y verdes con las mangas dobladas por encima de las muñecas. Sufri un ataque de timidez y no supe qué hacer, si darle la mano o dos besos, pero él lo resolvió acercándose y rozándome una mejilla con los labios. Se me erizó el vello.

- —En esta casa no hace falta llamar, supongo que siempre hay alguien observando —comenté, por decir algo.
- —Tienes razón, he instalado un buen sistema de seguridad. Aun así, es difícil controlar todos los rincones; la finca es muy grande.
- —Me he dado cuenta, sí. Y lo que he visto me parece estupendo. Felicidades por la restauración, es impresionante.

- —Me alegro de que te guste. —Sonrió de nuevo—. Costó tiempo y muchos esfuerzos
 - -Y mucho dinero -apunté.
- —Sí, lo reconozco —dijo con algo parecido a la modestia—. Pero ha valido la pena. Es un sueño hecho realidad. Siempre he pensado que hay que disfrutar de esta vida... Nos merecemos lo mejor, ¿no crees?

Asentí, sin saber muy bien qué responder, y Gabriel siguió hablando.

-Ven, te enseñaré lo que no has visto todavía. ¿O prefieres comer y a?

Le aseguré que podía aguantar sin problemas, y rodeamos la casa. En la parte trasera habían construido un porche que debía de ser ideal para el verano. En esa zona había más árboles; sin duda allí habían respetado el viejo bosque.

- —La restauración del cenador y del pozo de las brujas es... perfecta. No sé si originariamente serían tan hermosos —comenté.
- —¿El pozo de las brujas? —exclamó desconcertado—. Supongo que te refieres al pozo que hay en el jardín.

A sentí.

- —La verdad es que ambos estaban muy abandonados. En el caso del cenador hubo que traer piedra nueva, pero el pozo estaba en mejor estado. Lo limpiamos a fondo y conservamos la escalera para bajar, pero ya estaba seco. El depósito acuífero quedó anulado hace muchos años. Me comentaron que podían hacerse prospecciones en busca de algún manantial, pero de momento no me he decidido a hacerlo. Me gusta el nombre que le has dado. La bruja que lo adorna es de hierro forjado y hubo que rehacerla con mimo, la silueta era casi irreconocible.
- $-_{\tilde{c}}$ También has restaurado la capilla? —dije al vislumbrarla entre los árboles centenarios.
 - -Sí, desde luego. Es preciosa. Ven, la verás por dentro.

El pequeño edificio era de piedra más oscura que la de la casa, de un solo cuerpo y con un ábside circular. Gabriel abrió la puerta y entramos. No había mucha luz ya que las ventanas eran escasas y estrechas. Solo los vitrales del altar dej aban pasar algo de claridad. Eran delicados y representaban motivos florales de todos los colores. La capilla era tan pequeña que únicamente cabían cuatro bancos a un lado y a otro, pero no le faltaba ningún detalle, incluso pude ver que el altar estaba dispuesto para el culto.

- —¿Se celebran misas aquí? —pregunté sorprendida en voz baja.
- —Está preparada para ello, como lo estuvo en su momento. Mi idea siempre ha sido procurar que todo el conjunto se mantenga fiel a aquello para lo que fue construido, y este fue y sigue siendo un lugar para el rezo y la meditación.

Él también hablaba en susurros. « Es curioso lo que pasa cuando uno entra en una iglesia», pensé. « Seas creyente o no, automáticamente bajas el tono de voz, por respeto, aunque esté vacía como en este caso.» No pude evitar preguntar: En la penumbra pude ver que sonreía de nuevo. Se acercó a mí con las manos en los bolsillos y me susurró al oído:

- —Todos rezamos o hemos rezado en algún momento, a Dios o al diablo. —Se apartó un poco y durante un momento se quedó ensimismado. Luego prosiguió —: Desde su origen, el hombre ha necesitado creer en algo superior a él. La religión siempre ha sido una manera de intentar entender el mundo. De hecho, en este siglo nuestro de la ciencia y la tecnología muchos millones de personas siguen alguna forma de culto. Y así continuará siendo.
 - —No me has contestado —insistí.

Su expresión cambió, convirtiendo su rostro en una máscara impenetrable.

—Lo sabrás cuando me conozcas mejor —dijo bruscamente—. Vamos, aquí hace frío.

Dio media vuelta y salió de la capilla sin darme más opción que ir tras él. Tenía la sensación de que no le había gustado que le planteara aquella pregunta tan directa A pesar de las ganas que tenía de llegar, se obligó a conducir sin sobrepasar el limite de velocidad. Cada poco echaba un vistazo al asiento trasero. El niño dormía profundamente. Quizá se había pasado con el cloroformo, pensó; lo cierto era que no había tenido ocasión de calcular nada. Mejor si el crío tardaba en despertar, se dijo a continuación; así dispondría de más tiempo para prepararle la habitación. Lo llevaría al dormitorio para que estuviese más cómodo, pero debería sedarlo constantemente para evitar que hiciera ruido. Christian era consciente de que, una vez que se denunciara la desaparición, la policía iba a emplearse a fondo y no le sería tan fácil como en la anterior ocasión ocultarlo mucho tiempo. Casi se arrepentía de la iniciativa que había tenido, pero si todo iba bien y trabajaban rápido, sería cuestión de un par de días, tres a lo sumo.

Aparcó el coche en el maltrecho jardin, y bajó enseguida para abrir la puerta y coger una manta. Hacía bastante viento y las nubes atravesaban el cielo coultando el sol. Seguro que acabaría lloviendo tarde o temprano y bajaría la temperatura. Debería mantener la casa caliente. También comprar comida... y ropa de repuesto para el crío. Hablaría con el jefe cuando tuviera al niño instalado. No sabia cómo reaccionaría, aunque se temía que no demasiado bien. Tendría que convencerle para hacer el trabajo rápido y, sobre todo, pedirle que esa vez no hubiera sangre. Mirando nerviosamente a su alrededor cogió en brazos al pequeño, con cuidado, y lo cubrió con la manta. No pesaba mucho; debería conseguir que comiera un poco en cuanto ajustase la dosis de la droga. Si aquel angelito tenía mal aspecto... no sería bueno para el negocio.

Estábamos sentados en un saloncito con vistas a los jardines. Gabriel tomaba café y yo removía mi té con una cucharilla. La comida había sido magnífica. Un hombre silencioso, vestido de blanco, nos había servido a la mesa y ahora seguía ocupándose de todo. Menudo, muy delgado, de origen asiático, sin que pudiera determinar de qué país, entraba y salía del comedor siempre con una educada sonrisa.

Debía reconocer que Gabriel era un buen anfitrión. Me había hablado de cómo llegó a sus manos la casa, de su ilusión por restaurarla y de lo complejo que fue el proceso, pero a la vez había estado pendiente de mí en todo momento, de si me gustaba la comida o prefería otra cosa, de si me sentia cómoda... Pero siempre sin agobios, en la medida justa. Cuando íbamos por el segundo plato el hombre silencioso había entrado con un teléfono en la mano que le tendió a Gabriel, y este, tras disculparse, había salido para atender la llamada. Regresó al poco, con un rictus serio en la cara. No obstante, reanudamos la conversación. Se había interesado por mis vínculos con el pueblo y, someramente, le habíé de lo mucho que había disfrutado en Rocablanca siendo niña.

En la chimenea ardía un fuego estupendo, y me sentía tan bien que casi había olvidado mi recelo inicial. Hizo un gesto como si recordase algo y se levantó. Fue hasta un mueble, lo abrió y sacó de él una botella. Vertió un poco de su contenido en dos copas de cristal reluciente y me ofreció una.

—Este es el vino que te comenté, lleva especias y es dulce. Sé que no te gusta el alcohol, pero pruébalo. No es fuerte.

No pude evitar mirar la copa como si fuese la misma de la que Gilles hacía beber a los niños. Lo probé apenas con la punta de la lengua. Sí que era dulce, y aprecié que sabía a canela y ... a algo más que no supe identificar.

—No está mal. De todos modos, mi opinión no es demasiado válida. No aguantaría ni una copa —añadí con una sonrisa.

Soltó una carcajada.

—¡Bueno es saberlo! Está claro que no se necesita mucho para dejarte fuera de combate.

No pude evitar pensar que, dado el sabor dulce de aquel vino, los niños aceptarían beberlo fácilmente, quedando, más si cabía, a merced de su torturador. Me estremecí.

- -¿Tienes frío? -me preguntó.
- No, aquí se está bien. Pero fuera sí debe de haber bajado la temperatura. Está nublado, y no creo que salga otra vez el sol — dije mirando al exterior —. ¡Al menos hemos disfrutado de una buena mañana!

A través del gran ventanal junto al que estaba sentada podía ver el jardín y, a lo lejos, el pozo con la bruja montada en su escoba. Una enorme mata de gardenias, cuajada de flores, me dejó hipnotizada. Deseé abrir la ventana para aspirar su fragancia. Aquel aroma siempre me recordaba el día, ahora tan lejano, de mi boda: lucía un tocado de gardenias blancas cuando me casé, y Sergio tuvo trabajo esa noche para quitármelas todas. Absorta en la belleza de cuanto veía, me invadió una sensación de intensa melancolía y olvidé que no estaba sola. El silencio era absoluto. De pronto volví a la realidad y, avergonzada, me sonrojé. Gabriel me miraba fijamente, con una expresión que no supe definir. La luz decreciente había cambiado el color de sus ojos, que ahora eran de un gris oscuro, como las nubes que cruzaban el cielo.

- —Te has quedado en trance —dii o con voz ronca.
- —Después de una buena comida…
- —Si supiera pintar, me habría encantado plasmar tu semblante. Parecía que estuvieras muy lejos de aquí.
 - -Me he quedado prendada de la belleza del jardín -contesté evasiva.
 - -Ven, quiero enseñarte algo.
 - Se levantó e hice lo propio.
 - -¿Adónde vamos?
 - -No muy lejos. Sígueme.

Salimos del saloncito y fuimos al vestibulo, donde, junto a la escalera que daba acceso a la planta superior, había una maciza puerta de madera con relieves. Parecía muy antigua. Gabriel sacó un manojo de llaves de su bolsillo y la abrió. En cuanto encendió la luz pude ver unos escalones de piedra que descendian hacia las profundidades de la casa.

—Estas eran las antiguas bodegas. El arquitecto me aconsejó instalar la mía donde se guardaban los animales. Todo esto está acondicionado y la temperatura se mantiene constante. Espero que no tengas frío. Si es así, puedo traerte algo de abrigo.

Le aseguré que estaría bien con mi jersey y empecé a bajar la escalera detrás de él, con cautela. El tramo era bastante largo; debiamos de estar a unos cuantos metros de profundidad, lo que se notaba, además, porque la temperatura había bajado un poco. Al llegar al final me dio la mano para descender el último escalón. De nuevo noté aquella sensación electrizante.

-Este es mi refugio -dii o con satisfacción.

Nos encontrábamos en una sala rectangular bastante grande. Dos de sus largas paredes estaban forradas de estanterías acristaladas repletas de libros. Frente a una de ellas había una recia mesa de madera pulida con materiales de escritorio y un ordenador portátil. En el otro extremo un sofá y una butaca con apariencia de ser comodisimos, junto a los cuales se hallaba una lámpara de lectura y, en una esquina, una especie de torre que resultó ser una cadena de música. Gabriel se acercó y pulsó algo. Unas suaves notas invadieron el espacio con una sonoridad perfecta.

—¿La conoces? —preguntó, pero negué con la cabeza—. Es Arcangelo Corelli, un gran compositor a caballo entre los siglos diecisiete y dieciocho. Es uno de mis favoritos. Acércate, me gustaría mostrarte algo.

Encendió la lámpara y la enfocó hacia la pared más cercana, en la que había un cuadro. Era el retrato de una joven sentada en una butaca frente a un tocador con espejo. Iba vestida con un vaporoso camisón blanco y una bata de color verde bosque delicadamente bordada con hilo de oro que le dejaba un hombro al descubierto. En una mano sostenía con languidez un cepillo para el pelo. Llevaba el cabello rojizo recogido en un moño bajo del que escapaban algunos mechones rizados. Era encantadora. Se miraba en el espejo con una media sonrisa. La luz incidia en la composición desde una ventana que tenía a su izquierda.

Observé el rostro de la joven con mayor atención y me quedé boquiabierta. No podía creer lo que estaba viendo.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? —Gabriel se había situado junto a mí. Podía notar el calor que emanaba de su cuerpo. Se me erizó el vello—. Ese pelo rojizo, los rasgos, el color dorado de los ojos, incluso la expresión de la cara. Sois muy parecidas.

No lograba apartar los ojos del rostro de la mujer. Finalmente conseguí decir:
—;Ouién es?

—Esperaba que tú pudieras contarme algo de ella, porque el retrato fue hallado aquí, tras una doble pared, envuelto en una sábana. Parecia que alguien se hubiera tomado muchas molestias para esconderlo. Quizá sea una antepasada tuya... Quizá de la familia a la que perteneció esta casa. —Me observaba con atención—. Es fascinante, ¿no crees?

No contesté. Seguía absorta en el retrato. La mujer era más joven que yo, puede que tuviera unos veinte años. El tocador, los adornos de la bata, la butaca... muchos detalles de la obra reflejaban que se trataba de una persona acomodada, pero el artista había sabido captar algo más: un destello de miedo en sus ojos, un miedo que se esforzaba en mantener oculto tras su media sonrisa pero que asomaba a su mirada.

Estaba cansado. Y nervioso. Se había tumbado en el sofá tras la conversación telefónica. Cuando colgó sudaba como si hubiera corrido varios kilómetros. Había dejado al niño en su propia habitación y continuamente entraba para cerciorarse de que todo iba bien. Dormía y dormía, quizá ya durante demasiado tiempo. Pero mejor así, pensó Christian, al menos hasta que supiera qué harían con él. El día se había oscurecido y el viento, que se colaba por todas las rendijas, hacía crujir las viejas maderas. Había cerrado las persianas de forma que desde el exterior nadie habría dicho que la casa estaba habitada.

Como había previsto, el jefe montó en cólera cuando le contó que había secuestrado a aquel crio. Gritaba tanto que tuvo que separarse el teléfono de la oreja y, aun así, le oía perfectamente. Aprovechó una pausa para describir al niño, así como las posibilidades que tenían con él. Tras escucharle, el jefe guardó silencio tanto tiempo que pensó que se había cortado la comunicación. De golpe le dijo que le llamaría más tarde y colgó. Ahora no podía hacer otra cosa que esperar.

Para tranquilizarse, fue hasta la cocina con el propósito de hacer recuento de los alimentos que quedaban. Cuando el niño se despertase, le daría algo para dormirlo de nuevo y entonces debería arriesgarse a salir para comprar cuanto necesitaba. Eso si seguían adelante con el asunto, claro... Además, a esas horas ya se habría denunciado la desaparición. Oyó gemir al pequeño y se plantó en un segundo en su cuarto. Seguía con los ojos cerrados, pero se revolvía en la cama como si tuviera pesadillas. Despertaría en breve, seguro. Contempló sus rizos dorados, sus largas pestañas rubias. Era precioso. Con cuidado extendió una mano y le rozó una mejilla, dejando resbalar el dedo indice sobre la boca entreabierta. El niño se agitó en sueños como si notara el contacto. Christian retrocedió y fue a buscar la escopolamina.

Carlos se puso la chaqueta y cogió las llaves del coche para dirigirse a Can Roca, donde se encontraria con Gimeno. Seguro que él ya iba de camino. Asomó la cabeza por la puerta del despacho y vio a Jordi, que hablaba por teléfono y tomaba notas a la vez. En cuanto este se percató de su presencia, levantó la cabeza y le hizo señas para que entrara.

- —De acuerdo —dijo Jordi—. Ahora vamos para allá —afirmó, y colgó.
- —¿Qué pasa? —inquirió Carlos—. Tengo que marcharme, si no llegaré tarde a mi cita con Gimeno.
- —Pues no vas a poder ir... Ha desaparecido otro niño —le comunicó Jordi mientras se ponía en pie.
 - -¿Qué? -exclamó Carlos.
- —En el camping, un niño de ocho años, Marc Ródenas, no le han visto desde las dos de la tarde aproximadamente. Le han estado buscando por todo el recinto antes de avisarnos, pero no aparece. Se ve que pasaba el fin de semana con su padre y su hermana de seis años. Después de comer salió a jugar con su bicicleta, y ni rastro desde entonces. —Jordi consultó su reloj—. De eso hace unas tres horas, si no más.
 - -Ha vuelto a pasar. -Carlos estaba anonadado-. No puede ser...
- —Me gustaría equivocarme y encontrar a ese crío en algún camino por el que se haya perdido con la bicicleta, pero me da mala espina. Tenemos a todos los efectivos disponibles para formar patrullas de rastreo.
- —Llamaré a Gimeno. El registro de Can Roca tendrá que esperar —contestó Carlos mientras salían.

—He estado investigando sobre este cuadro. La pintura no estaba en buen estado —explicó Gabriel—. A pesar de que se halló bien envuelta, tenía manchas de humedad y el marco presentaba carcoma. Fijate que en el ángulo inferior izquierdo hay una «P» subrayada. Podría ser la firma del pintor, pero ignoramos de quién se trata. Le llevé el retrato a un amigo mío que es restaurador, y tuvo bastante trabajo. El camisón era una mancha oscura y la butaca no digamos, por lo que devolver los colores originales a la obra fue una proeza por su parte. La ha datado en torno a 1915. Estamos hablando de unas tres o cuatro generaciones, a lo sumo, así que no debería ser difícil encontrar algún dato. un hilo del que tirar.

—Es casi imposible averiguar quién es —discrepé—. Y quizá solo existiese en la imaginación del pintor.

—Si, quizá, pero tú te pareces tanto a ella... Y eres real. Cuando te conocí simplemente me resultaste familiar; fue después, cuando volvimos a encontrarnos, que caí en la cuenta de que va te había visto antes.

—Todavía estoy sorprendida —dije insegura—. Hablaré con mi tía, ella conserva fotos familiares antiguas.

El descubrimiento de una joven muy semejante a mí, pintada al menos cien años atrás, me había descolocado. De repente recordé uno de los motivos de mi visita. Eran ya las cinco de la tarde y aún no había preguntado a mi anfitrión nada de lo que me había impulsado a ir a su casa.

—Dijiste que me enseñarías tus antigüedades, Gabriel.

-Es cierto. Lo había olvidado. Ven, te mostraré la habitación de Barba Azul.

En el otro extremo había dos puertas. Abrió con llave la más próxima a la estantería, pulsó un interruptor y, con un gesto teatral, se hizo a un lado para dejarme pasar.

Era una sala más o menos de las mismas dimensiones que la habitación donde habíamos estado. Distribuidos en vitrinas junto a las paredes y en la zona central había diversos objetos metálicos de diferentes tamaños, todos ellos con un cartel explicativo en la base. La iluminación era tenue y creaba una atmósfera peculiar, de recogimiento. La música nos llegaba a través de la puerta abierta, a modo de handa sonora.

Gabriel me miraba, atento a mi reacción.

- -Vaya... Parece un museo -dije despacio -. ¿Lo has hecho tú solo?
- —He tenido ayuda. —Esbozó una sonrisa enigmática—. Es una pequeña muestra de instrumentos de tortura que he ido reuniendo a lo largo de los años. Todos son auténticos, algunos de hace varios siglos. ¿Ves eso que parece un rastrillo? Lo llamaban « garras de gato». Lo utilizaban para arrancar a tiras la carne de las víctimas que, desnudas, colgaban de las muñecas, suspendidas en el

aire. Y mira esto: tenazas, hierros, que se utilizaban para torturar. ¿Has leido Miguel Strogoff? —Y prosiguió sin esperar mi respuesta—: Le ciegan con un hierro al rojo vivo, como estos. Y a la izquierda tienes un embudo de piel. Se lo colocaban en la boca a quien torturaban e iban vertiendo agua hasta que el pobre desgraciado moría reventado. Es un método que todavía sigue usándose, ¿lo sabias? No deja marcas. Y es dificil de probar.

-Es... impactante -balbuceé, por decir algo.

Eta evidente que le gustaba mostrar el arsenal completo de objetos extraños que tenía. Estaba disfrutando. Me pregunté si hacía lo mismo con todas las visitas o con los invitados a sus sonadas fiestas

—Acércate aquí. Esto es un casco llamado vulgarmente « aplastacráneos». Se le colocaba en la cabeza a la victima y se iba girando el torno con manivela que tiene incorporado en su parte superior, ¿lo ves?, de manera que con cada vuelta se le iban rompiendo los dientes, la mandibula y los huesos craneales. Por describirlo claramente, es como una prensa.

-Todo esto es... horrible. ¿Y dices que es auténtico?

El instrumento tenía manchas oscuras. « Es sangre» , pensé, y se me revolvió el estómago.

—Si, por desgracia. Ya veo que estás impresionada... Y te preguntarás qué clase de monstruo soy para coleccionar estas barbaridades, ¿no? —dijo con una sonrisa irónica —. Tranquila, no he torturado a nadie, ni pienso hacerlo —añadió —. La raza humana es sorprendente; hacemos cosas increibles, cosas que ningún animal haría. En nombre de la religión, de las banderas de cualquier país o grupo tribal, movidos por la codicia, por el ansia de poder, por el goce de humillar a los demás, somos capaces de todo. La mayoría de estos instrumentos se utilizaron para conseguir confesiones imposibles de pobres personas que tras la primera vuelta de tuerca estaban dispuestas a admitir lo que fuese con tal de dejar de sufrir. La tortura ha sido, y lamentablemente todavía es, el refugio de los que quieren afianzar su poder y de los que legitiman su locura. Observa... —Señaló una gran vitrina alargada que estaba en una esquina — ¿Sabes lo que es?

Negué con la cabeza.

— Es una sierra. Ataban al condenado boca abajo con las piernas separadas y empezaban a serrarlo desde los genitales hasta el pecho. Dicen los estudiosos que no se pierde el sentido hasta que se llega al ombligo. Se aplicaba con frecuencia a los homosexuales y, en Francia, a las consideradas «brujas» si estaban embarazadas. Aunque no lo creas, se utilizó en España hasta al menos el siglo dieciocho. Goya lo reflejó en sus grabados de Los desastres de la guerra. Aquí tienes una copia de uno de ellos.

Miré y me estremecí. En la imagen aparecía un infeliz boca abajo, con las piernas abiertas, a quien sujetaban cuatro individuos. Dos de ellos iban provistos de una sierra del mismo estilo que la que acababa de ver y la utilizaban en la forma que Gabriel me había descrito. Sentí náuseas. Él no se dio cuenta.

- —Ese otro objeto, el pequeño, parece inofensivo, ¿verdad? Lo llamaban « la pera». Una versión más saludable se utilizaba para aliviar los estrefimientos, pero como instrumento de tortura se introducía en la boca, en la vagina o en el ano y se abría gracias a un mecanismo giratorio. En la punta, como puedes ver, hay pinchos que desgarraban la tráquea, el útero o el recto. Si el torturado era un hereje se aplicaba en la boca y si era bruja en la vagina, y no tengo que decirte dónde se aplicaba si era homosexual.
- —De acuerdo. —Estaba saturada—. Todos estamos más o menos informados acerca de las torturas que han existido y que existen, pero no entiendo tu interés por esto.

Gabriel me miró con seriedad y se acercó a mí.

- —La historia me fascina. Creo que no debemos perder de vista todo esto para recordar quiénes somos y de qué somos capaces, de la misma forma en la que se conservan campos de concentración y el museo de la bomba atómica en Hiroshima, por poner solo dos ejemplos.
 - -Entonces deberías donarlo a un museo -repliqué.
- —Esto ya es un museo, como tú misma has dicho... Si quieres, puedes catalogarlo de « museo de los horrores», por darle un nombre popular. Sea como sea, tener una colección así no convierte a su dueño en un torturador. ¿O crees que si? —preguntó mirándome con una expresión velada en los ojos.
 - -A todo esto debe unirse tu afición por ciertos temas... como Gilles de Rais.

Escruté su rostro en espera de alguna reacción, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Todos tenemos un lado oscuro, ¿no? —Su sonrisa era ahora rígida y su mirada fría—. Quizá no debería haberte mostrado esto —me espetó en un tono un tanto despectivo.

De pronto la pulsión en mis sienes se manifestó de nuevo, densa, con fuerza, como me había sucedido al llegar a Rocablanca la semana anterior. Parecía que la cabeza fuera a estallarme. En ese momento sonó mi móvil. Me aparté, temblorosa, y lo saqué del bolsillo de mi pantalón.

-Tengo que contestar, lo siento.

Era Alma, su voz sonaba alterada.

- —¿Dónde estás? Ha pasado algo, Iris... Ha desaparecido un niño del *camping*. Sentí que el color abandonaba mi rostro, mientras él me observaba.
- —¿Estás segura? ¿Cuándo ha sido?
- —No lo sé, la noticia ha corrido por el pueblo, han bloqueado las carreteras. ¿Dónde estás? —repitió.
 - -En Can Roca -dije sin más, y entrecerré los ojos a causa del dolor.
 - -¿Todavía? preguntó ella alzando la voz.
 - -Ya hablaremos. Salgo hacia casa.

-Vale, vale, ya me darás detalles.

Colgué, respiré hondo y miré a Gabriel.

- —Era mi amiga Alma, la que trabaja en el centro de información. Dice que ha desaparecido un niño del *camping*.
 - -Se habrá perdido en el bosque -aventuró sin inmutarse.
 - -Tengo que marcharme, mi tía debe de estar preocupada.
 - Algo cambió en su expresión, como si hubiese perdido interés.
 - Te acompañaré, has venido andando.
 No es necesario, puedo volver sola —afirmé.
 - -Ni hablar. Vamos, te llevaré a casa -dijo con seriedad.

Con un gesto me indicó que pasara delante y cuando lo hice apagó la luz y cerró la puerta. La música y a no sonaba, y un silencio espeso se habia adueñado de la habitación. Mientras salíamos eché una mirada al retrato de la dama. Creo que en ese momento ambas teníamos el mismo destello de miedo en los ojos.

Tercera parte

A aquellos niños de cuyos cuerpos abusé cuando estaban vivos los profané una vez muertos. Después de que hubieran muerto, gozaba a menudo besándolos en los labios, mirando fijamente los rostros de los que eran más bellos y jugueteando con los miembros de los que estaban mejor formados. También abrí cruelmente los cuerpos de aquellos pobres niños o hice que los abrieran en canal a fin de poder ver lo que tenían dentro. Al hacer esto mi único motivo era mi propio placer.

Confesión de Gilles de Rais ante el tribunal, Nantes. 22 de octubre de 1440 Al menos esta vez habían reaccionado todos con rapidez, pensó Carlos. Un gran dispositivo policial controlaba las carreteras próximas y la entrada a la autopista. Ya había oscurecido y las labores de rastreo se estaban llevando a cabo con todos los efectivos disponibles y con perros adiestrados. El cielo estaba cubierto, pero por el momento aguantaba sin llover. Los empleados del camping habían respondido a sus preguntas, aunque nadie había visto u oído nada. El padre de Marc, sentado en una de las sillas de las oficinas, a duras penas pudo contener el llanto. Carlos intentó tranquilizarlo, si bien sabía de antemano que sus esfuerzos serían vanos. El hombre solo fue capaz de explicar que, después de comer, Marc había ido a dar una vuelta en bicicleta por el camping, al igual que había hecho durante toda la mañana, mientras su hermana se había quedado a pintar. Añadió que al menos hasta poco antes de las dos de la tarde lo había tenido a la vista en todo momento, ya que su hijo no se había alejado demasiado de la parcela. Le había prohibido que saliese del recinto y, que él supiera, no lo había hecho... hasta entonces. Contó que se había quedado dormido leyendo el periódico y que cuando se despertó eran casi las tres. Marc no había regresado. Había recorrido el camping de arriba abajo, y nada. Iba a tener que llamar a su exesposa para darle la noticia. El policía no le envidió ese trago.

Carlos miró la fotografía de Marc que su padre le había entregado, a la que habría que dar publicidad si no lo encontraban pronto. En ella aparecía un crío que sonreía a la cámara. Ojos azules, pelo rubio y ensortijado. Guapo. Si se trataba del mismo secuestrador, era evidente que buscaba niños con buena presencia, pues aunque Julián era moreno y ya casi un adolescente, también era agraciado.

Los policías habían realizado un registro de todos los campistas, familias y parejas de jubilados, conocidos todos desde hacía muchos años, e inspeccionado las caravanas y los bungalows. No habían hallado nada sospechoso; ni rastro del pequeño. Ahora estaban peinando la zona de entrada y los alrededores, a la espera de descubrir algún indicio. En el registro informático no constaban denuncias mutuas de los progenitores ni había constancia de que la relación entre ambos fuera conflictiva, así que ese camino podían descartarlo, al menos en un principio.

Carlos salió de las oficinas del camping. Ya habían pasado cinco horas desde que Marc había sido visto por su padre por última vez. Demasiado tiempo, se dijo, para mantener la esperanza de que se hubiera metido en el bosque y no supiera volver. Oyó que le llamaban y se dirigió de inmediato a la entrada. Jordi estaba haciéndole señas para que se acercara. Uno de los policías había encontrado algo que sostenía en una de sus manos enguantadas. Cuando Carlos llegó, vio que era un trozo de algodón del tamaño de una manzana pequeña.

Antes de olerlo, su instinto le indicó lo que era.

- -Cloroformo -dijo -. ¿Dónde estaba?
- —Lo hemos encontrado entre aquellos matorrales. —El agente señaló hacia el inicio del camino por el que se accedía a la entrada del camping—. Posiblemente el viento lo haya arrastrado hasta allí. Hemos tenido suerte de que no haya llovido.
- —También hay huellas de neumáticos en esa zona —le informó Jordi al tiempo que lo acompañaba hasta el lugar—. Sacarán moldes. De todos modos mañana lo veremos mejor; la poca hierba que hay está aplastada, como si un vehículo de peso considerable hubiese estado aparcado durante bastante tiempo. Luego hay huellas que van hacia atrás y allí...—Alargó un brazo—. Allí debió de dar la vuelta. La tierra está húmeda y pueden apreciarse bien las marcas. Neumáticos grandes, quizá sean de una camioneta o de un vehículo tipo jeep. A ver qué dicen los técnicos.
- —Al menos es algo —se animó Carlos—. No es descabellado pensar que el secuestrador dejó aquí el coche y entró en el *camping* para llevarse al niño.
- —Eso es muy arriesgado, cualquiera podría haberle visto. Quizá le llamó y consiguió que saliera —apuntó Jordi.
- —Para eso tendría que tratarse de un conocido, o bien de alguien que, de algún modo, hubiera logrado atraerlo —reflexionó Carlos —. La bicicleta también ha desaparecido... —Se pasó la mano por el pelo—. Sea quien sea el secuestrador, debió de perder el algodón en su precipitación. ¿Quién es el vigilante que estaba en el turno de tarde en el camping?
- —Es el chico de negro que he interrogado mientras tú hablabas con el padre —le contestó Jordi—. Está hecho un manojo de nervios. Dice que estuvo en la garita desde la una y que no vio salir al niño ni acercarse a nadie. Le he apretado un poco y ha reconocido que estuvo viendo la tele, daban un programa de esos de lucha libre y no creo que mirara otra cosa. Estaba sentado de cara al interior del camping, con lo que si no volvía la cabeza era imposible que viera el exterior. Si Marc no hizo mucho ruido, pudo salir por debajo de la barrera sin que el vigilante se diera cuenta. —Se rascó la frente—. El problema es que han pasado demasiadas horas... Ese crío puede estar en cualquier sitio, quizá a cientos de kilómetros.
- —A ver, no desesperemos. Mañana hará una semana que encontramos a Julián, que fue secuestrado cuatro días antes. Si se trata del mismo asesino, es capaz de haberse quedado por aquí y repetir la jugada. Daremos con él, esta vez no podemos equivocarnos —afirmó Carlos.

En ese momento sonó su teléfono. Era Gimeno. Sin duda querría información de primera mano sin molestarse en acudir al lugar, tipico de él. Carlos suspiró y se propuso contestar sin alterarse; tenía mucho trabajo y mucha prisa para permitirse el lujo de perder los nervios.

Había reinado el silencio durante el trayecto en coche hasta Rocablanca. Yo estaba sumida en un mar de dudas y de negros presentimientos, y la cabeza seguía latiéndome. Lo último que me apetecia era hablar, y afortunadamente Gabriel lo respetó. Las calles estaban desiertas como si se hubiese impuesto un toque de queda. Al llegar a la plaza vimos un control policial que paraba a todos los vehículos. Unos agentes nos dieron el alto. Bajamos e inspeccionaron el maletero y tomaron nota de nuestros datos. En silencio otra vez, subimos al coche y poco después estacionábamos delante de casa de Dalia.

- —Bien, ya estás aquí, ¡sana y salva! —dijo Gabriel al tiempo que me miraba con una expresión que no supe descifrar, las manos en el volante.
- —Gracias por la estupenda comida y por traerme. —Evité sus ojos y me centré en desabrocharme el cinturón de seguridad—. Siento haber tenido que marcharme así, tan de repente.
- —No te preocupes, habrá otras ocasiones. Vamos, bájate antes de que te torture con algo que traigo en el bolsillo, porque parece que es lo que estás pensando. Creo que eres la primera mujer a la que inspiro tanto miedo. Me gustaría saber por qué.
- ¿Y qué podía responderle? Intenté buscar alguna excusa que maquillara mi actitud, pero no lo conseguí, así que seguí en silencio mientras él me observaba esperando una respuesta.
- —Ya me lo contarás cuando quieras. Hasta la próxima —dijo con sequedad, ya sin mirarme, y puso en marcha el coche.

Me quedé mirando desde la acera cómo se alejaba. Estaban pasando demasiadas cosas que en lugar de irse aclarando se complicaban aún más. Pero en aleo Gabriel estaba en lo cierto: sentía miedo.

Abrí la puerta con la llave que custodiaba el búho gris y enseguida oí a Dalia:

- —¿Iris?
- -Sí, tía, ya estoy en casa. Todavía entera.

Estaba sentada en el sofá con una manta echada sobre las piernas. Tenía la radio a todo volumen. El locutor hablaba sobre la desaparición de esa tarde, y recordó a los oyentes que el asesinato de un niño cometido hacía pocos días en la misma localidad todavía no había sido resuelto.

Me acerqué a Dalia y le di un beso en la mejilla.

- —¿Cómo has pasado el día?
- —He ayudado a la vecina con el huerto hasta que ha oscurecido, pero ahora estoy cansada. Siéntate a mi lado —me pidió, y palmeó el sofá.
- —Enseguida. Antes voy a buscar un analgésico, me duele la cabeza —le dije de camino a la cocina.
 - -¿Estás oyendo? —la oí gritar—. Después de lo que ha pasado, todo el

mundo recordará Rocablanca como un pueblo maldito —protestó en tono lúgubre, y apagó la radio.

- -; Eh, no exageres, que todavía no se sabe nada!
- Localicé la pastilla y me la tragué con un vaso de agua. Esperaba que me hiciera efecto rápidamente.
- —Escucha lo que te digo, sobrina: a ese niño le ha pasado lo mismo que a Julián, lo han secuestrado —vaticinó con amargura en cuanto me vio entrar de nuevo en el salón.
- —Espero que estés equivocada —contesté con un suspiro al tiempo que me sentaba junto a ella.
- —Bueno, ¿qué? —Me observó con atención—. ¿No me cuentas nada? ¿Cómo te ha ido en casa de ese hombre?
- —La masía es preciosa, una maravilla... La ha restaurado hasta en el último detalle. Se ha conservado la estructura antigua, pero la vivienda está ahora totalmente acondicionada. Y tendrías que pasear por esos jardines, te encantarían.

Y pasé a explicarle todo lo que había visto, incluida la capilla.

- —No hay nada como tener mucho dinero —comentó cuando terminé—. ¿Y no le has notado nada raro?
 - -Vamos, tía... -Sonreí -.. ; Que no es un ogro!
- —Pero tampoco es un santo. Además, no tienes buena cara, Iris, no puedes negarlo.
- —Es el dolor de cabeza y la noticia de la desaparición de ese niño lo que me ha agobiado. Alma me llamó y me lo contó. —Me froté las sienes—. He de explicarte otra cosa. Durante la restauración de la casa Gabriel encontró el retrato de una mujer, probablemente de principios del siglo veinte, y... ¡no te lo vas a creer! Resulta que nos parecemos mucho. ¿Sabes quién podría ser?

Dalia abrió la boca, sorprendida.

- —¿Estás segura? —acertó a decir.
- —Segura no, ¡segurísima! El mismo pelo, los ojos, la boca... Con la salvedad de que ella aparenta unos veinte años. Quizá es alguna antepasada nuestra.
- —La que puede saber algo sobre nuestros antepasados es tu tía Rosa. Empezó a hacer un árbol genealógico a partir de documentos que conservaba nuestra madre y se remontó a tres generaciones, si no más. Claro que de eso hace y a mucho tiempo, y no recuerdo que me hablara de algo que tenga que ver con esa mujer del cuadro. Lo siento, cariño.
- —Pero aquí tienes fotografías y cartas guardadas. Quizá encontremos en alguna de ellas algo que pueda darnos alguna pista —le sugerí.
- —Mmm, es cierto. En el desván hay dos cajas con fotos antiguas. ¿Y las que tú trai iste? Ni las hemos mirado. No había vuelto a acordarme, la verdad.
 - -Son todas de cuando Verónica y yo éramos pequeñas, de las funciones del

colegio, las fiestas de cumpleaños con las amigas... Las tengo en mi habitación, en el armario. Olvidé enseñártelas. Subiré al desván, bajaré tus cajas y también traeré mi álbum. Tendré que preguntar a Rosa, entonces. ¿Sigue viviendo en el Piripeo?

- —Sí, en un pueblo muy pequeñito, Son. No he ido nunca a verla, está demasiado lejos, pero hablamos por teléfono de vez en cuando. —Sonrió—. Es muy independiente, ya sabes, y tiene un carácter fuerte. Ella y yo siempre nos hemos llevado bien. Con tu madre, en cambio... No se hablan desde que discutieron hace ya muchos años.
 - -¿Y eso por qué? -inquirí.
- —Uy, ya se enfadaban de niñas; son como el agua y el aceite —contestó Dalia de forma evasiva, sin mirarme.
 - -Sería por algo gordo.

Sospechaba que mi tía sabía mucho más del porqué de la discusión, pero por alguna razón no quería explicármelo.

- —Ha pasado tanto tiempo que, la verdad, no lo recuerdo. —Cambió de tema —. El problema es que Rosa no tiene teléfono, siempre me llama ella. Solo tengo
- El probenta es que Rosa no delle de retroito, semiple ne nama etial. Solo engo en la agenda. Iris, tendrás que decirle una frase que hemos convenido las dos para que sepa que soy yo: « La flor del cardo es comestible» . Te parece raro, ¿no? Rosa lo ha querido así. Odia los teléfonos móviles.
- —Vaya —me burlé—. Con contraseña y todo... —Me levanté—. Venga, voy al desván a por las caias de fotos. Y a mi habitación a por el álbum.
 - -Ten cuidado, que la escalera es muy traicionera -me advirtió.
- —No te preocupes. De paso llamaré a Alma. Estaba muy nerviosa —dije mientras sacaba el móvil del bolsillo.
- —No es para menos. Este pueblo está maldito, hazme caso. Algo malo anda suelto, Iris, no tengo ninguna duda —sentenció Dalia.

—De acuerdo, jefe, me aseguraré de cumplir con todo.

Christian colgó con una sensación de alivio. El jefe había recapacitado v. con su calma habitual, le había dado instrucciones, como siempre. Sin duda había cambiado de idea al ver la fotografía que le había enviado por correo electrónico. Valía la pena correr el riesgo por un niño tan angelical. De momento lo mantendría sedado, con las dosis más baias posibles, eso sí. Se trataba de tenerlo controlado, pero debía comer v beber con normalidad. Incluso el iefe había deiado caer que sería más seguro ir a su casa, claro que eso no podría ser hasta que la presión policial sobre el pueblo se atenuara; también necesitaba su material y los ordenadores, suerte que el jefe tenía llaves de su piso. La noticia había aparecido va en todos los informativos, v Christian había oído sirenas. Los medios no habían facilitado mucha información, pero sí afirmaban que la policía tenía pistas que, por el momento, no podían hacer públicas. Antes de que el jefe hubiese vuelto a llamar estuvo buscando con angustia el algodón que había empapado en cloroformo. No lo había encontrado por ningún sitio. Joder, joder, se puso tan nervioso que se desahogó a golpes con los cojines del sofá. Cuando se hubo calmado pensó que ya que no tenía remedio y que debía actuar con la cabeza fría. Ante todo, había que deshacerse del coche, pues quizá lo había visto alguien y era fácilmente identificable. Había planteado con mucho tacto al iefe que le proporcionara otro vehículo, pequeño y que no llamase la atención, y él le había prometido que, en una hora, alguien de confianza le dejaría a unos dos kilómetros de la casa, en un camino forestal, un vehículo de esas características. pero que se quitara va de encima el suvo.

Fue a echar un vistazo al niño, que ahora descansaba tranquilo. Se había despertado algo aturdido y había empezado a llorar. Le costó que bebiera un zumo en el que ya había disuelto unas gotas de la droga y consiguió que comiera un poco, para luego volver a cerrar los ojos. Lo había trasladado, con el colchón incluido, a la habitación secreta, donde guardó también la bicicleta. Al menos dormiría unas cuantas horas, quizá toda la noche; debía aprovechar la oportunidad.

Salió de la casa, no sin antes cerrar bien puertas y ventanas. Para mayor precaución había amordazado al crío, no fuese que la poli se presentase allí y al mocoso le diera por gemir. Subió al coche y condujo despacio. Se adentraría en la montaña por caminos forestales que conocía bien, donde no creía que se topase con controles, hasta encontrar el sitio adecuado en el que ocultar el vehículo. Para cuando lo hallasen, él ya estaría lejos. O eso esperaba.

Todavía no eran las seis de la mañana y ya estaba preparada para salir. Cogí las llaves del coche andando de puntillas para no hacer ruido. Ya me había despedido de Dalía la noche anterior y lo último que deseaba era despertarla. Al menos, que alguien pudiese descansar en domingo. Me esperaba un largo viaje hasta Son, en el Pallars Sobirà, en pleno Pirineo. Tenía que llegar a la Seu d'Urgell y seguir subiendo hacia Sort, Rialp, Llavorsí, Aidí y Esterri d'Aneu, pueblos que había visto en el mapa que había consultado en el móvil, nombres que se me antojaban mágicos y muy lejanos. Nunca había estado por esa zona.

El silencio en las calles era absoluto, por lo que el ruido del motor al ponerse en marcha se me antojó ensordecedor; tuve la sensación de que despertaria a todo el mundo. Rápidamente encendi la calefacción, quité el freno de mano y puse la primera. Cuando llegué a la plaza de la iglesia el control policial me dio el alto otra vez y tuve que bajar del coche para abrir el maletero. Los agentes parecían estar ateridos y muertos de sueño. Pensé en Carlos y me pregunté dónde estaría; conociéndole, en casa seguro que no.

Deseé que todos esos esfuerzos sirvieran para algo, pero no era eso lo que el instinto me decía. La pulsión en mis sienes había disminuido gracias al analgésico de la tarde anterior, pero seguía presente. Había tenido pesadillas durante toda la noche, el mismo sueño que me había llevado a la consulta de Berta. Caminaba por el bosque y al llegar al arroyo descubría lo que estaba enterrado en el suelo. Por fin lo había visto con claridad: eran huesos. No sabía de qué, pero había bastantes. Lo peor fue que volví a oir gimotear al perro. No lograba verlo, eso no. Solo me llegaban sus gañidos, cada vez más intensos, hasta que me desperté angustiada. Por lo menos esta vez no tenía tierra en los dedos.

Estaba de un humor pésimo, y la misión que me ocupaba esa mañana no contribuía a mejorarlo. Las fotografias del álbum que había traido a casa de Dalia únicamente me habían servido para comprobar con horror que las madres cometen errores imperdonables al vestir a sus hijas cuando son pequeñas: son capaces de ponerles cualquier cosa solo por el hecho de que esté de moda. Menuda pinta teníamos Verónica y yo. En cuanto a las dos cajas con fotos que bajé del desván de mi tía, había retratos de mis abuelos maternos y de otros familiares que no conocía y que Dalia identificó, pero nada que fuese anterior a los años cuarenta, o eso parecía por su indumentaria. Las cartas que encontramos eran de los años sesenta y también había postales. Pasamos las dos un buen rato revisándolo todo, pero estaba claro que debía hacer una visita a Rosa si quería remontarme más allá.

Era tarde ya cuando llamé al teléfono del bar de Son que guardaba Dalia, y hube de esperar pacientemente hasta que alguien descolgó. Reconocí una voz femenina, aunque el sonido era infame. Expliqué a la mujer quién era y le pregunté si encontraría a Rosa en el pueblo el domingo. Pero solo cuando añadí que llamaba de parte de Dalia, y le solté la absurda frase convenida entre ellas para identificarse, accedió a decirme que sí, que Rosa estaba en su casa. En cuanto a lo de la contraseña, como sentía curiosidad, le pregunté a mi tía al respecto. Supe entonces que con lo de la flor del cardo se referian a la alcachofa, uno de los platos favoritos de ambas y que ella cocinaba con maestría.

Tuve que pasar dos controles más hasta que salí de la zona próxima al Montseny. Dudé de la eficacia que podían tener a esas horas; el secuestrador había tenido mucho tiempo para desaparecer u ocultarse bien.

Mi pensamiento volvió a Gabriel y a nuestras conversaciones. No existía una razón concreta que pudiera justificar mis sospechas de que era un Gilles de Rais moderno; no había visto ni oido nada que probase que fuese un monstruo. Sin embargo, había algo en ese hombre, algo oscuro que le hacía diferente a los demás, pensé. O quizá estaba equivocada totalmente y veía demonios donde no los había

Alma iba de un lado a otro de la cocina, nerviosa, mientras Victor miraba los dibujos de la tele. Seguia doliéndole la espalda, aunque las náuseas habían remitido ligeramente. De todas formas, en pocos minutos tendría la confirmación de lo que se había negado a aceptar durante los últimos días.

Carlos había pasado por casa solo para ducharse y comer algo después de haber estado toda la noche en vela. Alma no había tenido que preguntarle por el estado de la investigación: su cara reflejaba el desánimo y la rabía que sentía. Se había limitado a abrazarle con cariño

Ahora, mientras él todavía estaba en el cuarto de baño, Alma se preguntaba si no seria el momento de hablarle de sus sospechas y de todo cuanto habían comentado Iris y ella. Aun en el supuesto de que estuviesen equivocadas, podría resultar de ayuda que hicieran una investigación a fondo del señor Sira. No le había gustado nada lo que su amiga le explicó por teléfono a su regreso de Can Roca, así que prefería correr el riesgo de que las considerasen un par de neuróticas.

- —Huele a café recién hecho —dii o Carlos a su espalda.
- Alma se volvió dando un respingo.
- —Sí, ahora te lo sirvo.
- —Tengo que volver para relevar a los compañeros —anunció él, y se sentó en una silla con el pelo todavía mojado.
- —Si no comes no aguantarás. Te he preparado un bocadillo, pero deberías llevarte para después algo más —insistió.
 - —No tengo tanta hambre —masculló Carlos—, ni tanto tiempo.
 - —;Alguna pista?

Alma se sentó al lado de su marido.

- —Nada importante. Por el momento buscamos un vehículo tipo jeep, por las roderas que vimos, pero es posible que a estas alturas ya se haya deshecho de él. De todos modos, estoy convencido de que no se ha marchado de la zona. Nos hace parecer imbéciles. «Alguien no está haciendo bien su trabajo», es el discurso de Gimeno—concluyó con una mueca.
- —¡Ni que fuera tan fácil! —exclamó Alma, indignada—. Hay muchos rincones que explorar en este macizo y casas dispersas, las que quieras.
- —Explícaselo a él —contestó Carlos con amargura, y dio el último sorbo a su café.
 - -Tengo que contarte algo...

Alma empezó a referirle, casi sin hacer pausas para respirar, la información que había extraído del trabajo de Raquel, también le sintetizó la conversación que había mantenido con Iris y, finalmente, lo que esta le había contado sobre el dueño de Can Roca. Carlos la escuchó mientras daba cuenta del bocadillo, sin

interrumpirla, hasta que ella calló y se le quedó mirando con expresión interrogante.

- -No sabía que tuviera una mujer detective -ironizó él.
- —No es eso —se defendió Alma—. Pero nos ha afectado muy de cerca, no te olvides que Iris encontró a Julián. Y luego está todo lo que ha soñado. Por esa razón nos hemos implicado tanto. Creo que hay una serie de datos que deberíais comprobar, aunque solo fuera para descartarlos antes de seguir adelante.
- —A ver, agradezco vuestro interés, pero lo que tenéis son simples sospechas, poco más.
- —Bueno, no más de lo que tenéis vosotros, por lo que veo —dijo ella con rapidez—. Perdona —se disculpó al ver la cara de Carlos—. Pero creo que, al menos, deberíais considerar que ese Gabriel Sira merece ser investigado.
- —No lo descarto. —Se puso en pie —. De hecho, nos dirigiamos a registrar su casa cuando nos avisaron del nuevo secuestro. Quizá hoy o mañana nos acerquemos por alli. ¡Satisfecha? —dijo sonriéndole.
 - -Lo único que queremos es ayudar.

Alma se levantó de su silla también, v Carlos la rodeó con sus brazos.

- —A lo mejor te necesito como ayudante —le susurró al oído mientras la besaba en el cuello y deslizaba una mano hasta sus nalgas.
- —No empieces lo que no puedes acabar, señor policía —murmuró Alma, y le sonrió
- —Pues me voy. —Le guiñó un ojo—. Pero primero daré los buenos días a Víctor. —Cuando llegó a la puerta de la cocina, se dio la vuelta—. Alma, sobre todo no le pierdas de vista.
 - -Descuida, estaremos bien.

Miró el reloj con un suspiro. Marcaba las diez de la mañana.

Esperó a que Carlos se marchase y fue hasta el cuarto de baño. Se observó en el espejo y se dijo que debería ir a la peluquería, le hacía falta un buen arreglo. Tendría que ir con Víctor o dejarlo con alguna vecina, no podía contar con Carlos. La verdad era que, por lo general, no podía contar demasiado con él, pensó mientras ponía en su sitio los cepillos de dientes. Conseguir que pasara un día libre con ellos, siquiera una tarde, era un milagro. Carlos era un apasionado es su profesión, y Alma a veces pensaba que mejor no saber en qué orden de prioridades estaban Víctor y ella, no porque dudase de su cariño, sino porque a veces parecía olvidar que le esperaban en casa. Aunque eso ya lo sabía cuando se casó con él, se dijo haciendo una mueca a su reflejo en el espejo, así que no podía quejarse. Su madre ya le había advertido que ser la mujer de un policía no era fácil, que meditara lo de la boda. Como era de esperar, esas palabras cayeron en saco roto, pero ahora tenía que reconocer, aunque solo fuese ante sí misma, que a veces era duro, sí. Sufría por él, por lo que pudiera sucederle, y también había momentos en los que se sentía muy sola.

Volvió a mirar el reloj. Hora de enfrentarse al resultado, aunque realmente ya supiera cuál iba a ser. Su cuerpo se lo había anunciado hacía días, a pesar de que no le había hecho demasiado caso, pensando que eran imaginaciones suy as. Miró el envase de plástico que le recordaba a un termómetro digital y comprobó el color que aparecía en la pantallita de lectura. Rosa, como esperaba. Suspiró y volvió a mirarse en el espejo.

—Bueno, bueno... No podías escoger mejor momento para quedarte embarazada —se dijo en voz alta.

El viaje era largo, pero quedaba compensado por el paisaje de alta montaña del que estaba disfrutando. A pesar de que hacía frío bajé la ventanilla para respirar el aire, limpio y seco. Nubes blancas voluminosas como algodones gigantescos cruzaban el cielo empujadas por el viento.

Por fin enfilé la estrecha carretera que llevaba a Son. Por el espejo retrovisor pude ver que circulaba sola. Un pequeño letrero me anunció que había llegado. Pocas casas, de piedra, antiguas pero cuidadas. No encontré ni una sola tienda, tampoco nadie a quien preguntar. Únicamente se oía el trino de los pájaros y el mugido de las vacas que pastaban a sus anchas en la ladera de la montaña. A mi taquierda estaba el cementerio, en el recinto de la iglesia, que contaba con un campanario bien conservado. Las tumbas estaban a la vista, con cruces blancas. A unos pocos metros encontré un espacio para aparcar. Agradecí bajar del coche, ya que solo me había detenido una vez, para repostar, y necesitaba moverme.

Localicé el bar, pero estaba cerrado. Tendría que llamar puerta por puerta, me dije, hasta dar con mi tía. Por suerte, en la casa contigua una mujer joven tendía la ropa. Me acerqué a ella.

- —Buenos días. Estoy buscando a Rosa Serra, soy su sobrina. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?
- —¿Rosa? —me contestó tras mirarme atentamente—. A esta hora debe de estar en el cementerio.
 - -¿En el cementerio? repetí desconcertada.
 - -Sí. -Sonrió-. Por la mañana siempre va allí a sentarse un rato.
 - -Gracias.
- « Curioso sitio para sentarse», pensé. Desanduve el camino y crucé la carretera para entrar en el recinto de la iglesia. Subí la escalera de piedra y pasé bajo un arco. La puerta que daba acceso al cementerio estaba cerrada, así que volví a salir y rodéé la iglesia por detrás. En una zona en la que el muro del camposanto era menos elevado vi a una mujer, sentada de espaldas a mí y muy abrigada, que contemplaba la impresionante vista. Se divisaba todo el valle, así como las cumbres de las montañas más lejanas, blanqueadas por las primeras nieves. Llegué hasta ella sin que pareciera advertir mi presencia.
 - --¿Rosa? Soy Iris, tu sobrina.

Pensé que no me había oído, y a punto estaba de repetir la pregunta cuando se volvió y me miró detenidamente.

—Bueno, Iris, me dijeron que habías llamado ayer por la noche. No has cambiado demasiado —dijo al cabo de unos instantes.

Dalia y Rosa se parecían mucho entre sí, no así a mi madre. Si no recordaba mal, la última vez que nos habíamos visto yo debía de tener dieciocho años.

Mi tía llevaba el pelo blanco suelto sobre los hombros, y sus ojos claros, de un azul desvaído, me miraban sin perderse ningún detalle.

- -Siento tener que molestarte empecé.
- —No sigas disculpándote, no vale la pena. No creo que hayas venido a saludarme ni a interesarte por mi salud... Has venido a buscar algo, ¿no es así?—casi afirmó, y volvió a su contemplación de las montañas.

Había olvidado que a mi tía no le gustaban los rodeos.

- —Sí, he venido buscando información —confesé.
- Rosa soltó una carcajada y se dio la vuelta para mirarme de nuevo.
- -Así me gusta, que seamos sinceras.
- Cogió el bastón de senderismo que tenía a sus pies y se levantó. Reparé en que era casi tan alta como y o.
- —Cada día vengo aquí a mirar las montañas; nunca son iguales, siempre descubro algo que ha cambiado en ellas. Es la magia de la naturaleza, de la que se dice que es sabia, lo que es una gran verdad, a diferencia de los seres humanos, que solemos repetir los mismos errores una y otra vez. Hace demasiado viento, vamos a casa y allí me cuentas para qué has venido exactamente.

Echó a andar balanceando el bastón sin esperarme, así que no tuve más remedio que seguirla.

Durante toda la mañana Christian había conseguido mantener al niño en un estado de semiinconsciencia. Suerte que siempre tenían reservas de escopolamina en la caja fuerte oculta tras uno de los armarios de la cocina. Suponía que habria suficiente para unos dias más.

Había iniciado por su cuenta una sesión de fotografías después de darle de comer, al verlo más relajado. Lo captó desde todos los ángulos y quedó muy satisfecho del resultado. Seguro que tendrían mucho éxito en el mercado. La piel blanca y sin mácula de aquel angelito destacaba en todos los fondos de color que le puso. Tuvo que cargar la cámara ya que se quedó sin batería; menos mal que siempre llevaba consigo todos los cargadores, incluido el del móvil. Cuando acabó la sesión visitó al crío y lo tendió en la cama. Tocar su piel, su cuerpo desnudo, lo había excitado mucho, pero se contuvo. Únicamente se permitió el lujo de acariciarlo con suavidad. A diferencia del jefe, no le gustaba el sexo con niños, pero no podía negar que el hecho de tener al chico totalmente a su merced le provocaba una sensación de poder embriagador. En esos momentos era el dueño absoluto y podía hacer con él lo que le viniese en gana. Se sorprendió a sí mismo fantaseando todo tipo de cosas que le gustaría hacerle, solo por matar el tiempo. Sacudió la cabeza. No era para él. El jefe estaría ansioso por verlo, y su obligación era preservarlo en buen estado.

Al salir de la habitación se detuvo en el pasillo, súbitamente en tensión. Le había parecido óir ruidos fuera, gemidos lo más seguro. Recordó al perro. Con cuidado fue hasta la puerta y la abrió sin hacer ruido. No vio nada. Y el bosque estaba en silencio. Ni rastro del chucho ni de ningún otro animal. Habrían sióu maginaciones suyas, se dijo; estaba demasiado tenso. Cerró la puerta y fue a echarse un rato. Joder, pensó, qué bien le vendría un chute para entonarse. A veces, todavía lo echaba de menos.

Rosa vivía en una pequeña casa de piedra de una sola planta. Era sencilla y acogedora, con pocos muebles de madera oscura, escogidos con gusto. Dos de las paredes del salón estaban enteramente cubiertas de estanterías atestadas de libros. Sobre la chimenea había un enorme reloj de cuco que habría hecho las delicias de cualquier anticuario. Desde las ventanas orientadas al este había una vista espectacular de las montañas; los amaneceres vistos de ellas debían de ser magníficos. Se lo comenté, y asintió sonriendo. Me indicó que me sentase en el sofá al tiempo que ella se quitaba la chaqueta y avivaba el fuego.

- —Cuando murió tu tío vendí el piso de Barcelona para poder comprar esta casa, y aún me sobró dinero para acondicionarla. Nunca he hecho una inversión mejor, aquí tengo todo lo que necesito —explicó—. ¿Te apetece un café?
 - -No me gusta el café, tía.
- —Pues sí que eres rara —comentó mientras se dirigía al rincón donde estaba la cocina—. ¿Oué te apetece entonces, algo más fuerte?
- —No. —Sonreí, cualquiera le decía que tampoco me gustaba el alcohol—. Si tienes un té o una infusión de hierbas, estupendo.
- —Creo que me queda alguna bolsita —murmuró ella removiendo entre los tarros—. Bien, puedes ir hablando mientras lo preparo.

Aparté la mirada del fuego v decidí ir al grano.

- —Dalia me ha explicado que siempre te interesó la historia de la familia y que incluso hiciste un árbol genealógico. Me gustaría verlo.
- —¿Para qué? —preguntó Rosa acercándose con dos tazas en la mano y clavando sus ojos claros en mí.
- Le hablé del hallazgo del cuadro en la finca de Can Roca y de la impresión que me había producido descubrir que la joven del retrato podría haber sido yo misma, con menos años, un siglo atrás. Describí lo más detalladamente que supe el tocador, el camisón y la bata de la mujer. Rosa me escuchó con atención sentada junto a mí en el pequeño sofá. Pensativa, me tendió una taza con una humeante infusión.
- —Parece increíble... Ignoraba que hubiera un retrato. Quizá sea una pista comentó mientras daba un sorbo a su café.
 - —¿Una pista de qué? —pregunté nerviosa.
- —De lo que le pasó a Melisa. Nadie te ha hablado de ella, ¿verdad? Típico de tu madre —masculló con una voz cargada de intención—. Ya dicen que uno elige a sus amigos pero no a sus parientes —sentenció. Tras un breve silencio añadió —: Reconozco que no tengo un carácter fácil y que me gusta llamar a las cosas por su nombre. Tu madre siempre ha preferido hacer caso omiso a lo que no le convenía.
 - -Tampoco es que nos llevemos estupendamente ella y yo. Somos muy

diferentes - reconocí - . No sé lo que os habrá pasado, pero . . .

—No te esfuerces —me interrumpió Rosa—, de eso podemos hablar más tarde. Vienes buscando respuestas, aunque yo tampoco las tengo todas. Cuando te lo explique todo entenderás mi interés por Melisa. Escucha con atención. —Se recostó en el sofá y cruzó las manos sobre el regazo—. Mi madre, tu abuela Rosa—empezó—, nació en 1930, hija única de Camelia y Roberto. Camelia tenía una hermana melliza, Melisa; las dos nacieron en 1895. Sus padres, Margarita y Jaime, pertenecían a la burguesía acomodada de la época. El apellido del tatarabuelo era Mora, ¿no has oído mencionar a nadie en casa ese nombre?

Negué con la cabeza.

—Jaime era dueño de una importante fábrica textil y de tierras que, si bien no le daban ningún rendimiento, eran patrimonio. También invertía en bolsa. Su sueño habría sido tener un hijo varón que heredase la fortuna familiar, pero no le quedó otro remedio que conformarse con las mellizas porque Margarita no tuvo más hijos. Creo que si Melisa no hubiera desaparecido... Luego te hablaré de ella—dijo al ver mi cara de sorpresa—. De no haber desaparecido, Melisa podría haber seguido con los negocios de su padre, pues tenía carácter para ello, y hacerlo a través de un marido complaciente, que se dejara llevar. Pero no fue así

» En cuanto a su hermana, a Camelia no le interesaba para nada ocuparse de la fábrica ni gestionar inversiones. Todo quedó en manos de su marido, Roberto, quien debía de pensar que el dinero se multiplicaba él solito y se encargó de pulírselo todo. La fábrica tuvo que cerrar, vendieron las tierras que tenían, las inversiones se fueron a pique y únicamente quedó la casa de Rocablanca. Perdimos la oportunidad de ser ricas, sobrina —concluvó, y me palmeó el brazo.

—Es fascinante. —Estaba prendida de sus palabras, olvidada ya la infusión—. ¿Cómo has conseguido tanta información?

—No ha sido fácil —dijo orgullosa—. Visité registros parroquiales, consulté en el Registro de la Propiedad, en bibliotecas... —Sonrió recordando—. Fue apasionante. Mi marido me ay udó mucho. —Una sombra de tristeza pasó por su rostro—. Pero fue el diario de Camelia lo que me mostró la vida cotidiana de la familia Mora. Estaba en un baúl de recuerdos familiares, junto con fotografías de la época, artículos de prensa, cartas, poemas... Al menos mi madre tuvo el buen juicio de conservarlo. A Camelia le gustaba escribir y lo hizo hasta que su hermana desapareció.

Se inclinó para coger la taza y bebió.

—Es mi último café del día; si no me controlo, no tengo medida. Sigo. Vivían en un piso enorme en Rambla de Catalunya, en Barcelona, con servicio completo, claro, y todos los veranos se instalaban en Rocablanca. Camelia explica con detalle los preparativos del viaje: primero mandaban los baúles con los vestidos y cuanto pudieran necesitar por medio de un recadero, y luego iban

las hermanas con su madre y, a veces, con primas o amigas. Jaime, el padre, aparecia poco, la fábrica le ataba mucho... o vete a saber. —Sonrió maliciosamente—. A lo mejor esa era la excusa para hacer lo que quisiera. En la casa del pueblo vivía una pareja de criados todo el año, y cuando la familia iba contrataban más gente. Como puedes suponer, en Rocablanca había pocas distracciones. Hacían excursiones, jugaban a las cartas, al tenis y se relacionaban con otras familias como ellos, por ejemplo, los Roca, de Can Roca. Se te ha enfriado la infusión, sobrina.

- —No te preocupes. Háblame de las hermanas, de Camelia y Melisa. ¿Eran muy distintas?
- —Uy, la noche y el día. Muy parecidas físicamente, pero de carácter muy diferente. Mira.

Se levantó y fue hasta un escritorio antiguo con infinidad de cajoncitos. De uno de ellos extraio una pequeña caja de madera oscura y me la entregó.

—Tú misma lo verás

Con cuidado, abrí la tapa y descubrí una deteriorada fotografía de dos chicas que eran como dos gotas de agua. Una, el pelo recogido en un moño bajo, la piel blanca, los ojos grandes, expresaba ingenuidad y placidez. La otra, idéntica, pero el cabello suelto y una media sonrisa que yo ya había visto. Levanté la vista asombrada.

—Es ella, ¡es la chica del cuadro que te he descrito! Entonces ¿esta es... era Melisa?

Rosa asintió. Volví a mirar la foto. Las dos hermanas tenían la misma pose, cogidas del brazo, con vestidos semejantes, sombrero y guantes, pero mientras Camelia parecía ser dulce y tranquila, Melisa tenía una expresión enérgica. Era como si una fuese el negativo de una fotografía y la otra el original.

Manifesté ese pensamiento en voz alta y Rosa me contestó:

- —Tú también lo has captado, y por lo visto era así en la vida real. Camelia era reposada y obediente, toda una señorita de principios del siglo veinte, ordenada, culta pero sin excesos; en definitiva, una muchacha educada para ser una buena esposa. Tocaba el piano correctamente, cosía, sabía dirigir una casa, no le preocupaba mucho más. Pero Melisa era un torbellino, inteligente, rebelde, provocativa, no se estaba nunca quieta, todo lo cuestionaba e intervenía en las conversaciones ajenas sin importarle las conveniencias. Volvía locos a los hombres... y se aprovechaba de ello. Y además, como tú—añadió mirándome con atención—, también soñaba.
 - -¿Qué quieres decir? pregunté asombrada.
- —Vamos, sobrina, sé que desde siempre has tenido sueños para los que no hallas explicación. Tu madre gastó dinero y tiempo en llevarte a todo tipo de médicos sencillamente porque no podía aceptarlo después de lo que pasó en el colegio. Derrochó una energía inútil en convencerse de que aquello no era

normal, hasta que tú te negaste a seguir tratándote. Sin embargo, eso te perjudicó, porque te acostumbró a vivir con ello como si fuese algo angustioso —dijo con firmeza—. Pero estamos desviándonos de la historia de Melisa, que es por lo que has venido. Su hermana relataba en el diario que, ya de niñas, Melisa veía en sueños dónde estaban algunas cosas que habían perdido, y allí estaban, o tenía presentimientos que se confirmaban más tarde, como una vez que soñó que su padre tendría un accidente en la fábrica y así fue. Esto quedaba en el ámbito de la familia. Ya sabes que la gente malinterpreta todo lo que no puede entender y en aquella época, aunque las cazas de brujas hubiesen pasado a la historia, todavia había personas que la habrían señalado con el dedo, algo no muy conveniente para una señorita casadera de la buena sociedad barcelonesa — ironizó.

- -Pero, por lo que dices, sus sueños tuvieron relevancia en su vida -apunté.
- —Eso es lo que relata Camelia en el diario. Los criados hablaban sobre « las cosas raras» de la señorita Melisa y en ocasiones sorprendieron a alguno de ellos antiguándose cuando pasaba. A Melisa eso no le preocupaba, incluso le hacía cierta gracia, según relata su hermana. Hasta que pasó algo que lo cambió todo.
 - -¿Qué? -pregunté ansiosa.
- —De pronto, a finales del verano de 1915, la actitud de Melisa cambió: ya no se mostraba despreocupada y alegre, vivia encerrada en si misma, no quería salir, rechazaba todas las invitaciones a los bailes en Barcelona. Sus padres estaban desesperados. Date cuenta de que ambas tenían ya veinte años y tocaba hacer un buen matrimonio. Pasaba todo el tiempo que podía en Rocablanca. Incluso evitaba a su hermana, que siempre había sido su gran confidente, aunque Camelia insistía en acompañarla al pueblo. A pesar de ello, Melisa no le contaba nada. A veces desaparecía toda la noche y regresaba al amanecer con la ropa llena de hojas del bosque. Camelia la esperaba despierta, y cuenta en el diario que en ocasiones la sorprendía llorando, pero nunca consiguió que le explicara qué estaba pasando.
 - —Ouizá tenía un amante v se veían en el bosque —aventuré.
- —Sabía que eras una romántica, sobrina. Algo de eso había, estoy convencida. En Can Roca vivían dos hermanos que se la disputaban, Pedro y Enrique. —Se echó a reír—. Lo tengo todo documentado. Esa situación duró hasta que Melisa desapareció la noche de Todos los Santos de 1915.
 - -Justo esa noche -murmuré.
- —La buscaron por todas partes, hasta ofrecieron dinero a quien la encontrase, pero nunca volvió ni la hallaron. Fue un golpe brutal para la familia, que no consiguió recuperarse por completo jamás. Y ahí acaba el diario de Camila; no escribió más. Estuvo esperando a Melisa, incluso se casó bastante tarde para la época, y a tenía treinta años... Nunca supieron qué le pasó.
 - La historia de Melisa me había impresionado. Sin poder evitarlo, mi mirada

se dirigía constantemente hacia la fotografía y me preguntaba qué habría sido de ella.

—Quizá hoy en día la hubieran hallado, viva o muerta. Hay más medios concluvó.

Retiró las tazas y se las llevó al fregadero.

- —No creo que la hubieran encontrado viva, por lo que cuentas —comenté —. Si estaba tan unida a su hermana, en el caso de haberse fugado con alguien habría acabado por hacerle saber dónde estaba, tarde o temprano. Todo apunta a que murió... del modo que fuera —dije pensativa.
- —Es lo más probable —asintió. Fue de nuevo al escritorio—. No podemos saber con quién se veía realmente, solo tenemos la versión de Camelia. Pero lo que cuentas de ese retrato es extraño. ¿Por qué no lo destruiría?

-No te comprendo.

Rosa se acercó y me tendió un grueso sobre de color marrón.

- —Aquí está lo que encontré en el desván, incluido el diario de Camila, y toda la documentación que he ido reuniendo a lo largo de los años que investigué. Ouédatelo, a ver a qué conclusión lleas —diio con una sonrisa eniemática.
 - -No sé si sacaré algo en claro -objeté.
- —Seguro que sí. Cuatro ojos ven más que dos —afirmó muy segura—. Hace tiempo que no toco nada de esto. Podrás leer todo lo que Camelia explicaba sobre los sueños de su hermana. Quizá te sirva de ayuda para entender los tuyos.

La miré agradecida y, en un impulso, decidí contarle todo lo que me estaba ocurriendo. Me escuchó con atención, sin perder detalle, mientras yo paseaba por la habitación e intentaba hacerme entender lo mejor posible.

- —Esos sueños significan algo, estoy segura, pero no acaban de ser nítidos. Son imágenes inconexas, sensaciones. Ahora mismo noto esa opresión en la cabeza. A veces pienso que no estoy bien, y con lo que me has explicado acerca de Melisa... me da por sospechar que se trate de un trastorno hereditario.
- —¿Quién ha hablado de trastornos? —exclamó malhumorada—. ¡Me parece estar oy endo a tu madre! Por eso no la soportaba, no se puede tener la mente tan estrecha. Yo tampoco sé qué representan tus sueños, pero has de admitir que fuiste tú quien encontró a ese niño. Lo único que me atrevo a aconsejarte es que no te resistas a ti misma. Abre los sentidos y deja de angustiarte.
 - -Es fácil decirlo -me quejé-, pero no sé cómo hacerlo.
- —En eso los demás no podemos ayudarte, sobrina. Deberás encontrar el camino tú sola —contestó con una débil sonrisa.

-Recapitulemos -dijo Gimeno.

Los asistentes a la reunión convocada en la Unidad Central de Investigación de Sabadell guardaron silencio. Carlos estaba sentado hacia el final de la mesa, junto con otros policías, lej os de Gimeno y su fiel Soteras. Se limitaba a escuchar y a reflexionar. El ambiente era tenso, con continuas interrupciones de llamadas telefónicas y agentes que entraban y salían de la sala con papeles o dando cuenta de mensajes de última hora. Muchas personas se habían puesto en contacto con la policía para comunicar que habían visto al niño desaparecido. Hasta el momento, sin embargo, ninguna de esas llamadas había proporcionado pista alguna. A ello había que sumar las de los perturbados, como la que había cogido Carlos esa mañana de lunes, en la que un hombre con voz ronca le había asegurado que era el secuestrador, y que exigía como rescate la dimisión del gobierno en pleno y un millón de euros.

La tarde anterior habían registrado las viviendas más próximas al núcleo urbano, entre ellas la masia Can Roca, y no habían encontrado ningún indicio. La finca propiedad de Gabriel Sira les había supuesto mucho trabajo, dada su extensión, pero no tuvieron ningún problema para acceder a todos sus rincones. Incluso habían bajado al pozo del jardín e investigado posibles señales en la tierra, aunque sin resultados. El propio Sira había estado correcto y colaborador en todo momento. Como era de esperar, no encontraron nada que justificara las sospechas de Alma. Con mucho, podría decirse que era un individuo extraño con todos esos instrumentos de tortura y una biblioteca en la que abundaban los libros sobre brujería, así como sobre culturas antiguas. Parecía un hombre que empleaba su dinero en lo que más le gustaba. Les constaba que había tenido problemas cuando era menor de edad, aunque nada serio. Salvo las denuncias por los escándalos de sus fiestas, no tenia nada pendiente con la justicia. Estaba limpio.

—Podemos descartar —siguió Gimeno mientras paseaba la mirada por todos los asistentes—, a estas alturas, a alguien del entorno familiar. El niño fue secuestrado por una persona o personas desconocidas, y presumiblemente se trató de un acto precipitado. Digo esto porque no había ninguna previsión de que Marc fuese a ir con su padre y su hermana al camping ese fin de semana. Solo van en verano. El padre nos ha confirmado que fue una decisión de última hora. Hemos dibujado el plano que tienen todos delante. Marc salió del camping con su bicicleta; suponemos que debió de pasar por debajo de la barrera sin que nadie lo viera. Las ruedas quedaron marcadas en el terreno que hay frente a esos árboles que se han representado. También hemos hallado huellas que podrian ser de Marc, por lo que deducimos que caminó hasta la zona con hierba en la que debia de estar aparcado el vehículo tipo jeep que hemos encontrado hoy.

Gimeno se interrumpió. Su rostro expresaba cansancio y mala leche, incluso podría decirse que había adelgazado algún kilo. « No te jode, como todos» , pensó Carlos

A primera hora de esa mañana unos agentes forestales habían localizado oculto entre unos árboles un vehículo, un jeep Cherokee, en una zona cercana al depósito de agua abandonado en el que Carlos y los forestales habían encontrado la cría de jabalí muerta cuando buscaban a Julián. Los neumáticos coincidían con las roderas deiadas en la tierra v en el maletero se hallaron restos de barro que podría ser del que se habría adherido a la bicicleta, que no había sido hallada. Por el momento, cero huellas, lo que era bastante extraño; en opinión de Carlos, denotaba que su propietario se había cuidado muy bien de no dejar rastro alguno. El vehículo era un modelo antiguo, alrededor de quince años de antigüedad, v estaba a nombre de una sociedad dedicada a la fabricación de pinturas que había dejado de existir hacía cinco años. Les había costado contactar con el único socio vivo de la empresa. Además, dado que el hombre padecía alzhéimer en un grado bastante avanzado, les resultó imposible obtener información acerca de quién se había quedado con los vehículos de la empresa. Fuera quien fuese, no se molestó en realizar el cambio de nombre del titular en el Registro de Vehículos de la DGT, así que no habían avanzado mucho.

Carlos iba trazando círculos a todas las notas que había tomado mientras escuchaba a Gimeno repetir lo que y a sabía. La prensa estaba encima del tema, en todos los informativos se mencionaba el caso y la fotografía de Marc se había publicado en los periódicos. Ya se habían vertido algunas críticas sobre la actuación policial que sacaban de sus casillas a Gimeno, por lo que parecía decidido a fustigar a todo el mundo. Algo se les escapaba, pensó Carlos trazando más círculos, necesitaban un enfoque nuevo que les permitiera reconstruir los hechos. Mantener a un niño en cautiverio, primero a Julián y ahora a Marc, no era fácil. Se precisaba de un sitio relativamente alejado de un núcleo urbano, tranquilo, quizá de dificil acceso a fin de no llamar la atención de vecinos o curiosos. Había que estar bien provisto de alimentos e incluso de medicinas por si el crío enfermaba, y desde luego de la droga que habían dado a Julián para mantenerlo sometido. Si el sujeto se había deshecho del coche, debería tener otro que le sirviera para trasladarse... O quizá era un indicio de que no trabajaba solo.

-Carlos, ¿alguna aportación? -oy ó que decía Gimeno.

Soteras lo miró malhumorado, molesto por que se preguntase a Carlos, pero su jefe no pareció enterarse.

—Creo que alguna persona tuvo que ver ese Cherokee. Deberíamos hacer fotografías y enseñarlas en el pueblo, en la gasolinera y en el propio camping por si alguien puede reconocerlo o, lo que es más importante, a su conductor. Es un modelo antiguo, un coche grande, llama la atención —contestó Carlos.

-Bien, poneos con las fotos ahora mismo y empezad a mostrarlas enseguida.

Carlos, tú te encargas de eso. Necesitamos analizar cualquier comentario acerca de posibles actitudes extrañas que los vecinos hayan observado, ya sea de conocidos o de gente que no es del entorno. —Gimeno taladró a los presentes con la mirada—. Hoy es el segundo día que ese niño lleva desaparecido. Puede estar delante de nuestras narices o a miles de kilómetros de aquí, pero en vista de lo que pasó con el otro caso trabajamos con la hipótesis de que el asesino esté repitiendo el hecho, de manera que cabe pensar que el lugar donde los mantiene ocultos no debe de estar muy lejos. Quiero que se registren todas las casas y refugios que existen en esta maldita montaña, que no quede piedra por remover. Esta vez no toleraré fallos —afirmó, y recalcó la última palabra—. Así que todo el mundo a trabai ar.

Tras una mañana de lunes intensa en los juzgados, lo único que deseaba era poder comer algo y adelantar los temas pendientes del despacho, si es que conseguía despejarme un poco. No había manera de centrarme en nada. Intentaba ocuparme solo del trabaj o, pero mis pensamientos se perdian en busca de alguna solución a los rompecabezas que tenía que resolver: Melisa, Julián, Marc, mis inútiles sueños, Gabriel. Demasiados problemas para una sola cabeza, me dije. Esa noche había tenido un sueño curioso que ni siquiera me molesté en anotar: veía la sombra alargada de un hombre, como la de dias atrás, que se proyectaba sobre una bicicleta en el suelo. Las ruedas se movían sin cesar y eso me causó una sensación desagradable. La pulsión en mis sienes no me abandonaba.

Ya eran las tres de la tarde cuando, tras haberme echado al cuerpo una ensalada y poco más, llegué al despacho. Todavía no había nadie. Ángels me había dejado una nota con todas las llamadas que debía devolver. Una me sorprendió. Era de la madre de Francisco Ruiz había telefoneado tres veces, quería hablar urgentemente conmigo. Solo me faltaba que su querido hijo se hubiese metido en algún lío, pensé. Decidí llamarla enseguida, pero antes tenía que hablar con mi amiga Luz García para pedirle ayuda. Había decidido investigar por mi cuenta a Gabriel, y para eso nada mejor que recurrir a ella, experta en los trapos sucios de la gente con dinero de la ciudad. Me debía varios favores por lo que pensé que era el momento de cobrárselos. Contestó a la primera, con esa voz ronca de fumadora empedernida que la caracterizaba.

- —¡Iris! ¿Cómo estás? ¿Ya te has decidido y te vienes a trabajar conmigo, o todavía ejerces de abogada de los pobres?
- -¡Y a mucha honra! -contesté riendo-. No me apetece aguantar las miserias de los ricos discutiendo por el régimen de visitas del perro.
- —Estás anticuada, cariño. He tenido casos de discusión por la custodia de una boa constrictora y por el disfrute de un piano de cola. Podría ir a la tele a contar anécdotas —soltó divertida.
 - --¡No me digas! ¿Y cómo acabó lo de la boa? --pregunté.
- —Se murió de golpe, así que fin del problema. El entierro, porque el bicho tuvo un entierro como Dios manda, fue un drama absoluto. Y lo mejor de todo, no te lo pierdas, es que les sirvió para reconciliarse. Es increíble. El problema lo tendré vo para cobrar algo. va verás.
 - —No llores tanto, que nadas en dinero.
- —Sí, sí... Qué va. Esto ya no es lo que era, en este país no hay pasta ni para divorciarse —se quejó.
- —Te llamo porque tengo que pedirte un favor, Luz. Quiero información sobre un hombre

- -¿Futuro marido? inquirió interesada.
- —No, nada de eso, es un tipo que me da mala espina. Puede que esté relacionado con un asunto, pero... no he conseguido averiguar más que cuatro cosas de él. Se llama Gabriel Sira Rojas.
- —Vaya, estamos en las alturas —contestó ella enseguida—. Aquí hay mucha pasta, es uno de los intermediarios financieros mejor situados de Barcelona, opera a gran escala.
- —Necesito saberlo todo: familia, amigos, rumores que circulen sobre él insistí—. Que tiene dinero, ya lo sé.
 - -Bueno, haré algunas llamadas y te diré algo.
- —Voy justa de tiempo, Luz Necesito la información para ya. Te estaré eternamente agradecida —le rogué.
- —Vale, vale, no te preocupes. Me pongo manos a la obra. Ah, y piénsate lo del despacho —dijo riendo.
- Colgué con la sensación de que al menos empezaba a moverme, de que por fin pasaba a la acción. Me urgia averiguar quién era realmente Gabriel Sira y si ocultaba algo. No había vuelto a tener noticias suyas desde que nos despedimos; quizá estaba ofendido, o puede que esperara que yo diera el siguiente paso. El problema era que en algún momento habría de volver a su casa para preguntarle si podía facilitarme información sobre la familia Roca, pues no era descabellado que tuvieran algo que ver con la desaparición de Melisa. Así que me tocaría contactar con él de nuevo. No sabía si alegrarme o todo lo contrario; estaba hecha un lio.

La noche anterior, al llegar a casa, había abierto con ansia el diario que me había dado Rosa. Había leido unas pocas líneas, pero enseguida me había vencido el cansancio. Esa noche me pondría en serio. Además, la carpeta estaba llena de documentación, fotografías y apuntes de mi tía, todo un batiburrillo de cosas que habría que ordenar. Quizá alli estaba la clave para solucionar uno de los misterios.

Carlos pensó que le gustaría detener el tiempo, tal como hacían los protagonistas de algunos cuentos de su hijo, pero este seguía su avance inexorable y hacía casi tres días que no tenían noticias de Marc.

Nadie parecía haber visto el jeep. Era como si nunca hubiese existido. Sin embargo, no se daba por vencido. Algunas tiendas cerraban en lunes y en otras era el día libre de los empleados que trabajaban el fin de semana, así que no perdía la esperanza. Estacionó el coche en la gran zona de aparcamiento del supermercado de una gran cadena, uno de los más nuevos a la salida del pueblo, y entró en busca del encargado. Vio pocos clientes en esa mañana de martes.

- —Buenos días —dijo acercándose a un hombre vestido con el uniforme azul del establecimiento y con una tarjeta plastificada en la camisa que indicaba que era « Luis Gómez, encargado» —. Soy Carlos Millán, de los Mossos d'Esquadra. —Le mostró su placa—. Me gustaría hablar un momento con usted.
 - —Sí, claro. —El hombre estaba desconcertado—. ¿Es por alguna denuncia?
 - -No se preocupe, no es nada de eso. ¿Podemos ir a algún sitio más privado?
 - -Sí, sí, a la oficina.

Carlos siguió a aquel tipo de baja estatura y poco pelo que parecía perderse en el cuello de su camisa, al menos dos tallas más de la que necesitaba. Fueron hasta el final de un pasillo, abrió una puerta en la que había un rótulo que ponía «Privado», encendió la luz y le invitó a sentarse en una silla mientras hacía lo propio.

-Usted dirá -inquirió intrigado.

Sus gruesas cejas negras se curvaban hacia arriba dándole una expresión de perpetuo asombro que resultaba casi cómica. « Si no estuviese tan cansado, igual podría encontrarle el chiste» , pensó Carlos.

—Señor Gómez, queremos saber si usted o alguno de sus empleados han detectado la presencia de este vehículo —dijo al tiempo que dejaba sobre la mesa tres fotografías.

Ya había perdido la cuenta de las veces que había pronunciado esas mismas palabras.

Gómez se inclinó obediente sobre las fotos y las miró con una atención tal que parecía que iba a desgastar el papel. Solo se oía el tictac de un reloj y la respiración del encargado. Carlos paseó la vista por la habitación. Lo que el hombre había llamado « oficina» era más bien un almacén de cajas con estanterías, una mesa y dos sillas. Por un momento se quedó mirando, abstraido, la pared de enfrente, donde colgaba un viejo calendario con la hoja del mes de mayo del año anterior. La pasada noche Alma le había anunciado que estaba embarazada y que, si todo iba bien, calculaba que la criatura nacería a finales de la primavera siguiente. Al principio no supo reaccionar, como si no entendiera lo

que le estaba diciendo. Pudo ver claramente la desilusión en los ojos de su mujer. Después intentó arreglarlo, aunque no estaba seguro de haber resultado convincente. Tras el nacimiento de Victor habían hablado de tener otro hijo, pero con el paso de los años, viendo que no llegaba, se había convencido de que no volverían a ser padres. Ahora quizá no era el mejor momento, estaba colapsado por todo lo que estaba pasando. Necesitaba resolver y zanjar ese caso, no solamente porque era su trabajo, sino también para recuperar su vida familiar.

—No me suena. Pasan muchos coches por el aparcamiento, y tampoco es mi cometido estar pendiente de eso, así que...

Carlos suspiró y alargó el brazo para recoger las fotografías. Estaba a punto de levantarse de la silla cuando Gómez dijo de pronto:

- -Aguarde un momento. Es un jeep de color verdoso, ¿no?
- -Sí -contestó Carlos-, verde claro. El modelo tendrá unos quince años.
- —Oiga, no sé, puede que esté equivocado, pero creo que igual sí que lo he visto, hace y a bastantes días. Maite se acordará. Voy a llamarla.

El hombre se puso en pie de forma apresurada y salió por la puerta voceando el nombre de la empleada. Carlos se levantó también, súbitamente en tensión. Gómez volvió acompañado de una chica muy delgada con el pelo oscuro recogido en una trenza y vestida con el uniforme del supermercado.

-Esta es Maite, la cajera -dijo.

Carlos puso otra vez las fotografías sobre la mesa y la joven se inclinó sobre ellas

- -: Te suena este coche?
- —Sí, desde luego, es el del apestoso —a firmó convencida.
- —¡Claro, es verdad! —exclamó el encargado—. Ya decía yo que lo había visto en alguna parte. Ese tio era un maleducado y además daba asco —explicó a Carlos—. Tuvimos un incidente con él un sábado, ya hace más de una semana, creo. Dejó la compra y se largó corriendo.
- —Era un individuo muy raro, daba miedo y olía como si no se hubiera lavado en meses. Tuvimos que echar ambientador después —corroboró ella.
- —Necesito que me expliquen cuanto recuerden de él. Y lo más importante, sobre todo, es que me faciliten una descripción lo más detallada posible de ese individuo —dijo Carlos al tiempo que se sentaba de nuevo.

Estaba excitado. Por fin, pensó, empezaban a saber algo del hijo de puta que los tenía a todos en danza.

Christian empezaba a pensar que se volvería loco. Llevaba desde el sábado encerrado en la casa, dando vueltas. El jefe le llamaba cada dia, pero siempre con la misma cantinela: que le resultaba imposible ir, que como muy pronto el viernes, que aguantara como pudiera. Estaba claro que le daba largas. Comenzaba a arrepentirse de su iniciativa; él solo estaba para cumplir órdenes y no sabía si el niño aguantaría mucho más. Ya habían pasado tres dias e intentaba ajustar la dosis de droga al mínimo, pero era difficil, no conseguia que comiera demasiado. Tenía miedo de cagarla, de que al jefe se le fuera la mano y él tuviera que bregar otra vez con un muerto. Visto lo que había pasado con el otro, no le iba a ser tan fácil ocultar un cuerpo esa vez.

Había empezado a comer menos porquerías, y cada día hacía abdominales y levantaba unas pequeñas pesas que tenía en la casa. Necesitaba ponerse en forma, estaba hecho un asco y ya no cabía en los pantalones. Si se miraba en el espejo le parecía ver a su padre. Recordaba la última imagen que tenía de él. Calvo, barrigudo, con una camiseta blanca de tirantes y una cerveza en la mano, como siempre. Hecho una piltrafa. Igual se había muerto ya de un ataque al corazón.

Él no quería acabar igual. Según cómo saliera este asunto, se marcharía con el dinero que tenía y el que esperaba ganar a cualquier país de Sudamérica. Allí tendría más oportunidades porque aquí la cosa se estaba poniendo peligrosa. Confiaba en ser capaz de controlar al jefe cuando viniera, pero tenía sus dudas. Después de lo que había pasado con el otro... Cuando había comprendido que estaba por cortarle el cuello, era demasiado tarde, y a había usado el instrumental y la sangre salía a borbotones. ¿Y lo de rebanarle el dedo? Todavía no se lo explicaba. ¿Para qué lo quería? Recordó que lo había limpiado y metido en un frasco de cristal con formol, para luego guardárselo en un bolsillo. ¿Es que los coleccionaba? Había conocido muchos tipos raros en su vida, y aunque estaba agradecido al jefe por sacarlo de la miseria, no sabía si le convenía seguir con él. Siempre había sido, a su manera, un superviviente. Ni ganas de acabar en la cárcel, y a había estado y no quería volver a aquel infierno.

Se miró de nuevo en el espejo. Iba a convertirse en un nuevo Christian, y esta vez lo haría él solito.

Hoy había mercado y hemos ido a ver los puestos. Luisa nos ha acompañado con una gran cesta, por si nos apetecía comprar algo. Las setas eran magníficas y hemos comprado bastantes. Melisa se ha interesado por unos quesos y ha estado bromeando con el joven vendedor, que se la comía con los ojos. Luisa la miraba ceñuda, dejando bien claro que la actitud de mi hermana no era la correcta para una señorita, pero ya debería conocerla... Melisa estaba alegre y divertida, como siempre, y verla así me ha alegrado.

Después de comer Melisa ha dicho que se iba al jardín y yo me he ido a echar un rato. Al despertar he bajado a buscarla, pero no la he encontrado por ninguna parte. He estado angustiada hasta que ha regresado a la hora de cenar. Su ánimo había cambiado, no hablaba y apenas ha comido. La he notado preocupada.

He conseguido que papá y mamá nos dejen estar aquí, las dos solas, con Luisa, Félix y Elena, aunque no sé si con ello han empeorado las cosas. Espero que esta noche no salga de nuevo. Ayer la esperé despierta, rezando por ella. Volvió cuando el día ya clareaba con el peinado deshecho y la ropa sucia, que luego lavo yo para que Luisa no se entere. Solo falta dar más pie a las habladurías. Esta mañana iba a bajar a la cocina, y escuché como Félix, que traía leña, hablaba con Elena y le preguntaba «si ya había vuelto a casa la loca del pelo rojo». Cuando oyeron mis pasos se callaron y al menos tuvieron la decencia de bajar los ojos. Deberíamos regresar a Barcelona, pero Melisa no quiere ni oír hablar de ello.

Le he preguntado mil veces si está viéndose con alguno de los hermanos Roca, y ella calla, no responde. A pesar de que tengo miedo, he tomado una decisión: esta noche la seguiré cuando salga y veré adónde va. No podemos seguir así más tiempo.

Sonó el móvil y me sobresalté. Estaba sentada en mi cama, concentrada en la lectura del diario. Algunas palabras eran difíciles de entender, pero poco a poco había ido confirmando lo que Rosa me había explicado. Ya no quedaba mucho más por descifrar, pero en las últimas páginas podía sentirse la angustia de Camelia al hablar de su hermana. Habían sido buenas amigas, lo habían compartido todo. y ahora su vida se estaba viniendo abajo.

Contesté sin mirar quién llamaba.

- —¿Diga?
- -Iris, soy Luz. ¿Puedes hablar?
- —Hola, qué alegría oírte. Sí, dime, estoy ya en casa, he conseguido salir pronto del despacho. ¿Sabes algo de lo que te pedí?
- —Algo sí —me contestó—. Pero me ha costado averiguarlo; es un hombre difícil de investigar. No sé si te servirá de mucho.
 - -A ver -dije intrigada.
 - -Es hijo de Anna Rojas -anunció ella tras una pausa teatral.
 - -¿Y?

Aquel nombre no me sonaba.

- —Veo que no estás muy puesta en la buena sociedad barcelonesa. —Suspiró —. Anna Rojas era la heredera de una de las fortunas más grandes de esta ciudad. Terrenos, sociedades, inmuebles, acciones, los Rojas conservaron y aumentaron su patrimonio durante décadas y ella se lo pulió todo.
 - -No me extraña, ya sabía que Gabriel tiene dinero.
- —No estás escuchándome, Iris. El dinero que tiene Gabriel se lo ha ganado él solito. Su madre se quedó embarazada cuando era muy joven, con diecisiete años, según dicen, y quiso tener el niño. Fue la comidilla de ese verano, aunque no fue ni la primera ni la última —dijo con sarcasmo—. De todas formas, solo aguantó lo de ser madre dos años, pues a los diecinueve se escapó con no se sabe quién y no volvió nunca más. Recorrió toda la Costa Azul, de amante en amante, gastándose toda su herencia. Murió hace cinco años.
 - -Entonces lo crio la familia.
- —No. La familia no quiso saber nada de él. Lo dejaron con una pareja que cuidaba una finca que tenían en la provincia de Tarragona y se limitaron a enviar el dinero justo. Era un niño inteligente, pero rebelde y malhumorado, y siempre andaba metido en problemas. Protagonizó muchas peleas y estuvo en algún centro de menores, pero fue lo bastante listo para saber salir indemne.
 - -¿Y su padre?
- —Murió de una sobredosis de heroína cuanto tenía veinte años. De todas formas nunca se ocupó del crío, aparte de darle el apellido, claro.
 - -¡Qué horror! Menuda infancia -exclamé.
- —Sí, da un poco de pena, ¿no? —dijo ella como distraída—. Pero la cuestión es que se ha hecho a sí mismo. A los dieciséis años estudiaba y trabajaba, y se

sacó al menos un par de carreras, creo, Economía y Empresa. Treinta y cinco años cumplidos. Asesor financiero —ironizó—. Ya sabes, el cajón de sastre que sirve para muchas cosas. Pero, salvo durante su época de juventud, no ha tenido problemas con la justicia. Aun así, corren rumores sobre él. Es un tipo solitario, aunque se le conocen muchas relaciones, va de flor en flor, pero no se ha casado nunca. Se comenta de todo, que si es bisexual, que si le van las fiestas salvajes, hasta he oido que le gustan los chicos muy jóvenes.

Sentí que se me secaba la boca.

- -¿Hablas de pederastia? murmuré con un hilo de voz.
- —No puedo asegurar nada, son rumores. Piensa que hay mucha envidia y rivalidad en el mundo de los negocios; no hay que creerse todo lo que cuentan unos de otros. La verdad es que no he conseguido averiguar mucho más —dijo en tono de disculpa.
- —Muchas gracias. Y no te preocupes, que yo no habría logrado reunir tanta información en tan poco tiempo. Eres la meior. Luz.
 - -Ya veo que no vas a revelarme el motivo de la consulta...

Le picaba la curiosidad, estaba claro.

- -No puedo, y a sabes, ¡gajes del oficio! -contesté evasiva.
- —A ver si quedamos un día de estos, ¿eh? Comemos juntas cuando quieras.

Me despedi de Luz asegurándole que en breve la llamaría. No es que hubiera conseguido averiguar mucho de Gabriel Sira, pero al menos sabía algo sobre su familia, o mejor dicho, su « no familia». Ese tipo de cosas marcan la vida de una persona, pero ¿hasta el extremo de convertirte en un pederasta y asesino de niños? Para esa pregunta todavía no tenía respuesta.

Dejé el móvil a un lado y me estiré sobre la cama. Con los pulgares me hice un masaje en las sienes y cerré los ojos para relajarme, pero no había forma de disminuir la tensión que sentía. Volvía a ver las imágenes que también había soñado la noche anterior: la sombra alargada sobre la bicicleta cuyas ruedas se movían. Había podido apreciar más detalles, como que era nueva y de pequeño tamaño. La bicicleta de un niño. Sentada en el sofá, Alma sintió que por fin podía descansar un poco. Había sido un día intenso. Víctor tenía fiebre, vómitos, diarrea, un cuadro vírico completo, por lo que no tuvo más remedio que cambiar el turno con su compañera ya que Carlos no acudía a casa más que para cambiarse de ropa, si es que iba. El viernes tenía visita con el ginecólogo. Iría con Víctor. « Qué bien, como una madre soltera», pensó al tiempo que estiraba las piernas y se ponía un cojín bajo la nuca. Cerró los ojos. Necesitaba relajarse, pero no había forma; el cansancio del día le provocaba el efecto contrario, su mente era incapaz de desconectar. Decidió leer algo para distraerse, pero le daba pereza levantarse para coger un libro. Solo tenía a mano el trabajo de Raquel. Lo había repasado punto por punto y no había conseguido extraer ninguna información más que pudiera aportar algún dato a la investigación que llevaba Carlos.

Cogió el grueso dossier y empezó a pasar las páginas hasta llegar al apartado donde se barajaban varias tesis sobre las acusaciones de brujería que se habían formulado contra Gilles de Rais durante su juicio. Todos los autores referidos coincidían en que el mariscal pretendía convertirse en el hombre más rico y poderoso de Francia, para lo que precisaba recuperar la fortuna que había gastado a manos llenas hasta dilapidarla. Buscó la colaboración de alquimistas con la esperanza de encontrar la famosa piedra filosofal, que en esa época se creía que transformaba los metales viles como el estaño, el plomo y el cobre en metales nobles como la plata y el oro, y que además podía curar enfermedades e incluso prolongar la vida. Tras un largo tiempo de experimentos frustrados, cerró esa vía. Y dio el paso siguiente: invocar a Satanás. Estaba dispuesto a acceder a lo que le pidiese. Pero lo primero era encontrar a alguien, un « experto», que le permitiese llegar hasta él.

Raquel exponía lo que se sabía de la relación de Gilles con Francesco Prelati, que llegó de Florencia en la primavera de 1439 y deslumbró al mariscal. Prelati se pavoneaba afirmando que podía invocar al diablo. Según él, a su llamada acudía un demonio familiar de nombre Barron, que se sometía a su voluntad. A fin de justificar el engaño, se encerraba en una habitación donde llevaba a cabo sus rituales, decía, con la excusa de que el demonio únicamente aparecería si el oficiante estaba solo. Gilles, fascinado, creyó que era su última esperanza para ser rico otra vez y no dudaba de él, sobre todo tras una ocasión en la que, después de un gran tumulto en el interior de la estancia, hubieron de forzar la puerta y hallaron al « brujo» herido de gravedad, supuestamente atacado por su demonio. Algún autor daba por sentado, según citaba Raquel, que con ello se ponía de manifiesto la simpleza y la credulidad del mariscal, hombre dominado por la superstición. Los estudiosos hablaban sin tapujos de una relación homosexual entre ambos, no existendo sin embargo unanimidad sobre ese punto. Pero ante la

falta de resultados, Prelati le convenció de que necesitaba realizar un sacrificio humano en honor del diablo, y Gilles obedeció, como no podía ser de otra forma, ofreciéndole la mano, los ojos y el corazón de un niño.

Alma apartó la vista del dossier. Los detalles de los sangrientos crímenes eran espeluznantes, quizá también le afectaban mucho más debido a su estado, pero disparaban su imaginación y veía monstruos en todos los rincones. Volvió a hojear la tesis y fue pasando páginas hasta llegar al juicio de Gilles de Rais, el capítulo más revelador ya que detallaba el proceso seguido contra el mariscal en Nantes, en octubre de 1440, durante el cual se revelaron los horrores que había cometido. Leyó la cita con la que Raquel encabezaba el capítulo: « Yo hice lo que otros hombres sueñan. Yo soy vuestra pesadilla...». Tenía razón. Los hechos que Gilles confesó, y reconocieron sus sirvientes y ayudantes en sus macabras tareas, eran una pura pesadilla. Negó siempre que estuviera practicando la brujería, confesó que la motivación de sus actos había sido el puro placer personal y añadió que si buscaba más dinero era simplemente para seguir haciendo todo aquello.

Dejó la tesis sobre la mesilla. «Basta», se dijo. Cerró los ojos e intentó dormir un poco.

El viento azotaba las ramas de los árboles, hacia volar las hojas muertas a mi alrededor y enredaba mi cabello. Estaba de pie, inmóvil, ante un cenador de piedra gris en mitad de un jardín abandonado. Esperaba. Ignoraba qué. Solo respiraba, escuchaba y esperaba.

La luz era extraña, como si se preparase una tormenta de arena, ya que el cielo tenía un tinte amarillento que daba a todas las cosas un aspecto enfermizo. Distinguí a lo lejos algo que me pareció una fuente de piedra con la escultura de un lobo en su cúspide, casi de tamaño natural, lo que me llenó de desasosiego. El animal tenía las mandibulas abiertas y daba la sensación de que en cualquier momento abandonaria su estado pétreo y se transformaria en una fiera de carne y hueso preparada para atacar. Sentia que no podía moverme hasta que no recibiese una señal, aunque ignoraba cuál seria. Junto a mi, dispersos por el suelo, había fragmentos de una construcción derruida hacía mucho tiempo, siglos quizá. La maleza lo invadía todo y el aire olía a flores en descomposición.

De pronto oi un aullido y eso me puso en marcha. El viento seguia silbando en mis oidos y arremolinaba mi vestido, negro como mi estado de ánimo. Dejé atrás la fuente del lobo y divisé a lo lejos una casa que parecía también derruida y abandonada. Era oscura, immensa y, lo notaba a medida que me acercaba, exudaba maldad. El miedo que sentía hacia que cada vez me costase más avanzar. No queria acercarme, pero sabia que tenia que cumplir con mi deber, fuera el que fuese. A pocos metros de la casa había un columpio sucio y lleno de herrumbre, para niños muy pequeños. A pesar de estar casi descolgado de un extremo, se balanceaba con fuerza, arriba y abajo, y no por efecto del viento sino como si, momentos antes, un crío hubiese descendido de un salto y continuara en movimiento debido a la inercia. Sin embargo, por alguna razón totalmente contraria a las leyes de la fisica, el impulso era perpetuo, sin detenerse nunca. Eso me asustó más todavía. Había algo maligno en aquel movimiento continuo continuo

Me detuve, sobrecogida. Los aullidos se reanudaron de nuevo en un tono más agudo que taladraba mis oidos; incapaz de soportarlo, me los cubri con las manos. El vaivén del columpio y los gemidos me aturdieron y, dando un grito, me tambaleé.

Me había despertado en el suelo de la habitación, donde había ido a parar al caer de la cama. Me dolía el costado derecho, aun así me había levantado sin perder un segundo para escribir cuanto recordaba. Volvía a sentir la urgencia y la necesidad de apresurarme que me habían invadido antes de encontrar a Julián. El cenador se asemejaba al del jardín de la casa de Gabriel, y en mi sueño parecía estar unido al columpio por alguna razón que no comprendía. Frustrada, miré el reloj. Eran las cinco de la mañana del miércoles, lo que significaba que apenas había dormido cuatro horas, ya que la noche anterior había estado hasta la una de la madrugada absorta en el diario. Suspiré y decidi darme una ducha a fin de despejarme y tranquilizarme un poco. El viernes, en cuanto pudiese, volvería a Rocablanca.

En las últimas páginas del diario Camelia relataba la noche en que, a pesar de su miedo a la oscuridad, se decidió a seguir a su hermana. Sus sospechas de que iba a Can Roca se confirmaron pero, para su asombro, cuando Melisa llegó a la finca no fue hasta la casa sino que se acercó al pozo y bajó por él. Tras un rato de espera, Camelia se acercó y se asomó al brocal. Se oían risas y voces amortiguadas que no pudo identificar. No sabía si bajar también o aguardar el regreso de su hermana. En cualquier caso no pudo hacer ni una cosa ni otra, pues los perros de la finca empezaron a ladrar, se asustó y echó a correr hasta llegar a su casa. Con las primeras luces del día volvió Melisa, cansada y silenciosa, pero no contestó a ninguna de las preguntas que Camelia le formuló.

La mañana de Todos los Santos de 1915, Melisa no regresó y fue imposible encontrarla. Su hermana insistió en que se registraran el pozo y los alrededores, pero todo fue en vano, nunca la hallaron. Camelia se resistía a abandonar Rocablanca, a sus padres les costó mucho convencerla. Finalmente accedió a volver a Barcelona. En las últimas líneas del diario dejaba traslucir su dolor y su soledad. Ya no escribió más. Me quedaba repasar las notas de Rosa y toda la documentación; iba a llevarme un buen rato.

Mientras me peinaba el cabello pensé que en el pozo que yo llamaba « de las brujas» quizá encontrara algún indicio de lo que le había sucedido a matepasada, algo que se les hubiera pasado por alto a quienes la buscaron en su momento. Según el diario, ya debía de estar seco en esa época. Aún no sabía cómo, pero tenía que ir a la finca y bajar yo sola. No me resultaría fácil, con tanta vigilancia, y además debería hablar antes con Gabriel. Eso ya no me apetecia tanto.

Tanto el encargado del supermercado como la cajera habían descrito con detalle al sujeto que había acudido al establecimiento y se había marchado en el vehículo que, sin duda, era el mismo hallado en la montaña. Se había elaborado un retrato robot, que se envió a todas las comisarías y a los cuerpos que colaboraban con ellos. Estaba claro que el sospechoso no era del pueblo y, hasta el momento, nadie más le había visto. Con todo, Carlos pensaba que tenía muchos números de ser el individuo que buscaban. Jordi acababa de volver de la gasolinera próxima al camping, donde ninguno de los dos empleados reconoció al tipo del retrato robot; el viernes anterior había sido un día movido. En cambio, sí habían podido identificar al jeep en la grabación de sus cámaras de seguridad. La imagen del hombre que bajaba de él era un tanto borrosa, pero los informáticos estaban trabajando en ella para darle mayor nitidez. Se limitó a repostar, pagó y se fue en dirección a Rocablanca. No tenían nada más. Ni el vehículo ni su conductor habían sido vistos con posterioridad.

De todas formas era algo, se dijo Carlos mientras reunía sus notas. Podían estar casi seguros de que ese hombre había estado en la zona no únicamente el día que Marc desapareció, sino también el fin de semana que fue hallado Julián, por lo que les habían contado en el supermercado. Solo les faltaba obtener más datos sobre él, quizá era propietario o alquilaba una de las casas de la montaña pues estaba claro que le gustaba la zona, al menos para seguir con su macabro trabaio.

Tiempo, lo que le hacía falta era más tiempo... y no lo tenía. Gimeno le presionaba, los compañeros andaban nerviosos, él mismo no podía pensar en nada más. Era consciente de que debía parar un poco para poder concentrarse mejor. Además, su familia tampoco iba a soportarle así mucho más. Alma no le recriminaba nada, pero en los escasos momentos en los que estaba en casa era incapaz de mantener una conversación con ella o con su hijo. Siempre estaba dando vueltas al caso, como si eso pudiese conducirle a alguna parte. Al o sumo preguntaba a su mujer cómo se encontraba, besaba al niño, dormía lo que podía y... poco más. Cuando todo eso pasara, cuando encontrasen a ese cabrón y rescatasen por fin a Marc, se prometió a sí mismo que daría a su vida un giro de ciento ochenta grados, dedicaría más horas a la familia y el trabajo pasaría a un segundo plano. Al menos era un buen propósito, se dijo con una media sonrisa. Se levantó y estiró la espalda todo lo que pudo. Necesitaba hacer ejercicio, se moría de ganas de correr de nuevo, como hacía antes, a primera hora de la mañana para cargarse de energía y vaciar la mente.

Sonó su móvil y lo miró. Gimeno otra vez. Suspiró, tentado de no descolgar, pero sabiendo de antemano que no pensaba hacerlo.

[—]Dime —contestó

Maldito perro, estaba seguro de que rondaba cerca, pensó Christian. Lo que le faltaba para acabar de crisparle los nervios. Si lo veía se lo cargaría ni que fuera a palos. La noche anterior lo había oido gemir y, en ocasiones, aullar como un lobo. Si, estaba seguro, no podía ser otro; con todo, pese a haber salido en mitad de la noche y dado vueltas a la casa, no pudo dar con él.

Encima, esa tarde el niño había tenido fiebre, no mucha, pero le resultaba preocupante. No sabía si era debida a la escopolamina o porque ya estaría incubando algo cuando lo había secuestrado. Por suerte tenía medicamentos de todo tipo, aunque debia andarse con cuidado. Desesperado, llamó al jefe y le dijo que dejaría al crío en un lugar donde pudieran encontrarlo, era demasiado pequeño para recordar dónde había estado, él se iria a Barcelona y ni hablar de volver a la casa de la montaña. Pero el jefe le convenció de lo contrario: le aseguró que iría ese viernes e insistió en que todo saldría bien; que tuviera paciencia, le pidió, que aguantase dos días más, solo eso; con todo, si al día siguiente no mejoraba, podría soltarlo. No estaba seguro de soportar la espera, las horas se le hacían interminables. Al menos había conseguido que los pantalones le apretasen menos, y la tarde anterior, en un impulso, se había cortado el pelo. No se reconoció en el espejo, parecía más joven, más duro, un tipo al que había que respetar. Se vio hasta atractivo. Cuando todo eso acabara, se largaría bien lejos, a vivir la vida.

De nuevo le pareció oír aullidos; cogió un palo de madera que guardaba en la cocina y salió sin hacer ruido al jardin escrutando las sombras de la noche. Venían de su izquierda, y con paso lento se dirigió hacia el bosque, palo en ristre. Como encontrase al chucho iba a darle su merecido. Pasó junto al columpio roto y al llegar a los primeros árboles los aullidos cesaron. Cabreado, se puso a gritar:

—¿Dónde estás, hijo de puta? ¡Ven que te voy a dar lo tuyo! Acércate si tienes huevos. Te reventaré las tripas como vuelva a oírte, mamonazo. ¡Sal de una puta vez!

Un silencio profundo le respondió. Nada se movía, ni una sola hoja; el aire parecía haberse congelado a su alrededor. Aunque no era un tipo con demasiada imaginación, Christian se estremeció. Era como si en el bosque se hubiera paralizado el tiempo. Y de pronto hacía demasiado frío. A pesar de su enfado, ahora deseaba estar de vuelta en la casa con la puerta cerrada a cal y canto. Intentando no perder la dignidad, empezó a retroceder sin dejar de mirar a todos lados, como si temiera que algo pudiera salir de la oscuridad y abalanzarse sobre él. Entró rápidamente y echó la llave. Aún jadeaba. No pensaba salir de allí en toda la noche, oyera lo que oyese.

Colgué el teléfono con una sonrisa. Por fin una noticia positiva. Alma acababa de llamar para decirme que estaba embarazada. No quería darle todavía mucha publicidad porque solo estaba de dos meses, pero no había podido esperar para contármelo. La noté contenta y cautelosa a la vez. Por un lado llevaban tiempo intentando tener otro hijo; por otro no parecía que el bebé llegase en el mejor momento. Intenté animarla diciéndole que pronto darían con el niño desaparecido y se acabaría la pesadilla. Eso esperaba yo también.

Cogí las notas de Rosa y me senté a la mesa del comedor. En ellas analizaba el diario de Camelia y formulaba la hipótesis de que Melisa mantenía una estrecha relación con los Roca. Según ella, eran una familia de « nuevos ricos» ; el patriarca, Javier Roca, era un comerciante nato que había amasado una gran fortuna gracias, sobre todo, al negocio del algodón. Él y su mujer, Enriqueta, ambos de Girona, habían comprado una enorme masía antigua en el Montseny a la que pusieron su nombre, Can Roca, El matrimonio tuvo dos hijos, Pedro v Enrique, v Enriqueta había fallecido de unas fiebres poco después de dar a luz al segundo. Al heredero, Pedro, que en 1915 tenía veinticinco años, no le interesaba nada el negocio familiar, que todavía administraba con mano férrea su padre. Era un joven con aspiraciones artísticas que había viajado por Europa. Le encantaba pintar, y había llegado a organizar alguna exposición de sus paisajes, financiada, seguramente a regañadientes, por el patriarca Roca, Rosa consiguió averiguar que había escrito un pequeño tratado sobre el uso de ciertos pigmentos. aunque no había llegado a tener la menor repercusión. En cambio al otro hermano, Enrique, dos años menor, lo que le gustaba era la vida alegre de Barcelona, los deportes y las fiestas. En todas las notas de sociedad que mi tía había recopilado se daba cumplida referencia de sus apariciones en el Liceo, el teatro Apolo, las carreras de motociclismo, el Real Polo Jockey Club y muchos otros sitios v eventos más. Era fascinante. A Alma le habría encantado leer todo aquello y asomarse a esa época. Leí con una sonrisa una crónica de La Vanguardia del 9 de febrero de 1915: « Anteanoche viéronse asaltados por un numeroso grupo de pierrots y colombinas los salones de nuestro estimado amigo. el doctor Font Farell, los cuales se vieron extraordinariamente animados. El elemento joven se entregó a las delicias del baile v en un descanso sirvióse un espléndido "lunch"». Allí se mencionaba, entre la « distinguida concurrencia», a las familias Mora v Roca.

En ese año fatídico para Melisa ninguno de los dos hermanos Roca estaba comprometido para casarse. En otros ecos de sociedad de los periódicos del momento que Rosa había reunido constaba que ambos, Enrique en especial, habían coincidido con Melisa en todos los acontecimientos de relevancia que tenían lugar en Barcelona. Recordé que Camelia también hablaba en su diario de

los hermanos, de todas las veces que se veían, asistían a fiestas juntos o simplemente tomaban café en Can Roca, y explicaba que Melisa se dejaba querer por los dos, para luego contárselo entre risas a su hermana, hasta que llegó el día en que las confidencias cesaron.

Lo último que Rosa había averiguado sobre los hermanos era que Enrique había desaparecido el mismo día que Melisa, lo que algunos interpretaron como que habían huido juntos. Nunca pudo comprobarse, su familia nunca supo nada más de él. Pedro, al cabo de un tiempo, se casó con una rica heredera que le dio hijos y tomó las riendas de los negocios familiares. Y ahí acababan las notas de mi tia. Miré de nuevo la fotografía que me había dado, como si pudiera extraer de ello alguna información más. Melisa y yo éramos muy parecidas, si, pero nos separaba un abismo. Necesitaba saber si sus sueños habían sido como los míos, si había sufrido tanto como yo ahora. O como en la mala época que pasé durante la adolescencia

Mi padre murió de un infarto cuando yo tenía quince años, poco antes de acabar el curso escolar. Fue un golpe para todas nosotras. Recuerdo aquel verano como el más triste de mi vida. Mi padre siempre había escuchado con paciencia el relato que le hacía de mis sueños e intentaba buscarles una explicación lógica, aunque la mayoría de las veces no lo conseguía. Mi madre, en cambio, nunca quiso oír hablar de lo que llamaba mis « fantasías» y Verónica se reía de mí. Recuerdo como si fuera hoy su sonrisa y su mirada cariñosas. Así que cuando comenzó el nuevo curso, a pesar de que procuramos volver a la normalidad, yo no estaba en uno de mis mejores momentos.

En noviembre circuló por el colegio el rumor de que Elena, una compañera de clase, estaba embarazada v nadie sabía quién era el padre. Las monias estaban escandalizadas. Todo el mundo hablaba de ello. Un día se comentó que iban a echarla de la escuela ya que era un mal ejemplo para las demás alumnas. Eso me sublevó porque no entendía qué tenía que ver una cosa con la otra, y justo esa noche tuve un sueño en el que, entre imágenes confusas, aparecía Elena hablando con un hombre de espaldas a mí. Él empezaba a besarla v ella se resistía, lloraba v conseguía escapar. El hombre se daba la vuelta: era nuestro profesor de Historia. Me desperté con el corazón desbocado. Al día siguiente llegué al colegio angustiada, y peor aún me sentí cuando al entrar en el aula vi que la silla de Elena estaba vacía. Una compañera me dijo que ya la habían expulsado. Pasé la mañana preguntándome qué hacer y llegué a la conclusión de que era mi deber contárselo a la directora, así que a la hora de comer fui hasta su despacho v le expliqué que Elena era una víctima v que el culpable era el profesor de Historia, le insistí en que estaba segura de ello. Fue un desastre, Al final resultó que quien había de ado embarazada a mi compañera era un primo suv o con quien había estado durante las vacaciones de verano, pero hasta que no se descubrió, el profesor, que además estaba casado y con hijos, tuvo que

justificarse.

Nunca le encontré explicación a ese sueño. Lo que sí sabía era que, por culpa de mi inmadurez, cometí un error tremendo, que estuvo a punto de arruinar la vida de una persona inocente. Acabé cambiando de colegio, y mi madre pasó a la ofensiva llevándome de psicólogo en psicólogo. Estaba convencida de que debía de sufrir algún tipo de trastorno. Todo ello empeoró mi relación con ella, que nunca había sido demasiado buena. El día que cumpli dieciocho, en que me planté y me negué a seguir tratándome, también me juré a mí misma que nunca soñaría nada más, que mis sueños eran un peligro y podían hacer mucho daño.

Conseguí bloquearlos durante muchos años, pero solo estaban esperando una oportunidad para manifestarse de nuevo. Ya lo habían conseguido. Ahora la gran pregunta era: /servirían para algo?

Carlos salía del despacho y estuvo a punto de chocar con alguien que se disponía a entrar. Se disculpó de manera refleja, pero en cuanto alzó la vista lamentó haberlo hecho. Soteras le miraba con una sonrisa de suficiencia. Iba abrigado como para salir a esquiar y en la mano llevaba una gruesa carpeta de la que sobresalían papeles por todas partes.

- -¿Qué estás haciendo aquí? -le espetó sin molestarse en saludarle.
- —He venido a solucionar el caso, visto que por el momento no hay resultados. Ya es jueves y estamos como al principio —dijo Soteras al tiempo que entraba y se sentaba en la silla de Carlos—. Vaya, es incomodísima comentó mientras manipulaba los reposabrazos.
 - —¿Te envía Gimeno? —preguntó conteniéndose para no saltarle al cuello.
- —Bueno, no exactamente —respondió su interlocutor sin mirarle—. Creo que hay que dar a todo un enfoque nuevo y, como bien sabes, nosotros llevamos la investigación. Por ahora solo tenéis el coche y la foto de ese tío, pero ni siquiera sabéis quién es.
- —Como bien has dicho —contestó Carlos midiendo las palabras—: sois vosotros los que lleváis la investigación, con lo que es responsabilidad vuestra el avanzar. Nosotros cumplimos órdenes —ironizó apoyado en el marco de la puerta.

Soteras pareció quedarse sin saber qué objetar y continuó manipulando la silla

—Claro que nosotros somos los que dirigimos esto —empezó—, pero se espera que los que colaboran hagan algo más que pasearse por el bosque o hablar con tías piradas que van siguiendo a perros fantasma —terminó con una sonrisa cínica en la cara

Carlos sintió que su capacidad de autocontrol le abandonaba. En un instante se aproximó a la mesa y la rodeó, cogió a Soteras por el cuello del abrigo y le obligó a levantarse mientras le empujaba contra la pared.

- Vas a marcharte de aquí ahora mismo. Esta es mi silla, este es mi despacho y esta es la comisaria en la que trabajo. No eres nadie para darme órdenes, y quien tenga que dármelas que lo haga por escrito. ¡Vete a la mierda, Soteras! gritó, el rostro a pocos centimetros del de su oponente.
- —Me estás escupiendo... Voy a dar parte de esto. Suéltame y a, hijo de puta —masculló Soteras.
- —Soy yo quien tenía que haber dado parte de tu conducta. Fui un gilipollas hace años por callarme la clase de policía que eres.
 - -; Carlos! ¿Puede saberse que está pasando aquí?

Carlos se volvió y vio a Jordi, que desde la puerta les miraba asombrado. Aflojó la presión y soltó a Soteras, quien respiró aliviado y, como pudo, se recompuso la ropa.

- —No pasa nada. Solo estábamos charlando. —Se pasó las manos por el pelo —. Soteras ya se iba.
- —Informaré de esto. Vas a tener más problemas de los que ya tienes, imbécil —dijo Soteras entre dientes, y salió del despacho.
- —No podemos perder el tiempo en peleas —le reconvino Jordi—. ¿A qué ha venido?
- —A tocar los huevos, como es natural en él. Vamos, que tenemos mucho trabajo —contestó sin mirarle.
 - Estás bien? preguntó Jordi, preocupado.
 - -Estupendamente, vamos repitió Carlos mientras salía con paso de carga.

Estaba recogiendo ya cuando Àngels asomó la cabeza por la puerta de mi despacho.

- —Ha vuelto a llamar la madre de Ruiz, dice que es urgente —casi me recriminó.
- Ya la llamé el lunes y no me contestó. Además, volví a intentarlo ayer, si no recuerdo mal. Probaré mañana — aseguré mientras, agobiada, buscaba una carneta que hacía dos minutos estaba sobre mi mesa.
 - —Meior ahora, Iris —insistió—. Parecía muy inquieta.

Suspiré.

- -De acuerdo. La llamo y me largo. Ha sido un día agotador.
- -Buena chica -contestó, y se fue satisfecha.

Busqué el número de la señora en la agenda y esperé a que me contestara.

- —Dígame —respondió ella con voz temblorosa.
- —¡Hola! Soy Iris Martín, la abogada. ¿Cómo está? Acaban de comunicarme que me ha llamado hoy.

Se hizo un silencio en la línea, tan largo que pensé que se había cortado la comunicación.

- —¿Me oye?
- —Sí —susurró—. Tengo que hablar con usted, es urgente. Pasaré a verla mañana a primera hora a su despacho, espero que no le importe.

Su voz sonaba angustiada. Empecé a preocuparme y le pregunté:

- -¿Está bien? ¿Ha ocurrido algo?
- -Ahora no puedo hablar -contestó-. Estaré allí a las nueve... Adiós.

Y colgó, dejándome con la palabra en la boca. Debía de tratarse de un asunto grave para hablarme de esa forma. Lo que me faltaba, pensé, otro problema para ir alargando mi lista.

Encontré por fin la dichosa carpeta y la dejé con la pila de lo más urgente para hacer la mañana siguiente. Listo, podía marcharme. Cogí el móvil para guardarlo en el bolso, me lo quedé mirando pensativa y por fin me decidi a llamar a Gabriel. Le había estado dando vueltas a lo mismo todo el santo día. Necesitaba ir a Can Roca después de lo que había leido en el diario. Y, por encima de todo, debía aclarar si él tenía algo que ver con todo lo que estaba pasando; no podía alimentar sospechas sin fundamento por Julián, por el niño que todavía no había aparecido, por mi misma y... porque sencillamente ya no podía más

Eran las siete y media, quizá todavía estaba trabajando, me dije. Después de unos cuantos tonos saltó el contestador. Colgué, no me apetecía dejarle un mensaje. Era posible que no quisiera hablar conmigo, lo que tampoco era de extrañar teniendo en cuenta cómo nos habíamos despedido. Metí el móvil en el bolso y tuve que sacarlo de inmediato porque empezó a sonar. Descolgué sin mirar quién era.

-¿Îris? ¿Has llamado? No he tenido tiempo de cogerlo. Precisamente ahora estaba pensando en ti... --dijo Gabriel.

Su voz sonó en mis oídos como una caricia. Me sorprendí a mí misma vacilando al contestar:

—Eh... Sí, era yo, pero supongo que no es un buen momento, debes de estar trabajando v...

Me interrumpi.

- -Puedo hablar, no te preocupes, ¿Cómo estás?
- —Bien. Te he llamado porque... —No sabía cómo empezar, así que decidí ser práctica—. He estado investigando sobre la joven del cuadro y ... me gustaría volver a verlo

Por el momento prefería no contarle nada acerca del pozo.

- —Bueno, yo también estoy bien, gracias por el interés —dijo él con sarcasmo—. Estaba seguro de que descubrirías algo. Oye, si estás en Barcelona cenemos juntos y así me explicas con detalle.
- —No —dije rápidamente—. Pero, si mañana tienes previsto ir a Rocablanca, ¿por qué no nos vemos allí? Y hablamos.
- —Sí —contestó después de una pausa—. Tenía pensado ir mañana por la tarde. Meior nos encontramos en mi casa.
 - -De acuerdo, cuenta con ello -le aseguré.
 - -Me tienes intrigado. ¿No puedes adelantarme nada ahora? -inquirió.
- —Es un poco largo... Te lo contaré, te lo aseguro. Cuando llegue a Can Roca te mando un mensaje.

-Bien, como quieras. Mañana nos vemos.

Colgué con un suspiro. Quizá no había estado correcta del todo, pero no importaba, si llegaba antes que él, bajaría al pozo.

Me levanté de la silla y me puse el abrigo. Por fin me iba a casa. A soportar una nueva noche de sueños sin sentido, me dije. Aunque estaban cambiando. Continuaban siendo inexplicables en su mayoría, pues todo eran imágenes que se repetian y que por lo visto debía interpretar, pero últimamente eran mucho más ricas, más llenas de matices. Quizá era que mi actitud también había cambiado: ya no me negaba a soñar; al contrario, deseaba hacerlo con todas mis fuerzas. Que esas imágenes se convirtieran por fin en un libro abierto, que arrojasen de una vez por todas algo de luz.

La madre de Francisco Ruiz estaba sentada en la misma silla que había ocupado dias atrás, con el mismo abrigo, el mismo bolso y la misma cara de angustia. Parecía que estuviese experimentando un déjà vu. Si eso fuese verdad, no habría descubierto el cuerpo de Julián ni habrían pasado la mitad de las cosas en las que me hallaba inmersa. Por desgracia, todo había sido real; era viernes por la mañana y a primera hora de la tarde saldría a toda pastilla para llegar al Montseny antes de que lo hiciera Gabriel... o eso esperaba. Seguía con mi idea de entrar en la finca aunque él no estuviera y echar un vistazo al pozo de las brujas. Necesitaba respuestas.

- La pobre mujer se retorcía las manos mientras, entre suspiro y suspiro, iba exclamando en voz baja: « Dios mio...» . Le ofrecí agua para que se calmase un poco.
- —No, gracias. —Y por fin pareció decidirse a hablar—. Estoy muy preocupada por mi hijo... Es usted la única que puede ayudarme —rogó.
- —Tranquilícese, ya sabe que haré todo lo que pueda. Ahora tiene que contarme lo que ha pasado de forma ordenada.

Suspiró de nuevo y siguió manoseando su bolso como si quisiera abrirlo, pero a la vez algo le impidiese hacerlo.

—Mi hijo me tiene prohibido entrar en su despacho —empezó—. Aun así, tengo que limpiarlo, aunque sea de vez en cuando, ¿no?

Asentí.

—Solo vacío la papelera, barro y friego un poco, nada más. Después de que viniera la policía y se llevara todo, hice una limpieza a fondo y Francisco no dijo nada, no me riñó como otras veces. Pero hace unos días volvió a pedirme que no entrase. Y le he hecho caso; no quiero molestarle. Ha empezado a ir a la terapia y eso es importante, ¿no?

Me limité a asentir de nuevo, esperando que acabara la introducción y llegara a la parte que había ido a explicarme. Parecía ser de esas personas a las que les encantan los rodeos

- —Ahora estamos más tranquilos, hasta hablamos un poco y no se encierra tanto en esa habitación. Creo que las cosas están mejorando —dijo al tiempo que seguía abriendo y cerrando el bolso.
 - -¿Entonces...? -pregunté, y a impaciente.
- —El domingo pasado Francisco salió a comprar algo para comer y aproveché para barrer el pasillo. Estando allí me dije que hacia días que no arreglaba el cuarto, y ya que se había ido... La papelera estaba llena de papelotes estrujados. Los cogí para tirarlos y uno se me cayó al suelo.

La lucha por la apertura del bolso había terminado, introdujo una temblorosa mano y sacó un papel arrugado. Sin decir palabra me lo tendió y guardó silencio mientras me miraba con ojos llorosos.

Tenía en mis manos la impresión en color de una fotografía. Un niño, adolescente casi, estaba tumbado de costado, desnudo por completo, con el brazo derecho bajo la cabeza como si fuera una almohada y el brazo izquierdo extendido lánguidamente a lo largo del cuerpo sobre una sábana de satén roja. Parecía dormir y sus genitales estaban a la vista, las piernas separadas. El pelo negro bien peinado hacia atrás sin ningún cabello fuera de lugar.

Me vino al pensamiento la foto en los letreros enganchados en las farolas y los árboles de la plaza de la iglesia de Rocablanca. Cuánto me habria gustado equivocarme, pero era Julián, el niño que yo había encontrado con la cabeza y el dedo índice de la mano derecha seccionados.

Mi mente funcionaba a toda velocidad: quizá esa y otras fotografías estuviesen circulando por la red y la policia pudiese detectar quiénes eran los usuarios; por otro lado, estaba claro que Francisco Ruiz había vuelto a las andadas. Recordé la mirada que había dirigido al bebé que se había cruzado con nosotros en el pasillo de los juzgados.

Cogí el teléfono para llamar a Carlos mientras la tensión se acrecentaba en mi cabeza

Carlos recorría el pasillo de la comisaría mientras marcaba el número de Gimeno. Tras la llamada de Iris había hablado con los compañeros de Barcelona a fin de proceder a la detención de Francisco Ruiz También habían ampliado su investigación en la red, que ya habían iniciado tras la muerte de Julián. Miró la impresión en papel de la fotografía que Iris había escaneado y le había mandado por e-mail, y volvió a apretar los dientes. Era Julián, sin lugar a dudas. Ahora podían confirmar sus sospechas de que durante su cautiverio lo habían utilizado como modelo para el repugnante material gráfico que sus compañeros dedicados a la lucha contra la pornografía infantil tenían que soportar a diario. «Qué hijo puta», pensó. Se la habría hecho en los primeros dias de secuestro. Iba peinado con la gomina que la forense había hallado y no presentaba señales de violencia visibles. Se le veía bien cuidado. Estaba casi seguro de que Marc debía de estar en las mismas condiciones, pero había pasado demasiado tiempo, casi seis días ya.

Gimeno comunicaba, por lo que desistió de llamarle por el momento. « Para lo que sirve», se dijo llegando ya al despacho, del que estaba saliendo Jordi.

- —Qué bien que estés aquí, iba a buscarte —dijo mientras entraban ambos—. Acabo de hablar con un guarda forestal. Me ha dicho que en una de las casas que se inspeccionaron durante el secuestro de Julián hablaron con un sujeto que cree que se parece al del retrato robot. Recuerda que era grueso, con el pelo hasta los hombros y que apestaba, como nos contaron los del supermercado. Y algo más, un dato importante: el tipo les explicó que era fotógrafo de bodas y comuniones, y en la casa había ordenadores y cámaras.
 - —¡Eso es estupendo! —exclamó Carlos—. ¿Dónde?
- —El problema es que cuando el guarda vio el retrato robot no lo reconoció, ha sido ahora que ha caído en la cuenta. Pero está de vacaciones en Gran Canaria v...
- —¿Qué? —lo interrumpió Carlos, exasperado—. ¡Pues que vuelva o que haga memoria por teléfono, me da lo mismo!
- —Tranquilo, me ha dicho que hablemos con su compañero. Voy a llamarle —contestó Jordi dirigiéndose al teléfono.
- —Intentaré localizar por última vez a Gimeno. Si no contesta, iremos tú y y o por libre —concluy ó Carlos.

La gran verja de hierro estaba cerrada, como era de esperar, así que detuve el coche y aguardé. Seguro que ya me habían visto a través de las cámaras de seguridad. Suponía que Gabriel les habria avisado de mi visita, por lo que tenía esperanzas de que me dejasen pasar y, sobre todo, de que él no hubiera llegado todavía porque quería ir al pozo sola. A duras penas aguantaba el latido en mis sienes.

Para mi satisfacción la verja no tardó en abrirse y pude acceder a la finca, con el retumbar de fondo de truenos lejanos. « Va a ser una tarde pasada por agua», pensé mientras avanzaba. Aparqué en el primer lugar que vi y bajé del coche palpándome los bolsillos de la chaqueta, donde llevaba una pequeña linterna y una cuerda fina, pero resistente. Un hombre vestido con un mono verde se me acercó y me dijo que el señor Sira no tardaría en llegar, que podía esperarlo en la casa. Le di las gracias, pero añadí que haría tiempo paseando por los iardínes. En cuanto se aleió me fui directa al pozo.

Toqué con suavidad la figura de la bruia montada en su escoba. Si pudiera hablar, cuántas cosas me contaría... Me asomé. Unas argollas metálicas hacían las veces de escalones para poder bajar, así que no necesitaría la cuerda, al menos por el momento. Eché un vistazo a mi alrededor; no se veía a nadie. Las nubes grises cruzaban veloces el cielo y cada vez había menos luz. Me senté en el brocal del pozo y dirigi el haz de la linterna hacia el fondo. Oscuridad, Negrura, Me temblaban las piernas, pero inicié el descenso con mucho cuidado. procurando afianzar los pies en las argollas a fin de no resbalar. Era más difícil de lo que creía, y las manos empezaron a sudarme por el esfuerzo. No me atrevía a mirar abajo para ver a qué distancia estaba del suelo, pero llegó un momento en que tanteé con el pie buscando la siguiente argolla, y no había nada: ni argolla ni suelo. Me volví rápido, me resbalaron las manos v caí. Aterricé con un grito en el fondo, por suerte desde poca altura. Me levanté magullada v. cuando recuperé el aliento, encendí de nuevo la linterna, con la que iluminé el espacio a mi alrededor. No era muy amplio; si extendía los brazos, con las puntas de los dedos podía tocar las paredes de piedra. Un pozo normal y corriente, vamos. Sin embargo, al mirar mejor vi una puertecita metálica que no parecía estar cerrada con llave. Hube de hacer fuerza, pero al final la abrí y metí la cabeza. Al otro lado se abría un túnel. No muy alto y estrecho, para recorrerlo tendría que ponerme a gatas. Pasaba aire, era fresco, por lo que supuse que debía de comunicar con el exterior.

—¿Iris? ¿Qué estás haciendo ahí dentro?

Era la voz de Gabriel. « Mierda.»

Me puse en pie de un brinco. Estuve tentada de apagar la linterna y meterme en el túnel para que no me viera, pero había empezado a bajar por las argollas y desde luego las bajaba mucho más rápido de lo que yo lo había hecho.

-¿Estás loca? -exclamó al tiempo que salvaba con un salto los últimos metros

Parecía enfadado. Llenaba todo el espacio, haciendo que se me antojara todavía más pequeño. La cabeza me latía ahora dolorosamente.

—He bajado a ver si descubría algo —le dije con toda la calma de que fui capaz—. No me ha pasado nada.

—Podrías haberte hecho daño. Bajar aquí es peligroso, más aún a oscuras y yendo sola... Pero ¿qué esperabas encontrar aquí, Iris? —Su tono era seco y me taladraba con la mirada—. Ya te conté que cuando arreglamos el pozo lo único

—Y esto, ¿qué? —Lo señalé—. ¿Es un túnel o algo parecido?

—Es un túnel, sí, excavado en la piedra. Comunica con la capilla del otro extremo del jardín. ¿Qué estás buscando? —insistió.

Supe que no podría marcharme de allí si no le daba alguna explicación.

—Tengo que contarte algo —dije mirándole a los ojos.

que hallamos fueron huesos de animales y piedras.

El registro en el domicilio de la madre de Francisco Ruiz se había llevado a cabo con el consentimiento de la mujer, quien, asustada, permitió la entrada a los policias. Por lo que les contó, su hijo había salido a primera hora de la tarde sin decirle adónde iba, lo que no era nada raro en él, añadió. Gimeno había acudido personalmente, tras ordenar a Carlos que localizasen, de una vez por todas, la casa que estaban buscando.

Carlos le había explicado que se había puesto en contacto con el compañero del agente forestal que había identificado al sujeto del retrato robot. Recordaba el comentario de su compañero al salir, algo sobre lo mal que olía aquel individuo, en el que él ni se había fijado. Había estado examinando el exterior, bastante descuidado, con trastos por todas partes. Solo pudo informar a Carlos que la casa se hallaba al oeste del pueblo, en plena montaña, aunque habían efectuado tantos registros, añadió, que no sabía concretar dónde exactamente. Las horas volaban, así que decidieron organizar una batida por toda esa zona.

Gimeno fue recorriendo una por una las habitaciones del piso de la madre de Ruiz mientras ella, sentada en un sillón, se retorcia las manos sin saber qué hacer. En el despacho de su hijo habían encontrado más fotos impresas de Julián en diversas posturas, y los agentes estaban trabajando en el ordenador. No había nada significativo en la cocina ni tampoco en el salón. Necesitaban hallar algo, además de las imágenes, que vinculara a Ruiz con el asesinato de Julián, pue la fotografías solo le identificaban como un usuario de pornografía infantil, lo que le supondría desde luego la revocación de la suspensión de la condena, dato que conocían por la abogada, y sin duda su ingreso en prisión. «Raro», pensó Gimeno. «En este caso aparece por todas partes esa abogada de las narices... A ver si ella misma tiene algo que ver con el asunto.»

La habitación de Ruiz era espartana; una cama estrecha, una mesilla, un armario, una pequeña estantería con libros y una silla. «No es de lujos», advirtió Gimeno, «al menos en el piso de su madre». Otro grupo de agentes se había dirigido a la casa que la mujer les explicó que Francisco tenía en Castelldefels. Ella no la había pisado desde que su marido murió, era terreno exclusivo de su hijo. Si no lo localizaban, necesitarían autorización judicial para hacer el registro y este se demoraría todavía más.

Gimeno empezó a dar golpecitos en las paredes del armario. Nunca se sabía, en toda su carrera profesional había encontrado de todo: dobles fondos, cajas ocultas. Nada, estaba todo limpio. Echó un vistazo a los libros de la estantería. Eran volúmenes viej os y manoseados. Todos trataban sobre culturas antiguas — maya, egipcia...— o sobre brujería en la Edad Media. En estos últimos descubrió al hojearlos notas escritas al pie de página y marcas en algunos capítulos, en especial en los apartados dedicados a los sacrificios. Leyó un párrafo resaltado

con rotulador fluorescente: unas supuestas brujas confesaron en el proceso que se siguió contra ellas que habían exhumado el cuerpo de un recién nacido que acababa de ser enterrado sin bautizar. Hirvieron su carne y luego la mezclaron con el hígado del pequeño. Aquella pasta, dijeron, era una pócima mágica para no confesar sus brujerías si llegaban a torturarlas, porque era la carne de un infante que todavía no había aprendido a hablar. Gimeno pensó irónicamente que no les había servido para nada, ya que las brujas habían acabado por contarlo todo. Sintió náuseas y dejó rápidamente el libro en su lugar. De pronto tenía la urgente necesidad de lavarse las manos y, más aún, de salir de esa casa cuanto antes.

—Imaginaba que el cuadro ocultaba algún misterio, pero lo que me has contado es interesantísimo —dijo despacio Gabriel.

Estábamos sentados en el suelo del pozo, frente a frente, yo sujetando la linterna. Se oía el retumbar de truenos, pero no había empezado a llover todavía. A grandes rasgos, le había explicado que la chica del cuadro era Melisa y que posiblemente se entendía con uno de los hermanos Roca, de los que él no sabía nada.

- —Por lo que cuentas, pudo ser Pedro quien pintó el retrato... y quizá también los que están en la capilla. Pediré al amigo que lo restauró que los examine para averiguar si son del mismo autor y si hay alguna señal que lo identifique.
 - —Te lo agradezco —contesté—. Ahora tengo que marcharme.

Nos levantamos al mismo tiempo. El espacio era tan reducido que resultaba complicado no tocarnos. Se me erizó el vello y me aparté todo lo que pude de él. Rocé la pared del pozo con la espadía.

—Ahora lo tienes un poco difícil para salir corriendo —susurró, y esbozó una sonrisa lenta.

Estaba asustada, mi instinto me decía que tenía que escapar. Tragué saliva.

- -Pues voy a empezar a subir.
- -¿Qué tienes en común con tu antepasada, además del físico? No has acabado de aclararlo --preguntó curioso.

us suentras le contaba la historia de Melisa no había podido evitar referirme a sus sueños premonitorios, y una vez se me había escapado hacerlo en primera persona. Guardé silencio, y nos miramos un largo instante.

—Lo siento, tengo que irme. No puedo perder más tiempo.

Me di la vuelta y agarré la primera argolla. Gabriel me cogió del brazo y me obligó a volverme hacia él.

- -¿Qué te pasa? ¿Por qué me tienes tanto miedo?
- -No te tengo miedo -mentí -. Suéltame, me haces daño.
- —Podría retenerte aquí si quisiera. ¿Acaso sabe alguien dónde estás? —me espetó, su rostro pegado al mío.

Mi respiración se aceleró, y hablé sin pensar:

- —No vas a salirte con la tuya. No permitiré que abuses de más niños inocentes.
 - —No sé de qué me hablas —masculló.
- —¿Ah, no? ¿Y tu admiración por Gilles de Rais, tus instrumentos de tortura, tus conocimientos sobre brujería? Te ponen los niños, ¿eh?

Su rostro se ensombreció, convirtiéndose en una máscara de piedra. Apretaba los puños, y por un momento pensé que iba a pegarme. Pero me soltó.

--Vete ---me dijo entre dientes---. Vete de aquí.

No tuvo que repetírmelo. Con una agilidad que ignoraba poseer empecé a subir por el pozo como si en ello me fuera la vida. Llovía, pero qué podía importarme.

Una vez arriba no perdí un segundo y eché a correr hasta el coche. La verja estaba abierta, y apreté a fondo el pedal del acelerador.

Las horas pasaban y Francisco Ruiz no aparecía. Los agentes que habían ido a su casa de Castelldefels habían llamado a Gimeno para informarle de que estaba cerrada, nadie respondía al timbre, pero en el domicilio de su madre, dijeron, habían encontrado algo interesante. En el ordenador había continuas referencias en una hoja de cálculo Excel a un tal Christian. Parecía un registro de contabilidad, refleiaba entradas v salidas de dinero v en una columna etiquetada como « mercancía» constaban números v. en algún caso, palabras tales como « soledad», « oios», « ángel» junto con otras que aparentemente carecían de significado. Ordenado por meses, al principio de cada uno se especificaba el concepto « Alquiler piso ronda Sant Antoni Christian», por novecientos euros. No se mencionaba el número de la finca. Con todo, los investigadores agradecieron que el señor Ruiz fuera meticuloso, ya que este sí constaba, junto con el piso, en otro archivo en el que se leía « Ronda Sant Antoni gastos» y que incluía facturas escaneadas. La madre de Ruiz no conocía a nadie con el nombre de Christian ni sabía que su hijo pagaba un alquiler. La pobre mujer, sentada aún en un sillón, se limitaba a mirar a los policías que iban y venían, como si esperase de alguno de ellos una imposible buena noticia.

Gimeno decidió enviar a Soteras y a uno de los agentes al piso de ronda Sant Antoni. El resto de los efectivos se quedaría en el domicilio de la madre analizando el contenido del ordenador y a la espera de que el hijo volviera. Carlos no había llamado todavía, por lo que seguro que no tenía novedades. Esperaba que lo hiciera pronto.

La lluvia arreciaba, por lo que el limpiaparabrisas no daba abasto. Realmente no sabía adónde iba, me limitaba a conducir por la carretera secundaria que llevaba al oeste del pueblo. No tenía ganas de ir a casa de Dalia ni de hablar con nadie. De nuevo me embargaba aquella sensación de urgencia, notaba el pulso en mis sienes, como si algo me dijera: «Vamos, vamos, ¡más deprisa!». Afortunadamente no se veían otros coches; la única temeraria al volante era yo. Me dejaba llevar mientras mi parte racional me avisaba del peligro de circular con ese tiempo y por esa carretera; había poca luz y pronto sería de noche. Pero sentía que tenía que continuar.

De pronto, al salir de una curva tuve que frenar en seco. Un árbol había caído en medio de la carretera y bloqueaba el paso. Solo podía dar la vuelta, lo que era complicado dada la escasa visibilidad y lo estrecho de la vía. Esperé un momento, las manos sobre el volante, mirando al frente sin ver nada en realidad. La tormenta parecía estar alejándose. El viento iba llevándose las nubes hacia el este. Quité las llaves del contacto, bajé y cerré la puerta. Hacia frío. Me quedé de pie junto al coche, pensando qué debía hacer a continuación y reprendiéndome por mi estupidez. Había conseguido escapar de Gabriel, pero si de verdad estaba implicado en los secuestros ahora sabía que, al menos yo, sospechaba de él. Quizá había empeorado la situación señalándolo de ese modo, me dije. De ser así, deseé con todas mis fuerzas no perjudicar al pequeño que había desaparecido.

Me pareció oír algo, ¿era un aullido? Me concentré en escuchar. Un aullido, sí, y venía del bosque. Cesó. Y luego otro... aún más fuerte. « Un perro», pensé. Me acordé del pastor alemán de mis sueños, al que había visto o creído ver y que me había conducido hasta Julián. Dejé la carretera y me interné en el bosque. Caminaba sin rumbo, despacio, un paso tras otro, dejándome guiar por el sonido que cada vez se oía más cerca. Me di cuenta de que estaba reviviendo todos mis sueños; tenía miedo, mucho miedo, pero no podía detenerme. Recordé a destiempo que había dejado el bolso en el coche, móvil incluido. Mala suerte, ya no había marcha atrás. Al menos conservaba la linterna en el bolsillo de mi chaqueta. No seguía ningún sendero, pero tampoco me resultaba difícil abrirme paso entre los árboles.

Allí donde acababa el terreno descendía abruptamente hasta un camino forestal. Empecé a bajar con cuidado, ayudándome de manos y pies, como lo haría una abuelita, casi sentada, pensé, pero no estaba dispuesta a resbalar en el barro. Oí un ruido. Levanté la cabeza y me quedé inmóvil. En mitad del camino había un perro con una cadena al cuello que arrastraba por el suelo. Los dos nos miramos, yo conteniendo la respiración. Él, en cambio, parecía una estatua. Me recordó al lobo del cenador del jardín de Gabriel. De repente gimió y echó a

correr hacia la izquierda, a pesar de que cojeaba ligeramente. Me obligué a moverme y dirigi hacia alli la linterna. Pude ver que, en la distancia, el animal giraba a la derecha y tomaba una especie de sendero. No lo dudé: fui tras él todo lo rápido que me permitán las piernas, jadeando por el esfuerzo.

—No te preocupes, Dalia, seguro que está a punto de llegar. Si me entero de algo te llamo enseguida. Un beso.

Alma colgó el teléfono. Estaba preocupada; ya eran más de las seis de la tarde y nadie sabía nada de Iris, lo que no era propio de ella. Sobre las dos le había mandado un mensaje diciendo que salía de Barcelona. Sabía que se dirigía a Can Roca antes de ir a Rocablanca, pero ya tardaba demasiado y no contestaba al móvil. A pesar de que Carlos estaba en plena búsqueda, se decidió a llamarle. Tuvo que insistir.

- —Dime —le respondió con voz desabrida al cabo de un par de minutos.
- —Cariño, Iris...

Y pasó a explicarle que no se tenían noticias de ella.

—Ahora no tengo tiempo para ocuparme de eso, Alma... De todos modos, me pondré en contacto con Jordi, que creo que está por la zona de Can Roca. La tormenta ha complicado la situación —dijo Carlos, nervioso—. Todavía nos quedan unas cuantas casas por registrar, hemos tenido que dividirnos.

—De acuerdo, no te molesto más. Ya hablaremos.

Alma colgó con una creciente sensación de desasosiego. Deseaba que todo acabara de una vez. Por el pobre niño desaparecido, por Carlos, por ellos mismos, que ya llevaban viviendo en tensión demasiados días. Esa mañana había acudido a la visita que tenía programada con el ginecólogo, y este, aunque le había dicho que el embarazo iba bien, le había recomendado reposo y tranquilidad. Justo lo que no podía procurarse ahora. Carlos ni siquiera le había preguntado qué tal le había ido con el médico. Bueno, tampoco había querido importunarlo. Y encima Iris se había volatilizado... ¿Dónde estaba? Se sentó en una silla de la cocina y miró al exterior. La luz diurna menguaba por momentos y sumía al pueblo en sombras.

Carlos guardó el teléfono y se sacudió el empapado impermeable. Estaban agotados; no les había tocado otra que entrar en todas las casas que parecían habitadas, una por una. Por suerte había dejado de llover, pero sin una pista más concreta estaban dando palos de ciego. Y ahora solo faltaba la desaparición de Iris para complicarlo todo. Decidió llamar a Jordi y pedirle que, si podía, mandara a alguien a Can Roca para que averiguase si había llegado a ir allí. Esperaba que no hubiera tenido un accidente, lo que no sería raro con la tormenta. Mientras marcaba el número grifó a sus compañeros:

^{-¡}Vamos, hay que seguir!

Christian estaba de pie ante la ventana del comedor mirando al exterior con las luces apagadas. Sus sospechas se habían confirmado. No tenía dudas, era el maldito chucho, no podía ser otro, cojeaba de una pata trasera y todavía llevaba arrastrando la cadena con la que había estado atado al suelo mediante una argolla. Pensaba que a esas alturas estaría muerto, pero por lo visto tenía más vidas que un gato. De todas formas no había problema, iba a cargárselo enseguida. Estaba harto de sus aullidos... y además necesitaba algo de acción. Ya no aguantaba más tiempo encerrado allí, se lo llevaban los demonios. El jefe le había dicho que llegaría cuando pudiese. «Cuando pudiese...» Ja, si a medianoche no aparecía cogería al niño, lo soltaría en la gasolinera y se largaría con viento fresco. O se piraria dejándolo allí, lo mismo le daba. «Se acabó, punto final.» No estaba dispuesto a jugarse el tipo, ni siquiera por tanta pasta. Ya se las ingeniaría para conseguir dinero por otros medios.

Apartó la vista para buscar algo contundente y cuando volvió a mirar ya no vio al perro, sino a una mujer con una linterna, quieta frente al columpio. « Joder, joder, joder», masculló. Ahora, encima, gente husmeando... Pero ¿qué hacía allí esa tía? ¿Cómo había llegado hasta la casa? Decidió observarla. No podía dejar que se acercase demasiado. Con un poco de suerte se marcharía, porque desde fuera la vivienda parecía cerrada.

Para su sorpresa la mujer dejó de contemplar el columpio y empezó a caminar hacia el porche. Christian retrocedió y, con sigilo, fue hasta la habitación del niño. Dormía profundamente, menos mal. Volvió al comedor, y alcanzó a ver que la intrusa se acercaba a la puerta y la enfocaba con la linterna, para luego ir hacia la izquierda. Parecía que iba dando la vuelta a la casa. « Mierda con la tipa esta.» Tendría que encargarse de ella. Sin hacer ruido fue hasta la parte posterior.

-¡Le tenemos, jefe! Ya sabemos quién es el tal Christian.

Gimeno apretó con tal fuerza el teléfono móvil que bien podría haberlo roto mientras giraba la llave de contacto para apagar el motor. Estaba aparcado frente a la casa de la madre de Ruizy había iniciado la maniobra de salida.

- -Dime, Soteras.
- —En el piso no hay nadie y no consta nombre alguno en el buzón, pero el edificio cuenta con portero. Le hemos enseñado el retrato y ha identificado al sujeto sin ninguna duda. Cree que se dedica a algo relacionado con los ordenadores porque siempre va cargado con fundas de portátiles y, en alguna ocasión, también con cámaras de fotos. Sabe hasta sus apellidos: Domingo Sánchez Hace al menos una semana que no lo ve.
 - -¿Y?-preguntó Gimeno, impaciente.
- —Hemos consultado su historial. Tiene antecedentes por tráfico de drogas y por alcoholemia, nada serio, empezó ya siendo menor, ha pasado por algún centro, nero desde hace unos tres años está limpio —diio del tirón Soteras.
- —Hay que encontrarlo, es nuestro hombre. Si no está en su domicilio, quizá siga en la casa donde retiene al niño. Hablaré con Carlos de nuevo.
- —Deberíamos encargarnos nosotros, jefe. Ya sabes que Carlos no destaca por ser demasiado efectivo —afirmó Soteras con suficiencia.
- A la caza estamos todos. Quiero resultados, y me da lo mismo quién los consiga. Mantenme informado —le espetó nervioso y, sin más, cortó la conversación

Llamó a Carlos, pero este no le contestó. Gimeno empezó a insultarle en voz alta. Tendría que dar parte de su actitud, se dijo. Mira que había recalcado al conjunto de los efectivos que debían estar en contacto permanente, pero ni caso. Por el momento disponían va de suficientes indicios para colegir que Francisco Ruiz v Christian Domingo estaban relacionados en la trama de pornografía infantil, pero necesitaban avanzar un paso más para relacionarlos con la muerte de Julián v. sobre todo, había que encontrar a Marc, que llevaba va seis días desaparecido. Ese caso le estaba costando la salud y el prestigio. Casi no comía, y cuando lo hacía solía limitarse a deglutir bocadillos resecos junto con tazas y tazas de café. Si su médico se enteraba le ingresaría directamente en el hospital. Debía de tener la presión arterial por las nubes, pero prefería ignorarlo. Si le daba un patatús que le diese de golpe. Lo único bueno de no aparecer casi nunca por casa, reflexionó, era que no tenía que aguantar el discursito de la bruja de su mujer, quien a la menor ocasión le recordaba que como se quedase inválido ella no pensaba cuidarle, que lo metería en una residencia y se quedaría tan contenta. Tras más de treinta años de matrimonio sin hijos, y a no sabía si se odiaban o si se ignoraban mutuamente. Estaba convencido de que la parienta lo aguantaba

porque no tenía oficio ni beneficio; en cuanto a él, suponía que seguía con ella por costumbre. Además, divorciarse era muy cansado. Al bonito panorama personal debía sumar las broncas de sus superiores, que querían dar carpetazo a ese caso. Pronto habría elecciones, y los políticos empezaban a vender ya su imagen de eficiencia en todos los ámbitos. La policía estaba siendo muy cuestionada a raíz de la desaparición de esos críos, y no necesitaba que nadie le dijera que, si no se aseguraba un éxito, su cabeza sería la primera en rodar. Era algo que tenía muy claro.

Puso en marcha el coche y se dirigió directamente a la comisaría de Rocablanca, con la esperanza de que alguien le diera, por fin, una buena noticia.

El descubrimiento del columpio me había dejado helada. Podía jurar que era el mismo de mi sueño, solo faltaba que se balanceara. La casa era diferente, no demasiado grande, con un porche en la parte delantera y de una sola planta. No había ningún coche aparcado ni señal de que estuviera habitada. De todos modos, debía asegurarme de que estaba vacía. El animal había desaparecido, ni siquiera había vuelto a oírlo. Había trastos por todas partes, un gigantesco neumático viejo tirado en el suelo, sillas de mimbre rotas, palos, hierros oxidados; un desastre.

Fui hasta la puerta de entrada e iluminé la cerradura con la linterna. Estaba cerrada con una cadena y un candado de grandes dimensiones. Las ventanas tenían persianas interiores totalmente bajadas; era imposible distinguir nada. Me guardé la linterna en el bolsillo y decidí dar una vuelta por la parte de atrás; quizá podría colarme por algún sitio. Caminaba con cuidado, intentando no hacer ruido. En el muro lateral derecho no había ningún vano; en el trasero, dos ventanucos con las persianas también bajadas y una puerta estrecha. Era de aluminio marrón oscuro, con un grueso cristal opaco en su parte central que no permitía vislumbrar el interior. También estaba cerrada. Daba la sensación de que hacía poco que la habían instalado. No había forma de entrar... como no fuese rompiendo el cristal. Pero en caso de que lo consiguiese haría mucho ruido, y no creía que me conviniera. Continué. En el muro que me faltaba por revisar vi una ventana pequeña, sin persiana, de doble hoja. Me percaté de que la inferior estaba ligeramente subida, así que me esforcé en empujarla hacia arriba, pero estaba atascada, la madera se había hinchado debido a la humedad. Me pareció oír entonces un ruido. Me volví con rapidez y distinguí una sombra. Acto seguido, noté un fuerte golpe en la cabeza.

Todo se volvió oscuridad.

- -Carlos, soy Jordi.
- —¿Tienes buenas noticias? —contestó Carlos al tiempo que con un gesto indicaba a sus compañeros que se detuviesen.
- —No, te llamo porque hemos encontrado el coche de Iris en mitad de la carretera, con el bolso dentro, sin llaves. —Su voz denotaba el cansancio de largas horas de trabajo—. Pero de ella ni rastro.
 - -¿Qué? -exclamó Carlos sin comprender -... ¿Habéis ido a Can Roca?
- —Hemos estado allí primero. El dueño, Gabriel Sira, nos ha dicho que Iris estuvo con él hace horas, que tuvieron unas palabras y que se marchó con su coche cuando empezaba el aguacero. Parecía nervioso. He dejado allí a dos compañeros para que husmeen un poco.
 - -Lo que nos faltaba... Y ¿cómo habéis dado con el coche?
- —Lo han encontrado los agentes que están en la zona oeste. Hay un árbol caído en la carretera justo delante. No parece que chocara contra él, más bien es como si hubiese dejado ahí el vehículo porque no podía continuar circulando y hubiera decidido seguir a pie hacia alguna parte... Habrá que buscarla en el bosque, supongo. Pero no tenemos bastante gente para eso, Carlos.
- —Haremos lo que podamos, lo prioritario es encontrar al niño. Si no hay señales de que Iris hay a sufrido daño alguno, en principio no debemos temer por su seguridad. Nosotros estamos acercándonos a la zona oeste; es la más complicada para recorrerla a pie, así que Iris no ha podido ir muy lejos —dedujo —. De todas formas, ese Gabriel Sira no me gusta. Alma me advirtió sobre él.
 - -: Alma? -- preguntó Jordi, desconcertado.
 - -Es un poco largo de explicar ahora, pero deberíamos tenerlo controlado.
- —Pues se ha largado. Cuando hemos acabado de hablar con él ha dicho que tenía que irse porque le estaban esperando. No hemos podido impedírselo, no había ninguna razón para detenerle en ese momento.
- —Mierda —musitó Carlos—. No me gusta nada —repitió—. Creo que lo mej or es que vengáis hacia aquí.
 - —De acuerdo, llegaremos enseguida.

La aparición de la mujer había acabado con la paciencia de Christian. Tras golpearla la llevó al interior de la casa. Había caído a plomo al suelo, por lo que tuvo que cogerla en brazos. Habría preferido llevarla a rastras, pero no quería dejar huellas. Cerró la puerta trasera a su espalda y, jadeando, contempló a su rehén. Era una pelirroja alta y delgada, flacucha para su gusto, sí, pero estaba buena. Lástima que no tuviera tiempo para nada; en otra ocasión, no le habría importado divertirse un poco con ella. Fue hasta la cocina a buscar cordel de embalar, y le ató con él los tobillos y las muñecas. No sabía cuánto tardaría en despertarse, pero para cuando lo hiciera él va estaría muy lei os. La llevó hasta la habitación secreta arrastrándola, ahora sí, por los brazos; allí se quedaría junto al niño, y le importaba una mierda si los encontraban o no. Asfixiarse no se asfixiarían; había ventilación. Además les dejó bajo la mesa una garrafa llena de agua. Por sus propios medios era imposible que salieran; ellos no atinarían jamás a accionar el mecanismo de apertura, y desde fuera era muy dificil localizarlo si uno no sabía dónde estaba. En cuanto al jefe... Bueno, si acababa apareciendo, que hiciera lo que le diera la gana con ellos. Se daba de baja del tema. Le había mandado un mensaje en el que decía que llegaría pronto, pero ya no le importaba.

Echó a la mujer junto al colchón en el que el niño dormía inquieto y salió cerrando la puerta. Reunió con rapidez sus cosas y echó un vistazo para asegurarse de que no se olvidaba nada. La idea era llegar lo más rápido a Barcelona, pasar por casa para hacerse con la pasta que tenía escondida e ir zumbando al aeropuerto. Cogería el primer avión que saliera para cualquier país sudamericano. Iba a empezar de cero. Otra vez.

Salió por la puerta trasera, la cerró de golpe y recorrió el camino de entrada hasta llegar al coche que había escondido entre unos árboles cercanos. Arrancó con las luces apagadas y, despacio, condujo hasta la carretera. Las estrellas que ahora tachonaban el cielo derramaban su fría luz sobre el vehículo, que fue ganando velocidad hasta perderse en la distancia. El bosque se llenó de nuevo de aullidos lastimeros que rasgaban la noche como si lamentaran su marcha.

Dolor. Dolor por todo el cuerpo. Fue la primera sensación que noté cuando abrí los ojos. Al principio pensé que estaba ciega, ya que todo a mi alrededor era oscuridad. Ese pensamiento me agitó y me removí, me retorcí, lo que me provocó fuertes espasmos que me recorrieron descontrolados las piernas, el tronco, los brazos, la cabeza... Me dolía espantosamente con un latido sordo y continuo. Debía serenarme; no podía permitir que el pánico me dominara.

Tras unos instantes interminables conseguí recordar los ejercicios que Berta me había recomendado en tantas ocasiones para calmarme. Empecé a inspirar profunda y pausadamente, concentrándome solo en el ritmo de mi respiración. Fui tomando conciencia de todos mis sentidos, de todo mi cuerpo. Mi mejilla derecha descansaba sobre lo que parecía ser un suelo agradablemente rugoso, aunque frío, como pude notar al mover un poco la cabeza. Intenté llevarme las manos a la cara, pero de nuevo el dolor me lo impidió. Tenia las muñecas atadas, juntas, así como los tobillos; me encontraba en posición fetal sobre el costado derecho. Ansiaba cambiar de postura, pero aún estaba demasiado rígida y solo logré moverme unos centímetros.

Seguí inspirando, profunda y pausadamente.

No estaba tan oscuro como me había parecido al principio. Ahora notaba que circulaba aire que parecía venir del exterior. Sin embargo, la temperatura era más bien cálida, agradable. También percibí un olor especial, así como que no todo estaba en silencio. Me costaba pensar con claridad, era como si tuviera la cabeza de corcho y llena de humo. Puse toda mi atención en escuchar. Había alguien más commigo, a mi espalda, alguien que respiraba entrecortadamente. Me invadió el pánico, y me tensé de nuevo. «Inspira», me dije. Intenté recordato que me había sucedido antes de verme en esa situación y, con gran esfuerzo, conseguí fijar las imágenes que pasaban por mi dolorida cabeza. La madre de Ruiz nerviosa tendiéndome una fotografía de Julián, el descenso al pozo, la discusión con Gabriel, el encuentro con el perro de mis sueños y la casa del columpio. Alguien me había golpeado mientras intentaba abrir una ventana y posiblemente era el causante de que me hallase donde estaba.

Pasó más tiempo y no sucedió nada. El ritmo pausado de la respiración de la persona que estaba conmigo me llevó a deducir que no se movía. Apretando los dientes, fui girando sobre mí misma hasta quedar boca arriba. Sentía náuseas, más que nunca. Aun así encogí las rodillas hasta rozarme el pecho y me di impulso. Me costó, pero al final me senté. Con los dedos palpé la cuerda que ligaba mis muñecas. Me pareció notar que se había aflojado un poco; quizá con paciencia conseguiría quitármela. Mientras la manipulaba me volví a la izquierda. En la penumbra me pareció distinguir una forma humana. Estaba echada sobre una altura más elevada, quizá una manta o un colchón. En ese

momento emitió un gemido, como si fuese un gato o un bebé. Ahora podía identificar el olor que percibía. Olía a sueño, a niño pequeño, a pañales que debían ser cambiados... y a algo más, un olor agrio, a miedo, a angustia.

« Dios mío», pensé. « ¿Es Marc?»

—Ese va como un loco —comentó uno de los agentes que viajaba en el vehículo policial al dar una curva.

Eran tres, y Jordi conducía. Estaban ya en la zona oeste de la montaña, rodeando las últimas casas. Su compañero tenía razón: en la siguiente curva vio con claridad las luces de un coche que bajaba en el sentido contrario de la carretera, a toda velocidad, a su encuentro. La noche era ahora despejada y la silueta del vehículo se recortaba en cada trazada; en breve, se cruzarían.

—Es verdad —dijo Jordi—. Va demasiado deprisa. A poco que se despiste, se nos echará encima.

Solo los separaban unos cientos de metros cuando los agentes oyeron ya el chirrido de las ruedas sobre el asfalto aún mojado. Realmente el otro conductor apuraba la frenada todo lo que podía, pero la carretera era estrecha, lo que aumentaba el riesgo de colisión o de que se precipitara ladera abajo. Ambos vehículos se cruzaron finalmente al salir de una curva. El otro conductor pisó el freno y, por un momento, quedaron a la par. Aceleró de nuevo y siguió a toda velocidad, pero Jordi pudo verle la cara durante unos segundos.

-¡Es él! -gritó-. ¡Es el tío de la gasolinera, mierda! Llamad a Carlos y decidle que se dirige hacia ellos.

Frenó en seco, maniobró para dar la vuelta y salió disparado montaña abajo. Parecía que lo habían perdido y Jordi le estaba maldiciendo de todas las formas posibles, cuando distinguió las luces traseras del coche. Pisó el acelerador y conectaron la sirena. El otro aceleró más aún y casi ni aminoraba la marcha en las curvas. Jordi se concentró en reducir la distancia que les separaba, con la esperanza de que el tipo cometiese algún error que les permitiese alcanzarlo. El coche policial no era demasiado potente.

- —Carlos está a unos cinco kilómetros, en esta misma carretera —informó uno de los compañeros—. Si no le cazamos nosotros lo harán ellos.
- —Eso si no se mata antes —musitó Jordi—. Está desesperado. Frena, cabrón, frena —dijo como si el otro pudiera oírle.

Ahora enfilaron un tramo recto, por lo que ambos conductores aprovecharon para dar gas a fondo. Por suerte la carretera estaba vacía, pero por mucho que forzase el motor Jordi sabía que no conseguirían alcanzarle. En la distancia, vieron unos faros que se aproximaban.

-Mierda... ¡O frena o se estampa contra el otro coche! -gritó uno de los agentes.

Perdieron de vista las luces ya que de nuevo las curvas volvían a ser pronunciadas y tuvieron que reducir la velocidad, aunque el otro seguía embalado. Más adelante aparecieron los faros del vehículo que se acercaba de nuevo. Impactaría con el otro coche si no frenaba o se apartaba a la derecha. Tras una recta vieron la señal de una curva doble. El conductor al que perseguían se lanzó a ella, ajeno a que el que circulaba a su encuentro le alcanzaria en mitad de la segunda. Jordi se concentró en no perder metros, pero vio claro que si el otro coche no maniobraba acabarían colisionando de frente. Todos contenían la respiración cuando ambos vehículos llegaron a la misma altura. El conductor suicida pareció ser consciente por primera vez de que circulaba por el centro de la carretera y dio un volantazo hacia la derecha. Las ruedas salieron del asfalto y derraparon.

Jordi detuvo el vehículo y, sin perder un segundo, se dirigió con sus dos compañeros hacia el coche siniestrado que había quedado empotrado en un pino. El conductor abrió con dificultad la puerta, cayó al suelo y, como pudo, intentó alejarse corriendo. Pero los tres agentes se le echaron encima. Empezaron a oírse sirenas, y dos vehículos policiales más se detuvieron en la carretera. Jordi levantó la vista y vio a Carlos y sus compañeros, que se acercaban.

—Le hemos cogido, Carlos, le tenemos —exclamó jadeante.

Por fin había conseguido liberarme una de las manos y, con dificultad, cogí la linterna que todavía conservaba en el bolsillo. Quien me había golpeado no se había molestado en registrarme. La encendí y me la puse en la boca. Intenté entonces deshacer el nudo que unía mis tobillos, pero era imposible. Estaba mareada y la cabeza me daba vueltas, por lo que decidi dejarlo para más tarde. Por el momento, lo importante de verdad era asegurarme de que la persona que estaba commigo en aquel agujero realmente era Marc.

Me desplacé sentada hasta llegar junto a él y le iluminé. Llevaba un pijama de franela a cuadros, tan grande que parecia perdido en su interior. Su respiración era entrecortada y no dejaba de moverse. Le toqué la frente, en la que se arremolinaban unos rizos rubios. Estaba ardiendo; debia de tener bastante fiebre, lo que no era de extrañar con los días que llevaba secuestrado y con la porquería que a buen seguro le habían administrado para mantenerle en ese estado. Le habían puesto un pañal como si fuera un bebé. «Para ahorrarse tener que llevarle al baño», pensé indignada. Estaba muy delgado, pero no parecía haber sufrido ningún daño. A la escasa luz de la linterna no se apreciaban moratones ni marca alguna. Suspiré aliviada, quizá había conseguido llegar a tiempo. Sin embargo, enseguida me reprendí por mi ingenuidad. Los dos estábamos encerrados y lo peor era que en cualquier momento el secuestrador podía volver. Tenía que encontrar la manera de salir de alli y llamar a Carlos.

Fui recorriendo con el haz de luz de la linterna el espacio en el que nos encontrábamos. Parecía una habitación, no demasiado grande y desprovista de muebles salvo por una mesa metálica, como de laboratorio, colocada en la esquina más alejada. Poco a poco conseguí llegar hasta ella, aunque mi dolorida cabeza, que reclamaba un descanso, me tentaba para que me estirase junto al niño. Apretando los dientes me acerqué a la mesa v con gran esfuerzo me puse de rodillas tras varios intentos. Pude ver bisturís, cuchillos v otros objetos metálicos que no supe reconocer. No me detuve a pensar para qué los hacían servir, no tenía tiempo que perder. Cogí el cuchillo que me pareció más afilado, me senté de nuevo y, con infinita paciencia, empecé a cortar la cuerda que me ataba los tobillos. Casi lloré de alegría cuando lo conseguí. Ahora tenía que ponerme en pie y superar el temblor de mis piernas. Tras unos instantes interminables me incorporé a duras penas como un cachorro dando sus primeros pasos. Con la espalda pegada a la pared, el cuchillo en una mano y la linterna en la otra, fui recorriendo la habitación al tiempo que iluminaba en todas direcciones. En el techo había cuatro ganchos de carnicero, como los que se utilizaban para colgar a las vacas a la hora de descuartizarlas, de los que pendían gruesas cadenas. De pronto me di un golpe en el tobillo con algo que había en el suelo. Bajé la vista y vi una bicicleta de niño. Me quedé sin respiración, era la

misma que había visto en mis sueños.

No había ninguna puerta ni ventana, solo la rejilla de ventilación a ras del suelo, pero aunque hubiese conseguido arrancarla era demasiado pequeña para escapar, ni siquiera Marc, de estar en condiciones, habría cabido por ella. Era tan absurdo haber llegado hasta allí sin que pudiese hacer nada más que esperar a que volviese el tipo que me había golpeado... ; Y si había sido Gabriel? ; Sería capaz de matarme cuando volviera? No quería, no podía dar más vueltas a eso: tenía que trazar un plan. Me obligué a pensar con calma, por fuerza debía haber una salida. El problema era que a la pila de la linterna le quedaba poca vida y la luz cada vez era más tenue. La apagué. Decidí recorrer todas las paredes palpándolas en toda su extensión. Cuando llegué a la altura de la mesa tropecé con algo. Me agaché v descubrí que se trataba de una garrafa llena de agua. Al menos podría dar de beber al niño; con la fiebre que tenía, debía de estar deshidratado. Seguí tanteando la pared y en la esquina me pareció notar que una parte cedía un poco. Nerviosa, volví a encender la linterna y me la puse en la boca para recorrer toda la superficie con ambas manos. Parecía una plancha de madera que podía desplazarse a la derecha, como si se tratase de una puerta corredera. Evidentemente no era una salida, pero quizá encontraría algo que me sirviese. Enfoqué con la linterna y... Casi se me cayó al ver lo que había en su interior. Era un pequeño armario con estantes en los que había frascos de cristal llenos de un líquido acuoso y, lo que era peor, con todo tipo de vísceras dentro. En uno de ellos había un corazón y en otro dos globos oculares, y en un tercero acerté a ver lo que parecía ser un cerebro. Cerré la puerta como pude, sofocando las náuseas. Me obligué a mí misma a seguir el recorrido, pero va solo me quedaba por revisar la pared en la que estaba la rejilla de ventilación y parte de la que ocupaba el colchón. Descubrí un interruptor, pero no había forma de accionarlo.

Frustrada, me senté en el suelo junto a Marc, apagué la linterna y aferré el cuchillo con fuerza. Lo único que podía hacer era esperar a que el monstruo volviera. Me enfrentaría a él.

Carlos se acercó al vehículo policial, en cuyo interior estaba sentado Christian con las esposas puestas y custodiado por un agente. Se había cortado el pelo, pero no había duda, era el tipo del retrato robot y el de las imágenes de la gasolinera. Jordi le había leido sus derechos como detenido y desde entonces había mantenido un mutismo absoluto. A pesar del accidente no presentaba a simple vista ninguna lesión, aunque la ambulancia estaba de camino. Ahora lo más urgente era hacerle hablar. Con un gesto indicó al agente que abriera la puerta. El detenido no se movió.

—Sabemos que eres Christian Domingo Sánchez y que trabajas con Francisco Ruiz, un pederasta condenado. Se te va a caer el pelo, así que te convendría contarnos dónde está el niño si no quieres pasar muchos años encerrado.

- —Yo no sé nada de todo eso —murmuró Christian sin mirarlo.
- —Tenemos la contabilidad de Ruiz, sabemos que te paga un piso en Barcelona, en ronda Sant Antoni, donde tienes ordenadores y cámaras con fotografías de pornografía infantil. Hemos encontrado fotos de Julián, el pequeño a quien violasteis y matasteis desangrándole y cortándole la cabeza. Y ya sabes lo que les pasa en la cárcel a los violadores de niños.

Christian se estremeció y negó con la cabeza.

- —No he matado a ningún niño —dijo con un hilo de voz—. Que venga mi abogado.
 - -No te preocupes, está en camino. Solo quería que lo supieras.

Carlos dio media vuelta aparentando indiferencia y se apartó de la puerta abierta como si fuera a marcharse. Había echado el anzuelo con lo de las fotos pornográficas ya que todavía no se había registrado el piso, estaban esperando la autorización judicial, pero el tiempo apremiaba y no habían encontrado a Marc. Decidió jugársela del todo. Se volvió de nuevo hacia Christian.

- —Tenemos imágenes de las cámaras de seguridad de la gasolinera y, lo mejor de todo —mintió—, huellas tuyas en el coche que abandonaste. Ah, y por cierto, un clásico lo del algodón empapado con cloroformo.
- A Christian se le demudó el rostro. Se había propuesto guardar silencio absoluto, pero no pensaba cargar con el crío muerto ni con lo que pudieran encontrar en la casa de la montaña, esa maldita colección de «trofeos» que el jefe guardaba en la habitación secreta. No le correspondía a él dar la cara por nadie; solo era un mandado, hacía lo que se le ordenaba y punto. Alzó la vista y miró a Carlos, resignado.
 - —Os diré dónde está el niño.

Había estado intentando que Marc bebiera un poco y, humedeciendo mi camiseta, le había refrescado la frente y las muñecas. Parecía estar más tranquilo; quizá le había bajado la fiebre. Aun así, necesitaba que lo viera un médico. Agotada, me había tendido junto a él y debía de haberme adormecido porque me desperté súbitamente. Me senté y aferré el cuchillo con la mano izquierda y con la derecha una herramienta que había encontrado en la mesa con pinta de ser una llave inglesa bastante pesada.

No se oía nada, pero algo me había alertado. Noté un movimiento a mi espalda y, sobresaltada, me aparté todo lo que pude. Con un chasquido y ante mi asombro parte de la pared que había junto al colchón empezó a levantarse hacia arriba como si se tratase de una tapa. La luz del exterior iluminó al niño, que se agitó inquieto. Una sombra alargada se proyectó sobre el suelo. Decidí esperar hasta que entrase. Estaba sudando y sujetaba con fuerza la llave inglesa. No sabía cómo actuaría, pero tenía que ser rápida.

Un hombre alto, vestido con ropa oscura, se agachó para pasar por la abertura y se dirigió hacia el colchón. Me sorprendí a mí misma deseando con todas mis fuerzas que no fuese Gabriel, aunque por la complexión bien podía serlo. Aprovechando que en ese momento me daba la espalda me acerqué a él sin hacer ruido y le golpeé en la cabeza con la herramienta. El hombre emitió un gemido de dolor y se tambaleó. Le aticé de nuevo, esa vez en la cara, y cuando se volvió hacia mí le asesté una patada en la entrepierna. Se desplomó en el suelo y se quedó totalmente encogido. Solté la llave inglesa y el cuchillo. No me detuve a mirar más, cogí a Marc y lo alcé en brazos. Ahora tenía que poner a prueba mis piernas.

Salí de la habitación tambaleándome mientras oía aún los gemidos del hombre. La luz que había fuera me deslumbró; aun así, vi que me hallaba en una especie de salón y, desesperada, busqué la salida. La puerta principal continuaba cerrada. Abandoné el salón y entré en una cocina donde había dos puertas; una no podía abrirse y la otra daba al cuarto de la lavadora, sin acceso al exterior. Con cuidado deposité a Marc alli y lo dejé encerrado para protegerlo, en la medida de lo posible. Jadeando me apoyé fuera mientras trataba de recuperar el aliento y pensar. Entonces oí unos pasos y levanté la vista.

En la puerta de la cocina estaba Francisco Ruiz, ligeramente encorvado, con la cara ensangrentada y un cuchillo en la mano. Nos miramos, tan asombrado él como yo. Por un lado sentí un absurdo alivio de que no fuera Gabriel, aunque aquello no significaba que no estuviera también implicado. Por otro lado, en cambio, aquel individuo nada tenía que ver con el Francisco Ruiz blando y apocado que yo conocía. Ya no tenía una mirada vacía, sino que hervía de rabia y estaba claro que no iba a dejar que saliera viva de allí.

- -Suelte ese cuchillo -dije en un tono de voz que intentaba ser firme.
- —¿Que suelte el cuchillo? —repitió él con una carcajada que sonó a hueca—. Zorra, voy a rajarte de arriba abajo para ver cómo se remueven tus tripas —me amenazó—. ¿Quién te ha traído aquí? ¿Dónde está Christian?
 - -No sé quién es Christian...

Pensé qué más podría decirle para calmarlo, pero no se me ocurría nada.

Se acercó con paso poco firme, la mesa de la cocina entre los dos.

- —Eres imbécil, puta, ¡te has metido donde no debías! Ya sabía que me traerías problemas —masculló al tiempo que apoyaba las manos en la mesa y me miraba fijamente.
 - -Su madre está muy...
- —¡Deja a mi madre en paz! Estoy decidiendo cómo voy a matarte —me espetó con una sonrisa demente.

Siguiendo las indicaciones de Christian, Carlos había comunicado por radio a sus compañeros hacia dónde se dirigian. Tras explicarles cómo podían localizar la casa, el detenido insistió en que él se limitaba a hacer fotografías y a grabar vídeos, que lo que hubiera pasado con los niños no era culpa suya, apuntó. Reconoció haber secuestrado a Marc, al que había cuidado con esmero durante toda la semana a la espera de instrucciones, dijo, pero añadió que al ir pasando los días se había puesto nervioso y por eso había decidido largarse y abandonar el negocio. Les aseguró que pensaba llamar a la policía una vez estuviera lejos para informar de dónde estaba el crío.

Los agentes le dejaron hablar mientras se organizaban para ir a la casa. Carlos llamó a Gimeno, quien se limitó a gritarle por teléfono que quería ver al niño sano y salvo lo más pronto posible, y que salía hacia alli inmediatamente. Casi sin escucharle, Carlos subió al coche y colgó en cuanto pudo. Estaban a punto de ponerse en marcha cuando un Mercedes de color rojo se detuvo a su altura y de él bajó Gabriel Sira. Parecía nervioso.

- -¿Qué hace usted aquí? -le espetó Jordi.
- --Estoy buscando a Iris. --Sira se dirigió a los policías---. ¿La han encontrado?
- —Todavía no —le respondió Carlos al tiempo que hacía una seña a otros agentes—. Pero por el momento creo que tendrá usted que quedarse aquí para contestar unas preguntas a mis compañeros.
 - —¿Por qué?—se sorprendió Sira.
- —Hemos de aclarar algunos puntos sobre su posible implicación en estos hechos —dijo Carlos, mientras uno de los agentes se dirigía a Sira para conducirle al otro vehículo policial.
 - -¿En qué? -exclamó-. Esto es un error, no estoy implicado en nada.
- —Ya lo veremos —replicó Carlos—. Si realmente es un error, no tendrá ningún problema. Debemos marcharnos.

Carlos arrancó rápidamente seguido de dos vehículos más. Christian les acompañaba, esposado, en silencio ahora y con la cabeza gacha. Sabía que todo se había terminado para él y esperaba que al menos el jefe también pringara, no iba a ser el único.

Ruiz cogió una silla que había junto a la mesa de la cocina y se sentó con parsimonia.

-Esto va a ser divertido -dijo sin dejar de sonreír.

Yo estaba al otro lado de la mesa, lo más lejos posible de él, apoyada en la puerta tras la que había escondido a Marc. Estaba paralizada; no tenia escapatoria posible, ya que Ruiz bloqueaba la única salida al exterior. Me taladró con esos ojos del color del agua sucia, la frente ensangrentada allí donde le había golpeado, y colocó las manos sobre la mesa, donde también puso el cuchillo.

- —No hace falta que te esfuerces imaginando cómo puedes salir de aquí, zorra, porque no vas a hacerlo, al menos viva. ¿Dónde has dejado al niño?
- —En un sitio seguro —contesté tragando saliva con dificultad, mientras me congratulaba de que no me hubiese visto meterlo en el cuarto de la lavadora—.
- —Eres estúpida... Sé que no has podido sacarlo de la casa. Cuando acabe contigo lo encontraré —dijo Ruiz con suficiencia, y se echó hacia atrás en la silla.
 - -La policía está sobre su pista. Tienen las fotografías que le hizo a Julián.
 - Esbozó una mueca de desprecio, como si no le preocupara.
- —Supongo que ha sido Christian quien te ha traído aquí. Vaya, también tendré que encargarme de él. No se puede confiar en nadie más que en uno mismo, y a veces ni eso, ¿no crees? —Volvió a sonreír sin esperar una respuesta—. No hay nada como hacer el trabajo con tus propias manos.

Pareció concentrarse en la contemplación del cuchillo, admirando los reflejos de la luz del fluorescente sobre el metal. Volví un poco la cabeza hacia la izquierda y sobre un mueble vi una garrafa de lejía. No tenía tapón. Con cuidado, me moví unos centímetros hacia ella

- —No has podido quedarte quieta y hacer solo tu trabajo de abogada, has tenido que meter la nariz hasta el fondo... —Su tono era de conmiseración—. Pues mira cómo has acabado.
- —Ha ido demasiado lejos —le recriminé, y aproveché para moverme un poco más.
- —¿Demasiado lejos? —Alzó la vista. Me quedé donde estaba—. No tienes ni idea de lo que dices. Yo no soy como los demás desgraciados con los que has tratado, gente de medio pelo que vive en la mierda a la que vuelven siempre porque no saben hacer otra cosa. Solo tuve mala suerte en una ocasión, cuando me cogieron, pero eso no va a pasarme ahora —afirmó.
- —¿Por qué? —le pregunté, cambiando el peso de un pie al otro para disimular mi avance a la izquierda.
- —Soy un hombre de recursos. —Sonrió con suficiencia de nuevo—. ¿O crees que he llegado hasta aquí por casualidad? Llevo mucho tiempo disfrutando y

nadie ha sido capaz de darse cuenta. Todos piensan que soy un tipo vulgar, con un trabajo corriente, no demasiado listo, que vive con su madre y que se la machaca de vez en cuando, un ser inofensivo.

- —Es un monstruo —se me escapó.
- —Gracias —ironizó—. Me halaga ese apelativo. La muerte y el sufrimiento me atraen... irresistiblemente. No sabes lo bien que sienta ver brotar la sangre, humillar, herir y destrozar, correrte encima de sus vientres mientras mueren. Gozar destruyendo su inocencia... No tiene precio. Soy el primero en tocarlos. Y el último. He perdido la cuenta de los que llevo, pero no me detendré. ¿Sabes que a veces les hago llorar de placer aunque...?
 - -; Basta! -dije asqueada.
 - —La señora es sensible. —Rio—. A ti no te follaré, tranquila; no me interesas. Se levantó e hizo un gesto de dolor llevándose las manos al vientre.
- —Me has hecho daño, puta, lo vas a pagar. Voy a disfrutar cuando te destroce y te vea morir en mis manos... Me suplicarás que te mate.

Me quedé sin saber qué decir. Si alargaba el brazo izquierdo, con la punta de los dedos podía tocar la garrafa, pero poco más.

--Primero te sacaré los ojos y luego te cortaré la lengua, esos serán mis trofeos.

Rodeó la mesa por su izquierda para aproximarse a mí.

Me alejé de él, acercándome a la garrafa.

-Vamos a pasarlo bien, tú y yo -aseguró burlón.

Calculé mal y tropecé, lo que Ruiz aprovechó para cogerme por el pelo y atraerme hacia él. Olía a sudor y a sangre. Mis cervicales crujieron y el dolor de cabeza se manifestó en todo su esplendor. Casi no podía respirar, me había puesto el brazo derecho alrededor del cuello y apretaba como si fuese una tenaza. Alargué la mano cuanto pude y agarré la garrafa. Me estaba quedando sin aire.

-¡Quieta de una vez, puta! -gritó al tiempo que me apretaba más y más.

Con las pocas fuerzas que me quedaban lancé el brazo hacia atrás y le vacié encima la garrafa entera de lejía. Ruiz gritó y me soltó de inmediato, llevándose las manos a la cara. Tosía y aullaba a la vez mientras, ya en el suelo, se retorcia de dolor. Corri hacia el salón, hacia la puerta de la habitación secreta. Continuaba levantada y en la entrada, junto al colchón, había un mando a distancia y un manojo de llaves. Debían de habérsele caído cuando le golpeé. Las recogí y, rezando para que fueran las que necesitaba, me dirigí a la puerta del salón otra vez. Ruiz seguía gritando en la cocina. Probé con todas, pero ninguna era la que buscaba. Lloraba de angustia. « No puede ser, no puede ser», me repetía sin cesar. Pensé en la puerta de la cocina, fui hasta allí y vi con horror que Ruiz intentaba levantarse. Cogí la silla en la que apoy aba una mano y se la estampé en la cabeza; se quedó inmóvil en el suelo, gimiendo. Me acerqué entonces a la puerta y probé con las llaves. Jadeaba, las manos me temblaban, casi no podía

introducir las llaves en la cerradura y aún menos moverlas. Probé con la última... Entró, y la giré a la derecha dándole una vuelta. Abri la puerta, sollozaba de alivio. Lo primero que vi fue a varios hombres que me apuntaban con pistolas. Me dejé caer al suelo y, por segunda vez en aquella noche, todo se volvió oscuridad.

Parecía como si la primavera fuera a estallar de nuevo, pero era una ilusión; los árboles habían perdido casi todas sus hojas y la tierra se preparaba para el invierno. Aun así, en esa mañana de sábado lucía el sol y la temperatura había subido. Caprichos del otoño.

Estaba sentada en el despacho de Carlos, adonde había tenido que acudir para repasar mi declaración. Todavía tenia la cabeza dolorida y en el cuello lucía unos preciosos hematomas, recuerdo de Francisco Ruiz. Cada vez que me miraba en el espejo me estremecía al recordar las horas que había pasado en la casa de los horrores. Sin embargo, todo había terminado bien. Marc estaba de nuevo con su familia y prácticamente no recordaba nada de lo sucedido; su salud era buena, tan solo necesitaba comer y el cariño de sus padres.

Durante la semana había visto un par de pisos. Uno de ellos me encantó, pero todavía tenia que acordar el precio. El jueves había vuelto a Rocablanca, donde me dediqué a descansar y a estar con Dalia. También llamé al bar de Son y le dije a la mujer que me atendió que comunicara a mi tía Rosa que por fin había encontrado el camino. Me lo hizo repetir dos veces y prometió darle el recado. Finalmente, habíé con mi madre y con mi hermana, y tuve la sensación de que empezábamos a entendernos.

—Y por cierto, Gabriel Sira está libre de toda sospecha, como ya te dije por teléfono. Iris.

Asentí

- —Creo que con esto y a está todo. No te causaremos más molestias, al menos la policía. —Carlos sonrió—. Otra cosa será el juzgado y el día del juicio.
- —Ya lo sé, ya —contesté haciendo una mueca—. No creo que pueda olvidar ningún detalle. ¿Le habéis tomado declaración? —pregunté refiriéndome a Ruiz.
- —No ha querido declarar —contestó Carlos—. En el hospital sufrió una especie de ataque y no salió de allí hasta el martes. Ahora está ingresado en el módulo psiquiátrico de la prisión, pero ni siquiera ha querido hablar con su abogado. Van a someterlo a estudio para determinar si sufre alguna patología... —añadió al tiempo que se señalaba la cabeza.
- —Intentará engañarlos como hizo conmigo, con su madre y con todos. Te aseguro que es perfectamente consciente de lo que hace. No soy psiquiatra, pero yo lo calificaría de psicópata —dije con firmeza.
- —Yo también espero que se le pueda condenar por lo que ha hecho convino Carlos—. Deberías haber visto lo que encontramos en la casa de Castelldefels... Se parecía a la que estuvisteis, pero a lo grande. Está decorada con muebles de diseño que sin duda le costaron una fortuna. Hay una habitación en el sótano con paredes acolchadas en la que guardaba todo el instrumental: bisturis, cuchillos, cuerdas, martillos, cadenas, ganchos. Sería un buen plató para

una película de terror.

—No tengo ninguna duda.

Hice una mueca de desagrado.

-Hemos hallado cuatro cadáveres, tres enterrados en el sótano y uno en el jardín. No sé cuánto tiempo llevaban allí, aunque los forenses nos han dicho que poco más de un año. Ahora habrá que cotejar las listas de niños desaparecidos con el ADN de los huesos. Confío en que podemos identificarlos a todos, aunque no será fácil. Además, hay vísceras guardadas en frascos de cristal, como los que viste en la casa del Montseny. Tardarán días en explorar toda la finca. Hemos identificado el ADN que se halló en el cuerpo de Julián. Ruiz accedió voluntariamente a que le sacáramos una muestra, v no hav duda, es suvo. Encontramos también un dedo cortado v. aunque estamos pendientes de recibir el resultado, estov seguro de que es el que buscamos. Por otra parte estamos valorando si hav más gente implicada aparte del tal Christian. Solo disponemos de los contactos a los que mandaba las fotografías y los vídeos, pero por el momento la sensación que tenemos es que era el único que se ocupaba directamente de los críos, él v su fotógrafo, claro. Sacaba bastante dinero con la venta de todo el material, pero tras las fotos lo que sucedía luego era para disfrute personal. Los archivos que encontramos en el ordenador de su avudante etiquetados con los nombres de « soledad» , « ángel» y demás contenían las fotos que les hicieron a los niños... Son espeluznantes. -Hizo un gesto de asco--. Hemos hablado asimismo con una vecina de la finca donde Christian vivía, y nos ha hecho un minucioso relato de las idas v venidas de ese cabrón. Por cierto, él sí que ha hablado, largo y tendido. Ha explicado cómo contactó con Ruiz. Al principio se ocupaba solo de la parte técnica v era su jefe quien proporcionaba los críos. Ha negado tener nada que ver con otros que no sean Julián y Marc. Según nos ha contado, el primer niño que él secuestró fue Julián v no pudo evitar que muriera, insiste en que nunca imaginó que Ruiz quisiera matarlo. Le había ordenado que buscara un chaval más maduro, casi en la pubertad.

—¿Cómo le secuestró?

—Ha dicho que llevaba días vigilándolo. Decidió que el momento ideal era cuando iba solo hacia su casa, así que le esperó junto al descampado que tenía que cruzar y le golpeó por la espalda. Por desgracia para todos, tuvo suerte de que nadie le viera, cargó con él y lo llevó a la casa de la montaña. Hizo su trabajo habitual: fotografiarlo, y mantenerlo drogado y en buenas condiciones para cuando llegase Ruiz, quien, por lo que cuenta Christian, se descontroló cuando lo vio. A Marc lo secuestró cuando lo vio en la gasolinera. Era el tipo de niño que más le gustaba a su jefe. —La expresión de Carlos era amarga—. No creo que podamos olvidarlo en mucho tiempo. Al menos la familia de Julián ya sabe lo que pasó... —Suspiró—. Confio en reunir todo lo que pueda para que no salea de prisión en muchos años.

-Tus jefes estarán contentos -dije con una sonrisa.

Carlos se encogió de hombros.

—No me interesa demasiado. Como siempre, se han atribuido todo el mérito y Gimeno ha recibido las felicitaciones. Yo tengo la satisfacción de haber hecho cuanto estaba a nuestro alcance, sobre todo evitar que Marc sufriera la suerte de los demás pequeños. Gracias también a fi, por cierto.

Me dio un apretón cariñoso en el brazo.

- -No has de agradecerme nada. Habríais dado con él de todos modos.
- Quizá no... Si tú no hubieras aparecido, posiblemente Christian no se habría marchado, Ruiz habría conseguido llegar a la casa y Marc habría acabado muy ma!
- —Bueno, no lo sabremos nunca. En cualquier caso, mis sueños llegaron tarde para Julián —dije apesadumbrada.
- —Pero lo encontraste. Se halló gracias a ti, a tus... sueños o presentimientos, no sé cómo llamarlos, y al perro que dijiste haber visto. Hay algo que no sabes...
 —Me miró con atención—. Hemos encontrado al pastor alemán, creo que es el que tú habías descrito. Un perro con bastantes años, lisiado de una pata y con collar y una larga cadena al cuello.
 - -: Dónde? pregunté em ocionada.
- —Estaba muerto, Iris, a un lado de una carretera secundaria, a unos dos kilómetros de la casa de la montaña. Debió de atropellarlo algún coche, pero por el estado del cuerpo hemos calculado que sucedió hace unas tres semanas.
 - -Entonces...

Estaba desconcertada

- —Si, entonces estaba muerto cuando según tú te llevó a la casa. Lo que no podemos asegurar es que lo estuviera cuando descubriste a Julián. No sé, quizá esa sensibilidad especial que tienes se manifestó de alguna forma como si realmente estuviera allí, en carne y hueso.
- —He soñado mucho con él y, aunque suene demencial, te aseguro que lo vi la noche que encontré a Marc... Me guio hasta la casa, Carlos —afirmé—. Los sueños que he tenido desde que empezó todo esto han ido convirtiéndose en hechos reales. El columpio de la casa también era real, la bicicleta era real... Aunque se han cruzado otras imágenes para las que todavía no he hallado un sentido.
- —No creo que debas torturarte con eso. —Carlos me dio un cariñoso beso en la mejilla—. Solo me resta darte las gracias de nuevo por habernos ayudado tanto, y decirte que vayas preparándote para ser tía oficiosa otra vez la próxima primavera.
- —Si es niña —dije sonriendo—, no le pongáis nombre de flor, por favor, hacedme caso.

Solo me quedaba una cosa por hacer, así que esa tarde después de comer, sin prisas, me dirigí a la finca de Gabriel. No había hablado con él desde que había salido corriendo del pozo, pero era evidente que le debía una disculpa. Tras ser detenido fue objeto de una minuciosa investigación, y quedó en libertad únicamente cuando se aclaró que no tenía nada que ver en la trama. Si me echaba con cajas destempladas, no podría quejarme. En cualquier caso, tenía que intentarlo.

Andaba despacio, disfrutando del paseo y del sol. Me sobraba la chaqueta, por lo que me la quité y, balanceándola, llegué a la gran verja. Para mi sorpresa estaba abierta de par en par, así que entré con prudencia y mirando a mi alrededor. Los jardines estaban desiertos; ni un alma. Fui hasta el pozo y, sin poder resistirme, acaricié la bruja de hierro que, melena al viento, volaba eternamente en su escoba. Decidií ri al cenador para ver de cerca la estatua del lobo que me había obsesionado en mis pesadillas. Desde que todo había terminado, no había vuelto a tener ningún sueño que me causase temor. Dormía como un bebé. Cuando desperté el domingo me sentía en paz, a pesar de lo dolorida que estaba. Había estado soñando que caminaba por el bosque, lleno de flores. Podía oler a mi paso las matas de romero y de tomillo, la fragancia de las hojas de pino también, y casi podía notar el sol sobre mi piel. Era un sueño relajante y feliz. Abrí los ojos con una sonrisa y, durante un rato, esos olores persistieron en mi mente.

En ese día brillante de otoño la estatua del lobo era menos amenazadora de como la recordaba. Me acerqué con cuidado para tocar la piedra gris expuesta al sol, cuando oí una voz burlona a mi espalda:

—Tranquila, puedes tocarlo. No se abalanzará sobre ti.

Me volví y allí estaba Gabriel, vestido con tejanos y una camisa remangada sobre los antebrazos, ligeramente bronceado por el sol, con unos cuantos troncos de leña en los brazos. Me sonrojé, sin saber bien cómo empezar.

-Parece muy real, es mérito del artista.

Dejó los troncos en el suelo y se acercó a mí. Olía a bosque y a hierba recién cortada. No sonreía precisamente.

- -- Veo que estás trabajando en el bosque -- dije por decir algo.
- —Sí, hay que mantenerlo limpio. Estamos preparando la finca para el invierno —aclaró—. Nunca viene mal un poco de trabajo físico. Te ayuda a despejar la mente —dijo muy serio.
 - -Tienes razón.

Decidida a soltarle lo que me había llevado allí, cogí aire y empecé:

—He venido a disculparme por todas las molestias que has sufrido por culpa mía y de mi amiga Alma, ha sido imperdonable y lo siento muchísimo. Pensamos que podías estar implicado en la trama de secuestro y tortura de los niños, y por eso te detuvieron.

Acto seguido le revelé nuestras sospechas. Me escuchaba en silencio, el rostro impasible. Cuando terminé de hablar, respondió:

- -Tu amiga me ha dicho lo mismo.
- -¿Mi amiga? repetí desconcertada . ¿Alma? ¿Has hablado con ella?
- —Sí —afirmó—. Esta semana fui al centro de información del pueblo y cuando me vio también me expresó sus disculpas. Me adelantó que vendrías.
- —Ah... —Estaba cortada—. Alma no me ha contado nada de eso... Sea como sea, suscribo integramente sus palabras. No acostumbro a hacer suposiciones de ese tipo, pero nos superó lo que estaba pasando.
- —Puedo entenderlo, he leído los periódicos. Me alegro de que se haya resuelto todo y de que esos tipos paguen por lo que han hecho. —Reparó en mi cuello—. Veo que aún te quedan señales de lo sucedido.
- —Sí, bueno, son gajes del oficio de abogado —bromeé—. Una profesión peligrosa —añadí con una sonrisa.
- —No te preocupes, no os guardo ningún rencor. Tu amiga y yo pasamos un buen rato charlando acerca de Gilles de Rais, por cierto. Ella tiene mucha información sobre él y a mí me gustan esos temas, ya lo sabes. Soy el torturador, acuérdate —dijo con sorna—. Ven, acompáñame a la capilla que quiero enseñarte algo.

—De acuerdo —contesté intrigada.

Nos pusimos en marcha a través de los jardines.

—He estado pensando en lo que me explicaste de tu antepasada y creo que hay algo que va a interesarte.

-; Has encontrado algo sobre Melisa?

Estaba sorprendida. En los días anteriores a duras penas había vuelto a pensar en ella.

-Creo que sí.

Habíamos llegado a la capilla, abrió la puerta y me invitó a entrar.

El sol de la mañana atravesaba los pequeños vitrales y confería al altar un aspecto precioso. Gabriel pulsó un interruptor y una tenue luz situada estratégicamente iluminó el recinto. Los bancos estaban apartados a un lado y, apoyados en la pared más alejada de nosotros, había palas y picos. Sobre uno de los bancos yi tres cuadros

-Acércate. -Cogió uno y lo expuso a la luz-. ¿Ves la inicial?

El cuadro representaba un san Jorge que, a caballo, clavaba su lanza a un dragón de vivos colores. En la esquina inferior izquierda, casi inapreciable, había una « P» mayúscula subrayada con una línea negra.

- -Es la misma que la del cuadro de Melisa, ¿no?
- -Sí, y además según mi amigo el restaurador no hay duda de que fue

trazada por la misma mano. También se observa en estos otros dos cuadros, que representan a san Pedro y a san Pablo en sus respectivos martirios. —Gabriel los señaló—. Creo que si damos por supuesto que fue Pedro Roca quien pintó los cuadros de esta capilla, es evidente que también es el autor del retrato de Melisa.

- -¿Por qué lo escondería de esa forma?
- —Ahora llegamos a eso. Hay que llamar a las autoridades, pero antes quería mostrártelo.

Le miré con expresión de no entender nada.

—Estuve dando vueltas al hecho de que Melisa y Enrique desaparecieran la misma noche y no hubiese ningún indicio posterior de que estuvieran juntos. Pedro era el mayor y, por tanto, el llamado a heredar en esa época. ¿Se llevaba bien con su hermano? Es difícil saberlo, como también determinar con cuál de los dos se entendía Melisa, quizá con ambos, por lo que me has contado. Recordé que cuando restauramos la capilla encontramos muchas losas como la que estás pisando ahora, en las que había símbolos de cruces y calaveras esculpidas. Pensamos que habría personas enterradas, por lo que hubo que levantarlas para asegurarnos. Pero no hallamos nada en las primeras. Era como si quien construyó la capilla quisiera imitar las catedrales europeas y hacer creer al visitante que caminaba sobre las tumbas de ilustres fallecidos. Así que al final solo levantamos unas cuantas, no todas.

Gabriel fue hasta la pared más alejada, donde estaban apoyadas las herramientas que había visto al entrar.

—Esta no la tocamos. Únicamente había esculpida una flor, no sé decir cuál porque cuesta apreciarlo en una piedra y, además, depende de la habilidad del artista, que en este caso, como puedes ver, resultó bastante... tosco.

Gabriel se agachó frente a la losa que parecía removida y me acuclillé junto a él, toqué suavemente la flor y lo miré entristecida.

-Creo que y a sé lo que vas a enseñarme.

Le relaté los sueños que me habían llevado a descubrir el cuerpo de Julián y a encontrar a Marc, y le confesé que pensaba que Melisa también tenía ese don.

Él me escuchó en silencio y cuando terminé, ay udándose de una pala, apartó la losa que cubría un hoyo de cierta profundidad. En su interior, vi una alargada caja de madera con aspecto de llevar allí años, muchos años. Olía a humedad y a podredumbre. Gabriel levantó la tapa y contuve la respiración. En su interior había dos esqueletos entrelazados, seguramente colocados así para ocupar menos espacio. Los huesos presentaban un color marrón oscuro. La ropa que debian de llevar se había podrido por completo y tan solo quedaban unos cuantos jirones. Uno de los cuerpos era de una muier, a juzzar por sus caderas.

- -Es Melisa, ¿no es cierto? -dije con tristeza.
- —No me extrañaría, pero hay que analizar el ADN de ambos esqueletos. Tenemos que dar parte a las autoridades y pedirán tu colaboración.

—Desde luego, si es ella al menos ya sabemos dónde está, otra cosa es que lleguemos a averiguar lo que le pasó.

Gabriel cerró la caja v volvió a colocar la losa.

—Eso ya será más complicado. Aun así, podrá determinarse la causa de su muerte. —Me miró—. Es posible que el otro esqueleto sea de Enrique.

Recordé entonces el destello de miedo que se percibia en la mirada de Melisa en el cuadro pintado por Pedro, que ahora se me revelaba como una representación de una escena íntima. Podía imaginarla sentada ante su tocador tras haber estado con su amante pintor, quien, mientras ella se mira en el espejo, la dibuja, absorto. Ella piensa que él no puede ver su expresión y deja traslucir entonces en su mirada lo que realmente siente: temor hacia Pedro. $_{\ell}Y$ si este había descubierto que se entendía con su hermano y, dominado por los celos, los mató a los dos? Ello justificaria la actitud de mi antepasada, en ocasiones feliz y a ratos angustiada, que había relatado su hermana. Y si ello era cierto, Pedro no había sido capaz de destruir ese retrato, lo había ocultado a todas las miradas para siempre. Quizá era la conclusión a la que había llegado Rosa y me dio las pistas para que y o recorriese ese camino. Y ahora podría tener ante mí la prueba de todo ello. Demasiado tarde para Melisa.

Ambos nos apartamos de la tumba y me estremecí arropándome con los brazos. A lo mejor esos eran los huesos con los que llevaba soñando tanto tiempo... O puede que fueran los de los niños a quienes habían asesinado tan cruelmente. Fuera como fuese, sentí un alivio immenso; era una liberación.

- —Esto será caro —afirmé—. No sé si tendré dinero para todos los gastos que puede representar.
- —Están en mi casa, así que yo me encargaré de todo. Ya sabes que me encantan las historias antiguas y más de esta naturaleza —dijo sonriendo.

Se acercó a los cuadros y los colocó con cuidado sobre los bancos. Salí de la capilla; necesitaba respirar aire limpio, notar la caricia del sol. El descubrimiento de los cuerpos bajo la losa me había impactado y aliviado a la vez. Gabriel salió también y cerró la puerta a su espalda.

- —Voy a llamar enseguida a la policía, ya no puedo demorarlo más —me informó, v se guardó las llaves en el bolsillo.
 - -No sé cómo podré agradecértelo, Gabriel.
- —Bueno... —Se acercó a mí—. Se me ocurren muchas formas posibles. Esta sería la primera.

Se inclinó y, con suavidad, me besó en los labios. Esperaba experimentar la conocida sensación de prevención, pero no pasó nada. No estaba en alerta, sino todo lo contrario: me sentía absurdamente feliz.

- -¿Qué tal? -preguntó mirándome a los ojos.
- —Bien, bien —dije con fingida seriedad—. No está mal, pero todo puede mej orarse, señor Barba Azul —bromeé.

- —Estoy de acuerdo. —Sonrió y puso sus manos en mi cintura—. ¿Volvemos a empezar?
 - Buena idea, y o iba a proponerte lo mismo —le contesté con otra sonrisa.

Las luces se apagarían pronto y la celda quedaría sumida en una oscuridad relativa. Junto a la estrecha ventana con barrotes, un potente foco iluminaba el exterior, derramando asimismo su luz sobre la litera en la que se hallaba el hombre que permanecía inmóvil. No parecía importarle nada de eso. Llevaba horas en la misma posición, sentado, con los pies en el suelo y las manos apovadas en los muslos, la espalda recta y la cabeza erguida, la mirada fija en la pared de enfrente. Casi no parpadeaba v su boca se abría, blanda, dejando escapar la saliva por la comisura derecha sin que se inmutara. De vez en cuando sus labios se movían, como si hablara solo, sin producir sonido alguno, Parecía hablar sin voz. Vestía un chándal gris y unas zapatillas de deporte bastante nuevas. El escaso cabello que cubría su cráneo estaba despeinado en todas direcciones. dándole un aspecto un tanto cómico. Pero cualquier posible risa se desvanecía al contemplar su rostro. Los oios, de un gris sucio, como de agua encharcada, parecían canicas de cristal, tan inexpresivos que no transmitían más que un vacío infinito. La locura podía atrapar a cualquier observador que se perdiera en esos oios.

No habían conseguido arrancarle una sola palabra. El psiquiatra encargado de realizar un informe sobre la patologia que pudiese presentar empezaba a pensar que su mente se hallaba bloqueada de alguna forma. Habían empezado a suministrarle fármacos, pero hasta el momento la respuesta era nula. Comía si le daban de comer, bebía si le acercaban el vaso y no había rechazado las pastillas. Era incapaz de levantarse para hacer sus necesidades y, al menos durante la noche, le ponían un pañal. Sería difícil hacer un buen diagnóstico si persistía ese estado, que desaconsejaba totalmente que fuese sometido a un interrogatorio. Mantenían sobre él una vigilancia constante y en las horas nocturnas le acostaban sin que opusiera resistencia, como un muñeco. En una esquina de la habítación, junto a la litera, las pastillas que le habían suministrado ese día se apiñaban en una pequeña montaña, rosa, blanca y azul. Al día siguiente habrían desaparecido.

Las luces se apagaron, pero en la penumbra el hombre no modificó su postura. Una cucaracha marrón de largas antenas abandonó su escondite bajo la litera y se decidió a explorar las zapatillas de deporte que calzaba el hombre. Dubitativa, trepó hasta los cordones blancos sin encontrar nada que fuera de su interés. Él no pareció darse cuenta, a pesar de que el insecto destacaba en la blancura del calzado. A la cucaracha le pareció que su marcha sobre los cordones era complicada y poco productiva, por lo que desplegó las alas y voló hasta posarse sobre una de las manos del hombre. Este ni siquiera pestañeó, pero un observador atento habría detectado un cambio en sus ojos. Ahora estaban expectantes, y dirigía con ellos rápidas miradas al insecto que exploraba su mano con sus largas antenas. Durante un largo momento el hombre y la cucaracha

permanecieron immóviles; casi podría decirse que tolerándose o hasta incluso conociéndose. De improviso, él alzó su mano libre y en un rápido movimiento atrapó a la cucaracha y la sostuvo con delicadeza. Ahora sí, su mirada se centró en el insecto que movía frenéticamente las antenas en un vano intento de escapar. Parecía absorto en su contemplación y sus labios se abrieron de nuevo, articulando palabras inaudibles. Con cuidado infinito le arrancó las antenas y en un único movimiento lo aplastó con sus dedos. Luego se lo introdujo en la boca, lo masticó apenas y se lo tragó.

Volvió a recuperar la postura inicial. Había oído ruidos en el pasillo, señal de que iban a acostarlo para dormir. Reprimió una sonrisa de autosuficiencia. No podía desfallecer, debía seguir con su actuación; hasta el momento, había convencido a todos. Ya llegaría la hora de mostrarse tal cual era, y cuando eso sucediese cumpliría con la misión a la que estaba llamado. No había nacido para estar encerrado, sino para demostrar su poder sobre la vida y la muerte. « La sangre es la vida», se repetía como si se tratase de una oración. No movió ni un músculo cuando oyó girar la llave en la cerradura. Sabría tener paciencia.

Agradecimientos

Gracias a mi familia, a la que dedico esta novela, por estar ahí en las horas difíciles

A Miguel, por su apoy o, y por todos esos libros sobre Gilles de Rais en los que me adentré para conocer al mariscal de Francia.

A Montse y a Carlos, de los Mossos d'Esquadra, como siempre, por proporcionarme la visión del trabajo policial, además de buenos consejos.

A Silvia y a Abel, lectores de un borrador que se ha transformado en novela, y a todos los amigos que sin saberlo han contribuido a dar la forma definitiva a lo que en su dia únicamente era una idea.

A Penguin Random House Grupo Editorial y a mi editora, Mònica, por confiar en este relato.

A ti, lector, porque tú haces posible que los sueños sean realidad con solo tener este libro en tus manos